

DAVID GISTAU

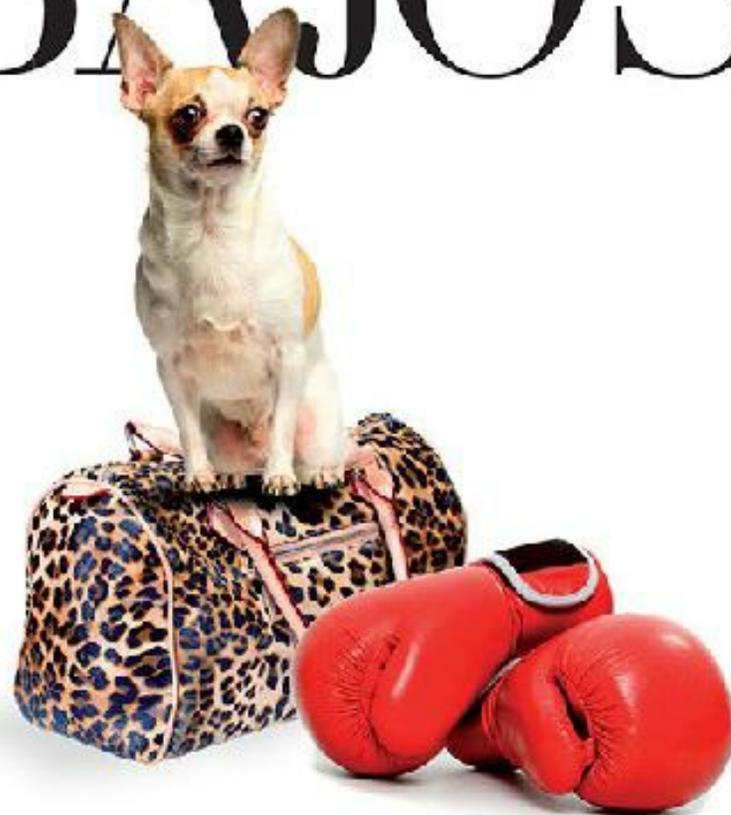
GOLPES

BAJOS



DAVID GISTAU

GOLPES
BAJOS



Índice

Dedicatoria

Alfredo estaba sentado en una silla...
Dos días después, Richy se despertó más temprano...
Magda López pasó todavía un rato encerrada...
Ya no hacía calor para piscina...
El resto de la semana, Magda comenzó a frecuentar el gimnasio...
La pelea iba a celebrarse en el casino de Torrelodones...
Todo el gimnasio de Alfredo...
Pasaron los días...
Fabián Sosa era un liante de poca monta...
La operación del aeropuerto de Ciudad Real...
La gente salía a la calle más abotonada...
Un par de días después, Alfredo fue convocado por Piñata...
Magda vivía en un dúplex del paseo de la Castellana...
Pocos días después, Alfredo llegó al gimnasio...
Durante los días siguientes, Damián...
Faltaban ocho días para el combate...
Llegado a Madrid, Alfredo por fin se dedicó de pleno...
Aquel miércoles, a veinticuatro horas del pesaje de Damián...
The Fight...
En ese instante, con la boca llena de la gravilla...

Créditos

A Garci y a Germán Areta.

Alfredo estaba sentado en una silla plegable y tenía los pies apoyados sobre el soporte del ring, junto a un botijo colocado debajo de las cuerdas. Su postura era algo indolente, como de ver atardecer en una terraza junto al mar. Acababa de dejar caer al suelo el periódico enrollado. Cuando lo leyó, mientras alrededor sonaba el morse de los golpes a las manoplas, se hizo gracia pensando que parecía un entrenador antiguo, en blanco y negro, de los viejos gimnasios sin ventilar como el Stillman's. Alfredo tenía cuarenta y cinco años, medía algo más de metro ochenta y apenas pesaba tres o cuatro kilos más que cuando boxeaba en las divisiones medias. Entrenaba, se conservaba bien, con la musculatura todavía dibujada en los brazos y en los hombros. Llevaba más largo el pelo de un negro mineral que cuando boxeaba. La nariz, resultado de catorce fracturas que se la habían ido modelando como golpes de cincel, terminaba de dar al rostro un aire tumefacto y peligroso que, según decía el propio Alfredo cuando entraba en bravatas para divertir a los chicos, gustaba mucho a las mujeres con capricho de chulo. Además, camisetas juveniles, zapatillas New Balance casi siempre y algunos tatus, como el rostro de Alí en el antebrazo y, en el hombro, una bombona de butano que Alfredo se había impreso para no olvidar jamás que el boxeo lo salvó de seguir repartiéndolas de por vida.

Alfredo miraba a dos de sus pupilos que guanteaban con cascos y guantes de catorce onzas. Le interesaba sobre todo Damián, peso superligero, un dominicano de Carabanchel que no mucho tiempo antes todavía andaba en pandilla de adolescentes por los parques apretando a quien tratara de usar las canchas sin pagar. Alfredo conocía a Damián desde siempre, lo recordaba de cuando iba al gimnasio de niño y se colaba por debajo del torno porque era lo que le habían enseñado a hacer en el metro. Eran los primeros años de Alfredo como entrenador, recién retirado, recién armado su propio gimnasio dentro de una cochera acondicionada del barrio del Lucero. Damián ya andaba por ahí arreando a los sacos los golpes que imitaba de su hermano mayor y probándose los guantes que le quedaban enormes. El hermano de Damián fue el primer proyecto de profesional de Alfredo. Lo fue hasta que desistió y desapareció en las discotecas latinas de Azca, donde se colocó de portero y se hizo matar en una pelea ajena cuando en Madrid empezaba a oírse hablar de los Latin Kings.

Cuando el hermano de Damián murió, Alfredo clavó en una pared del gimnasio una fotografía suya para inaugurar un mural admonitorio. Siempre tentados por las bandas y por el narco, los chicos del gimnasio, sobre todo los latinos, serían advertidos de que la muerte en la calle esperaba agazapada a los desertores, a los perezosos, a los impacientes, a los que no supieran decir no. Con el paso de los años, había agregado seis o siete retratos a ese fundacional, de muchachos muertos por cuchilladas o por sobredosis o abatidos por la policía. Como le parecían escasos, en algún momento comenzó a poner también las fotos de los alumnos que pasaban por la cárcel. Pero esto le salió mal, porque los chicos con condenas livianas regresaban ungidos como héroes y estar en el mural terminó convirtiéndose en un honor y en un motivo de respeto. Alfredo llegó a pensar que algunos chicos forzaban el delito para ascender de rango en la percepción de los otros.

A Damián dejó de verlo durante algunos años después de la muerte de su hermano. O, como mucho, lo veía pasar por el barrio, siempre de la mano de su madre, una mujer triste, desprolija y escuálida, abandonada hacía años por su hombre, que aferraba a Damián como si temiera que con

sólo soltarlo un instante pudiera terminar en Azca. Damián creció. Anduvo por los parques, donde lo tentaron las pandillas que ocupaban los bancos con la música alta. Y de pronto un día apareció por el gimnasio, sin colarse esta vez por debajo del torno, y le dijo a Alfredo que quería ser boxeador. Lo decidió cuando su madre fue retenida por la seguridad en un cuartucho de un Corte Inglés después de intentar robar unos zapatos porque los que Damián llevaba al colegio estaban tan rotos que allí se burlaban de él. Quería evitarle a su madre todas las humillaciones del futuro. Se le sembró en la cabeza el sueño, un poco taurino, de maletilla tropical, de comprarle un piso con la primera gloria cobrada. Los guantes ya no le quedaban enormes. Nunca abandonó los entrenamientos, y a veces Alfredo lo sorprendía mientras miraba de reojo el retrato de su hermano en el mural. Se le movían apenas los labios como si le hablara.

Damián era alegre. Abajo del cuadrilátero, pero también arriba. Era un «gozador» boxeando. Tanto, que Alfredo llegó a temer que sus peleas pudieran aburrir a los espectadores más agrestes por carecer de dramatismo: los golpes que daba Damián eran como el puño impulsado por un muelle que sale de una caja de broma. Eran el resultado de una voluntad elástica de diversión. La esquivada, el señuelo, la confianza, a menudo la sonrisa o el guiño cuando el rival erraba un golpe. En sus primeros combates profesionales enojó tanto al público y a los boxeadores, porque parecía que se burlaba de los unos y de los otros, que salió abucheado incluso después de ganar bien, siempre antes de los puntos, y de hacer una aparición de púgil lleno de futuro. Peleó en gimnasios y en cochambrosos polideportivos de la periferia sur de Madrid donde el ambiente exigía golpes en corto y cejas abiertas, tipos atornillados al suelo que no cesaran un instante de dar y de recibir. Damián jugaba con las distancias, entraba y salía, se hacía inasible, peleaba casi más con los pies que con las manos, y todo ello soliviantaba a los espectadores al mismo tiempo que fascinaba a los entrenadores que, ellos sí, comprendían que Alfredo había encontrado un portento. Después de tres o cuatro peleas, Damián ya tenía un nombre, pero en la atmósfera de las veladas germinó la apetencia de verlo cazado por alguien que le borrara la sonrisa y se la cambiara por una mueca de sonado. La gente empezó a estar dispuesta a pagar por verlo ocurrir. Esto Alfredo no se lo decía a Damián. Lo miraba por el espejo retrovisor, relajado en el asiento de atrás con sus auriculares y su música murmurada, mientras lo llevaba en el Seat León a la siguiente pelea, por ejemplo, en Fuenlabrada, conduciendo entre los melancólicos neones industriales de la carretera de Andalucía, allí donde en los polígonos emergen rótulos en chino, pero no le decía nada. No porque temiera que Damián fuera a intimidarse por descubrir que el público de las veladas lo había metido en un cartel de Wanted, sino por todo lo contrario: porque creía que le azuzaría aún más lo chulapón y que terminaría encarado con el público en defensa de su estilo y de sus cojones. Alfredo pensaba que Damián podía convertirlo en el entrenador de un campeón de Europa. Y de verdad que lo necesitaba, porque el último que tuvo ya era desde hacía tiempo un gordo con el pelo canoso que atendía en el mostrador de una tienda de deportes de la calle del Conde de Peñalver. Pero antes de que eso ocurriera también era capaz de hacerlo salir de los polideportivos alejados del barrio bajo un granizo de sillazos.

En el momento del proceso de maduración en que estaba Damián, Alfredo quería meterle en la cabeza dos cosas importantes: que no era inmortal y que tendría que pagar mucho más en sufrimiento de lo que lo había hecho hasta entonces con esas peleas que fueron como conducir silbando y con el brazo apoyado en la ventanilla. Para lo primero, Alfredo tenía a Viguerza, que era todo él un *memento mori* para boxeadores que podría haberse dedicado a hacer por los gimnasios *ournées* pedagógicas sobre la condición de juguete roto y la crueldad general del azar cuando interviene en los propósitos de las personas aunque sea para confirmar aquello que dijo Homero de que los dioses tejen desgracias para que los hombres tengan algo que cantar. O, más

bien, dejémosnos de poesía, algo por lo que pedir un subsidio al Estado. Viguerza pasaba el mocho en el gimnasio, atendía el teléfono, perseguía a quien se retrasaba para pagar la mensualidad, ayudaba en los entrenamientos y en la esquina durante los combates, cuando untaba la vaselina y limpiaba los bucales. A él también lo había llamado el destino para ser campeón de Europa. La llamada de un bromista, había resultado ser. A él también lo habían jaleado en los bares de su barrio, en Torrejón, donde colgaban los carteles de sus veladas junto a las estampas de los toreros y los pósteres de los futbolistas, y hasta le racionaban los churros como si todos tuvieran encomendado vigilarle el peso durante las semanas anteriores a un combate. Viguerza no arrugó ni perdió disciplina ni lo sacó del boxeo un golpe que le dejara un coágulo, o algo así. Lo sacó del boxeo un cirujano del General Universitario que tenía que operarle una lesión mínima en una mano, y no sólo se equivocó de mano, sino que además se la dejó floja para siempre, sin fuerza de pegada, mustia como la polla de un viejo durmiendo una siesta debajo de una parra. Viguerza la cerraba y notaba como si le hubieran arrebatado un superpoder. Pegaba al saco y sonaba como los Bee Gees cuando chasquean los dedos. Nunca la recuperó. Hubo un juicio, recibió un dinero. Hubo una velada de homenaje, recibió un dinero. Hubo un interés fugaz de los programas matinales de televisión, recibió un dinero. Pero luego nada. El mocho, el teléfono y las manoplas en las que pegaban otros. El boxeador terminó antes de empezar, y de pronto hasta su noviecita del barrio empezó a parecer demasiado guapa para la vida que esperaba a Viguerza. Él nada le reprochó cuando le dijo que estaba harta de sentir lástima. Viguerza tardó meses en sonreír. Meses durante los cuales Alfredo perseveró con los chistes de que le iban a poner la mano de Luke Skywalker o la de Tyson si se la dejaba amputar. Un día se rio con un chiste, así, de repente. Alfredo lo habría abrazado para darle la bienvenida al resto de su vida. Lo había estado esperando.

Para lo segundo, para que empezara a sufrir en un ring tanto como para preguntarse si no sería preferible meterse a taxista, para que supiera lo que es el dolor y la mente que se va a negro y el aire que falta mientras de la esquina apenas te llega un grito que dice muévete muévete muévete, Alfredo tenía preparada una encerrona a Damián. Le había contratado un combate contra un veterano de Guatemala, lleno de mañas y de maldad, de cabezazos y de golpes por debajo de la línea de flotación del calzón, que tenía en la espalda las marcas de dos disparos y que siempre resultaba más temible cuando regresaba de entrenar en la cárcel porque allí nada lo desviaba a los prostíbulos y el trago. Hermenegildo Chaca. Una cresta negra sobre unos parietales rasurados. La piel iba de tatuajes como de imanes la puerta de una nevera. A Chaca lo traían a veces a las veladas españolas porque con los púgiles emergentes era como entregar un chico virgen a una zorra vieja: o te devolvía un hombre o no te devolvía nada. Chaca era casi un rito de paso. No era un gran boxeador ni lo había sido nunca. Un reñidor nomás, un criminal amortiguado por el reglamento. Pero absorbía sin apenas inmutarse lo que le tiraran a la cara, así fuera una estampida de ñus. Y con los años había adquirido un conocimiento tan profundo de lo sórdido y lo subterráneo que arrastraba a boxeadores mejores a una dimensión marrullera en la que nada de lo que habían aprendido les servía. Damián estaba para ponerlo con Chaca. El ambiente de las veladas estaba con ganas de comprobar si Damián sobrevivía a Chaca con la suficiencia de esquivador jovial. Así pues, Alfredo cerró el combate con Chaca para dos semanas después. Lo imaginaba, allá en Guatemala, metiendo con frialdad su equipo en una bolsa de deporte y disponiéndose a viajar como un sicario al que hubiera llegado un contrato de asesinato: volar, matar, regresar. La vez anterior que un promotor de Madrid lo llamó, Chaca jamás llegó. Lo detuvo la policía por algo pendiente en un cambio de avión en Bruselas. Y allí mismo comenzó uno de sus periodos de entrenar fuerte sin desvíos al prostíbulo.

—¡Alfredo, teléfono!

Era Vigerza desde la oficinita, donde estaba apilando las camisetas nuevas del gimnasio, con el logo del puño vendado, sin enguantar. El grito le llegó amortiguado por el sonido de los boxeadores que hacían saco. A Alfredo le daba pereza levantarse. Las llamadas importantes las recibía en el móvil. Sospechaba que Vigerza iba a molestarlo por alguien que llamaba para informarse de precios y horarios. Le hizo un ademán desganado y señaló a Damián, como diciendo, ¿no ves que estoy con el chico? Pero Vigerza insistió. Y por su expresión supo Alfredo que debía atender la llamada. Caminó hacia la oficinita con la sensación de que algo estaba a punto de cambiarle la mañana.

—¿Vos sos Alfredo?

Lo reconoció de inmediato por la voz y por el acento. Darío Sánchez, alias Piñata. Hacía un instante, tenía los pies en alto. De repente, al otro lado del teléfono estaba Piñata. Como flotar en vacaciones y que en el campo de visión te entre una aleta de tiburón. Apenas se lo habían presentado en alguna velada, cuando Piñata llegaba acompañado por algún actor o algún cachorro de la alta sociedad con los que le gustaba hacer el *show* del gánster latino que va al boxeo. Una cosa como de Scorsese en Leganés, entre olor a bocata de chorizo. Pero Alfredo sabía que Piñata era un chungo en serio y un propietario de la noche y que para los boxeadores incipientes resultaba más peligroso que cualquier otra cosa de las que hubiera que protegerlos, incluido el cirujano de Vigerza. Piñata se los atraía, los colocaba en las puertas de las discotecas que controlaba, los usaba para mover farlopa, para cobrar deudas, para reventar la seguridad de las discotecas rivales forzando peleas multitudinarias, para pagar sobornos a los policías municipales que metían las grúas en los *parkings* de esas mismas discotecas y así jodían la noche a los clientes. Los cobradores de Piñata eran reconocibles porque todos ellos, para amedrentar en la primera advertencia, antes de los huesos rotos, solían repetir una costumbre que Piñata había importado de Buenos Aires durante sus primeros años de machaca en Madrid: llevaban sus heces metidas en bolsas de plástico y embadurnaban con ellas el rostro y la lengua del moroso. Piñata se estaba infiltrando en todos los gimnasios de Madrid para procurarse una infantería barata a la que hacer los encargos que no exigieran el uso de armas de fuego y para gobernar las veladas creando primero dependencias a los promotores y los entrenadores que necesitaran liquidez. En lo que Piñata tardó en volver a hablar, Alfredo, por puro instinto, habría agarrado la mano de Damián como hacía en la calle su madre por miedo a perderlo para siempre.

—Cómo te va, che. Sabés quién soy, ¿no? Siempre he querido visitar tu gimnasio, por todas partes me hablan maravillas de ciertos pibes que tenés, a ver si un día arreglamos y voy. Pero mirá, Alfredo, ahora te llamo porque tengo en la otra línea a un tipo que dice que te conoce y a quien quiero que expliques quién soy yo, porque inexplicablemente no lo sabe.

Hasta ahí, Alfredo no supo qué carajo quería Piñata. Pero pensó que mudaría el gimnasio a Anchorage o le prendería fuego antes de permitir que lo pisara él. Luego, el gánster se explicó. La cosa era así.

Piñata llamaba desde su casa, en Aravaca, en una zona residencial llena de aspersores automáticos y de mucamas esperando en la parada del autobús escolar que a menudo él alteraba con fiestas por las que nadie se atrevía a protestar. Para atender una llamada, había tenido que salir de la misma piscina a la que a sus amigos les gustaba arrojar a las putas, pero que durante las semanas anteriores estuvo más tranquila porque Piñata tenía en casa a una hermana y dos sobrinos venidos de visita desde Buenos Aires. Piñata quería a sus sobrinos. Le gustaba impresionarlos con todo lo que había conseguido en Madrid después de huir de Buenos Aires como un delincuente menor que escondía las pistolas en un techo falso de la modesta casa familiar en

Lanús y que se tuvo que ir cuando empezaron a bajarle a los compinches durante una guerra por el territorio que enseguida tuvo perdida. Pero que lo convirtió en un tipo tan propenso a luchar y tan determinado a no volver a ser derrotado jamás que su entrada en Madrid fue estremecedora e impuso cotas desconocidas de violencia cuando los búlgaros que controlaban las puertas de las discotecas y las drogas que se vendían dentro comenzaron a ser ametrallados mientras enseñaban a montar en bicicleta a sus hijos o cuando salían del Carrefour cargados de bolsas.

A Piñata no sólo le gustaba impresionar a sus sobrinos con la piscina o el Cayenne y el Hummer que les permitía conducir despacio por las calles del barrio. También con otras cosas. Por ejemplo, si los chicos le preguntaban si podría conseguirles una camiseta del Real Madrid firmada por Benzema, lo que Piñata hacía era sentarles a la mesa a Benzema, con quien se besaba en las dos mejillas, en una parrilla de Chamartín frecuentada por futbolistas.

Piñata tenía en la ciudad, instalada en un piso del Parque de las Avenidas, con vistas a la mezquita y el tanatorio de la M-30, una pequeña emisora de radio local que formaba parte de las empresas legales en las que dispersaba el dinero. Otras eran gimnasios y promotoras de boxeo. También tenía una productora de televisión que en realidad montó para conocer actrices y modelos cuando se dio cuenta de que nunca dejaría de oler a lumpen mientras saliera a la vida social con las chicas procaces de sus clubes. Su emisora emitía a diario un programa corrosivo sobre asuntos del corazón. Había contratado para ello a un amanerado personaje mundano que gozó de reputación durante un tiempo gracias a que hizo creer a todos que era uno de los confidentes preferidos de Isabel Preysler y otras señoras así, de las que en los relatos de Truman Capote invitan a almorzar en la Côte Basque. El día que Piñata llamó a Alfredo, el locutor, perdidas ya las veleidades de clase y convertido en un vitriólico agresor de reputaciones, había estado destrozando a los dos hijos famosos y haraganes, hembra y varón, de una duquesa andaluza, octogenaria, pero todavía con energía y apetitos suficientes para hacer debutar en las revistas a galancitos que le sostenían el bolso y se cimbreaban bailando en las casetas de la Feria sevillana, ensortijado el pelo gracias al fijador. Algunos de estos muchachos lograban establecerse después en las crónicas mundanas de los amores pasajeros. Otros desaparecían para siempre. A alguno tuvo que visitarlo un comisario para que devolviera sin escándalo la plata robada en las estancias de la duquesa.

El locutor se ensañó con los chicos. De ella dijo que era ponerle delante un torero y enloquecer como una patricia de las que bajaban a las mazmorras con antojo de gladiador. De él, que era un botarate que se hacía pasar por terrateniente a caballo, con su propia mermelada enfrascada en las tiendas *gourmet* igual que el príncipe de Gales, pero que en realidad no había madrugado ni trabajado en su vida y que ninguna niña bien le duraba hasta el matrimonio porque las sometía, borracho, a sexo duro y las llevaba a clubes de intercambio en los que les hacían fotografías con los móviles que luego sus madres retiraban del mercado pagando fortunas. Ocurrió que el hijo de la duquesa, Francisco de Alvear y Rotschein, estaba en Madrid y escuchó el programa mientras conducía por la Castellana un coche alquilado con dirección al AVE de Sevilla en la estación de Atocha. Ocurrió, también, que, junto a él, en el asiento del copiloto, iba Rubén Cascos, alias Bum Bum Lavapiés, un exboxeador profesional de los tiempos de Poli Díaz y de los campamentos de entrenamiento en El Espinar que estaba contratado como profesor en un par de gimnasios y además era el entrenador personal de algunas celebridades, entre ellas el duquesito. Habían cuajado una amistad íntima, como la de un aristócrata y un jaque en el Siglo de Oro. De vez en cuando viajaban juntos, pagando el duque, a Nueva York o Las Vegas para asistir a las grandes peleas de los cinturones mundiales. En esos lugares, en los que no se sentía reconocido, el duque bebía, jugaba y se hacía suministrar mujeres sin contención. Además, se sabía siempre

protegido por Bum Bum, a quien había ido introduciendo en sus propios salones sociales, en los que impresionaban la quijada y la mirada al mismo tiempo cruel y burlona, la boca algo torcida como un arañazo en la piedra. Bum Bum vestía, muy ajustados, los trajes de sastre que le pagaba el duque. Cuando no llevaba corbata, pero sí la camisa abierta, se le hacían visibles dos grandes guantes de boxeo de oro que llevaba colgados del cuello y que de lejos parecían los testículos arrancados a algún enemigo.

Con el tiempo, el duque también había comenzado a utilizar a Bum Bum para que le dispersara a los *paparazzi* en los aeropuertos y en las estaciones e incluso para apretar en serio a los cronistas que se excedían con la acidez de sus comentarios o con la invasión de espacios privados. Bum Bum procuraba arrearles apenas un sopapo con la mano abierta. No quería dañarlos y además sabía que con eso y con su presencia solía bastar para amedrentar a personajes que no eran precisamente los chungos de su propio mundo. Aun así, algún periodista de la televisión hubo que se tomó de repente un par de semanas de vacaciones, hasta que le bajara una hinchazón o se le destiñera el cerco morado de un ojo. Y algunas denuncias hubo también, de las que se hizo cargo, con una discreción que valía lo que se le pagaba, el mismo comisario que acostumbraba a recuperar lo que sus gigolós robaban a la duquesa madre. A Bum Bum no le gustaba sentir que iba degenerando a sicario. Que una falsa amistad constituía el chantaje emocional que lo había incorporado, sin darse cuenta siquiera, a la extensa nómina de los que trabajaban en el servicio del duque. Pero luego siempre podía más la fascinación por los ámbitos sociales en los que se le había consentido entrar. Cuando Ávila le tomaba medidas en su sastrería de Sevilla, cuando veía toros en el callejón de la Maestranza, con sus cojones de oro en el cuello, sabiendo que después, antes de la cena, tomaría un aperitivo de manzanilla en el patio de un palacio lleno de muchachas fragantes, los remilgos del orgullo se le disipaban por completo. Muchos boxeadores de su generación estaban pegando palizas en las discotecas por treinta euros la hora. Pegándose las, además, a tipos a los que más valía no entrar con la mano abierta.

Francisco sufrió un arrebato furioso en cuanto escuchó los insultos y las burlas del locutor de Piñata. Golpeó el volante y el coche pegó un bandazo que estuvo a punto de derribar a un motorista que atravesaba la plaza de Colón. Bum Bum trató de calmarlo. Pero sabía que era en vano. Las cóleras del duque eran caprichosas. No se aquietaban sino rompiendo porcelana contra el suelo. A Bum Bum le iba a corresponder romper la porcelana. El duque le pidió que buscara en el Google la dirección de la emisora. Bum Bum intentó distraerlo advirtiéndolo de que iba a perder el tren, pero el duque insistió hasta que supo en qué calle estaba. Entonces, pegó otro volantazo para cambiar el coche de carril y, mientras dejaba atrás una protesta de bocinazos, enfiló Goya hacia el Parque de las Avenidas.

Bum Bum se demoró en el parquímetro para que al duque se le enfriara algo el enojo. Sólo logró impacientarlo más. Lo vio cruzar la calle hacia el portal pegando zancadas cortas y rápidas con los puñitos cerrados. Bum Bum exhaló un suspiro de fatiga. Se tomó un instante para él. Vio que las hojas de los árboles colindantes con la M-30 ya adquirían colores otoñales. Vio a unos chicos jugar al fútbol en una cancha de hierba sintética y la costumbre profesional le hizo notar cuáles necesitaban perder peso. Vio algunas terrazas de bares sencillos en las que también él querría haber podido sentarse a tomar café apurando el último sol de la estación moribunda. En lugar de ello, se agarró los dedos, hizo que crujieran y echó a andar. El duque lo esperaba delante del portal. Bum Bum sabía que jamás habría subido solo, ni aunque él se hubiera quedado media hora riñendo con el parquímetro o contemplando hojas caducas.

El ascensor tenía un costado acristalado. Mientras subían, Bum Bum vio que bajaba la escalera un muchacho atildado, con la montura de las gafas de un color estridente y con un largo

mechón que parecía pensado para incitar a otros a apartárselo de los ojos. Bum Bum creyó que ese chico podía ser el locutor que se marchaba después de terminar el programa. Ojalá. Esa habría sido la solución ideal. El duque debería desahogarse volcando alguna papelera y él no tendría que pegar a nadie. En la recepción, una telefonista sostenía una bombilla de mate y pasaba con desgana las páginas de una revista. Reconoció al duque, por supuesto. Se lo quedó mirando con una página a medio pasar mientras este erraba una entrada teatral porque la puerta corredera de cristal se le quedó atascada en la moqueta. Tuvo que abrirla Bum Bum después de apartar al duque. Venían a destrozar una emisora y a desagraciar a puñetazos la honra agredida de una dama, y antes siquiera de entrar ya se habían metido en un número cómico.

—¿Dónde está ese maricón de mierda? —gritó el duque.

—¿Cuál de ellos? —respondió la recepcionista, que después, en vez de dejarse intimidar, pidió hacerse una foto con el móvil junto al duque.

Con cierta impaciencia, Bum Bum se propuso reconducirlo todo a una situación en la cual la señorita tuviera miedo. Le habló con gelidez, consciente de que él no necesitaba volverse un histrión ni abrir puertas a empujones para introducir en la mente de la gente el temor a despertar enchufada a un gotero. Con mucha educación, procurando incluso que la dicción fuera pausada, pidió a la recepcionista que tuviera la amabilidad de pedir al señor que hablaba hacía unos minutos en la radio que saliera un momento para que pudieran hacerlo mierda a hostias.

—Diego. Ya se fue. Se lo tienen que haber cruzado. En el estudio sólo hay un cura que viene a veces a dar consejos de botánica. Si quieren pegarle a él...

El duque quiso comprobarlo. Entró en el pasillo, encontró la puerta del estudio, la abrió, y dentro había un cura que debía de haberse perdido en alguna digresión porque, partiendo de la botánica, procedió después a hablar de ríos trucheros. Las sotanas sí impresionaban al duque. Le inducían una rendición cultural, un respeto aprendido en casa. Le traían al instante el recuerdo de muchas confesiones y redenciones, de todas las veces, durante la infancia, en que salió a caminar por Sevilla después de la Semana Santa porque le gustaba que las suelas se le quedaran pegadas a la cera de las procesiones que se derretía bajo los primeros calores.

—Disculpe, padre. Ha sido un error. No lo molesto más.

Salió y cerró la puerta. Con delicadeza. Como si temiera espantarle las truchas al sacerdote y que pudiera quedar constancia de ello en las actas del Juicio Final. Después, regresó junto a Bum Bum, que conocía al duque lo suficiente como para saber que dos fracasos consecutivos, el de la entrada fallada y el del sacerdote sentado donde debería haber estado «un marica», no iban a atemperar su cólera. El duque no iba a marcharse sin obtener satisfacción. Ya había caras curiosas asomando en los despachos cuando comenzó a gritar, con la indignación recompuesta, que exigía ver al propietario de la emisora. Sal, cagón. Sal, hijoputa. Bum Bum se dio cuenta de que algunos empleados grababan la escena con sus teléfonos móviles, presumiblemente para venderla luego a alguna televisión. Ahuyentó a cuantos pudo, las puertas se cerraban cuando iba y se volvían a abrir después como en un juego de niños traviosos a los que un padre asusta haciendo de zombi. La recepcionista trató de explicar al duque que el dueño de la emisora no estaba y que, de hecho, no iba nunca. El duque exigió que se lo pusiera al teléfono. Bum Bum le sugirió que lo hiciera con un gesto casi imperceptible. La recepcionista marcó un número mientras levantaba para sacudirla la revista sobre la cual se habían derramado las hierbas del mate.

—¿Señor Sánchez? Sí, le habla Teresa, de la emisora. Sí... Bien, gracias, ¿y a usted cómo le va?... Me alegro. Y sí, que disfruten de la pileta, son los últimos días de verano. (Bum Bum le tamborileó entonces el mostrador con los dedos). Bueno, señor Sánchez, disculpe que lo interrumpa, pero yo quería decirle que han venido unos señores muy enojados que quieren verlo a

usted... No, no son iraníes... No, tampoco sudamericanos... No, no, ni rusos, nada que ver, a uno lo conoce usted seguro, es...

En ese momento, el duque le arrebató el teléfono de la mano y comenzó a proferir insultos. Piñata se quedó callado. Tanto, que el duque necesitó asegurarse de que seguía al teléfono antes de volver a insultar. Luego Bum Bum agarró el teléfono y aportó sus propios insultos y unas cuantas amenazas. Después, el teléfono regresó al duque. Piñata permanecía en silencio. Animal mimético que elige el instante preciso para lanzar la mandíbula. De pronto, comenzó a hablar. Suave. Sin un solo exabrupto. Con el acento argentino muy marcado. Con un no sé qué aterrador. Una cuchillita sacando lonchas, transparentes de tan finas, de un ajo. Quiso saber quién era el duque y el duque le habría dado en ese instante hasta los datos de su tarjeta de crédito. Infantil, en la claudicación final del coraje, le dijo a Piñata que se anduviera con cuidado porque a su lado tenía con él a un boxeador profesional. Transcurrido un instante, tendió el teléfono a Bum Bum.

—Quiere hablar contigo.

—¿Sí?

—Che, ¿vos sos boxeador? ¿Cómo te llamás?

—Y a ti qué cojones te importa.

—Mirá, ¿la palabra Piñata te sugiere algo?

—Sí, es lo que te voy a partir en cuanto te eche la mano encima.

—Pará un poco, pará. Creeme si te digo que de estas cosas que decís te podés arrepentir después. Respirá un poco, boludo, que tu amigo el indignado te está metiendo en un quilombo bárbaro y a mí no me gusta que los boxeadores se busquen líos feos. Pero sos boxeador y lo de Piñata no te dice nada. Raro. ¿En qué gimnasio entrenás vos?

—Yo ya me retiré. Y hace años que estoy en Sevilla.

—Por eso tiene que ser. Estás lejos, vos. Se te justifica la ignorancia. ¿A quién conocés acá?

—Pero a ti qué coño...

—Dale, boludo. Bajá un poco la marcha, ya te dije que te conviene. Lo vas a comprobar. ¿A quién conocés en Madrid?

—A todo el mundo, hostias. Tampoco hace tanto que me marché. Soy muy amigo de Alfredo.

—¿Alfredo Santos?

—Sí, empezamos juntos en el Metropolitano, hace muchos años.

—¿Sabés qué? Esperá un rato junto al teléfono. Te van a llamar. ¿Pero me decís primero quién carajo sos, para que se lo pueda decir a Alfredo?

—Dile que soy Bum Bum. No, dile que soy el Rubén.

Bum Bum devolvió el teléfono a la recepcionista. «Tenemos que esperar», dijo al duque. Por alguna razón, a ninguno de los dos se le pasó siquiera por la cabeza la posibilidad de marcharse en lugar de obedecer. La recepcionista les ofreció agua o un cafetito, así como un asiento y de pronto parecían representantes cursando una visita comercial que debían aguardar para reunirse con un directivo. Fue entonces cuando Viguerza le gritó a Alfredo, que estaba con los pies en alto, que debía ponerse al teléfono.

—Alfredo, tenés que comprenderlo. No puede quedar así. Estas cosas se saben. Si no hago algo con ellos, ahí fuera pensarán que cualquiera puede cogerme. Unas manos les van a caer, de eso se van a ocupar los muchachos, pero no te digo que haya que matarlos.

—Pero joder, señor Sánchez, si es que es todo una chorrada que se ha ido de madre. A mí el pijo me la suda, pero Rubén es amigo mío de siempre. Es un tipo de los nuestros, de la ley antigua. Seguro que esto es una oportunidad para que se conozcan y hagan cosas juntos. Y al pijo puede sacarle una talegada, con eso ya nadie dirá que usted fue débil. Mire que el cabrón conoce a gente,

que tampoco es un mindundi al que se pueda tirar de un coche en marcha como si nada.

—Llamalo a tu amigo, que sepa a quién le tocó el orto. Y luego despreocupate que yo me ocupo.

—Déjeme ir con ellos a hablarle. Entre todos encontraremos una solución. A Rubén lo quiere mucho la peña de los gimnasios. Hacerle daño no le va a servir a usted de nada.

—Está bien. Traelos al gimnasio de Kiko. Sabés cuál te digo, ¿no? El que abriremos la semana próxima, el de Puente de Vallecas. Ahí estaremos tranquilos. Os espero a todos a las dos, en un ratito.

Alfredo llamó a Bum Bum a su móvil, no al teléfono de la emisora. Le explicó todo, aunque a Bum Bum le bastó con muy poco para comprender en qué lío estaba metido y con quién. Supo también que no se resolvería con subir al AVE, huir a Sevilla y abstenerse un tiempo largo de pasar por Madrid, tanto él como el duque. No. Había que poner el gepeto. Había que comparecer teniendo mucho cuidado de lo que pudiera venir por la espalda. Que Alfredo fuera a estar suponía un alivio. No sólo porque sería un excelente compañero de pelea si las cosas se ponían bravas y a don Francisco de Alvear y Rotschein lo doblaba y lo hacía vomitar el primer golpe en la barriga. Sino, además, porque a Alfredo lo respetaban en Madrid y hasta el peor gánster sería indulgente con un amigo suyo. Nada malo podía sucederles en un gimnasio de boxeo, a ellos dos juntos. Por un instante pensó que, durante veinticinco años o más, Alfredo siempre había estado allí. Joder, no tengo un amigo, tengo una esquina. Decía Bonavena que cuando suena el gong te quitan hasta el taburete, que siempre se está solo en la pelea. No es verdad. No siempre es así.

La cancha de hierba sintética estaba vacía. Los chicos que jugaban cuando llegaron ahora compraban agua, palmeras de chocolate y zumos en el badulaque de un chino cercano. Bum Bum esperó junto a la puerta del coche a que el duque abriera los cerrojos. No lo hizo. Estaba inmóvil, pensativo, parecía que iba a descomponerse.

—Rubén, no puedo.

—¿No puedes qué?

—A saber qué gentuza nos espera en el gimnasio ese. Sudacas. Matones. ¿Te imaginas el escándalo? Que tengo un nombre, joder, que soy famoso.

—¿Pero entonces qué hacemos? ¿Les enviamos una tarjeta Hallmark y un ramo de flores y les decimos que hoy no puede ser pero que quedamos para otro día?

—Ve tú. Arréglalo. Ese es tu mundo, no el mío. Dile a ese señor que lo lamento muchísimo, que todo ha sido una descortesía por mi parte y no me cuesta admitirlo.

—Francisco, pero qué dices. No has estado discutiendo por un punto dudoso en el polo. Que esta gente no funciona así. Si aparezco solo seguro que me joden vivo. Y a ti cuando te pillen, no podrás volver a Madrid.

—Se me ocurre una idea. Dile de mi parte que, si eso lo arregla, tendré mucho gusto en hacerle llegar uno de mis caballos árabes. Se me ha ocurrido porque has dicho lo del polo. Sin que se sienta amenazado, dile que soy famoso y que quedaré muy agradecido si tiene la amabilidad de aceptar el caballo.

—Yo no soy famoso, Francisco. Yo soy otro mierda cualquiera que aparece en una zanja. Tenemos que ir juntos.

—No, no. Rollitos a lo *Reservoir Dogs* yo no puedo. Esta gente la conoces tú, eres como ellos. Arréglalo. Llama cuando acabes. Llama si puedes.

Bum Bum miró el coche mientras doblaba para tomar la M-30 en dirección sur, hacia Atocha. Suena el gong y te quitan hasta el taburete. Se sacó el móvil del bolsillo.

—Este hijoputa me acaba de dejar tirado. ¿Me puedes recoger? Sí. En el Parque de las

Avenidas, pero estoy cerca de la plaza de toros. Te espero ahí. En el lado de Alcalá. Venga, hasta ahora. Y gracias, tío.

Para hacer tiempo, Bum Bum paseó por delante de la plaza, junto a los puestos de la reventa y de las pipas, entre los monumentos al doctor Fleming y al Yiyo, con el torero en suspensión, como elevándose ya a los cielos. De la boca de metro salían extranjeros que iban a las taquillas atraídos por las últimas corridas de la temporada. Vestían ambiguo, con forro y pantalón corto, con chancletas y jersey liviano, como si se resistieran a claudicar por completo al cambio de estación. Bum Bum pensó que parecía que les habían robado la maleta en agosto y luego se preguntó cuántas de esas chicas rubias, con el nombre de una universidad impreso en la sudadera, aguantarían sentadas y sin taparse los ojos hasta después del segundo toro.

Alcalá subía espeso de tráfico hacia Manuel Becerra, los autobuses de la EMT basculaban en los frenazos como pasos llevados en procesión. A Bum Bum, la percepción de las cosas se le había vuelto muy sevillana, pero él añoraba Madrid, los gimnasios y los barrios de sus comienzos, los sentidos de pertenencia a mundos cuya extensión se medía en estaciones de metro. Al atisbar, al fondo, la arboleda de Manuel Becerra, con el parque de bomberos en el que los muchachos de guardia, cuando hacía calor, sacaban a la acera sillas para tomar la fresca como viejas de la Alcarria, Bum Bum se enterneció incluso con el recuerdo de un mediodía lejano, de finales de los ochenta, en el que, después de pelear como *amateur* una interclubes en el gimnasio Roma, se fue hambriento a las cervecerías donde despachaban un perrito caliente y una caña por apenas cien pesetas, donde se comía horrible, pero tan barato que siempre había reclutas apurando el permiso antes de regresar al cuartel. Alfredo estaba con él. Los dos habían boxeado bien y hablaban demasiado alto, confiados, como machos incipientes con los que nadie en el bar fuera a atreverse. Bum Bum sonrió como si, acodado en la barra de aquel bar, pudiera burlarse de ese chaval. En aquella época se imaginaba posando para la portada de *The Ring* en esmoquin y con los guantes puestos, en bandolera el cinturón de campeón del mundo, como había visto una vez que sacaron a Joe Frazier.

Vio llegar el Seat León, que le tiró las luces. Cruzó Alcalá al trote y subió junto a Alfredo. De inmediato, Bum Bum se sintió cobijado por la calidez de Alfredo, por su simpatía. Iban al encuentro de un gánster enojado y por la actitud de Alfredo se habría dicho que pasarían a recoger a dos chavalas para llevarlas a cenar ensalada mixta y chuletón en las parrillas junto al lago de la Casa de Campo. Alfredo hasta traía la música puesta, algo de Leño que nadie más joven habría llevado, aunque la apagó cuando Bum Bum entró en el coche para que pudieran decirse sin ruidos de fondo cuánto les gustaba volver a verse, hermano. Alfredo dobló a la derecha en el Puente de Ventas para tomar la M-30. Hasta el Puente de Vallecas y la avenida de la Albufera, el trayecto no era largo, Alfredo sólo tuvo tiempo de explicar a Bum Bum quién era Piñata y en qué se había convertido desde que irrumpió en Madrid.

—Macho, es que tú cruzaste Despeñaperros hace mucho, aquí han pasado cosas, ha salido gente, ha entrado otra nueva. Y este es el puto amo.

—¿Tú estás bien?

—Voy tirando, amigo. Como no tengo un marqués para pasarle las facturas...

—Ese chico que tienes, Damián... ¿Es lo que dicen?

—A ti no hace falta que te explique de cuántas formas distintas se puede joder. Pero tengo un campeón del mundo, Rubén. Lo que tú y yo nos creíamos, ¿te acuerdas?, este cabrón lo es. Lo tiene. El otro día me hizo una pelea con gripe. No tenía ganas ni de moverse. Se quedó cerradito de guardia, tranquilo. Y de pronto tiró un solo gancho al hígado. Ahí se acabó. ¿Hasta cuándo te quedas? En cuanto arreglemos esta movida, vente a conocerlo. Entrena un poco conmigo, habla a

los chicos...

—Bueno, primero vamos a solucionar esto. ¿Sabes que el pijo me ha encargado de decirle que le regala un caballo?

Alfredo se carcajeó.

—Pero no me jodas, no se lo digas al sudaca y nos quedamos con el caballo. En la próxima velada metemos a Damián montado... No me jodas, un caballo... Lo dejas dos días con Piñata y caga farla.

Alfredo aparcó junto a un *fast food* de pollo frito, un Kentucky, en la avenida de la Albufera. Del paso elevado de la M-30 caía y quedaba suspendido un hollín, un esmog fabricado por los tubos de escape de los coches que sobrevolaban el barrio como si temieran que los pudiera atrapar. Daba la impresión de que conducían rápido hacia los barrios residenciales de la A-1 para que Vallecas sólo fuera una visión fugaz, difuminada y casi subterránea, hecha de tejas rotas y personas minúsculas. Había bares con banderas ecuatorianas colgadas en las cristaleras y locutorios que bullían de gente y que tenían escritas con tiza sus tarifas para enviar dinero a América. La acera daba una impresión tumultuosa y abundaban los niños en brazos de alguien o poniéndose de puntillas para llegar al mostrador en los puestos de Frigo o en los de horchata que a punto estaban de desaparecer de Madrid al mismo tiempo que el verano. Calle arriba, se presentía el estadio del Rayo, en cuyo gimnasio Alfredo y Bum Bum habían peleado y entrenado muchas veces, o llevado a alguien a entrenar o a pelear en aquellas veladas modestas en las que se comprimía tanta gente que el boxeador que salía de los vestuarios iba pidiendo paso y disculpándose con las señoras para llegar hasta el ring. A algunos de los novatos, la abuela les llevaba el bocadillo y se sentaban a comerlo con ella, después de pelear, con alguna herida recién cerrada en el pómulo o la nariz. Otros, los ganadores, caminaban entre las filas de sillas para hacerse felicitar y luego se acomodaban entre los amigos del barrio o del gimnasio como pequeños reyes temporales a los que depondría el día siguiente.

Detrás de un salón de banquetes lleno de dorados como los que se rasca a las monedas de chocolate había una calleja lateral con soportales y edificios bajos, vestigios pueblerinos del barrio de cuando aún no se lo había tragado la ciudad. Ahí estaba el gimnasio. Desde fuera, daba una impresión moderna, dinámica, con consignas que invitaban al esfuerzo y retratos enormes de gente joven y guapa que pegaba al saco o posaba en guardia. No parecía pretender ser una fábrica de profesionales, sino más bien un lugar en el que mirar culos con el pretexto de sudar. Estaba a punto de abrirlo, con dinero de Piñata, Kiko, un promotor menor, casi un lanista de suburbio. Entraron. Los impresionó el gimnasio, tres rings flamantes, más de una docena de sacos, aparatos, luces, colores, expositores de bebidas isotónicas y de batidos, un gimnasio sin alma y sin olores viejos, pero con mucho dinero dentro. Nadie en Madrid podría sostener algo así sólo con el boxeo. Y menos en Vallecas, adonde no atraerías jamás a los ejecutivos de Serrano dispuestos a entrenar con manoplas, pero en clubes favorables al intercambio de tarjetas de visita delante de los cuales se pudiera aparcar la *scooter* sin miedo a que alguien la robara. Gimnasios en los que al salir se encuentre rápido una ensalada del Delina's o un frapuccino del Starbucks, no un bar ecuatoriano con pedazos de pollo ensartados en una brocheta y con muñecos en poncho.

Piñata se había traído a dos machacas. A uno, un mazas reglamentario con aspecto solemne, extranjero y disciplinado, Alfredo no lo conocía de nada. Pero al otro sí. De hecho, al otro lo conocía bien porque durante un par de años entrenó en su gimnasio. Sabía de él incluso que tenía un adorno de plata atravesado en el glande. Era Richy, un veterano de los Miami, con el pelo casi al raso ya canoso, con sus 105 kilos de musculatura maciza declarándose resistentes a la edad, que hizo el intento de cambiar de vida cuando quedó disuelta su banda de siempre y él salió airoso de

las redadas de la UCO. Sospechosamente airoso, según se dijo en la calle. Richy trató de hacerse legal llevando la seguridad de una enorme discoteca de Alcalá de Henares de la que erradicó a los *skinheads*, mezcla futbolera de polacos y locales, que la aterrorizaban después de un mes de peleas multitudinarias y sucias que acostumbraron a las limpiadoras a frotar sangre además de recoger los condones usados que siempre aparecían en los meandros oscuros. Ganada esa guerra, Richy disfrutó de un engañoso tiempo de paz durante el cual sólo tuvo que pastorear a los jovencuelos revoltosos de la cola y acompañar amablemente hasta la puerta a los borrachos que se ponían patosos. Él siempre tieso y elegante dentro de su abrigo largo y de sus ternos oscuros con corbata. De vez en cuando, como en recuerdo de los tiempos clandestinos, se sacaba un sobresuelo moviendo por los clubes como el Hot y el D'Angelo y por los pisos golfos de Madrid a chicas que lo adoraban porque las trataba con educación y les daba consejos que iban desde cómo instalar un antivirus en el ordenador hasta cuáles eran los mejores complejos vitamínicos que podían encontrarse en los herbolarios. Era, además, un protector vocacional que a veces esperaba durante horas, pegando la oreja a una puerta, sólo porque no le había gustado, por soez o por malencarado, el cliente asignado a una chica. Además de unos hámsteres, no se le conocía otro simulacro de familia aparte de ellas. Un poco Frankenstein implorando compañía humana junto a los nenúfares.

Un día, a Richy un moldavo trató de matarlo de un disparo en la nuca mientras se ajustaba los pies a los pedales de la bicicleta de montaña. Zafó porque vio, dibujada en la acera, la sombra del brazo estirado que empuñaba el arma, como un pistolero de teatrillo chinesco. Le arrojó la bicicleta encima y el matón, un muchacho más bien escurrido, salió huyendo al ver que a Richy la rabia le hacía brotar en el cuello venas gruesas como para bombear petróleo. Indagó y supo que era un encargo que venía de dentro de la cárcel de Soto del Real y que al moldavo iban a darle diez mil euros. Richy empezó entonces a apuntar en una libreta las fechas de salida de la cárcel de algunos tipos chungos en serio a los que adjudicaba motivos, sobre todo relacionados con la venganza, para enviarle moldavos. Cada vez que uno de ellos salía, Richy pasaba unos días obsesivos durante los cuales no dejaba de mirar atrás en la calle y sospechaba de cualquiera en la discoteca. La lista en su libreta era tan larga que comprendió que no sobreviviría si se quedaba a la intemperie. Otro pringao sobre una bicicleta de montaña. Necesitaba una banda. Necesitaba volver a entrar en una banda y que ciertos inquilinos de Soto supieran que no iban a matar a Richy el gorila de discoteca, sino a un soldado de Piñata. Se ofreció. Su experiencia y su reputación le consiguieron el trabajo y cierto entusiasmo de Piñata, que ya siempre lo quiso cerca, a veces incluso dando la vuelta a la carne y las provoletas en la parrilla. Por eso ahora Richy estaba ahí, en un gimnasio, encarado a Alfredo y a Bum Bum, con las manos enlazadas por delante, reposadas, como en la posición de espera de un verdugo que tuviera el hacha clavada en un tocón. Alfredo vio que Richy tenía puesto un puño americano y supo que, si Piñata se lo ordenaba, lo usaría con la admirable profesionalidad gélida que lo había convertido en un hombre respetado durante todos esos años a los que pocos tipos de la edad de Richy sobrevivieron tan indemnes como él. Tan en forma, encima, tan doscientos kilómetros de bicicleta los fines de semana.

—Hola, Richy —dijo Alfredo, y Richy correspondió con un remoto esbozo de sonrisa en el confín de la comisura de sus labios.

El grandote silencioso que acompañaba a Richy tampoco llevaba las manos vacías. Tenía una porra extensible que asomaba por debajo de la manga. Alfredo notó que Bum Bum también la había visto, e intuyó por su expresión y por el modo en que fijó la mirada en la del otro que no se iba a arredrar si las cosas se ponían físicas, que no lo habían reblandecido tanto los años pasados en Sevilla entre gente a cuyo timbre jamás llamaba la policía, como no fuera para dejar una pizza.

Los machacas y su armamento eran excesivos para lo que sólo debía consistir en una charla y una disculpa. Pero Alfredo se lo tomó como un elogio: estos tipos los respetaban a ambos y sabían que, para sentarlos en una silla si a ellos no les salía de los cojones hacerlo, haría falta algo más que una amenaza o un guantazo a mano abierta como los que sirven para humillar a los hombres a los que se desprecia tanto que ni dolor apetece causarles. En aquella estancia, en aquel instante, y esto lo sabían todos los presentes, imperaba la ley antigua de esos barrios que son siempre el mismo barrio, en Madrid, en Buenos Aires y en Bucarest. Pasara lo que pasara, nadie se haría el sorprendido. Bum Bum pensó que menos mal que no había ido con ellos el duque, porque ya habría tenido tiempo de equivocarse tres veces y de hacerse matar.

A quien no veían era a Piñata. Richy estaba parado delante de una puerta con un cartelito de WC y una silueta masculina tocada con una chistera, así que Alfredo y Bum Bum supusieron que Piñata estaba ahí dentro. Pero nada les decían. El silencio pronto se volvió molesto porque había que llenarlo con el juego intimidatorio de las miradas sostenidas. Lo cual, entre veteranos, era un poco absurdo, como lo sería que a dos futbolistas encarados no llegara el árbitro a separarlos y tuvieran que quedarse así más tiempo del previsto, sintiéndose más tontos que rabiosos. De dentro del cuarto de baño llegó un gemido, sonó como si Piñata estuviera follándose a alguien. Pero justo después resonó un pedo estruendoso que reveló que en realidad estaba demorado por una deposición dificultosa. Un engrudo de provoletas por culpa de los asados con los que agasajaba a sus sobrinos. Después del pedo fue imposible seguir impostando expresiones criminales. Los cuatro hombres se sonrieron los unos a los otros y hasta los cuerpos se relajaron. Alfredo incluso le hizo alguna broma a Richy acerca de que no tratara de pegarle usando ninguno de los trucos que él le había enseñado en el gimnasio cuando acudía a entrenar, porque lo vería venir.

—Tu famoso crochet de derecha amagado seguido de un gancho de izquierda abajo, ¿verdad, Alfredo? Eso son florituras. En la puta calle no sobrevives haciéndote el Mayweather. De lo que se hace en la puta calle sé yo más que tú. Pero no te cobraré la clase.

—¿Quién es este tío tan callado que te has traído? ¿Debo preocuparme por él, Richy?

—A nuestra edad hay que preocuparse hasta del colesterol. El chico se llama Vlad, y se apaña, sí, cuidadito con él.

—¿Nos entiende?

—Claro, coño. Pero es de hablar poco. Y es una pena, porque tiene un acento de película de la KGB que te descojonas. Vlad, dile algo a mi amigo Alfredo, anda, que no te cuesta nada.

—Mi voy haser un coliar con tus dientez.

—¿Ves? ¿A que mola? Pero le tengo que pensar alguna frase más. Esa yo creo que hasta se la suelta a las chicas cuando les pide salir. La repite tanto que se me ha quedado, a veces voy conduciendo solo y lo digo, mi voy haser un coliar con tus dientez, mi voy haser un coliar con tus dientez. Como cuando te sorprendes a ti mismo canturreando «La barbacoa».

Sonó la cisterna del retrete. Sonó el grifo abierto. Richy y Vlad se pusieron tiesos, como pegando un respingo jerárquico. Se abrió la puerta. Del cuarto de baño salieron dos cosas: Piñata y un feo olor a heces. Como el del azufre cuando se aparece el demonio.

Piñata se estaba secando las manos con una toalla diminuta. Sin prisa, se apoderaba del escenario, rendía espeso el silencio, se le antojaba ser esperado. Resopló como después de un esfuerzo e incluso miró un instante atrás como si, en vez de defecar, hubiera hecho desaparecer los trozos de un cadáver a base de tirar de la cadena y quisiera asegurarse de que todo quedaba limpio. Alfredo lo notó algo avejentado para el recuerdo que tenía del hombre dominante al que en algunas veladas había visto ocupar sillas de ring con chicas y amigos ruidosos, sin pasar jamás desapercibidos. Tenía una nariz que parecía el pico de un ave tropical y una melena abundante,

aunque canosa del todo. Era fuerte, pero se apreciaba que lo había sido más. Asomaban algunos indicios de decadencia que probablemente inquietarían a un hombre que en parte vivía de la violencia que otros hombres lo creyeran capaz de ejercer, igual que los jefes tribales antiguos permanecían mientras pudieran subirse a un caballo. Eran visibles algunos tatuajes primarios que parecían hechos con punzón en una celda. No vestía elegante, no al menos ese día, sino que llevaba pantalones de deporte, chancletas y una camiseta de Boca Juniors con las mangas recortadas que mostraban por completo unos brazos pesados, de piel blanca y vello oscuro. Era un tipo que no estaba ya en su mejor edad, que sugería algunas perezas incipientes, algunas rendiciones de la tensión, y del que se veía que no sería capaz de sustituir el personaje del matón barrial venido a más por algo más señorial e intervenido por la sastrería. Pero todavía irradiaba carisma y autoridad. Nadie hablaría mientras él no lo hiciera.

—Falta alguien, me parece a mí.

Alfredo y Bum Bum no respondieron.

—El pelotudo del noblecito. ¿Se rajó y os dejó en el horno a vosotros dos?

Piñata se sentó pesadamente en un banquito, junto a un expositor de mancuernas. Se miró durante un instante las uñas con un rostro sin expresión. La sensación de todos en la estancia fue que le daba pereza hacer esto. Que le estaba costando estimularse para ponerse violento: un problema de erección en el temperamento. No tenía ninguna animadversión a los boxeadores. De hecho, lo que le habría gustado es enseñarles el gimnasio y hablar de los negocios que podrían hacer juntos. El duque era un personaje inexistente en su hábitat que no lo obligaba a derramar meadas territoriales. La afrenta no era tal, y ya estaba compensada por el ridículo del duque al pegar la espantá a Sevilla. Si a su alrededor había cuatro hombres con experiencia de luchadores dispuestos a destrozarse entre ellos aunque no se odiaran, era sólo porque estas situaciones se creaban si Piñata lo deseaba. Y le gustaba recordarlo de vez en cuando. Porque a eso estaba ligada la legitimidad de su autoridad. Todo en su vida había consistido en no dejarse jamás un desafío sin responder, un ataque o una simple falta de respeto sin castigar. Pero ahora verdaderamente no hacía falta. Lo sabían los cinco. Piñata necesitaba una salida que no exigiera hacer el *show* del bravucón enojado que por otra parte poco iba a impresionar a tipos tan cuajados como Alfredo y Bum Bum, contra cuya entereza sería necesario utilizar la violencia. Tampoco quería llevarlo todo a un desenlace en el que él creyera mostrarse débil. La salida honrosa para todos la ofreció el caballo. La propuso Bum Bum. Cuando hablaba, parecía que su mandíbula trituraba palabras como si masticara hueso.

—Señor Darío, permítame primero disculparme. De haber sabido que esa radio es suya no habríamos ido en plan tan chungo. Aunque también tiene usted que reconocer que a nadie le gusta que insulten a su familia, y don Francisco para eso es un caballero.

Piñata lo miró como si el término caballero fuera algo con lo que entraba en contacto por primera vez: una mariposa amazónica que alguien sacaba de un frasco, un espécimen raro.

—Don Francisco es consciente de que la ha cagado. No sabe cómo compensarlo a usted. Bueno, sí sabe. Le ofrece su amistad y un caballo árabe elegido entre los que tiene en su cortijo.

—¿Que me quiere pagar con caballo, decís?

—Con un caballo. Uno de verdad, vivo, con cuatro patas.

—Pero mirá qué despelote. ¿Qué hago yo con un caballo? ¿Me visto de gaucho y voy con mis boleadoras por Madrid?

—Es un caballo carísimo, señor Darío. Mucho más que un boxeador. Puede ponerlo a correr y todo.

La idea era disparatada, pero le sirvió a Piñata para zanjar la cuestión. Mientras se reía

imaginándose dándoles las riendas del caballo a los aparcas de sus discotecas, Alfredo vio que Richy metía en el bolsillo el puño americano. Piñata les enseñó por fin el gimnasio. Se interesó por los chicos de Alfredo y se comprometió con él a visitarlo, promesa que Alfredo habría preferido que jamás fuera cumplida. Los cinco hombres terminaron encerrados en una sórdida whiskería del barrio de la Concepción, junto a los enormes panales humanos que eran visibles desde la M-30. Piñata siempre metido en su absurdo atuendo deportivo, de barra brava envejecido al que se le hubieran quedado herrumbrosas las bravatas. Bebieron y confraternizaron mientras invitaban a beber a tristes chicas esclavas con palidez de prisioneras y medias de rejilla. Entrada la noche, Piñata hizo traer unos solomillos de un mesón cercano que se comieron en la misma barra. A esa hora, de un cortijo de la provincia de Sevilla salía, para ponerse en carretera, un camión que llevaba rotulada en la chapa una advertencia acerca de su carga: «Animales vivos».

Dos días después, Richy se despertó más temprano de lo habitual. Algo tumefacto, como siempre le ocurría hasta que el calor comenzaba a circular por las articulaciones. Todavía desnudo, se palpó un escozor. Una de las argollas que llevaba prendidas de las tetillas le había provocado un desgarró diminuto cuando tiró de ella, durante el sexo, la chica que aún dormía a su lado. Richy le echó encima la sábana, despacio, como si estuviera cubriendo un cadáver, pero sin llegar a tapar el rostro aindiado y oriental de peruana con mezcla. Luego orinó, se duchó, se cepilló los dientes, se aplicó desodorante y también hidratante en los codos, que tenían tendencia a researse. Se contempló en el espejo y decidió que tenía tiempo de pasarse una cuchilla por el cráneo, en el que asomaban ya unos flancos de pelo cano que delataban el dibujo de la calvicie. También se miró un tatuaje, ocurrencia de borracho durante la juventud que ahora lo ponía melancólico. Justo debajo del ombligo, tenía impresas la frase «Insert Coin» y una flecha que señalaba hacia el pene.

Desde su regreso a la vida de hampón, Richy había meditado mucho para lograr la aceptación de algunas cosas. Por ejemplo, de que ya nada evitaría que muriera, algún día no lejano, solo y de una muerte violenta. Lo había hecho a pelo, sin divanes y sin confesionarios. Sin amigos y sin camareros. Sin aburrir siquiera a una sola puta de las que a veces viajaban en el asiento de atrás. Pero quedó conforme. El día que lo aceptó, y en el que por añadidura se convirtió en un arma humana empuñada por Piñata que ninguna otra cosa aspiraba ya a ser, fue a que le hicieran una vasectomía. Algo irreversible, que sajara su línea de continuidad, que lo comprimiera en una única noción de presente, y con lo que declararse un final de especie. Con lo que proclamar que su muerte no supondría el abandono de chicos demasiado pequeños para valerse. Un protector jamás se arriesgaría a fallar así a los suyos, eso lo habría asegurado de Richy cualquiera de las putas a las que cuidaba como si de cada una de ellas estuviera enamorado en secreto.

A veces, durante sus conversaciones interiores, Richy se ponía como ejemplo una escena de *Donnie Brasco* en la que Pacino, antes de salir de casa hacia el lugar en el que sabe que será ejecutado, se despoja de sus anillos, sus pulseras y su reloj para que no se pierdan y los deja dentro de un cajón. Lo que Richy metió en un cajón mental fue la obligación de futuro, el hombre que aún podría haber sido y la vida que aún podría haber corregido. Y estaba conforme. Cada día salía de casa como si fuera de voluntario a su propia ejecución. Se entregó tanto a esa idea que elegía con cuidado la ropa interior, no porque pudiera desnudarse para una mujer antes de que acabara el día, sino porque podía desnudarlo a él un forense. Por eso lo molestaba tanto el tatuaje del «Insert Coin». Porque era estúpido, claro. Pero, sobre todo, porque arruinaría la compostura de un cadáver para el cual hasta los calzoncillos habían sido pensados, porque el forense se reiría de él. Antes de meter en la batidora una mezcla de proteínas en polvo y de que el ruido despertara a la chica, Richy se aseguró de que, al abrir los ojos, se encontrara junto a ella en la cama café caliente, zumo y un par de tostadas. No conocía su nombre, sólo sabía de ella que trabajaba en el guardarropa de un club de Piñata y que la noche anterior, después de entregarle un abrigo, se demoró a su lado con un aspecto quebradizo y una mirada delicada llena de naufragios, como si necesitara o una conversación o un consomé en alguna parte, o un helicóptero que la rescatara del mar. Resultó más fácil conseguir un consomé que un helicóptero. Mientras desayunaban, no hablaron. A ninguno de los dos parecía ponerlo incómodo el silencio. Al revés. El silencio era su primera complicidad reconocible.

La chica tuvo que ponerse la ropa de la víspera. Un conjunto gris con falda por debajo de la rodilla, como de ejecutiva, con la que hacía tiempo que Richy estaba acostumbrado a no verla en

el ínfimo habitáculo donde repartía abrigos. Casi era mimética con el perchero, un abrigo más, apenas articulado. Nada que ver con los vestidos embutidos y dorados, como de burbuja de fin de año, y la exuberancia de las mujeres que animaban a los hombres a pedir siempre otra botella más en la barra y que a veces se marchaban con ellos, dejando a la chica del guardarropa un rastro de perfume, risas y promesas sexuales. La chica sabía que los hombres necesitan impresionar a las mujeres con las que se disponen a acostarse, incluso cuando pagan por ello y no tienen que seducirlas, porque siempre dejaban propinas mejores que cuando salían solos.

Richy la llevó hasta la boca de metro de Canillas. Ella le tiró un beso a la mejilla que pareció el de una niña a su padre antes de bajarse del coche a la puerta del colegio. Lo volvería a ver. O por voluntad suya, o en el club, no necesitaba agobiarlo preguntándose. Lo volvería a ver cuando ella fuera otra vez apenas un abrigo más en el perchero. Tal vez él la ignoraría cuando pasara por delante del habitáculo acompañado por las mujeres que repartía por la ciudad y protegía y que tenían con él gestos de confianza a los que ella no se habría atrevido. No todavía. Las admiraba, a esas mujeres. Le parecían bellas y aplastantes. Caras. Las admiraba cuando hipnotizaban de a poco a tipos que, mientras una mano reposaba de pronto como al descuido sobre su muslo y les era susurrada de repente una osadía erótica pensada sólo para ellos, se volvían capaces de rendirse con la tarjeta de crédito entre los dientes. Las admiraba cuando, otra vez ellas mismas, sin fingimientos, hacían reír a Richy. Le pegaban pellizcos en las mejillas. Le prometían guisarle arroces criollos. Lo trataban como a un amigo antiguo e inofensivo de los que ayudan con la ropa y aciertan con los consejos dentro de un probador femenino. Era eso, y era una fuerza colosal, siempre contenida, que mataría por ellas y lo sabían.

Richy esperó a que la chica desapareciera por la escalera del metro, entre personas apuradas, algunas de ellas con auriculares puestos. Después, llenó el depósito del Audi A3 para tener gasolina suficiente para el viaje completo de ida y vuelta. Este iba a ser uno de esos viajes en los que resulta preferible no ser captado por ninguna cámara en el camino. Richy no deseaba ser grabado en una estación de Repsol de una autovía manchega en el instante de pagar combustible y chocolatinas. Hasta se había acordado de meter en la guantera una gorra beisbolera para ponérsela en los peajes. La matrícula del coche, obviamente, tampoco llevaría a un investigador a ninguna parte.

Después de repostar, Richy condujo hasta Vallecas. Aparcó cerca del gimnasio de Kiko, que aún olía a pintura, pero tenía ya los primeros púgiles haciendo comba y sombra en el ring y también las primeras chicas que se dirigían hacia la clase de *spinning* con una botellita de agua y una toalla. Mala mezcla, pensó Richy. Seguía sin gustarle el gimnasio. Los prefería más tenebrosos y destartados, más *Rocky*. O como el de Catskill que tenía idealizado después de verlo en un documental, donde no imaginaba a Tyson, introducido en el sacerdocio guerrero por las lecciones del bushido de Cus D'Amato y por las repeticiones de golpes en el vientre con un enorme balón medicinal, distraído por el paso de una muchacha en mallas, con toalla al cuello y una botellita de agua. De aquí no va a salir nadie, pensó, si acaso más aspirantes a trabajar en las puertas de las discotecas. Kiko andaba por ahí, bajo, pelado, despreciable para Richy, que lo consideraba un ser gregario y precisamente por eso superviviente que algún día, por miedo a la cárcel, los traicionaría a todos. Si es que no lo estaba haciendo ya. Le preguntó por los dos tipos a los que había ido a buscar y Kiko, pretendiéndose, como siempre ante Richy, más duro y más jefe de lo que en realidad era, le dijo que habían ido a desayunar a la cafetería contigua. Al ver las ínfulas, Richy estuvo tentado de jugar un poco a amedrentarlo. Pero entre que una falta de respeto en la jerarquía no gustaría a Piñata y que no andaba sobrado de tiempo, prefirió dejarlo estar y echó un último vistazo a los escasos boxeadores que entrenaban mientras caminaba hacia la

salida. Lo alcanzaron entonces un ritmo de percusión y gritos de ánimo desaforados. Había comenzado el *spinning*. Mala mezcla.

Richy entró en el bar, ruidoso de tele y tragaperras. Las pisadas se le quedaban adheridas al suelo pringoso. Había tipos que empezaban el día con anís del mono. Los chicos estaban sentados en una de las mesas del fondo, junto a una puerta con el cartel de WC y la silueta de un hombre con chistera. Desayunaban porras. Las mojaban en cola-caos y bajaban la cabeza al engullirlas para evitar que gotearan fuera del vaso. Uno vestía una cazadora vaquera con cuello de borrego, Levi's. El otro, la sudadera de un club de boxeo de Alcorcón, y sólo por eso a Richy ya le pareció un memo: a quién se le ocurría salir a hacer lo que iban a hacer llevando puesta una pista para la policía. Él se había preocupado hasta de evitar paradas en las gasolineras, y este aparecía con la dirección donde podía ser encontrado escrita en el pecho y en la espalda.

Los dos tenían los rostros algo distorsionados por los combates. Miraron torvos a Richy cuando se sentó entre ellos sin decir nada y sin sacar las manos de los bolsillos de su abrigo largo. Lucía elegante a su lado, veterano, casi venerable, un matón pulido por la experiencia. Ellos eran machacas sin destilar. Chavales a disposición, como los banderilleros castizos que esperaban contratos en las tabernas decimonónicas, de los que había muchos en la órbita de Piñata, dispuestos a cualquier bravata con tal de trabajar en el cotarro y de entrar en el mundo de sus gimnasios y sus clubes. Las posibilidades de boxear y de delinquir eran indistintas, la una era el peaje de la otra. Peleadores de barrio como otros muchos, sólo que estos eran especialmente lerdos, pensó Richy, porque de pronto lo metieron en una negociación acerca de sí, además de los trescientos euros por cabeza, tendrían derecho a comer un menú pagado o al menos un bocadillo y una caña en la carretera. Por un momento, Richy pensó que habían depositado parte de su orgullo en esta reclamación y que no se subirían al coche sin obtenerla, y ello le inspiró fatiga y hasta compasión por sí mismo. El de la sudadera masticaba la porra con la boca abierta, el de la cazadora vaquera insistía en que mejor un menú que un bocadillo porque qué menos que comer caliente, y a Richy de repente se le hizo insufrible la idea de pasar casi todo el día encerrado en un coche con semejantes imbéciles. Se quedó ausente, desconectado, con los ojos cerrados, como en sopor. En el bolsillo del abrigo llevaba un pequeño estilete, y no estuvo seguro de que la veteranía fuera a impedir que se lo clavara en el cuello al tarado número uno si volvía a pronunciar la palabra bocadillo. Si volvía a pronunciar cualquier palabra. Con las porras en la mano, los dos machacas se miraban preguntándose qué hacer. Transcurridos unos segundos, Richy respiró profundo un par de veces, abrió los ojos, sonrió y habló.

—Prefiero no parar en la carretera. Cuanto menos seamos vistos en cualquier sitio, mejor. Pedid aquí unos bocadillos y unas cervezas, lo pago yo, toma. Os espero en el coche. Tú no puedes ir con esa sudadera. Sácatela.

—Vale, tío, no te mosquees, ahora salimos. Hemos traído musiquita para el coche.

—Mira, os he juzgado mal, pensé que erais de los que viajaban con chistes de Marianico el Corto.

Se levantó, siempre con las manos en los bolsillos, salió y se sentó a esperar al volante del Audi, desde donde vio que a los chicos les metían en bolsas de plástico unos bocadillos envueltos en papel de plata y unas latas de Mahou. Se repartieron el cambio del billete que les había dado Richy. No serían ni cuatro euros.

Entraban en la provincia de Ciudad Real cuando los machacas desarrollaron los bocadillos y el coche se llenó de olor a tortilla. Uno se derramó cerveza encima al tirar de la anilla de la lata, y el otro se carcajeó porque le dejó una mancha a la altura de los testículos que parecía la delación de una incontinencia. Iban los dos sentados detrás porque Richy no quería a

ninguno a su lado. Se negó a parar el coche incluso precisamente para permitirles mear, así que lo hicieron en botellines vacíos de agua que arrojaron a la autopista por la ventanilla. Sí les consintió poner la música que traían, raps de Carabanchel y rock duro, y cuando se cansaron y la quitaron les preguntó, por armar conversación, si iban en serio con el boxeo. Uno acababa de renunciar después de cuarenta combates de *amateur* por un coágulo en el cerebro. El otro, más joven, iba a intentar entrar en el equipo olímpico. Mientras, se levantaba dineros esporádicos en aquellos ámbitos que se habían vuelto definitivos para el que ya había terminado con el boxeo: la noche, las puertas de las discotecas, las escoltas a putas y narcos, las palizas por encargo. Richy intuía en qué instancia psicológica estaba aquel cuyo nombre no volvería a salir impreso en el cartel de una velada. Perdido el asidero de porvenir, nada impediría que se fuera deslizando hacia el lado salvaje hasta volverse capaz de matar por dinero. Piñata siempre tuvo un instinto especial para captar a estos muchachos en el preciso instante en que la frustración les doblegaba la voluntad y la ponía a disposición de quien quisiera hacerse con ella. Parecía que todas las renunciadas desembocaban en Piñata como en una escombrera de propósitos fallidos. Era como los muchachos de las novelas de aventuras que firmaban borrachos por la Legión Extranjera cuando una mujer les rompía el corazón o un crimen los obligaba a escapar. Legionarios de Piñata. Después de pensar todo esto con la mirada inexpresiva fijada sobre la carretera, Richy ya no volvió a ser brusco ni condescendiente con esos hombres. Sobre todo, con el del coágulo. El otro aún soñaba con medallas olímpicas, se le podía putear, aunque fuera por resentimiento preventivo.

—¿Hijos tienes?

En lugar de responder, el del coágulo se abrió la cazadora vaquera, se levantó la camiseta y mostró, impreso en el pecho, un tatuaje burdo, como hecho con boli Bic, que copiaba el retrato de dos niñas pequeñas con lazos en la cabeza, como vestidas de domingo el día que fueron al fotógrafo.

—Sólo falta el «Papá, no corras» —dijo Richy después de verlo en el espejo retrovisor, pero lo dijo con una sonrisa leve que el otro comprendió y agradeció.

—Papá no acabes en el talego, más bien. Papá que no te revienten a hostias.

La última media hora de viaje, el coche quedó en silencio. Richy bajó la ventanilla para que se disipara el olor a tortilla. Aceptó una lata de Mahou.

En las afueras de Ciudad Real tardaron poco en orientarse hacia un polígono industrial llamado Larache. Algunas naves tenían los carteles rotulados en chino, como ocurría en los polígonos del cinturón de Madrid. Había un par de bares en los que entraban y salían hombres vestidos con monos de trabajo.

—El hombre al que vamos a visitar —dijo Richy mientras callejeaba a escasa velocidad— ya recibió todas las advertencias reglamentarias. No hemos venido a hablar con él. Podemos encontrar alguna resistencia, pero no creo que haya fuscas.

—¿Qué ha hecho?

—¿Te importa?

—En realidad no, pero no empieces a ponerte borde otra vez, que bajaremos de este coche más colegas que cuando entramos, ¿no?

—Está bien... Es un moreno dominicano que pidió a gente nuestra algo de farla en préstamo para moverla aquí. Poca, en realidad. La que se pule Piñata en una fiesta. Pero luego no pudo pagar, o se hizo el longui, y esas cosas no pueden pasarse por alto porque perjudican la reputación.

Richy paró el coche a unos veinte metros de una pequeña nave dedicada a la bollería industrial. Junto a la puerta, fumaban dos hombres con delantales y gorros de plástico. Uno era

negro. Bajaron del coche. Richy abrió el maletero. Escondida bajo la rueda de repuesto iba una pequeña pistola del 22 que guardó en un bolsillo del abrigo. En el otro estaban el estilete y el puño americano que siempre llevaba encima. Ofreció al machaca del coágulo una porra forrada de cuero y este la escondió dentro de una manga de la cazadora Levi's.

—Para ti no queda nada —dijo al más joven—, te lo tendrás que hacer de puños.

—No hay problema.

Caminaron resueltos hacia la nave, Richy en medio. Los fumadores los vieron acercarse y comprendieron al instante. Entraron en la nave advirtiendo a otros con alaridos. Cuando entraron, unas pocas mujeres se apartaron, y algunos empleados se arrodillaron con las manos en alto como si hubiera empezado una redada, y no un ataque. El boxeador joven arreó a uno de ellos un puñetazo sonoro e innecesario que sólo podía deberse a las prisas por lucirse con un objetivo fácil. Lo golpeó una segunda vez cuando ya estaba tumbado, medio inconsciente, y Richy vio la sangre y el tabique nasal desviado. El otro boxeador iba más templado.

—El patrón. ¿Dónde está?

Una mujer señaló arriba, a una oficina cuya puerta aparecía al final de una escalera metálica. Subieron. Los de dentro habían desplazado muebles para impedir que abrieran la puerta y usaban sus propios cuerpos para agregar peso. Richy sacó la 22, la amartilló y avisó de que iba a disparar a través de la puerta. Lo hizo un par de veces procurando que las balas salieran demasiado altas como para alcanzar a nadie. La intimidación funcionó. Los hombres de dentro se retiraron de la puerta y los boxeadores de Richy terminaron de abrirla empujando un fichero y un sofá. Eran cuatro. Dominicanos de los típicos de las noches latinas. A puños o a cuchillo habrían plantado cara, pero estaban impresionados por la pistola. Richy creyó por un momento que el pringado de la deuda se quedaría sin ayuda y podrían emplearse tranquilamente con él. Iba a echar de la oficina a los tres tipos que sobraban, y que seguían mirando la pistola con cara de no me pagan lo suficiente, pero el boxeador joven lo estropeó con otro golpe innecesario que obligó a los dominicanos a pelear. Los dos boxeadores se fajaron en corto con ellos, tiraron golpes curvos, mucho upper, soltaron y recibieron patadas, el más veterano hizo estragos con la porra, cayeron ambos al suelo agarrados a un rival al que mordieron entre gruñidos. No intervenían en la pelea ni Richy ni el dominicano que debía el dinero, y que permanecía de pie junto a la mesa de trabajo como si se dispusiera a recibir una visita. Richy le fijó la mirada por encima de la melé de los que peleaban. En un momento en que un dominicano le dio la espalda, levantó la pistola cerca de su oreja y disparó, no para matarlo, sino para interrumpir la pelea. El negro se llevó la mano a la oreja, la detonación le había roto el tímpano. Pero funcionó. Todos se calmaron. El boxeador joven tosía y se tocaba el cuello como si hubieran tratado de estrangularlo. El veterano tenía marcas en el rostro, pero se había apañado bien: sus dos negros estaban desfigurados. Richy les ordenó que se tumbaran boca abajo con las manos en la nuca. Con parsimonia, se acercó al patrón. A este no le quedó coraje ni para intentar parar el golpe con puño americano que le abrió una raja enorme en el pómulo y lo derribó. En el suelo, se protegió como pudo y gritó que tenía el dinero en una caja blindada oculta en un cajón. Richy le hizo abrirla. Agarró sin contarle el dinero que había dentro y también unas bolsitas llenas de cocaína y de pastillas que parecían estar preparadas para su reparto en el sábado noche. Luego pidió al negro que colocara su mano en el borde del cajón para poder rompérsela: «Y no te quejes, porque venía a matarte, te salvó la guita que me llevo». El negro colocó la mano al borde del llanto y diciendo mamasita y contuvo el grito cuando Richy se la partió.

—Nos vamos.

Abajo, los empleados habían huido casi todos. Sólo el hombre que fue golpeado en la

entrada de los boxeadores permanecía ahí. Se lavaba el rostro en un grifo de riego que sobresalía de la pared y el agua fluía mezclada con sangre hacia el sumidero. Los miró sin odio ni miedo, más bien con lástima por sí mismo. Richy se le acercó y se puso en cuclillas junto a él. Los boxeadores lo apuraban por miedo a que llegara la policía, pero Richy se tomó unos instantes para inspeccionar la nariz fracturada y los cercos de los ojos tumefactos. Luego encontró unas pinzas y las introdujo en los orificios nasales para colocar la nariz provocando un alarido de dolor del hombre herido. Durante la maniobra, agarró con tanta fuerza la muñeca de Richy que él luego se descubriría las marcas de los dedos: «Lo siento, esto no tenía que haberte pasado. Pero en un par de semanas estarás bien». Por fin, se iban. Los boxeadores se llevaron un par de cajas de bollos ya empaquetados. En el Audi, el olor a chocolate se mezcló con el de la tortilla. Richy condujo rápido para salir cuanto antes, pero con serenidad, sin chirriar las ruedas ni dar la impresión de estar huyendo. Pronto se mezclaron con el tráfico en los andurriales de Ciudad Real. De improviso, echó el coche a un lado en una rotonda y soltó un codazo en el cuello al boxeador joven, que tosió con la boca llena de migas. Volvió a arrancar. El coche quedó en silencio. Sólo al cabo de un rato, el boxeador veterano le hizo notar que no estaba tomando la dirección de Madrid: «Aún no he terminado aquí».

No tardaron en llegar a una enorme estructura fantasmal, la de un aeropuerto en desuso. Algunas letras de los carteles de las líneas aéreas estaban caídas, había grietas en los cristales de las puertas de acceso y tierra y matojos arrastrados apenas por el viento. Parecía el decorado de un aeropuerto de película apocalíptica meses después del colapso de la vida humana sobre el planeta Tierra. En un panel quedaron los avisos horarios de un par de vuelos de hacía dos años, como un cuaderno de bitácora hallado en un barco a la deriva y sin tripulación. Algunas máquinas exhibían sus chocolatinas olvidadas. Juntos los tres, en la desolación de la terminal, daba la impresión de que iban a atacarlos zombis. Sólo que la terminal no estaba tan desolada. Les llegó un murmullo de voces. Al fondo había un grupo de cuatro o cinco hombres. Dos de ellos, trajeados como oficinistas. Los otros daban una impresión distinta, más peligrosa. Los boxeadores reconocieron la corpulencia de Piñata, su mata de pelo canoso, el perfil de la quijada, como de moai de Pascua, cuando giró levemente la cabeza al oír sus pisadas. Richy paró a los chicos. No iba a dejarles llegar hasta Piñata ni ver los demás rostros a una distancia que pudiera permitirles luego identificarlos en fotografía.

—Vosotros os marcháis ya.

—Vamos, Richy, no jodas. Es nuestra oportunidad de conocer a Piñata. Dile que lo hemos hecho bien y que podemos formar equipo contigo.

—Ya hablaremos en Madrid. Volveré a contar contigo. Con tu colega no. Ahora toma las llaves, volveos en mi coche, me lo dejáis en el gimnasio y ya iré mañana a buscarlo. Yo volveré con el jefe.

Comprendieron que era inútil insistir. Les habría gustado hacerse notar por Piñata, pero se marcharon, algo resentido el joven. Richy pensó que el olor de la tortilla le recordaría a esos dos durante mucho tiempo. Se acercó al grupo. Iba a quedarse a cierta distancia, invisible, como creía que le correspondía cuando protegía a Piñata. Pero Piñata lo llamó, lo saludó con un apretón de manos e incluso le presentó a los dos hombres trajeados. Uno trabajaba para un banco, una caja regional. El otro era político y trabajaba para el gobierno local, un seguidor, uno de esos tipos por los cuales hay que pasar. Los hombres del grupo llevaban todo el día reunidos. Venían ahora de almorzar en una venta perdida en una carretera comarcal y olían a licores de hierbas. Al político aún le colgaba de la boca el muñón de un puro sin lumbré. Cuando se incorporó, Richy llegó a oír, de forma fragmentaria, que el hombre del banco decía cosas en jerga técnica como que

«la operación es viable» y «el pago de las comisiones». A Richy de pronto empezó a asombrarlo lo que creía que ocurría ante sus ojos: Piñata iba a comprar el aeropuerto, ese inmenso delirio de la época de la prosperidad y las ínfulas que surgía en la planicie manchega como la osamenta de un camello muerto en el desierto. El antiguo matón porteño, que seguramente nunca aspiró más que a contar en un aguantadero los billetes obtenidos en un atraco, venía de emborrachar con orujo a la banca y al poder y estaba a punto de completar una maniobra que los convertiría a todos en algo mucho más grande que las drogas, las putas y las discotecas. Un aeropuerto. A lo mejor, Piñata pretendía explotarlo legalmente con vuelos privados. Hasta Richy sabía que en aquella región, en temporada de caza, las monterías podían atraer a cazadores de toda Europa. Pero no podía ser sólo eso. No con Piñata. Siempre quedaría, oculto, clandestino, un hangar dedicado a otra cosa, un hangar en que el Richy se preguntaba en qué idioma hablarían los que pasaran por allí. ¿Ruso? ¿Italiano? ¿Español con acento de Colombia?

Mientras los demás hombres seguían trabados en una conversación técnica, Piñata se llevó aparte a Richy y lo hizo pasear hasta un ventanal desde el cual se veía la pista de aterrizaje.

—¿Todo bien, ese asunto?

A Richy lo sorprendió que Piñata, si de verdad estaba comprando un aeropuerto que lo convertiría en un gánster internacional, se acordara todavía de un asunto menor como el cobro de una deuda a un camello reticente.

—Sí, hubo algo de acción, pero quedó resuelto.

—¿Los pibes que llevaste?

—Uno bien, el otro no tanto. Ya sabes cómo son los jóvenes. Todo huevos sin cerebro. Y quieren lucirse. Te meten en unas movidas cojonudas.

Piñata sonrió, displicente:

—Todos hemos pasado por eso, en la edad de ser un boludo sin nombre. ¿Qué te parece esto?

—¿El aeropuerto? ¿Lo estamos comprando?

—Vamos a crecer, Richy. Pero eso conlleva riesgos. Van a entrar en nuestras vidas tipos jodidos en serio, de la pesada. A los hombres como tú os necesitaré más que nunca. Pero la mano viene dura, te advierto. Tal vez acabes matándote con gente cuyo solo nombre quema el Google.

—¿Es algo a lo que podremos sobrevivir usando boxeadores medio tarados que te piden que les pagues el bocata de tortilla?

—No, claro que no. Vamos a reclutar a muchachos distintos. Algunos me los traeré de Baires. Los colombianos me cederán otros. Porque vamos a trabajar con los colombianos. Todo lo suyo lo quieren meter por este aeropuerto. Se acabaron los canillitas temblando en la aduana con seis bolsas metidas en el orto.

—Pero esto va a hacer un ruido tremendo.

—Ya lo creo. Madrid no sabe lo que se le viene.

Lo dijo con serenidad y con la mirada perdida en la pista de aterrizaje, como si se estuviera imaginando a sí mismo metido en una de aquellas fotografías que la CIA tomó en Panamá a Pablo Escobar cuando cargaba y descargaba aviones que hacían la ruta de Miami. Un sentimiento, apenas un gusanito roedor, prosperó en el ánimo de Richy. Tardó en identificarlo por la falta de costumbre. Pero de pronto supo qué era. Era miedo. Un miedo atroz. Caminaron de vuelta hacia el grupo:

—Por cierto, me llegó el caballo del noble cagón ese. Pensale un nombre. Voy a ponerlo a correr para que vayamos a verlo los domingos.

Y ahora, pensó Richy, apuestas en los hipódromos. Piñata parecía dispuesto a no dejar sin

cometer un solo cliché mafioso.

Magda López pasó todavía un rato encerrada en su camerino después de que la llamaran para acudir al plató. A la vuelta de un bloque de publicidad retomaban con ella. Llevaba un vestido ceñido, con destellos de lentejuela, en el que se veía tan gorda que logró tragarse sólo tres de los pastelitos de Mallorca que le habían dejado en una bandeja junto a los termos de café y las bebidas refrescantes. En verdad, parecía un manatí atrapado en la red de un pesquero. El camerino estaba turbio de humo. En el retrete flotaban colillas con los filtros manchados de pintalabios. Magda pensó con tristeza que así se habían quedado, alguna vez, los penes de los hombres que despertaron a su lado. Así de manchados, así de chiquitos y mustios, consumidos, fumados. Un iPod clavado sobre un pequeño altavoz emitía flamenco-pop. Magda se palpó los pechos, como lo hacía varias veces a lo largo del día, no siempre en la intimidad, como en un automatismo de la ansiedad, buscándose un cáncer. Con ella estaban Chispita, una diminuta hembra de chihuahua que solía viajar metida en un bolso y tenía cara de murciélago, y su representante Kitín, quien no viajaba en el bolso, sino que era un *mignon* de la noche y de las terrazas de Serrano y Lista que además mantenía en una revista de moda un consultorio en el que se decía el Petronio de los *it boys*. Ahora, estaba trazando las líneas de cocaína con la tarjeta de cliente vip de la discoteca Gabanna. También jaleaba a Magda, su belleza, su carisma, el maquillaje ideal, porque sabía que, sin esa terapia y sin la dosis adecuada de cocaína, ella no lograría ni siquiera caminar los catorce pasos que la separaban del estudio a través de un pasillo que bullía con las premuras características de una emisión en directo.

Un regidor volvió a golpear la puerta, esta vez más fuerte, en el estadio inmediatamente anterior al policía, abran. Magda agarró el brazo de Kitín e impidió que se levantara a abrir porque todavía necesitaba un instante más, al menos hasta que se le mitigara el regusto a yeso que la cocaína le había dejado en la garganta y que la ahogaba como si le estuviera costando tragar una cucharada de asfalto. A través del micrófono incorporado a sus auriculares, el regidor bromeó con el realizador y le dijo que ya sólo se le ocurría agarrar el extintor y usarlo como ariete para tirar la puerta abajo. En la cabina de control, el realizador dijo a la directora que él ya había advertido de que esto podía pasar, esta tía está fatal, y sería mejor ir pensando en reconstruir la escaleta para arrancar con otra cosa a la vuelta de publicidad. El niño que canta soy minero, que lo pongan en prevenido. O la entrevista al *paparazzo* que obtuvo las pruebas del viaje adúltero a Roma del torero. O la top-model metida a monja que se vació la silicona de las tetas antes de ingresar en la orden. O la viuda del excelso pianista que también era ludópata de timba de póquer que ahora va a ser desahuciada de la mansión de Montepíncipe que tiene una piscina en cuyo borde hay unos efebos de escayola con las cabezas agujereadas por las postas que el artista les disparaba durante sus últimas semanas, que fueron ya de enajenación completa. Algo.

Con cierto sofoco, la directora abrió papeles encima de una mesa como si estuviera desplegando mapas para sacar de la selva una unidad en peligro. Al mismo tiempo, intuía con desgana la cólera cuando le anunciara las improvisaciones por el pinganillo, de su presentadora, la eterna Nina Montalbán, la mujer en cuyo escote, entonces tremendo, se fijó Sinatra durante más de segundo y medio de reloj cuando agasajó a sus invitados escogidos después del recital en el Bernabéu, la megadiva vestida por Versace lo mismo para entrevistar a un premio Planeta de literatura que para recaudar fondos para el África famélica en un telemaratón. Podía con todo. Menos con la improvisación y las presentadoras menores que ella que se quedaban encerradas en el camerino. Más tratándose de Magda, vieja enemiga a la que había decidido ayudar, con una entrevista, a promocionar su nuevo *talk show* después de unas cuantas temporadas desaparecida, en un gesto de reconciliación condescendiente.

El niño minero estaba siendo empujado por el pasillo hacia la puerta del plató, aún masticaba un phoskito. La directora apretó el botón del micrófono interno mientras todos en la cabina de control contuvieron la respiración.

—Nina, querida... —empezó a decirle cuando a Nina dos peluqueras y una maquilladora le rociaban laca y le retocaban los pómulos mientras la estrella profería unas quejas por la lentitud tan soeces que sorprendían a los espectadores presentes por lo poco que congeniaban con la dulzura con la que en directo Nina era capaz de enternecernos a todos hasta convencernos de la necesidad impostergable de adoptar un huérfano amazónico.

—A ver, tú ahora. Venga, dime, qué cojones pasa. Esa gorda de mierda tiene un ataque de pánico o algo así, ¿no?

En ese preciso instante, el regidor avisó de que la puerta se había abierto por fin y Magda López corría hacia el plató dando zancadas cortas y ridículas sobre sus tacones afilados como púas.

—Nada, querida —dijo a Nina la directora—, no pasa absolutamente nada. Sólo quería decirte que esta noche estás especialmente radiante.

—¿Tú crees?

El realizador exhaló un suspiro audible. La directora susurró no me pagan lo suficiente. Al niño minero lo giraron y lo devolvieron a la sala de espera, donde alguien pidió agua para desatascarle el phoskito. Magda entró en el plató, reconstituida, dueña de sí, encantadora, e intercambió con Nina besos sin contacto en la mejilla y piropos de estás divina mientras la orientaban hacia el sillón que debía ocupar. ¡Estamos en diez, nueve, ocho...! No se le iban el sabor a yeso ni la fea sensación de cosa trabada, de espesura en la respiración.

La entrevista no empezó bien. No fue culpa de Nina, que en verdad tenía preparado un cuestionario amable y liviano y estaba dispuesta a ser generosa con Magda en su rendición. Pues a eso había ido Magda al plató de Nina, al salón del trono de Nina, a la piedra de los sacrificios humanos de Nina. A rendirse. A mendigar una publicidad que obrara el milagro de su resurrección después de varios años fuera, justo cuando las cajeras de los supermercados no le pedían ya la foto, sino que la miraban como intentando recordar de qué la conocían. Magda había ido a que la gran Nina Montalbán la curara, como por imposición de manos, de esa otra muerte, peor que la muerte por ser consciente, que era no existir en televisión. A cambio, sólo tendría que pagar con un poco de adulación, como todos los demás personajes que imploraban un rato de atención de Nina, incluso para ser maltratados. Magda sabría hacerlo. La cocaína ya no la atragantaba. La cabeza la sentía fresca, operativa. Kitín, detrás de las cámaras, le levantaba los dos pulgares. Sólo debía procurar no extenderse demasiado en las respuestas y no apretar la mandíbula con esa ansiedad que a veces le provocaba la cocaína y le hacía parecer triste y cadavérica.

Pero la entrevista no empezó bien. Y no fue culpa de Nina. Lo fue del redactor que preparó la pieza de presentación de Magda con algunos momentos escogidos de su carrera en la pantalla. Algunos divertidos, como cuando, delgada, joven, primigenia, visitó la finca del torero para un reportaje humano y torearon vaquillas al alimón como habían hecho las divas de Hollywood con Dominguín y Ordóñez. Otros, solemnes, como cuando intercambió unas palabras cálidas con el rey durante la retransmisión de la boda de una infanta. Artistas, políticos, escritores de jersey de cuello alto ante los cuales ella siempre repetía una misma expresión tensa que igual podría haber evocado trabajo intelectual que el avistamiento desconcertante de un ovni. Las imágenes estaban ordenadas en sentido cronológico, por lo que resultaba inevitable que se apreciara su decadencia gradual. La cara cada vez más hinchada. Los estragos de la noche, del alcohol, de los galanes fugaces que le preparaban rayas sobre las tapas de los retretes o en los carrmatos del Rocío,

cuyo vaivén causaba las risas de todos al esnifar. Según avanzaba la pieza, la presentadora fresca del principio, la que se sentaba a conversar con ganadores del premio Cervantes, aparecía en sus últimas temporadas presentando concursos tumultuosos o *realities* de gente encerrada que follaba en un *jakuzzi*, chicas impertinentes que venían de hacer de gogó en la discoteca donde las había descubierto un directivo de la cadena y por cuyo cuerpo joven Magda se habría vendido al diablo.

Todo eso era la vida de Magda. No podía eliminarse de un vídeo sobre su pasado, e incluso haría más meritoria la gloria del regreso, ahora que volvía a ser dueña de su propio plató y de su propio enjambre de peluqueras y maquilladoras. Pero no hacía falta meter lo del dinosaurio. Aquel remoto error en directo que no supo corregir con sentido del humor y que la convirtió, para siempre, en el hazmerreír del país que nunca faltaba en los recopilatorios navideños de presentadores que la cagan. Presentaba entonces un programa de tarde que abarcaba todo cuanto traía la actualidad y no tenía preparada, por haberse levantado a mediodía y todavía borracha, la conexión con un paleontólogo que cepillaba fósiles en Teruel y había asombrado a la comunidad científica con un gran descubrimiento: el primer dinosaurio completo hallado en España. «¿Pero cómo?, ¿está vivo?», preguntó Magda desde lo más profundo de su fatiga y su jaqueca. La parsimonia con la que el paleontólogo le explicó su certeza sobre la extinción de los dinosaurios lo hizo todo aún más ridículo. Por las carcajadas que estallaron en el plató, y a las que tampoco Nina pudo resistirse, quedó claro que el *show* de Magda y el dinosaurio funcionaba igual de bien que siempre. Magda comenzaba la entrevista avergonzada, aplastada, como una fugitiva de sí misma a la que hubieran vuelto a atrapar las humillaciones del pasado. Observó que Kitín le pedía por gestos que sonriera y no apretara la mandíbula. Observó que también Kitín reía, y recordó que, cuando lo conoció, cuando tan sólo era un adolescente que se le acercó a pedirle un autógrafo, él llevaba puesta aquella camiseta que hizo fortuna en la que aparecía el rostro de Magda con expresión de sorpresa y un bocadillo como el de los diálogos de los tebeos donde podía leerse: «¿Pero cómo, está vivo?». De fondo, chiquito, aparecía un dinosaurio que bailaba flamenco.

—Magda, querida, yo diría que eso del dinosaurio es lo peor que te ha ocurrido en televisión, ¿no te parece? Aunque estuviste muy graciosa, estas cosas hay que encajarlas con deportividad.

—Es verdad, Nina, amor, como aquella vez que tú dijiste que a la vuelta de publicidad entraría en el plató el ganador del Nobel y escritor tuyo favorito, Mario Vargas Llosa, pero ya estaba sentado a tu lado y no lo reconociste. Esas cosas nos humanizan.

—Ja ja, sí cierto, pero bueno, ¿tú cómo estás, después de tanto tiempo? ¡Estás divina! Fíjate si hay gente mala que me habían llegado a decir que estabas ingresada, al mismo tiempo, en la Buchinger y en la Doce Pasos, como si eso fuera posible... Que no digo que lo necesites, ¿eh? Yo te veo fabulosa.

En la cabina de control, la directora y el realizador sonrieron y se arrellanaron, dispuestos a disfrutar el espectáculo. Casi podían ver el índice de audiencia disparándose hasta hacer sonar una campana como en la atracción del forzudo y la maza. Por un momento habían temido que el espíritu conciliador fuera verdad y que el encuentro de las dos fieras más divas y feroces de la historia de la televisión española pudiera convertirse en una reunión de amigas con chismorreos que compartir en un salón de té. Afortunadamente, no fue así. Para eso habían ordenado meter el dinosaurio. Para azuzar a Magda y sacarla de la docilidad que le había venido con la decadencia. Para que, transcurrido apenas un minuto de entrevista, las dos mujeres se tiraran zarpazos que sin duda darían de qué hablar en los debates mundanos y las columnas de televisión y espectáculos del día siguiente. Sin embargo, entonces ocurrió algo, y fue el realizador el primero en verlo.

—¿No tiene Magda como una manchita...? ¿La ves?

Nina también se dio cuenta, e hizo un gesto discreto a Magda como sugiriéndole que se limpiara. Porque Magda sangraba por la nariz. Mientras parloteaba, le fluía un hilo rojo, diminuto primero, que luego aumentó su caudal. Todos en el plató se quedaron helados. Magda notó el silencio repentino, la expresión de alarma de Nina, pero no se dio cuenta de lo que pasaba hasta que la sangre le entró en la boca y la invadió su sabor. Se la palpó entonces, se miró las yemas de los dedos manchadas, miró a Kitín, miró a Nina, a ambos con desamparo, musitó: «¿Pero qué...?», y cayó fulminada. Incluso se golpeó la cabeza contra la mesa al derrumbarse y quedó ahí tendida con los muslos abundantes casi descubiertos. Nina chilló y pegó un respingo. La directora ordenó un corte a publicidad. Por el circuito interno, ordenó a uno de los camarógrafos que llevaban la cámara al hombro que, por sus muertos, no dejara de grabar todo lo que sucediera allí. ¿Pero cómo, está vivo?

Lo primero que Magda sintió al despertar en el hospital fue el pinchazo del suero en el antebrazo. Le habían puesto un pijama con el sello de la Ruber estampado en el bolsillo. El vestido festivo con el que había ido a televisión estaba metido en una enorme bolsa transparente de plástico, como un despojo, como una piel mudada sin la cual sólo era un desecho en carne viva. Había algunos ramos de flores, uno enviado por Nina Montalbán con caritas Happy junto a la firma. Kitín se había propuesto no comprar la tarjeta del televisor: quería evitar a Magda verse en el momento del desmayo y en las imágenes posteriores, grabadas clandestinamente, en las que aparecían hasta la baba que se le formó en los labios y las bragas que quedaron expuestas cuando la levantaron mientras Nina, consciente de las cámaras, interpretaba el papel de diva incólume capaz de practicar maniobras de resurrección en el pecho de la compañera desfallecida. La aparición de los médicos del Samur se la tomó como si quisieran robarle un plano.

Mientras espabilaba, Magda intuyó que no estaba sola en la habitación. Por fin reconoció a los dos hombres enormes que permanecían tiesos junto a su cama. Eran Piñata y Richy. Ambos esperaban a que estuviera más fresca para hablarle y, mientras, la miraban con lo más parecido a la compasión que podían evocar esos hombres poco acostumbrados a sentir tal cosa. Kitín estaba detrás de ellos. Al ver que Magda despertaba, se agitó y trató de llegar a ella para consolarla. Pero no lograba atravesar el espacio ocupado por esas dos moles. Ni tampoco Piñata y Richy hicieron esfuerzo alguno por dejarlo pasar ni por advertir siquiera su presencia. Kitín desistió, dio la vuelta a la cama y, en el flanco vacío, por fin pudo agarrar la mano de Magda y besársela mientras la reconfortaba y le decía que no se preocupara porque todo iba a salir bien.

Magda se subió la sábana hasta la barbilla, como si quisiera ocultar todo lo posible de cuanto era en ese preciso instante. Piñata nunca la había visto así ni tendría que haberlo hecho jamás. Su amistad no daba para tanto. Tenerlo al lado en la cama de un hospital, en un momento de debilidad en el que no tenía control ni sobre el maquillaje, era tan intrusivo como haberlo tenido dentro del probador en el momento de comprar ropa. En esos espacios admitía a Kitín. Pero no a Piñata. Y menos a Richy, al que apenas conocía salvo por las veces que le abrió la puerta del coche para llevarla a una fiesta en casa de Piñata o que la sacó por la trasera de una discoteca para evitar fotógrafos apostados en la puerta. Kitín intuyó todo esto y, con una cortesía tan delicada como el tacto al manejar explosivos, pidió a Piñata que salieran y regresaran en otro momento. Piñata no dio muestras ni de haberlo escuchado. Se sentó en el borde de la cama y depositó la mano sobre la frente de Magda.

—¿Cómo estás, querida? Nos diste un susto bárbaro. Te estábamos viendo en el televisor.

Esa mano sobre la frente tranquilizó a Magda. Era una manaza pesada y cálida que transmitía el mensaje de que su propietario se ocuparía de todo. Hasta de liquidar por fin el dinosaurio de

Teruel para que nunca más volviera a aparecer en una pantalla de televisión. La mano de Kitín jamás proporcionaba esas sensaciones salvíficas, apenas pesaba, apenas irradiaba nada. Magda se habría ovillado como un cachorro debajo de la mano de Piñata para ser tapada por completo, desaparecer, y no volver a ser vista hasta que Piñata le dijera que podía salir porque su vida entera estaba reparada y era de nuevo una diva de la tele joven y en su peso, sin pasado en los recopilatorios de humor en Navidad y sin sangre en la nariz. Piñata tuvo que acercar la oreja a los labios de Magda porque no la oyó cuando murmuró algo.

—Ayúdame...

Piñata había retirado la mano y Magda lo tomó por la muñeca para taparse con ella el rostro entero. Para desaparecer y diluirse en una confortable sensación de desconectarse que hasta le hizo pensar en la muerte como una mera exageración del alivio que sentía. El gesto pareció dramático a los tres hombres. Piñata comprendió todo lo que significaba. Sintió la palma húmeda porque Magda lloraba, sin ruido, casi hacia adentro.

—Estás hecha mierda, querida. Yo me voy a ocupar de vos. Para empezar, en la calle van a saber que el próximo que vuelva a venderte merca tendrá que marcharse de la ciudad.

Kitín puso cara de horror:

—Yo nunca, te lo juro, al revés, le hago infusiones y le toco los pies para relajarla...

Entraron entonces unas enfermeras que traían esponjas y una palangana llena de agua jabonosa, así como ropa y sábanas limpias. Los hicieron salir. Piñata besó la frente de Magda antes de marcharse. En el pasillo, Kitín intentó escabullirse, pero Piñata hizo un gesto y Richy lo agarró de un hombro. Daba la impresión de que podría levantarlo en vilo con una sola mano mientras Kitín corriera en el aire, como en los dibujos animados.

—Tómame un café con nosotros, hombre, no seas tan esquivo.

—Yo sólo quería ir a casa de Magda a recoger unas cosas que necesita. Y a cuidar a la perrita, que está sola.

—Ya irás luego. Ven.

Pararon junto a unas máquinas de café, refrescos y golosinas. Mientras introducía monedas en la ranura, Piñata enarcó las cejas cuando Kitín pidió un capuchino y luego fue eligiendo café con leche para todos. También compró un Kit Kat y una bolsita de anacardos que le pidió Richy. Durante ese rato que estuvieron ahí, nadie se animó a acercarse a las máquinas, salvo un niño que miró fascinado a Richy un instante, hasta que lo agarraron de la mano y se lo llevaron. Durante el paseo por el pasillo, se habían acercado a la maternidad. El ambiente era alegre. Llegaban ramos de flores y globos, y los hombres que hablaban por teléfono daban, entusiasmados, noticias gratas. Piñata se quedó absorto un momento, como si le hubieran contado que existía un lugar en el que las vidas empezaban y por fin estuviera comprobando que era cierto.

—Decime, ¿cómo de mal está?

—Empeoró estos días por los nervios de volver a la tele. Se estuvo metiendo mucho y casi no comió para perder unos kilos. Tampoco dormía.

—¿Y tú eres tan boludo que no se lo impides? Avisame si la ves tan mal y no sabés frenarla.

—Me dijo que no lo hiciera. Creía que la encerrarías en alguna clínica y perdería esta oportunidad de volver. Además, como siempre que se mete mucho, en casa estaban los amigos de Marbella.

—¿Los putitos?

—Sí. Los Agradores, como los llama la madre de Magda. Tenía miedo de que les hicieras daño si aparecías de repente y te los encontrabas en plena fiesta.

—Correcto. Se lo habría hecho. ¿La merca se la daban ellos?

—Sí.

—¿Aún están en Madrid?

—Están en casa de Magda. Le habían organizado algo para celebrar la entrevista. Un karaoke-drag.

Piñata habló a Richy:

—Mandá a alguien a casa de Magda para que eche a estos pelotudos. Que no los fajen, a Magda no le conviene ahora el disgusto. Pero que les dejen claro que no queremos verlos en Madrid.

Richy sacó su teléfono móvil y se apartó unos pasos.

—¿Cómo manejamos esto?

—No entiendo.

—¿Sos boludo? Vos sos su representante. O manejás esto, o le sacan el programa antes de empezarlo.

—¿Y qué hago?

—Un virus.

—¿Hago un virus?

—No, pelotudo, hacés creer a todo el mundo que Magda arrastraba un virus y la debilidad, sumada al mucho trabajo con el que se estaba preparando para su regreso, provocaron el desmayo.

—¿Y para eso...?

—Para eso invitás a almorzar o a tomar un trago a todos los periodistas del chimento que conozcas.

—Tampoco son tantos.

—Con eso ya contaba, pero es que vas a invitar a los que conozco yo, y por eso va a funcionar, porque a vos no te tomarían en serio y acabarían contando que Magda la chupa por un gramo.

—¿Y tengo que invitarlos a todos?

—Lo harás con mi plata.

—Ah, bueno, sí, por eso.

—Además vamos a poner en estado a Magda. Dejará la merca y se pondrá flaca. Hará una reaparición de la reconcha de su hermana.

—No quiere ir a una clínica. Tenía miedo de que la obligaras. Se escapará.

—Estaba pensando otra cosa. Conozco un tipo. Yo me ocupo.

Regresaron a la habitación y acompañaron a Magda un rato más. En la mesita junto a su cama, un empleado del hospital ya le había dejado folletos de algunas clínicas de rehabilitación. Kitín le dijo lo que Piñata iba a hacer, y que no iría a una clínica, que tenía otra idea. Sin saber cuál, Magda sintió que Piñata acababa de tomar el control de su vida. Fue tal el alivio, el abandono, que sucumbió a un sueño profundo, como el de un niño con miedo a Drácula cuando sabe que su padre por fin llegó a casa. Piñata y Richy comieron algo rápido en la barra de un bar de Mirasierra. Cuando pagaban, un Range Rover frenaba en las salidas de la T4 de Barajas. Descendieron tres muchachos somnolientos, delicados y a medio vestir que arrastraban bolsas mal armadas de las que desbordaba la ropa. No estaban seguros de llevar encima dinero suficiente para pagar los pasajes a Málaga. Pero ni locos volverían a la ciudad, antes harían autoestop o mendigarían en la terminal.

Y a no hacía calor para piscina. El parque del Capricho incluso había comenzado a aventar hojas muertas. Sin embargo, nada más entrar en el hotel Osuna, cercano al aeropuerto, con su aspecto de viejo motel de carretera americano, reminiscencia de cuando en Torrejón estaban los gringos, Alfredo vio a un hombre con el agua justo para que los huevos le quedaran en remojo. Orientaba el rostro hacia el sol mortecino como para apurarlo. Llevaba unas gafas ahumadas con la montura de color naranja, un traje de baño floreado y tatuajes de baja estofa entre los cuales había rostros religiosos tan imprecisos como los que se aparecen en una tostada. A Hermenegildo Chaca se le antojó alguna vez llevar impresos los clavos de Cristo haciendo manar su propia sangre. Se los había hecho dibujar en las palmas de las manos y en los empeines. Con una mirada profesional, Alfredo vio enseguida que Chaca estaba perfecto de peso y en forma, con la musculatura tensa. En mucho mejor estado que otras veces que vino a pelear en Madrid abotargado por el alcohol, la indolencia, las frituras y las drogas baratas. Este Chaca sí constituiría todo un rito de paso para Damián. Y daría bien en las fotografías y en los vídeos del *As*, alguien temible que agregaría gloria a la progresión de Damián.

—¡Alfredo, compay! ¡Qué bueno verte! ¿Vienes a espiar al enemigo?

—Hola, capullo. Qué bien te veo. ¿Te han estado cuidando en la cárcel?

—Ja, ja, qué hijo de puta, vente para acá y aflójate el cinto, que te enseñe lo primero que se aprende en la cárcel.

Junto a la piscina, había dos mesas ocupadas. En una de ellas desayunaban las azafatas de una tripulación de Avianca que esperaban a que fueran a buscarlas para llevarlas al aeropuerto. La noche anterior, mientras fumaban en el jardín y reposaban la fatiga de un largo vuelo, Chaca había tonteado un poco con ellas, vestido sólo con su bata de combate y con las gafas de color naranja, extravagantes en la oscuridad incipiente del crepúsculo. Todavía lo miraban en la piscina y se burlaban de la azafata que lo había admitido en su habitación y que había quedado dentro del teléfono móvil de Chaca, fotografiada primero con los guantes y el calzón y después con el culo en pompa. Aunque se había cuidado más de lo habitual para la pelea con Damián, Chaca todavía no lograba asumir el mandato de la abstinencia sexual en los días previos a la velada. Una vez que pasó dos semanas sin desfogarse, terminó disparando una carabina de aire comprimido desde la ventana de un hotel de Hannover contra los perros lustrosos que eran paseados en un parque mientras sus propietarios chillaban y se ponían a cubierto. Y suerte que en sus viajes a Europa no podía meter pistolas con munición de plomo. El desahogo le costó una condena liviana, una multa pesada y dos años sin poder entrar en la Unión para pelear. Había unanimidad en su entorno acerca de que era preferible permitirle eyacular.

En la otra mesa estaba sentado el equipo de Chaca. Evaristo Müller, su entrenador, el descendiente de un alemán emigrado a América en el 45 que abrió en Ciudad de Guatemala un gimnasio de boxeo llamado El Blitz. Y un muchacho con el rostro tumefacto y una expresión embrutecida y resentida al que habían traído para que se levantara unos euros cargando con las bolsas y asistiendo en la esquina. Müller era un gordo al que la camiseta del gimnasio le quedaba por encima del ombligo y que apenas conservaba ya un rastro de pelo rojizo, como si fuera su eslabón generacional el que liquidaría definitivamente la conexión con un linaje europeo con veleidades de superhombres. Müller sí que era un final de especie, por más que impostara un leve acento alemán, absurdo en un hombre al que sólo los viajes de las peleas habían permitido salir de los cuatro barrios desconchados de Guatemala que constituían la cartografía original de su existencia. Alfredo se sentó en la mesa con ganas de volver a levantarse cuanto antes. Lo primero que hizo fue entregar a Müller el sobre con el dinero que les correspondía por la pelea, pasajes de

avión y hotel a media pensión aparte.

—No es mucho. Pero ya sabes cómo son las cosas aquí. Al menos tenemos vendidas cuatro mil entradas.

—No te preocupes, Alfredo. Nos hemos encontrado una chamba para redondear el viaje. Otra entradita de plata.

—¿Otro combate?

—Algo así. Pero no sé si puedo contarlo.

—No será un servicio chungo. No os metáis en líos, habrá más peleas, os seguiremos llamando.

—No te inquietes, Alfredo, no vamos a matar a nadie. No nos dedicamos a eso, somos deportistas.

Una furgoneta frenó delante del hotel y un empleado avisó a las azafatas. Se levantaron y arrastraron las maletas con ruedas junto al borde de la piscina. Chaca lanzó un beso a la que le había correspondido y se llevó las manos al corazón, como diciéndole que se le quedaba ahí, muy dentro. Luego se metió la mano en los genitales y simuló un escalofrío que volvió a hacer reír a las mujeres mientras desaparecían. Salió del agua y el brutito que se había traído de Guatemala le tendió un albornoz del hotel en el que se envolvió después de quitarse el traje de baño mojado. Sentado a la mesa, agarró un Camel de Müller y lo prendió. Su entrenador no le protestó el tabaco antes de una pelea.

Alfredo les explicó que el pesaje sería al día siguiente, en el hotel Claridge de Conde de Casal, y que para ir a la velada vendría a buscarlos al Osuna una furgoneta del promotor. Lo de siempre, vaya.

—Dime, compay, ¿qué pelea quieres que tenga tu chico?

—No te entiendo, Chaca.

—Sí, yo pierdo y listo, no tengo problema, eres un amigo, seguro que ese muchacho te hace ganar plata en el futuro, y no seré yo quien lo estropee. Pero el caso es que a mí me vendría bien que fuera una pelea corta, ¿sabes? Porque para el domingo tenemos otra cosa y tengo que llegar bien, todo lo reguapísimo que soy. Ahora, si quieres seis o siete asaltos y que haya joda brava, no te voy a defraudar así nomás. Pero el favorcito de que sea corto te lo pido.

—Pero, Chaca, yo quiero una pelea de verdad. Que Damián se lo curre y te gane de verdad. No puedo armar una movida y engañar a la gente. Se va a notar y voy a quedar como el culo.

—No, pero yo me fajo recio al principio y mira que igual lo tiro. Pero si en el sexto no se ha caído, me caigo yo. Compréndelo, Alfredo, en este viaje me viene bien que sea así. Me tira Damián un gancho abajo, me quedo sin aire, y ahí termina todo, nos abrazamos, al chico le levantan el brazo y tú te sigues relamiendo pensando en cuando sea campeón de Europa.

—¿Pero qué coño tenéis entre manos con tanto secreto?

Chaca y Müller se miraron un instante. Fue Müller quien respondió.

—Si fuéramos putas, te diría que tenemos un servicio a domicilio.

Chaca agregó:

—Una pelea a puño desnudo, Alfredo. Una pendejada fea, pero bien pagada. En el jardín de un tipo, por su cumpleaños, para que apuesten sus panas. Me ponen delante un ruso o algo así.

Alfredo supo inmediatamente de qué se trataba. Una de las consecuencias de la irrupción de Piñata en los gimnasios de Madrid era que habían proliferado estas fiestas con combates clandestinos a los que el gánster cogió afición en las villas de Buenos Aires y su periferia provincial, temida hasta por los GPS de los coches, que advertían al conductor de que estaba entrando en zona peligrosa como en una renuncia del Estado a defender una jurisdicción. En los

descampados y las chabolas de techumbre de hojalata, los hombres eran azuzados, a menudo a golpe de vergajo y dosis de paco, hasta que quedaban reducidos a perros salvajes. A su alrededor apostaban lo mismo renegridos criminales del lumpen provincial que atildados chetos de Recoleta que iban a ser respetados esa noche y que acudían con niñas con los pechos de catálogo a las que habían hecho la promesa de una velada más excitante que la habitual del daiquiri de jazmín en el bar del polo junto al barrio de Las Cañitas. A veces, en el Riachuelo aparecía encallado un cadáver con marcas de pelea y las manos aún vendadas. La Bonaerense sabía de dónde procedía. Lo sabía porque sus propios comisarios habían ayudado a arrojar al infeliz al agua a cambio de una coima y de participar en el beneficio de las apuestas. También, sólo de vez en cuando para no armar demasiado escándalo, pasaban el número de matrícula de un apostador exitoso a un retén que montaba en los límites de Capital Federal con el gran sur de Banfield y Avellaneda un control de alcoholemia que en realidad era un pretexto para el atraco.

Piñata importó a España la idea de los combates. A menudo usaba para ello los jardines de su propia casa, con el fondo de la piscina iluminado, botellas de cerveza y champán clavadas en barreños de hielo, y un aroma a carne asada en la atmósfera que preludiaba el reparto de comida por parte de los parrilleros contratados en Di Ambrosio. Otras veces, cuando la asistencia era mayor y a la fiesta se incorporaban putas, porque había que agasajar, por ejemplo, a colombianos venidos para negociar algún contrato, los combates eran trasladados a una finca de varias hectáreas en la provincia de Toledo, arrugada por la inminencia de los montes y cercana al castillo de Oropesa, en cuya cerca permanecían de custodia hombres armados y vestidos como cazadores por si eran avistados por un Grand Cherokee de la Guardia Civil atraído por el tráfico de coches de alta gama en las trochas rurales. La versión de Piñata era más elegante y sofisticada que la de las villas. Era el Ascot de las peleas ilegales. Había hombres de esmoquin que apostaban como en la ruleta y en los que se confiaba para los cobros, damas vestidas de largo que en la efusión de sangre se comportaban como guiris de Massachusetts en los toros, y un delicioso cóctel parecido al Pimm's, pero hecho con Chivas. Piñata quería sentirse como en un lugar de Buenos Aires que siempre le negó cierta consagración social: la Platea del Champán en el Abierto de Polo de Palermo. Los móviles eran requisados en la puerta para evitar fotografías furtivas que pudieran comprometer a los presentes. Después de los combates y de la cena, arrancaba una fiesta con DJ en directo mientras los peleadores más estragados eran depositados con discreción a la puerta de las Urgencias. Pocas preguntas les harían los comisarios. En eso, los de Madrid no eran distintos de los de la Bonaerense. Sólo imponían un escrúpulo del que carecían los argentinos: no querían un solo muerto. Con el primer cadáver terminaría todo, y hasta la UCO de la Guardia Civil sería informada para que la siguiente velada en Toledo se le llenara a Piñata de chalecos reflectantes y de mujeres despeinadas por las aspas de un helicóptero.

Alfredo sonsacó a Chaca y a Müller y averiguó que irían a Toledo. Ello sugería una fiesta importante, con invitados especiales, más crueles y difíciles de manejar que la liviana jet-set de la televisión y de la noche chic que, además de unos cuantos futbolistas, constituía el círculo social que Piñata se había construido. Alfredo había oído hablar de una nueva alianza de Piñata con colombianos de envergadura suficiente como para incluir la compra de un aeropuerto. Le pareció que el rumor encajaba con el contrato *off* de Chaca en Toledo. Una fiesta de exaltación de las nuevas amistades. Un autobús de putas fletado en el Hot de Colón o en el Vive Madrid. Rayas de cocaína paseadas en bandejas por camareros que hasta ofrecerían un cilindro para inhalarlas con el mismo ademán educado con el que tienden una servilleta de papel cuando sirven canapés. Un ring armado en la misma dehesa, dentro de una enorme carpa como las de las bodas campestres para proteger a los invitados del enfriamiento que cerca de los montes de Toledo se percibiría

más que en Madrid. Coches repletos de colombianos de lo más chungo atravesando pueblitos ínfimos y solitarios, de los de placa a los caídos, de los de cigüeña en el campanario y el póster de un ciclista local presidiendo la partida de dominó en el único bar. Qué sensación causarían los ocupantes de uno de esos coches si se detuvieran a comprar tabaco o a hacer tiempo con unos primeros vinos. Qué sensación causaría, al atravesar cada pueblo, el autobús de las putas.

Alfredo estaba disgustado con Chaca. El dinero iba a levantárselo en Toledo, el añadido era la pelea con Damián, que, ahora lo sabía, sería una mierda. Decidió no decirle nada a Damián para que no se descuidara ni redujera la intensidad al pensar que Chaca no quería ni pelear. En realidad, deseaba que Damián hiciera daño a Chaca y lo enviara a Toledo con la cara marcada. Se despidió con frialdad, se levantó y comenzó a bordear la piscina hacia el coche. Chaca quiso decirle algo para congraciarse, pero Evaristo Müller lo evitó con un gesto de resignación, como diciéndole que con este enojo ya contaban, pero se le pasaría y Alfredo volvería a llamarlos de todas formas en el futuro.

Alfredo condujo el Seat León hasta el Claridge. Comprobó que todo estuviera preparado para el pesaje y conminó al promotor, de quien no se fiaba porque a menudo distraía los sobres, a que todos los pagos estuvieran hechos al terminar la noche de combates, en el mismo vestuario. Agarró un taco de entradas para ayudar a venderlas entre los conocidos y para sus compromisos y cortesías con periodistas a los que deseaba animar a escribir sobre Damián. También cogió unos cuantos carteles de la velada para colgarlos en los bares cercanos al gimnasio donde solía desayunar y almorzar de menú. Seguía molesto con Chaca. A los periodistas a los que llevaba semanas prometiendo una noche en el Madison Square Garden no podía decirles ahora que Chaca tenía preparado un tongo porque su único propósito era disimular con mañas durante unos cuantos asaltos de fogueo y salir del ring intacto, tan entero y sin otros daños en la cara que los que hubiera causado la azafata de Avianca. Iba pensando en ello cuando arrancó el coche y empezó a conducir hacia el gimnasio, donde iba a dirigir otro entrenamiento de Damián, manoplas y guanteo. En ocasiones así, cuando algo le recordaba cuán mezquino y miserable era el boxeo en España, cuando se acordaba de sus propias penurias y de que ni siquiera sus mejores boxeadores ni los mejores boxeadores de cualquier otro gimnasio podrían vivir nunca de los guantes sin dejar de trabajar como barrenderos o chóferes, volvía a tentarlo el antiguo proyecto de agarrar a dos o tres peleadores de los más jóvenes y talentosos, Damián por supuesto, y probar suerte en los gimnasios de Miami para entrar en el circuito americano y de la HBO. A lo mejor, hasta contactar con promotoras como Golden Boy para ir entrando al menos en las sesiones de sparring de los monstruos sagrados. Sabía qué timbres había que tocar para empezar allí, conocía gente, llevaba años en las peleas. Héctor Roca lo había animado a hacerlo una vez que lo visitó en el Gleason's de Brooklyn para ver una sesión de entrenamiento dirigida por él, se había comprometido a ponerlo en contacto y luego, como a todos los demás visitantes, le había enseñado el cuartito en el que Clint Eastwood se había inspirado para el de Morgan Freeman en *Million Dollar Baby*. Pero a Alfredo siempre le faltó coraje para imaginarse tan lejos del barrio, sin conocer de memoria qué daban de menú los bares de alrededor cada día de la semana. Los jueves, albóndigas en el Boni. Esto era una certeza. ¿Qué certezas había en Miami? ¿Dónde jugaba el Atleti en Miami?

Entró en la M-30 en Conde de Casal, dirección sur, gritó aúpa Atleti al pasar por debajo de la grada del Vicente Calderón que daba al río, como siempre lo hizo, incluso en sus tiempos de repartidor de bombonas, y salió de la circunvalación para enfilarse el paseo de Extremadura hacia la calle Hilario Sangrador, en el Lucero. Cuando buscó local para montar el gimnasio y le mostraron aquella cochera sucia de hollín y con rodadas de los autobuses, mientras Viguera comenzaba a quejarse del vestuario y las duchas que habría que construir y de que el ring quedaría

tan apretado contra la pared que los púgiles se golpearían la cabeza al tirarse de espaldas sobre las cuerdas, Alfredo sólo vio que estaba en el barrio, en su hábitat, entre la gente de su ley, y que era un buen augurio que la calle que albergaría su primer club en propiedad llevara en su nombre la palabra Sangrador. Porque ese era precisamente el apodo de Chuck Wepner, el «Sangrador de Bayonne». El machaca de cien kilos y bigote setentero que, padeciendo ya una calvicie incipiente, al final de una carrera sin gloria, transcurrida en las veladas casi parroquiales de los clubes, tuvo la insólita oportunidad de pelear con Mohamed Alí. No sólo eso, además lo tiró con un gancho de derecha después de subirle la guardia con un jab, aunque Alí se volviera a levantar. Después, soportó con una dignidad emocionante, con una conciencia de posteridad, la paliza que lo hizo sangrar por la boca, por la nariz, por los oídos, por los párpados. Sangró tanto como luego sangraría Rocky, el personaje para el cual Stallone robó la vida de Wepner sin darle nada a cambio. Stallone recogió unos Óscar ganados con sangre falsa y Chuck, el auténtico Sangrador, acabó despachando en el mostrador de una licorería sin que muchos de los clientes que ahí compraban sospecharan siquiera que tenían delante a uno de los dos únicos hombres sobre el planeta Tierra que tumbaron a Alí en su plenitud. Calle de Hilario Sangrador de Bayonne, barrio del Lucero. A Alfredo le parecía que la historia de Chuck Wepner congeniaba bien con el lema que encargó, para que lo pintara sobre la persiana de chapa que levantaba todos los días como si fuera la de un ultramarinos, al mismo grafitero que también le dibujó un puño vendado: «El boxeo es vida. Vive duro».

Alfredo aparcó el Seat León y, con los carteles enrollados debajo del brazo, como cartas de navegación improbables, entró en el gimnasio. Lo que vio lo dejó helado. Estaba. Estaba Piñata. Estaba Piñata atando. Estaba Piñata atando los guantes a Damián. Si alarmas interiores sonaran, las de Alfredo habrían hecho en ese instante más ruido que las de un banco atracado. Piñata hacía reír a Damián con algún chiste, con alguna confidencia, con esa capacidad de encanto que usaba para extraer la voluntad de las personas sin que se dieran cuenta, como dejándoles en el cuello la marca de dos colmillos. Alfredo quedó aterrado. Piñata había irrumpido en uno de sus perímetros de seguridad, nada menos que el que protegía a Damián. Lo que siempre temió estaba ocurriendo delante de sus narices. Le robaban al muchacho para comerciar con él hecho tajadas. En lo que tardó en pasar por dos hoteles, Piñata se le coló dentro. Alfredo vio a Damián arrastrado por peleas de mierda, prematuras para él, en las que lo reventarían por unos cientos de euros rápidos. Lo vio peleando en Toledo con los puños desnudos ante gánsteres y apostadores. Hasta lo vio como cadáver flotante en el Riachuelo. Con los puños apretados, con un instinto de protección de hembra en el asalto de su camada, Alfredo fue hacia ellos. Viguerza, que alisaba vendas frotándolas sobre las cuerdas, comprendió lo que podía ocurrir y le pidió calma con un gesto furtivo. Richy hojeaba un periódico sentado sobre un banco de mancuernas y, al ver la expresión de Alfredo, se levantó con cierta pereza, como si lo último que le apeteciera fuera tener un lío en un gimnasio de boxeadores.

—Alfredo, querido, ¿cómo andás? Estaba conociendo al prodigio del que todos hablan. Tu Damián. El pibe tiene una pinta bárbara. Si no te molesta, iré a verlo el sábado.

La tensión de Alfredo era evidente para todos. Incluso para Damián, aunque no la comprendía porque tenía una idea imprecisa de quién era Piñata. Alfredo lo agarró del brazo, lo apartó de Piñata como si lo estuviera rescatando del mordisco inminente, y lo envió a comenzar las manoplas con Viguerza.

—Mira, Darío, yo te respeto mucho y nunca se me ocurriría ofenderte. Sé quién eres. Pero con Damián, te lo advierto. Déjalo en paz. No se te ocurra tocarme los cojones con él.

—Pero ¿qué te pasa a vos? ¿Sos boludo? No quiero nada con tu Damián. Vine a hablarte de

una cosa, y como no estabas me entretuve con el muchacho. Relajate, estás viendo fantasmas.

—Estás meando fuera de tiesto, Alfredo —agregó Richy—. Aquí nadie ha venido a joder a nadie. Ni a robarte un boxeador, si eso es lo que temes. Y es verdad que este tiene buena pinta. Como empiece a hacerlo bien será cuestión de tiempo que te lo robe alguien. Pero no nosotros. Aquí el máster ha venido a pedirte una cosa. ¿Estamos todos tranquilos para hablar?

Alfredo se los llevó a la covachuela que tenía por oficina. Había un ventanuco corredero a través del cual veían a Damián pegando las combinaciones que Viguerza le marcaba con las manoplas. A Alfredo le pareció que el ritmo no era suficiente y quiso terminar cuanto antes con Piñata para ocuparse él y azuzar a Damián a voces con esa intensidad que en las vísperas de un combate se había convertido en una liturgia que ahormaba la mentalidad del boxeador para lo que venía. Voces y puteadas que interrumpían los entrenamientos de los demás boxeadores. Alfredo incluso le tiraba golpes a la cabeza con las manoplas como si quisiera mantenerlo enojado toda la semana. Nunca tanto como para que Damián dejara de ser el púgil estratégico que Alfredo fabricaba sesión a sesión. Pero sí lo suficiente como para que no lo agarrara en frío un boxeador agresivo que quisiera evitar que la pelea se le hiciera demasiado larga. Damián necesitaba saber que, a partir de cierto peldaño, no lo ganaría todo sólo con talento. Le harían falta también temperamento y maldad, anticiparse a las mañas de los supervivientes profesionales. Chaca iba a enseñarle algo acerca de esto. O eso se suponía. Ahora ya sólo le daría una lección sobre cómo eludir una pelea y desaparecer del ring hacia el vestuario un instante antes de que los espectadores comprendan que acaban de estafarlos. Chaca sabía hacer eso e incluso guñar un ojo a tres chicas por el camino.

Alfredo nunca habría adivinado lo que Piñata iba a pedirle. Lo asombró que lo llamara amigo, como si necesitara primero crear una intimidad que entre ellos no existía. Porque era un amigo, le iba a confiar a una amiga. A una amiga muy querida que precisaba ayuda para interrumpir un ciclo autodestructivo y volver a ser la mujer que antaño fue. Como parte de esa terapia, iba a necesitar la tutela de un entrenador de boxeo que le hiciera perder kilos y recuperar ánimo combativo. Sobre todo, Alfredo, un entrenador acostumbrado ya a trabajar con muchachos de la calle que a veces le llegan con adicciones, ¿me entendés? Merca. Cocaína. Una amiga muy querida a la que debes ayudar a perder kilos y a dejar la cocaína. Porque eres mi amigo, te lo pido, porque eres mi amigo, no me negarás este inmenso favor que te pido y que es precisamente lo que unirá a Alfredo como amigo intocable del mayor gánster de la ciudad. Si lo rechazo, piensa Alfredo, cagué. Un agravio. Un desafío. No me conviene. ¿Cuándo vendrá a vernos tu amiga? Está fuera. Vení que te la presento.

Cuando llegó al gimnasio, Alfredo ya reparó en el Range Rover que estaba aparcado a unos cuantos metros de distancia. Ahora, de pie ante la puerta junto a Piñata y Richy, se fijó mejor y vio que al volante estaba uno de esos esclavos de Piñata que parecían todos el mismo esclavo y que constituían su infantería de machacas. En el asiento trasero se esbozaba apenas una silueta. Piñata levantó la mano para llamar y la puerta del Range Rover se abrió. Salió una mujer algo maciza, con gafas ahumadas, y vestida con un chándal de terciopelo que le hacía más esférica la prominencia de la barriga. Detrás de ella, bajó también un chico que cargaba con un bolso del cual asomaba la cabeza diminuta de un perro que, por peso, habría peleado en la división de las ratas. A Alfredo le sonaba esa mujer. Empezó a preguntarse de qué la conocía. Se acordó por fin cuando unas chicas que pasaban por ahí la reconocieron y frenaron las bicicletas para retratarse junto a ella mientras Kitín daba instrucciones para el posado y se demoraba hasta obtener el plano perfecto como si estuviera rodando la escena de la bajada de escaleras de Gloria Swanson.

—Anda, coño, pero si es la loca del dinosaurio.

—Sería preferible que eso no se lo recordaras, ¿sabés? Tenés que ayudarla. No inducirle un suicidio.

El resto de la semana, Magda comenzó a frecuentar el gimnasio. Y también Kitín. Y también la perrilla. Y también el eslavo que la traía y la llevaba y, en los ratos de espera, jugaba al fútbol con una PSP o hacía apuestas mediante una aplicación del iPhone que le provocaban un gran enojo cuando perdía. En Vladivostok, un equipo ignoto perdía contra otro y ello causaba un gruñido colérico en Madrid. El efecto mariposa.

Kitín a veces venía por su cuenta en una *scooter* de Piaggio que dejaba amarrada fuera. La primera vez que la vio, Alfredo le preguntó si era suya y luego pegó un grito a algunos de los muchachos del barrio que haraganeaban en la órbita del gimnasio: «¡Niño, da el queo de que esa moto es nuestra, que no se la lleve nadie!». Alfredo pidió paciencia a Magda hasta después del combate, cuando podría ocuparse mejor de ella. Mientras, la puso a hacer bicicleta estática y remo, a aprender comba y a tirar jabs delante de un espejo que a ella le salían como si Garfield estirara la pata para agarrar una lasaña. Los boxeadores no se atrevían a congeniar con ella, los intimidaba la fama. Y ella lo interpretó como una hostilidad que la hizo sentir más sola y necesitada de Kitín, que por ayudarla se metía con la *scooter* en la *terra incognita* de un Madrid más allá del suyo y le traía licuados de frutas y barritas de Biomanán.

Vinieron muchachos de otros gimnasios para hacer de sparrings de Damián en los últimos guanteos antes de la velada. Los golpes impresionaban a Kitín, que los acompañaba con gritos llenos en realidad de admiración erótica. Incluso él, que del boxeo sólo tenía una noción remota y patibularia, quedó fascinado por la gracilidad de Damián en las esquivas y los movimientos laterales. Veía algo armónico, coreográfico, y al mismo tiempo brutal: un tipo bailando claqué dentro de un edificio que se derrumba y le suelta escombros. Se interesó. Preguntó. A Alfredo lo sorprendió comprobar que el gimnasio lo aceptaba bien. No como a un intruso ni un picaflor de los barrios pijos. Sino como a un personaje distinto, divertido y respetuoso que traía un aire de sofisticación, con sus fulares y el casco enfundado en un tejido de Louis Vuitton, y alteraba la rutina tan mecánica de los entrenamientos y las conversaciones reiterativas sobre chicas, combates y comisarías. En los descansos, Kitín era indiscreto para ellos. Les regalaba relatos traviosos y confidencias sobre las muchas celebridades con las que trataba. Historias secretas de sexo, ruinas, adicciones, montajes y ropas mal conjuntadas que resultaban apasionantes para chicos tan encerrados en el barrio que el día que llevaban a la novia a pasear por la Gran Vía dudaban qué ponerse y quedaban deslumbrados por los neones de los musicales y por el tamaño de la tienda de Nike.

Kitín venía de un mundo del cual siempre habían estado separados por la pantalla del televisor. Había traído incluso, como si la hubiera capturado, a una de las criaturas que protagonizaban las historias que les contaba. Ellos lo escuchaban y reían como una tribu arracimada alrededor del bardo. Hasta Víguerza, hosco y resentido con la vida como el hombre que aún creía que estar en la esquina de un ring y no en el centro era una estafa del destino, agotaba con Kitín en una mañana la reserva de sonrisas que normalmente le daba para un mes. Kitín no sólo preguntaba por los lances del boxeo que no comprendía. También por las vidas. Por un tatuaje. Por una raza. Por una cicatriz o una quemadura en el rostro. Por qué debía ir alguien a firmar en un juzgado cada quince días. Por qué había cerca un determinado salón de juegos, siempre con personal de mala catadura apostado en la puerta, en el que Alfredo les tenía prohibido entrar bajo amenaza de expulsión fulminante del gimnasio. Así, como en una correspondencia, él también conoció historias de las que jamás habría tenido noticia en los estrenos, en las fiestas de Gabanna, en los tendidos del clavel en San Isidro, en los probadores de la milla de Lista entre Príncipe y Serrano, en las localidades vip del tenis o en los carromatos del

Rocío. Con sus Famosos. Kitín conectó con el gimnasio y, por añadidura, con el barrio del Lucero. Lo paseó con Alfredo hasta las tapias desconchadas que prefiguraban el abandono de Campamento y en las que aún resistía un grafiti de Muelle. Terminarían saludándolo por su nombre en los alrededores de la Huerta de la Castañeda, donde los pandilleros sabían que era un intocable de Alfredo, como la propia *scooter*, y en el bar Jema, abierto las 24 horas, atendido por camareros funerarios en su uniforme negro, donde en las horas fronterizas coincidían taxistas y repartidores que desayunaban fuerte con anís con gánsteres y porteros de discoteca de retirada y noctámbulos que aún buscaban la última raya. Kitín, aceptado como un habitual lo mismo en Gabanna que en el Jema, cómplice tanto de una presentadora de televisión famosa como de un rapaz de la calle que quiere aprender a boxear, terminaría cuidando, algunas tardes, a los dos hijos pequeños de Almudena, una aspirante a pelear en los Juegos de Río que por las mañanas trabajaba en un supermercado y se traía los niños al entrenamiento porque no tenía dónde dejarlos. El gimnasio terminó de enamorarse de Kitín el día que fue visto dando de merendar a los hijos de Almu.

Con Magda fue más difícil, al menos al principio. Por el barrio se difundió la noticia de que había una celebridad de la tele entrenando en lo de Alfredo. Él ya había tenido actores de cine y de teatro que debían interpretar a un boxeador y se pasaban por ahí durante un tiempo para aprender unos cuantos rudimentos con los que zafar. En el gimnasio aún se reían al recordar a un actor del método, angustiado, existencialista, a lo Daniel Day Lewis, que exigió, por compromiso con su público y por el sacerdocio del arte, vivir la experiencia de un combate auténtico y recibir trato de boxeador. Llegaba con la capucha puesta. Se entrometía, impostando la jerga, en las conversaciones de los muchachos sobre los combates que veían o libraban. Tan insistente se puso que, antes de permitir que alguien terminara dañándolo, el propio Alfredo se calzó una tarde los Cleto-Reyes sólo para tocarlo un poco abajo con un gancho de izquierda penetrante que, al aflojarlo, hizo que se cagara encima. Probablemente le hizo plantearse no aceptar en adelante sino papeles de decorador de interiores o de amigo gay en una *sitcom*.

—Dime una cosa —le preguntó Alfredo—. Para interpretar a un tío al que matan, ¿pides que alguien te mate para ser más genuino? Porque, si necesitas que te peguen un tiro, también conocemos gente con quien arreglarlo. Anda, haz un poco de espejo, que eso seguro que lo tienes más pillado. Cámbiate primero, rey mío, que atufas.

Pero los actores de paso nunca alteraron el pulso del barrio. Ni siquiera los que estaban destinados a aparecer en la alfombra roja de los Goya con una hembra tremenda, muy apreciada en el gimnasio, colgada del brazo. Ni siquiera el que incluyó a Alfredo en las menciones de agradecimiento al aceptar el premio a su encarnación de Ringo Bonavena. Lo de Magda fue distinto. Incluso en declive y pugnando por regresar, Magda era una diva. Una mujer que multiplicaba las ventas de una licuadora que aparecía, fuera de foco, en la esquina de un retrato hecho en su cocina. Magda tenía un tirón enorme, lo tenían incluso sus menudencias sentimentales y los relatos de la degeneración última que la había borrado de la pantalla y amenazado con precipitar una caída peor, la que abocaba a la participación en un *reality* de personajes cautivos. Esa idea y la del suicido llegaron a convivir, igualadas en dramatismo, en sus pensamientos más funestos y desolados.

Cuando corría el rumor de que Magda estaba en el gimnasio acudían para verla hasta las gitanonas de los Olivos, que le traían guisos en fiambreras de plástico y le enseñaban bebés como si tuviera que bendecirlos igual que una papisa. Magda fingía simpatía, pero en realidad estaba aterrorizada por esa gente. También por los pandilleros latinos que, para acompañar a sus novias, provenientes del Batán y de Aluche, cruzaban la frontera del paseo de Extremadura y la A-5 e

inquietaban a los chicos del Lucero, que pasaban en moto cumpliendo misiones de reconocimiento. Alfredo terminó por dispersar a todo el mundo. Era tan respetado que nadie volvió a causar molestias. Bueno, excepto el Buñuelos.

Apareció el tercer día. El Buñuelos era un amigo de infancia de Alfredo. El único superviviente, además de Alfredo, de la fotografía de la formación inicial de un equipo de fútbol de chavales de principios de los ochenta, vestidos como el Atleti, que posaron felices antes de jugar un partido en un campo de tierra de Carabanchel. A los demás se los llevaron el pico y los tiroteos. Deprisa, deprisa, como en las películas del Vaquilla. Uno de ellos fue portada de los periódicos gracias a una muerte gloriosa bajo el fuego del GEO al salir de un banco cercado con una pistola en cada mano y después de disculpase con una rehén guapa a la que prometió invitar a una caña en circunstancias mejores porque ya no podría hacerlo.

Al Buñuelos lo llamaban así por un tiempo en que movió heroína escondiéndola dentro de unos pasteles industriales distribuidos por chinos de los del polígono de Cobo Calleja, en Fuenlabrada. También usó frutas y conservas, pero, para entonces, el apodo repostero ya le había sido adjudicado. Era un gánster barrial, simpático, gritón de barra de bar, jugador de tragaperras, castizo y de cercanías. Se rascaba mucho los huevos y en verano iba con camisetas de tirantes para lucir tatuajes y los músculos algo esféricos de levantador de pesas. Tenía temperamento. Una vez arrojó desde un cuarto piso una bombona de butano sobre un coche aparcado delante de su casa sólo porque creía que, dentro, lo vigilaban policías de la secreta: resultaron ser unos novios que se besaban. Carecía de ambiciones expansivas y se las daba de siciliano interesándose por las familias del vecindario para resolver sus problemas. Él fantaseaba con entregar manojos de billetes o colocar cabezas de caballo en la cama de alguien. Pero más de una vez se encontró con que tenía que subir a pulso, por la escalera, la lavadora de una vieja que le tomó en serio el ofrecimiento. Hasta retretes tuvo que arreglar. Hasta de mascotas muertas tuvo que hacerse cargo, como en parodias involuntarias del cadáver que se arroja dentro del maletero.

Años antes, cuando Alfredo hizo un cursillo de *cutman* y por el barrio empezó a comentarse que había aprendido a cerrar cortes, el Buñuelos le llevaba a casa los heridos de bala o de cuchillo que no podían pasar por el hospital, como si fuera posible curarlos con grapas, hielo, hisopos y vaselina. Alfredo y el Buñuelos se querían mucho porque cada uno era lo único que le quedaba al otro de la pandilla fundacional de la infancia. Los años ochenta eran el Vietnam del que ambos habían regresado vivos. El Buñuelos prolongaba fuera del gimnasio los principios de disciplina que Alfredo manejaba dentro. No permitía que ninguno de los chicos que reconocía del gimnasio se juntara con pandillas o comprara algo a sus camellos. Los devolvía a Alfredo después de sermonearlos a gritos y collejas.

El Buñuelos a veces se quedaba a entrenar en el gimnasio y a menudo, durante el día, entraba para saludar y trabar una charla. El gimnasio era uno de los espacios de su vida social, de su jurisdicción barrial. Con frecuencia, ello acarreaba a Alfredo algún problema que siempre le perdonaba. Como que la policía se interesara por el gimnasio al recelar de que allí pudiera existir alguna forma de complicidad o de lavado de dinero. Hasta dos policías tuvo, en tiempos, que se apuntaron para entrenar con la intención de vigilar desde dentro: uno de ellos se hizo amigo, le cogió afición verdadera al boxeo y terminó saliendo a pelear en alguna interclubes. O lo que había sucedido unos días antes, cuando estaban con los entrenamientos más intensos en la preparación de Damián para el combate. A Alfredo le llegó olor a marihuana mientras le ponía manoplas en el ring. Enfureció. La bronca fue formidable. De haberse detenido a pensar un instante, se habría dado cuenta de que era impensable que Damián fumara droga en las vísperas de una pelea. O en cualquier otro momento. Con otros chicos del gimnasio, más tentados por la calle y por la

muchachada que se juntaba en los bancos de las plazas para fumar, Alfredo sí tenía que comportarse un poco como el supervisor de la libertad condicional de las películas que hasta muestras de orina toma. Pero con Damián no era así, él sólo pensaba en boxeador y era cierta su determinación de llegar a campeón. Aun así, en el repente, Alfredo hasta le tiró dos bofetadas mientras le reprochaba haber arruinado todo el trabajo con un escollo insuperable en el control de dopaje y con una rendición de la voluntad por la cual, desde ese preciso instante, dejaba para siempre de creer en él. Todo, mientras Damián lo negaba y el Buñuelos, desde abajo, junto a las cuerdas, chistaba a Alfredo para que lo escuchara un instante: «El chico dice la verdad, tronco. Él no ha hecho nada. Puede decirse que es culpa mía». Resultó que el Buñuelos había escondido, para que pasaran allí la noche, dos bolsas de deporte cargadas de hierba. Justo debajo de la taquilla en la que Damián guardaba sus guantes. El olor era tan fuerte que los guantes y la sudadera de Damián quedaron impregnados. De hecho, Alfredo comprobó que el vestuario entero estaba saturado de una peste que podía crearle un problema mucho más grave que un mal control antidopaje. Derivó la bronca al Buñuelos que, con las dos bolsas echadas a la espalda, salió del gimnasio mascullando improperios mientras esparcía rociadas de un perfume de Dolce & Gabbana que llevaba encima: «¡Así, si aparece ahora, la pasma pensará que sólo sois unos mariquitas! ¡Y pide perdón al chaval, hijoputa!».

Cuando Magda estaba presente, el Buñuelos comenzó a aparecer maqueado de galán diurno. Es decir, con una gorra de Nike con la visera hacia atrás, un chándal flamante con la chaquetilla abierta, anillos y pulseras, un Cristo dorado colgado sobre una camiseta de camuflaje militar ajustada para dar relieve a los pectorales. Y oliendo a Dolce. El Buñuelos se hacía el distraído, el desinteresado. Hacía chistes a los chicos con una voz algo más alta de lo estrictamente necesario. Les daba consejos, los animaba cuando pegaban el saco. Pero mientras, o se miraba a sí mismo de reojo en el espejo, admirado de su propia estampa, o miraba a Magda. En el ring, durante algún minuto de descanso, Alfredo guiñaba el ojo a Damián para que él también disfrutara con los acercamientos progresivos del Buñuelos, de una timidez insólita en un tipo que una vez alquiló y cerró un local de la ribera del Manzanares, como si fuera a dar una fiesta privada, para que lo atendiera sólo a él durante una noche entera una camarera que le gustaba y que luego anduvo un tiempo por el barrio en plan Primera Dama del lumpen.

Al final, el Buñuelos hizo contacto con Magda. Con la excusa de enseñarle a tirar el jab. La agarraba desde atrás, con un intento de dulzura que apenas mitigaba el parecido con un atracador detrás de un escudo humano, y le enseñaba a dibujar el golpe: «Qué bonito, como Demi Moore y Patrick Swayze con las manos metidas en el barro», dijo Kitín, sin estar seguro él mismo de si era sarcasmo. A Magda le saltaba una coquetería espontánea ante el interés de cualquier hombre. Sobre todo desde que los hombres habían ido interesándose cada vez menos y los que lo hacían aspiraban en realidad a salir en las revistas como galanteadores de famosa. Fue receptiva con el Buñuelos y hasta habría aceptado tenerlo por acompañante en la velada de Damián de no estar ya comprometida con el grupo de Piñata: «Ah, Darío, sí claro», dijo el Buñuelos, y lo dijo como dando a entender que entre ellos había algún tipo de pasado. O de presente. O de competencia. O de vaya usted a saber. Para compensar, Magda sí aceptó una invitación a almorzar con el Buñuelos, que la paseó cogida del brazo por el barrio como si esperara que les lanzaran hurras y la llevó a comer a una parrillita de la Casa de Campo, junto al lago, que aventaba olor a carne y patatas fritas. Fueron paseando. Los siguieron todo el camino chicos del Buñuelos, como en el cortejo de un torero que sale del hotel ya vestido de luces. O como en una procesión. Magda los miraba detrás, con Kitín mezclado entre ellos sin dejar de sonreír, y se sentía como la WAG de un delantero centro del delito suburbial. Lo estaba pasando bien en el gimnasio. Ni siquiera se enojó

cuando, en los cafés, al hacer una petición que el Buñuelos le negó tajante, «Ni de coña, guapa», descubrió que Alfredo lo había aleccionado para no permitirle acceso a las sustancias. Lo estaba pasando bien y la estaban cuidando. Hombres más sólidos que aquellos con los que trataba. Más como Piñata.

La pelea iba a celebrarse en el casino de Torrelodones. El ring quedó instalado debajo de una enorme lámpara de araña, amenazante para la estatura de los pesos pesados, en el salón Mandalay. Era un espacio utilizado habitualmente por *crooners* y modestos liberaces reciclados después de pasar por Locomía. Aún no se habían atrevido a soltar tigres albinos para terminar de recrear un pequeño Las Vegas en las faldas serranas de Madrid. No habían soltado tigres, pero ese día soltarían boxeadores entre chicas que servirían champán como vestidas para bailar el cancán, en un ambiente muy distinto del habitual de los polideportivos periféricos. El casino pretendía atraer actores, futbolistas y cantantes y hasta había dispuesto a la entrada un mural para el *photocall*. Los veteranos de las veladas genuinas lo mirarían todo como sospechando algún tipo de profanación: estaban demasiado acostumbrados a las noches tristes y los bocatas a seis euros en lugares donde no podías estar seguro de que el coche seguiría donde lo dejaste al ir a buscarlo.

Por la mañana, Alfredo y Damián salieron a trotar juntos unos kilómetros livianos por la Casa de Campo. Luego almorzaron ensalada y pasta sin salsas que les cocinó la madre de Damián. Comer ahí, los dos, en esa cocina, antes de cada pelea, era casi una superstición. Un simulacro familiar lleno de autenticidad. Para Alfredo, también era un recordatorio de lo cercana que Damián tenía la infancia. Conservaba en la habitación las sábanas de *Star Wars*, los pósters idólatras y la mesita de estudio en la que poco rastro de esfuerzo quedó. También había un retrato de ellos dos, agarrados por los hombros y sonrientes después de entrenar, en el lugar donde debería haber estado uno de Damián con su padre. Después de comer, Alfredo lo dejó dormir un rato, convencido de que no le costaría coger sueño. Todavía no había visto a Damián ansioso antes de pelear. Su despreocupación a veces parecía hasta inconsciente, como la de un niño que jugara a los vaqueros ignorando que su pistola carga munición real. Regresó a buscarlo en las primeras horas de la tarde. Damián armaba la bolsa ayudado por su madre, que le doblaba el calzón de combate, la camiseta y la sudadera con capucha con un primor innecesario pero terapéutico para ella, puesto que constituía su contribución. Aún tenía el reflejo de echar colonia a su hijo, como cuando lo despachaba al colegio, mientras lo veía partir hacia una pelea en la que muchas cosas le serían necesarias, pero no oler bien. «Recuérdaselo a Víguerza, ¿eh?». Víguerza era el encargado de llamar a la madre de Damián una vez terminado el combate para decirle, no si había ganado o perdido, o no eso lo primero, sino que el chico estaba bien. Ya luego ella le palparía el rostro como una ciega.

Había cita a la puerta del gimnasio para acompañar a Damián al casino. Estaban los compañeros de entrenamiento, algunos amigos de cuando iban en pandilla al parque de atracciones, el Buñuelos y Víguerza, que había empaquetado todos los útiles necesarios para la esquina y llevaba al cuello el crucifijo villero con el que Damián saldría después al ring. Víguerza escrutó a Damián, como haciéndole una exploración telepática, para averiguar su estado de ánimo y si necesitaba una frase de aliento, un chiste o silencio. Los muchachos palmearon todos la espalda de Damián en cuanto llegó. Era el héroe del día, y ello permitía intuir lo que significaría para el barrio el día que por fin disputara un título europeo, si llegaba a hacerlo. Lo que significaría regresar con un cinturón cruzado en bandolera. Lo que significaría, ¿por qué no fantasear?, permanecer en vela una noche del futuro para verlo pelear a deshora en los Estados Unidos, como cuando lo hizo Poli y en Vallecas hubo un falso mediodía eléctrico de pantallas encendidas.

Al comprobar la seriedad de los hombres que lo rodeaban y la importancia que daban al combate, Alfredo se sintió sucio. No había contado a nadie que el compromiso de Chaca sería escaso y que, en muchos sentidos, iban a participar en una estafa. Como si estuvieran fabricando

un aspirante a base de ponerle delante púgiles comprados. Ello repugnaba a Alfredo, aunque no se tratara de algo que hubiera amañado adrede. Pero prefirió que Damián lo viviera como si fuera en serio y que le quedara la experiencia de pelear por primera vez contra un púgil con reputación que cruzó el Atlántico sólo para retarlo a él. Y para propagar luego por América la noticia de que allá, en el Lucero de Madrid, hay un chico que lo derrotó y espera al siguiente. Viguerza se daría cuenta enseguida, eso lo sabía Alfredo. En cuanto viera que Chaca jamás daba ese pasito adelante para fijarse en la distancia donde, como siempre decía Alfredo, al boxeador «se le llena el culo de preguntas». Ya le improvisaría una explicación. Pero Viguerza se daría cuenta y sólo permanecería en la esquina para no abandonar a Damián, porque lo enfurecería sospechar otra guarrada de las que pudrieron el boxeo mucho antes de que a él se le quedaran las manos mustias, mutiladas aun estando.

El Buñuelos trajo una Voyager para que subieran a bordo, además de Damián y su esquina, dos o tres de los muchachos del gimnasio. Había que reservar dos plazas porque la víspera, durante el pesaje en el Claridge, el Buñuelos se las había arreglado para que el promotor le encomendara recoger a las dos azafatas que pasarían los cartelones con los números de los asaltos llevando unos *shorts* diminutos con una marca de cosméticos, Iconic, estampada en los glúteos. Desde el puesto de copiloto, Alfredo miró los dos asientos vacíos al fondo y los malandras que los rodeaban y pensó que en los más de treinta kilómetros que los separaban del casino había tiempo de que, al llegar, el Buñuelos no entregara las mismas mujeres que recogió. O de que no entregara ninguna. De no ir él y Damián en la camioneta, Alfredo estaba seguro de que el Buñuelos montaría un guateque rodante para terminar, pasado de largo el casino, convidando a las chicas a cochinitillo y farla en Segovia. Las recogieron delante de la estación de Príncipe Pío. Llevaban abrigos sobre las camisetas de tirantes de Iconic y los zapatos de tacón afilado que tan molestos serían después cuando tuvieran que pasar entre las cuerdas, avivando cada vez silbidos procaces. El Buñuelos les abrió la puerta corredera y les ofreció la mano para ayudarlas a subir. Ellas tuvieron un momento de duda cuando vieron las trazas de los que iban dentro:

—Vais muchos, si es molestia, podemos coger un taxi.

—Pero de eso nada, princesas mías, si no os gustan estos mataos, hago que se bajen y que vayan a pata. Todos menos el moreno ese, que tiene que boxear. Pero aquí somos todos caballeros españoles de los pies a la cabeza. —El Buñuelos bajó la voz hasta hablar casi en susurros—. Y cuando no nos vea ese tío tan serio que va delante y es un aguafiestas, os invito a un gramito o a unas pastis, lo que os vaya más.

Las chicas subieron a bordo. Los chicos comenzaron de inmediato a lanzarse chistes, a pavonearse y a coquetear con gran agitación. Ellas se dejaban como aceptando ofrendas. El Buñuelos reía pícaro mientras lo veía todo por el espejo retrovisor. Le gustaba la fiestita de atrás, más divertida que el ambiente de sacerdocio marcial que se habría instalado en la camioneta si sólo hubiera viajado el equipo de Alfredo. Tan complacido iba, tan pendiente de los avances de los muchachos, que a punto estuvo de salirse en la curva del hipódromo. Invadió el carril vecino, pegó un volantazo, lo putearon con bocinazos, y hasta las azafatas gritaron divertidas como si estuvieran en una atracción del parque. El Buñuelos rio, ya a carcajadas, mientras golpeaba la rodilla de Alfredo: «¡Pero tronco, pásalo bien! ¡No sabes lo cachondo que es esto cuando encima te persigue la pasma! ¡Qué pena no llevar una pipa para pegar tiros al aire! ¡Yijaaaaaa!».

Enderezada la Voyager, Viguerza y Damián intentaron abstraerse para el resto del viaje, cada uno a su manera. Viguerza se subió la capucha, masculló alguna de sus cóleras interiores, pidió silencio a los de atrás, sin que le hicieran mucho caso, se cruzó de brazos y apoyó la cabeza en el cristal para agarrar un sopor ligero. Por reflejo, comenzó a toquetear las cuentas del crucifijo de

Damián, que aún llevaba él puesto. Damián se colocó los auriculares de Beats y acompañó con los labios el fraseo del rap. Escuchaba la canción que le compuso un grupo amigo, de latinos de Carabanchel que entrenaron un tiempo en el gimnasio, que era la que siempre sonaba cuando salía a pelear: «Se gasta en zapatillas lo de cada victoria, tiene flow, tiene punch, aguántale un round o vete con el culo roto». Fuera, veía pasar Aravaca, Pozuelo, el Quinta Avenida, la Florida. Barrios distintos, con jardines hermosos y criadas con cofia que sacaban a pasear el perro. Restaurantes con remos cruzados o chuletones de neón como adorno. El cementerio ínfimo de Las Rozas que quedó atrapado en una isla de la autopista. Damián se preguntó cómo harían los coches fúnebres para llegar, cómo harían los zombis que salieran de sus tumbas para cruzar la A-6 y sembrar el pánico allí donde las criadas van con cofia. Iba concentrado. De vez en cuando hacía como que tiraba un upper o se palpaba los músculos como si así pudiera ir entibiándolos. O trazaba una esquiva con la cabeza y parecía que bailaba su música. De los amigos que, detrás, lo pasaban en grande con las azafatas, Damián habría podido decir lo mismo que Belmonte de aquel subalterno suyo que los días de corrida lograba dormir siestas de dos horas: «Cómo se nota que no tienen que pelear». Damián tenía que pelear. Tenía que hacerlo sabiendo que cada pelea era otro peldaño en un propósito mayor que llenaba su vida entera. Se gasta en zapatillas lo de cada victoria. Cada victoria sólo vale lo que la siguiente, sólo vale lo que la pelea de después a la que te lleva. Aunque tranquilo y aplomado, Damián era menos infantil en su relación con la responsabilidad y el porvenir de lo que Alfredo creía. Otra cosa era que fuera capaz de sepultar sus ansiedades en rap. Pero iba imaginando las combinaciones de golpes que los entrenamientos habían automatizado como si temiera descubrir, al sonar la campana y proferirse el grito de «¡Box!», que las había olvidado todas. La angustia de un cantante con pavor a darse cuenta, al arrimarse el micrófono delante de veinte mil personas, de que perdió la voz. Sólo que al cantante no le pegarían por ello inmediatamente después. No lo golpearían hasta dejarlo inconsciente. Tiene flow, tiene punch, aguántale un round o vete con el culo roto.

Al llegar, hubo un inconveniente. Las chicas no llevaban encima documentación, y sin ella no estaba permitido entrar en el casino: «Con esos ojazos que dicen ábrete sésamo, quién necesita DNI», aprovechó para colocar el Buñuelos, inspirando un ooooh, qué mono que a él le sonó como al león el balido de la cabritilla atada a una estaca. Deliberaron un instante delante de la escalinata frontal, mojándose apenas con el agua de la fuente que la brisa aventaba, y enseguida decidieron que la esquina debía desentenderse y preocuparse sólo de preparar a Damián. Los muchachos del gimnasio tenían que irse también adentro para que el grupo de ilegales fuera más discreto. El Buñuelos se encargaría él solo de infiltrar a las azafatas. Y de enfrentarse por ellas a alienígenas, si hiciera falta, caballero español de los pies a la cabeza. Mientras entraba en el vestíbulo con Damián y Viguerza, Alfredo miró de reojo hacia atrás y vio que el Buñuelos ofrecía a las chicas un tiritito discreto de cocaína que ellas inhalaban, como estornudando hacia dentro, directamente de encima de sus nudillos. Parecía una eucaristía chungu: este es mi cuerpo, les decía el Buñuelos, tomad ambas de él, y ellas lo aceptaban de su mano como si se tratara de pan de una hogaza pascual. Ya eran suyas. Alfredo estuvo seguro en ese instante de que regresarían a la Voyager y amanecerían los tres en una suite del parador de Segovia cuando les aporrearán la puerta para obligarlos a salir. Hasta le pareció simpática la idea: toda la semana siguiente, en el gimnasio, el Buñuelos los mantendría entretenidos con el relato de esta nueva hazaña sexual. Suponiendo que se atreviera a cantar sus propias gestas delante de Magda. Pero no fue así. El Buñuelos se las arregló para colar a las azafatas por una entrada de mercancías que daba a una cocina en la que los camareros reponían sus bandejas. Pretendieron haberse perdido después de salir un momento a fumar ante un custodio del casino que de todos modos tenía más ganas de

envidiar al Buñuelos la compañía femenina que de reñir con él: «Eres un tío, colega. ¿Un tirito?». Más comuniones.

Alfredo, Damián y Viguera atravesaron las mesas de juego en dirección al salón Mandalay. Había poca gente aún en la sala. Los crupieres desocupados conversaban entre ellos. Los prestamistas chinos no estaban apostados alrededor de las mesas, como solían, a la espera de que un jugador empecinado pero desprovisto de fondos cayera entre sus garras, sino que bostezaban cerca de la barra del bar o enlazaban un cigarrillo con otro en la neblina del habitáculo para fumadores que dejaba en la ropa un olor capaz de resistir tres lavados. A Damián, que nunca había estado dentro de un casino, el lugar le pareció de una tristeza infinita. No era tan distinto del salón de juegos del barrio donde, reuniones mafiosas aparte, había unos espectros silenciosos que echaban monedas por la ranura con un gesto tan automático y desprovisto de voluntad que parecía que si les quitaran las monedas que llevaban sobre el regazo en enormes vasos de plástico no se darían cuenta y seguirían con el vaivén del brazo como un muñeco articulado que ya murió o nunca estuvo vivo. Damián necesitaba salir de esa sala o el ambiente lo pondría melancólico y le arruinaría el estado de ánimo para la pelea. Como siempre que ansiaba ausentarse en un lugar del que no podía irse, se colocó los auriculares y se marchó donde el rap.

En el Mandalay, los combates menores habían empezado hacía rato. *Amateurs* que peleaban con casco a tres asaltos, alentados sólo por sus amigos de la pandilla y por sus familiares. Semiprofesionales que boxeaban ante filas de sillas tan vacías aún que las órdenes que gritaban las esquinas se oían con una nitidez cuartelaria. La mayor parte de los espectadores o aún no había llegado o rezongaba en la terraza con los canapés, los platos de jamón y las copas de champán, a la espera de las peleas más llamativas del cartel. Alfredo dijo a Damián que para su combate aún faltaba mucho y que se relajara un rato viendo pelear a otros antes de subir a los vestuarios dispuestos en la planta superior, que en realidad eran camerinos para artistas, con espejos remachados de bombillas, en los que se hacía extraño ver cambiarse a un boxeador porque él no iba a interpretar ni fingir nada, él no era un personaje ni el autor de un *show* ligero, él era un peleador sin sangres ni dolores de atrezo. Alfredo vio a Evaristo Müller al otro lado del ring. Ambos se saludaron con una inclinación seca de la cabeza. Buscó con la mirada a Hermenegildo Chaca y lo encontró justo cuando este, todavía vestido de calle, terminaba de saludar a Damián con un abrazo y un choque de nudillos. Se reprochó el descuido. Chaca nunca debió hablar a solas con Damián. Ni siquiera antes de un combate que a Chaca no le importaba perder. A saber qué veneno psicológico sería capaz de inocular a Damián sin dejar de parecer un tipo simpático y lleno de sentido de la camaradería entre púgiles. A saber con qué mierda en la cabeza subiría ahora a pelear. También saludó en la distancia a Chaca y se acercó a Damián.

—¿Todo bien?

—Sí, Alfredo, me encuentro de puta madre. Tengo ganas de empezar.

—¿Qué te ha dicho este?

—Nada. Me saludó solamente. Me dijo que ha oído hablar bien de mí y que luego nos vemos arriba.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—¿Algo sobre cómo va a pelearte? ¿O sobre cómo boxejas tú?

—Pero Alfredo, tío, que no me ha echado un hechizo, ni nada de eso. Tranquilo. Sólo vino a saludar. Está duro, eso sí. Lo toqué al abrazarlo, y está duro. Me dijo que huelo bien.

—Joder, ya estamos. A ver si tu vieja deja de joder con la colonia. Venga, vámonos arriba. Es la hora.

Los camerinos reconvertidos en vestuarios estaban conectados con un palco desde el cual se obtenía una visión casi cenital del ring y la sala. Alfredo se asomó un instante mientras Damián se cambiaba y, por fin, el público atestaba la entrada. Desde ahí, asistió a la llegada de Piñata, tumultuosa, teatral, propia de un tipo que habría entrado subido a una Harley, como los Ángeles del Infierno en el concierto de Altamont, antes que pasar desapercibido. El único secuaz que iba con él era Richy, cuya compañía femenina, la peruanita del guardarropa, estaba algo intimidada, como si participar en un grupo de amigos de Piñata fuera una ofensa a la jerarquía por la que sería castigada en cualquier instante. Iba agarrada con las dos manos al brazo poderoso de Richy, como un koala enrollado en un tronco. Los demás acompañantes se correspondían con las personas de las que a Piñata le gustaba rodearse para presentarlas como credenciales de su conquista social. Richy pensaba que el ansia de notoriedad mundana de Piñata algún día los desgraciaría a todos, que los tipos que vivían sus vidas debían permanecer en el más profundo agujero de la clandestinidad, sin que se les transparentara ni un billete de cincuenta euros en el bolsillo de la camisa. Pero sabía que era inútil tratar de que recapacitara un hombre que al mismo tiempo llenaba de secretismo y recelo sus maniobras en el lumpen. Había un instinto de supervivencia que a Richy no se le activaba cuando lo cegaban el neón y la posibilidad de ser abrazado y saludado por su nombre al llegar al restaurante de moda en Madrid. Cuando un mulato cargado de oro que jugaba en el Real Madrid se levantaba de su mesa, gritaba «¡Darío, colega!», lo abrazaba y le agradecía las gestiones que había hecho para conseguirle una casa en La Finca o un autobús lleno de mujeres para una fiesta. Esos momentos hacían sentir a Richy más vulnerable que al mover toneladas de cocaína o al recibir la orden de aplicar violencia a alguien, porque entonces operaba el gran profesional que era Piñata y además no se exponían fuera de la penumbra para cobijo de alimañas, su luz natural.

También era cierto que, gracias a esas relaciones de Piñata, Richy vivía experiencias divertidas a las que jamás habría tenido acceso de permanecer, rehabilitado, en ese lado de la vida en el que los veteranos como él empiezan a acostarse temprano y a saber qué sale en la tele y a qué hora. Sólo los futbolistas, por los que Piñata tenía una querencia bien argentina, ya eran un filón inagotable de posibilidades viciosas y de circulación de dinero en cantidades masivas. Una vez, no hacía mucho, un astro porteño del Real Madrid pidió ayuda a Piñata para que le procurara al menos una docena de putas de buen nivel que necesitaba para un asado de confraternización con los compañeros de vestuario. Piñata fue invitado a quedarse y, con él, también Richy. Un parrillero del restaurante El Gaucho Feroz, de la confianza de todos ellos, se encargó del fuego y de las viandas. Los cuellos de las botellas asomaban en las hieleras, el césped del jardín olía a recién cortado, los trofeos del astro brillaban dentro de una vitrina en el salón, las chicas aventaban amor y simpatía con unos pompones en la trasera del *short* como rabos de conejita. Lo malo fue que no todos los futbolistas comprendieron bien la naturaleza de la invitación. Richy, que era quien franqueaba el paso a los que iban llegando, irrumpió de pronto en el jardín para avisar al anfitrión y a Piñata de que un medio centro italiano que estaba aparcando delante de la casa traía consigo a su señora esposa y a las tres deliciosas hijitas del matrimonio, perfumadas y repeinadas, que sujetaban con primor dulces comprados para corresponder con alguna cortesía. ¡Este pelotudo se creyó que la confraternización era familiar! ¡WAGS incluidas! Con la rapidez característica de un submarino cuando suena la alarma que advierte de las minas de profundidad, las putas fueron encerradas todas en una habitación, con Richy dentro para que impidiera fugas. Durante las tres horas siguientes, los futbolistas se aburreron en un silencio sepulcral mientras el parrillero traía fuentes de provoletas y carne, mientras un portero suplente llamaba a casa a decir te quiero, sintiéndose culpable después de jugar un rato con las niñas, y mientras la esposa del

medio centro italiano lo miraba todo con enorme sospecha al no comprender por qué era la única mujer presente y meditaba si debía preguntar algo en el grupo de wasap de las WAGS o si ello la abocaría al divorcio. No hubo más remedio que llevarse al medio centro italiano a un aparte y explicarle cuál era la situación cuando Richy envió mensajes al móvil de Piñata advirtiéndole de que en ese cuartucho en el que estaban encerrados se había condensado el calor y las chicas comenzaban a sucumbir mareadas. Para cuando las rescataron, nadie estaba ya de humor para perseguir colitas de coneja por el jardín. Todo el trayecto de vuelta al centro de Madrid lo pasaron Richy y Piñata desternillados de risa y pasando botellitas de Evian a dos de las chicas deshidratadas que se habían quedado para que, al menos, salvaran ellos la noche.

Para esa noche en el boxeo, Piñata había elegido ponerse amistades escogidas entre una joven pandilla, habitual de las revistas, compuesta por hijos de empresarios famosos y por cachorros de la aristocracia. El linaje del dinero y el linaje de los blasones, secuestrados sus vástagos por un criminal con aspiración de linaje. Todos los chicos eran atorrantes, crápulas y mantenidos como a veces ocurre con aquellos hombres que, al nacer, se encuentran con que todo cuanto habría podido constituir su destino está hecho ya por otro. Iban medio disfrazados de *hipsters*, con mucha abundancia de barba, porque la bohemia chic y lo falsamente raído era lo que se llevaba entonces. Tenían una novia escuálida, de una belleza conservada en yoga, que aspiraba a ser actriz o modelo. O aspiraba a ser esposa con los árboles de Navidad fotografiados para *¡Hola!*, si en ella habían sobrevenido ya la rendición de la vocación y las prisas por resolver. Un petimetre con escudo de armas que frecuentaba la imitación de los atildados señoritos con vicio de Óscar Wilde había incorporado hacia poco, por mero propósito provocador, a una chica que desafiaba el cliché de las maniqués de Lista: una actriz porno que presumía de haber hecho exteriores en Malibú y que ahora escandalizaba Sevilla, al llegar a los toros con mantilla, como candidata a consorte del futuro portador de un gran nombre. En el grupo de Piñata también estaban Kitín y Magda. Ella era la reina indiscutible, ungida como tal por Piñata y sus deferencias. Esa noche, en un lugar tan insospechado para una *socialité* como una velada de boxeo, Magda hacía su reaparición después del percance en directo y la hospitalización que desataron los rumores más crueles. Volvía justo cuando el público ya sólo esperaba de ella que no demorara demasiado el instante en que un coche fúnebre fuera a buscarla a casa como antaño lo hicieron las limusinas. Así pues, se hacía enojosa por volver. Casi saludable y casi radiante. Porque, aunque Alfredo no tuvo tiempo de trabajar demasiado con ella, Magda ya había perdido unos kilos y llevaba días sin consumir cocaína. Incluso el dinamismo y la juventud del gimnasio la habían sacado en parte de la espiral depresiva. Ahora pasaba los días con gente para la cual la voluntad era más importante que la displicencia corrosiva de lo mundano y de lo final de especie. Gente que estaba de pie la mayor parte del tiempo.

Mientras se sentaba en su silla de primera fila de ring, Magda vio a Alfredo arriba, en el palco. Levantó una mano y lo saludó con afecto verdadero. Alfredo no se dio cuenta. Magda comprendió que miraba a Piñata con cierta solemnidad oscura. Después abrazó al Buñuelos, que en ese momento regresaba de alguna parte para depositar por fin a las azafatas que le habían sido confiadas. Las entregó borrachas, drogadas, muertas de risa y con la areola de un pezón visible bajo la camiseta corrida. Pero las entregó. Cuando estaba a punto de regresar con Damián, Alfredo aún vio llegar al duque Francisco de Alvear y Rotschein acompañado por Rubén Cascos, Bum Bum Lavapiés, apretado en un traje que brillaba como un postre glaseado y con los dos guantes dorados colgados del cuello. Con un aire de sumisión, ocuparon los asientos que Piñata les señaló en la segunda fila. Alfredo se quedó helado y sintió compasión por su amigo. En definitiva, el caballo no había sido pago suficiente. El duque y Bum Bum se habían tenido que

dejar abducir por el entorno de Piñata para engrosar, al menos el duque, el fondo de armario humano de sus coartadas sociales. El duque no era como esos muchachos alborotados y livianos. Con el duque, Piñata apuntaba muy pero que muy alto. Había tomado como rehén a un peso pesado de la tradición con acceso a los lugares más exclusivos y con unos rasgos faciales que era posible detectar en algunas pinturas de Goya de cuando los señoritos casquivanos como los de Piñata aleteaban en la pradera de San Isidro, donde galanteaban los *it boys* del XIX . Piñata asaltaba todo eso y al Grande de España, por miedo o por resignación, por expiación de un error que costaba más que un caballo, no le quedaba más remedio que fingir amistad, sonreír y palmear la espalda de un gánster del que ya lo estremecía imaginarlo bajando de un AVE en Santa Justa para infiltrarse en sus cortijos y sus palacios. En sus galerías de retratos de los antepasados.

El último momento íntimo, importante para ambos, que Damián y Alfredo compartían antes del combate, era el ritual del vendaje. Después, Alfredo también le ponía manoplas para que Damián calentara, pero aquello no les daba la misma quietud, la misma sensación introspectiva que el vendaje. Se sentaban uno enfrente del otro, ambos con el torso desnudo, con algo de música a un volumen que no fuera molesto. Alfredo se tomaba mucho tiempo para vendar mientras iba salpicando con recordatorios de las consignas tácticas y con apelaciones a la determinación una charla entre amigos que en realidad era un sosiego para el luchador antes de salir. Igual que a los niños los abrumba el descubrimiento de que su padre es mortal, Damián se preguntaba a veces si sería capaz de alcanzar determinadas zonas mentales si el guía fuera otro entrenador. Un extraño. Un extraño que lo fuera también en la cocina de casa cuando su madre escurría la pasta. No estaba seguro ni de saber pelear sin escuchar los gritos de Alfredo en la esquina, sin que le llegara así una lectura del combate que a veces él no podía hacer, entregado al mero instinto de supervivencia y a los automatismos adquiridos en el entrenamiento: los movimientos que el boxeador hace sin haber tomado la decisión de hacerlos, los golpes que se deciden ellos mismos.

Cuando los avisaron para salir, Damián ya había roto a sudar en las manoplas. Le pusieron la camiseta del gimnasio, que se atascó al entrar por los brazos porque el boxeador tenía los guantes puestos, atados y precintados. Unos Charlie plateados. Le ajustaron la gorra rapera y Viguerza terminó el ceremonial colocándole el crucifijo al cuello, por encima de la camiseta. Salieron en comitiva, Viguerza apenas un poco rezagado con los utensilios de asistencia. Llevaba sobre las orejas unos hisopos, como si fueran cigarros o el bolígrafo de un tendero. Iban todos muy serios. Esperaron en el pasillo mientras escuchaban la voz elástica del *speaker* , ¡Damiáaaaaannnnnnnnn!, y empezaba a sonar el rap de Damián. Un haz de luz se concentró en la puerta de salida. La luz al final del túnel. La luz tramposa que atrae insectos y los electrocuta. Alfredo contuvo a Damián. Quería que los espectadores lo esperasen unos instantes más con la mirada clavada en la puerta y el aplauso sostenido. Quería impacientar a Chaca, que ya hacía desplazamientos por el ring con su bata, aunque sabía que eso era difícil. Damián movía el cuello y los brazos, pegaba saltitos, abría y cerraba la boca para calentar la mandíbula. «Vamos». Salieron por fin. Dieron una vuelta casi completa al ring para que Damián se sintiera arropado. Lo tocaban amigos del barrio y del gimnasio a los que él reconocía apenas porque iba absorto en su concentración. Cuando pasaron por delante del grupo de Piñata, Magda lo saludó también con una caricia en la mejilla que no gustó a Alfredo porque pareció que se estaba compadeciendo de un niño en vez de honrando a un guerrero. Chaca se dio cuenta y dijo algo a Evaristo Müller que lo hizo reír. Algo tipo: «Todavía agarro al pendejito de Alfredo, me lo pongo sobre las rodillas y le doy unos azotes en la pompita». Alfredo no pudo evitar que Piñata le estrechara la mano y le susurrara al oído que estaba agradecido por lo bien que veía a Magda. Demasiada conversación. Demasiadas interrupciones. ¿No se daba cuenta esta gente de que estaban a punto de pelear?

Cuando bajó las cuerdas inferiores para que Damián ingresara en el cuadrilátero, Alfredo sintió que se ponían a salvo dentro de un perímetro en el que, durante un rato, sólo importaría el boxeo. Los dos boxeadores y sus esquinas. Hasta allí no podían perseguirlos susurros al oído ni caricias inoportunas. En esa cápsula estaban en su mundo. Eso lo habían sabido todos los boxeadores de todas las épocas: los verdaderos peligros y las personas complicadas siempre estuvieron al otro lado de las cuerdas.

Damián levantó los brazos para saludar e hizo inclinaciones hacia los cuatro costados del ring. Después, chocó guantes con Chaca, a quien no se le borraba la sonrisa condescendiente, sobradora. En la esquina, lo despojaron de la ropa de más y le untaron vaselina en el rostro. Antes, Alfredo le retiró el crucifijo con delicadeza, lo besó y se lo puso él al cuello para guardárselo hasta después de la pelea. Acudieron ambos al encuentro con el árbitro en el centro del cuadrilátero. Burlón, Chaca se pasó todo el tiempo que duraron las instrucciones imitando a Cantinflas cuando hizo de boxeador. Hasta que el árbitro lo conminó a parar: «Cómo no, patrón, disculpe usted». Se separaron con otro choque de guantes. De vuelta en la esquina, Viguerza secó algo de agua caída y Alfredo besó a Damián en la frente antes de bajar a su posición. Cuando sonó la campana, Damián se giró, tiró un gancho formidable a la publicidad de Charlie del soporte, y se volvió a girar para ir a por Chaca, con los dos puños apretados a las sienes. Chaca venía deslavazado, desdeñoso, y se comió un jab que Damián le tiró en frío desde una distancia desde la cual Chaca creyó que no podía llegarle nada. El público bramó. Mira por dónde, el pendejito. Descubierta la potencia de pegada de Damián, Chaca armó la guardia y dejó de sonreír. «¡Haz ahora de Cantinflas, hijoputa!» se oyó gritar al Buñuelos.

El combate empezó como Alfredo había temido. Chaca, reservándose para la fiesta toledana de Piñata, evitaba las distancias cortas. Se hizo esquivo hasta el punto de impacientar muy pronto a los espectadores, que le abucheaban las huidas y las mañas escurridizas. Tiraba alguna combinación carente de alma, retórica, y se refugiaba enseguida tan lejos que Damián, extrañado al principio, dejó caer la guardia y le preguntó a voces si prefería jugar al parchís. En la esquina, durante ese tramo, Viguerza miró a Alfredo pidiéndole una explicación, porque era evidente que Chaca no había venido a pelear y que Evaristo Müller incluso lo exhortaba a no exponerse. Por mucho que estuvieran en el casino y debajo de una lámpara de araña, de seguir eso así terminarían cayendo sillas en el ring. Pero Damián se adaptó y comenzó a usar una rapidez de piernas mayor de lo que Chaca esperaba. Empezó a encerrarlo, a fijarlo, a pegarle. Gracias a su dinamismo, lo colocaba en situaciones de las que Chaca no podía salir sin llevarse puestos dos o tres golpes claros que le dolían y lo enojaban. Decía no con la cabeza y se mofaba como si lo recibido fuera inofensivo, pero por dentro dolía y enojaba. Por tratarse de un pendejito acariciado por las señoras, por eso enojaba. Damián pegaba arriba y abajo con velocidad y trazando los golpes con pulcritud técnica. Terminaba las combinaciones con ganchos de izquierda que soltaba muy metido debajo de la trayectoria de cualquier directo de contra y que a Chaca le iban sacando el aire que necesitaba para moverse como un fugitivo. Cada golpe levantaba un clamor en las sillas. Damián lo estaba atornillando al ring. Le quitaba los espacios y el oxígeno para que no le quedara más remedio que resignarse a boxear. Damián había comprendido solo, sin que se lo gritara su esquina, que eso era precisamente lo que necesitaba la pelea. Clavar con alfileres las alas de un murciélago. Y, luego, diseccionarlo aún vivo.

Al final del tercer asalto, Chaca regresó a su esquina con una herida abierta en la ceja y un hilo de sangre que se le volvía sinuoso al fluir por el pómulo. Eso lo enfureció. Necesitaba el rostro porque se lo habían pagado intacto y ahora tendría que presentarse en Toledo con una mercancía defectuosa. Alfredo comprendió que iba a entrar en la pelea. Que, en vez de fingir una

lesión y salir de ahí a toda prisa entre abucheos tremendos, que probablemente era lo que le estaba pidiendo Evaristo Müller, a Chaca lo arrastrarían la cólera y el afán de bajar las ínfulas del «pendejito» que lo estaba sometiendo a un castigo inesperado. Hasta la caricia de Magda era de pronto un agravante de la humillación, porque lo estaba ofendiendo un crío ante el cual a las mujeres les salía la madre, no la puta. Lo querían acunar, no follárselo.

—¡Ojo ahora, que viene con todo! Te va a embestir. Te va a meter la cabeza. Te va a guarrear todo lo que pueda. Tú tranquilo y a lo tuyo. Tres golpes y fuera. Acaba abajo. ¡Pasito atrás cuando embista, lo recibes con el upper y te vas por el lateral, pero pegando! ¡Pega, pega, pega!

El combate duró dos asaltos más. Intensos por fin, sin cálculos ni gestiones de esfuerzos pensando en los puntos. Chaca cabeceaba y trataba de meterse en la corta para, desde abajo, arrojar unos swings que a veces sólo eran voleas, toscas pero llenas de peligro. Con frecuencia, al entrar metía la cabeza para alcanzar el mentón de Damián o abrirle alguna herida en una ceja que luego pudiera trabajarle pegando ahí. Peleaba como si estuviera a punto de arrear una dentellada en un moflete. Damián se mantuvo frío, asombrosamente frío para lo que cabía esperar de un profesional reciente sometido al ataque de un veterano tan duro y tan sucio. Movi6 bien las piernas para dominar las distancias e hizo pagar a Chaca cada entrada en la corta con uppers y ganchos que hacían estallar alrededor del cráneo del rival una fugaz aureola de sudor. Como pequeñas detonaciones, secas, siempre con la misma cadencia vertiginosa que volvía inasibles, indefendibles, las combinaciones de Damián. Sólo era posible alejarse de ellas. Y Chaca ya no quería hacerlo, se lo impedía la furia, por lo que iba sufriendo un auténtico destrozo mientras lo sostenía su temperamento feroz.

En el descanso entre el cuarto y el quinto, Richy se acercó a la esquina e interrumpió las instrucciones de Alfredo. Piñata le pedía el favor de que mitigaran un poco la intensidad de la pelea y no pegaran tanto a Chaca, porque lo necesitaba más o menos entero para otra cosa. No pedía que Damián perdiera, por supuesto. Sólo que administrara los golpes para llegar tranquilamente a los puntos y ganar ahí. Sólo era un favor que pedía, claro. La reacción de Alfredo fue furibunda. Tiró una tarascada a Richy y lo sacó de ahí a gritos. Su esquina no podía venir nadie a profanarla con mierdas de hampón. Se podían ir todos a tomar por culo. Richy regresó a su asiento. Piñata se mantuvo inescrutable. Alfredo insufló más ánimo a Damián. Viguerza quedó orgulloso de que ahí nadie arrugara a los chanchullos. Y Damián salió y, dos minutos y diecisiete segundos después, mandó a Chaca a la lona con una combinación de upper de izquierda al mentón y derecho que avivó un gran clamor e hizo que el Buñuelos saltara al ring para levantarlo en campeón, dispuesto a llevárselo a hombros, como a un torero, por toda la A-6 hasta el mismo barrio del Lucero. Luego, el *speaker* que proclamaba el ganador, el árbitro que levantaba el brazo de Damián y las cortesías finales con la esquina de Chaca, donde el boxeador lucía francamente tumefacto. De reojo, Alfredo vio que el grupo de Piñata se marchaba sin esperar a nadie. Richy le dedicó una última mirada algo consternada, como si no le gustara cuanto en adelante podía pasar. Magda saludó jovial, feliz por la victoria de Damián. Aún en el ring, Alfredo regresó con su gente. El Buñuelos estaba levantando en vilo, cada una en un brazo, a las dos azafatas de los cartelones. Parecía un cavernario consumando matrimonio.

Todo el gimnasio de Alfredo se tomó después un largo fin de semana de descanso. Descansaron también los unos de los otros después de tantos días de entrenar encerrados. Esa intimidad era intensa. Separarse al terminar un combate era como desembarcar y dispersarse en el muelle quienes convivieron en un espacio reducido durante una travesía. Durmieron hasta muy tarde. Se dejaron palpar por un sol tibio en las terrazas de los bares. Damián comió hamburguesas y helados sin subirse a la báscula ni una sola vez y se fue al cine en pandilla al Xanadú, donde también se tiró en monoski en la pista de nieve artificial. Gastó en música y en ropa parte de los quinientos euros que Alfredo le adelantó en el mismo casino. El resto se lo dio a su madre.

El lunes, antes de abrir el gimnasio, Alfredo se sentó en la barra de Jema para desayunar con las escasas informaciones del combate aparecidas en *As* y *Marca* durante el fin de semana. Lo felicitaron los camareros y los currantes del barrio que desayunaban licor. También Félix, el vendedor de cupones de la ONCE que llevaba ocultos en los bajos de la silla de ruedas unos tarros de marihuana de la del Buñuelos que vendía a cuarenta euros. Vio que habían colocado una fotografía de Damián, vestido de boxeador y en guardia, junto a las que ya había de futbolistas y toreros. Le contaron que la puso el Buñuelos cuando pasó por ahí de madrugada, después de la pelea, para comerse unos filetes con las dos azafatas, que llevaban todavía los *shorts* de Iconic. Alfredo pidió café y porras. Fue entonces cuando se enteró de la muerte de Hermenegildo Chaca. Lo llamó Evaristo Müller para decírselo con una voz pastosa por la pena porque, mientras acompañaba el cadáver en una estancia gélida del Anatómico-Forense de Ciudad Universitaria y la policía le concedía un tiempo antes de llevárselo a comisaría para interrogarlo, había decidido que no quería que un boxeador joven como Damián pasara el resto de su vida creyendo que a Hermenegildo Chaca lo mató él. Que murió por los estragos de una pelea noble y hermosa, porque no hubo tales estragos. No. A Hermenegildo Chaca lo mataron en una finca de Toledo durante un combate a puño descubierto contra un ucraniano de Kiev, antiguo medallista olímpico, que pesaba quince kilos más que él. Lo mataron sin que nadie parara el abuso. Al revés, mientras disfrutaban del abuso unos cuantos niños bien de Madrid y sus novias que se hacían las impresionadas como si las hubieran llevado a los toros. Lo mataron mientras Richy apoyaba en la espalda de Evaristo Müller, muy discretamente, el cañón de una pistola para que se quedara quietecito y no arruinara el espectáculo. Lo mataron porque Chaca no arredró y todavía, aun cegado por la sangre, le sacaba la lengua al ucraniano entre los rasgos tumefactos de su rostro deshecho. Un hombre de la ley antigua. Cuando cayó más pesado que en las caídas anteriores, Piñata comprendió que no se levantaría nunca más. Quiso evitar a sus invitados la macabra visión de un hombre agonizante y se los llevó al salón donde estaban dispuestos los tragos y la cena y donde aguardaba el *disc jockey* para arrancar la fiesta. Richy y otros hombres se ocuparían. Se compadecieron de Evaristo Müller, pero lo conminaron, bajo amenaza de muerte, a no contar a la policía lo que había ocurrido. Envolvieron en una manta el cadáver de Hermenegildo Chaca y dijeron a Evaristo Müller que lo dejarían tirado en algún solar de Leganés, antes de la entrada a Madrid. Que él contara luego lo que se le antojara, menos la verdad: por ejemplo, que Chaca se escapó el viernes después de la velada en el casino para buscar drogas y mujeres, y que en algún lío se metió. Evaristo Müller se sintió humillado cuando aceptó un dinero que le dio Richy. Después, lloró todo el trayecto hasta el hotel Osuna. Delante del coche en el que lo llevaban iba otro con su pupilo metido en el maletero. Cuando enfilaban un camino de tierra hacia la carretera, en la finca comenzaron a sonar la música y las risas de las mujeres. Cuando llegó al hotel, ya clareaba, Evaristo Müller se dejó caer en la piscina, gordo como era de salpicar mucho. Después, se sentó sobre la cama de su habitación, dispuesto a no moverse y a seguir llorando como les está

permitido hacerlo a los ejemplares de un final de especie hasta que le tocara fingirse sorprendido y conmocionado cuando lo llamara alguien para decirle que había aparecido en un descampado de Leganés el cadáver de su boxeador. De su amigo. Ay, tantos líos como se buscó por culpa de la droga, y terminó ocurriéndole esta cosa horrible.

Pasaron los días. Magda siguió entrenando con una constancia inesperada para Alfredo. Había un temperamento ahí, debajo de los desfallecimientos y los antojos, que pugnaba por volver a hacerse con el control de la conducta. Intimaron, se ocupó más de ella, le aumentó el ritmo de trabajo y hasta comenzó a ponerle manoplas gritándole las mismas proezas de sargento instructor que a los muchachos. La estrella de la televisión dejó de ser un acontecimiento en el gimnasio y en el barrio. Comenzó a traer, conduciéndolo ella misma, su Mercedes biplaza, en cuyo cristal trasero pegó Alfredo un adhesivo del gimnasio para identificarlo y que no lo robara nadie cuando estuviera aparcado lejos de la vista. Kitín aparecía cada vez menos porque Magda no necesitaba ya, en los horarios de entrenamiento, más compañía que la que pudiera procurarle el propio gimnasio. A veces, ya duchada, se demoraba un tiempo con Alfredo, sentados ambos en la acera en unas sillas de plástico con el logo de los helados Camy que él usaba para leer el periódico o relajarse un rato al sol, que iba siendo escaso y mortecino. Otras, invitaba a comer de menú a Alfredo y a Viguerza antes de regresar al centro a tiempo de pasarse por el spa del Wellington y por las tiendas de ropa donde la hacía feliz comprobar que le iban menguando las tallas poco a poco. Con ellos, en esos almuerzos, alcanzaba el sosiego de la mujer simplificada, despojada del personaje, desmaquillada por dentro. Como si supiera que le guardarían el secreto de su identidad clandestina, aunque ejerciera de diva en otras zonas de la ciudad, en otros mundos. Le quedaba el gesto receloso de conservar puestas las gafas ahumadas en los mesones cuando iba con la cara lavada y el pelo recogido, aunque ya nadie se acercaba para fotografiarse con ella porque Alfredo había pedido que no se hiciera. Otra pegatina del gimnasio, esta invisible, en la frente de Magda.

Durante las sesiones de entrenamiento, así como en las sillas de Camy, Magda y Alfredo hablaban mucho, con naturalidad, casi con valor terapéutico, al menos para ella. Al principio, Alfredo pensó que así debía de desahogarse con sus peluqueros y sus Kitines, con sus seres humanos de complemento. Pero luego comprendió que entre ellos estaba germinando una amistad auténtica, basada en parte en el hecho de que él no falló ni se aprovechó cuando ella se le confió en un momento desvalido de su vida. Su amistad podía terminar pareciéndose a la que Magda tenía con Piñata. Ambos eran hombres provistos de una fuerza que Magda necesitaba encontrar en las personas. Porque las devoraba a todas. Porque no la contenían ni le discutían las debilidades. Porque la adulaban y se le metían en el bolso para que las transportara como a la perrita horrible, mientras que estos dos... Estos dos le ponían las manoplas. Estos dos no le consentirían ni una sola gilipollez. Además, por sus vidas, ambos eran hombres que, de todas las sesiones posibles, jamás la someterían a una de moralismo.

Magda contó a Alfredo que le costaba acudir a las fiestas, a los estrenos y a los eventos relacionados con su profesión porque en esas ocasiones la mente le pedía cocaína. La cocaína estaba además en todas partes, disponible detrás de cada puerta de cada cuarto de baño. En los guiños cómplices de los presentadores, los actores y los productores que la invitaban a seguirlos hacia algún lugar discreto en el que meterse un tiro. Ahí era donde Kitín seguía cumpliendo una función. Retenerla, pero sin avisar a nadie de que Magda López se había convertido en el personaje más aburrido de todos los posibles en esos ambientes: una persona en rehabilitación. Una persona, como Magda dijo a Alfredo con gran carcajada de este, que se aguantaba el pis hasta que sentía que iba a reventarle la vejiga con tal de no entrar sola, sin Kitín, en cualquiera de esos cuartos de baño de la farándula de los que era difícil salir sin varios propósitos derrotados.

Magda también contó a Alfredo que le estaba costando mucho regresar después del desmayo en el programa de Nina. Su propio *show* iba a comenzar pronto con previsiones pesimistas. Su

imagen quedó intoxicada como la de una no-muerta descartada por el instinto darwinista del espectador. Necesitaba revitalizarse protagonizando alguna noticia llena de vida que la devolviera por añadidura a las portadas de las revistas.

—Si quieres, te anuncio para el campeonato de España —le dijo Alfredo, y ambos rieron. Pero Magda se le quedó mirando de un modo distinto. Un poco como Vicky el Vikingo cuando se frotaba la nariz.

Fabián Sosa era un liante de poca monta. Huido de Logroño hacía muchos años por una estafa inmobiliaria, terminó en Asturias como encargado del puticlub de carretera Sinfonía, a las afueras de Avilés y cerca de unas enormes chimeneas industriales que obligaban a agotar constantemente ambientadores en espray. Tenía un miedo reverencial a las prostitutas brasileñas que practicaban la santería en las habitaciones y una gran pasión por los centollos. Él mismo no podía explicarse por qué todavía encontraba gente que confiaba en su palabra. Decía que, el día que lo mataran, su esposa ofrecería café e invitaría a tomar asiento a los policías que le preguntaran: «¿Sabe si su marido tenía algún enemigo?».

De Asturias también tuvo que marcharse porque sisaba de la recaudación y usaba las prostitutas para arreglos propios, ajenos a la mafia propietaria del burdel. Nadie sabía muy bien cómo se las arregló entonces para entrar en los negocios del boxeo. Pero fue el único hombre que esperaba a Alfredo Evangelista cuando salió de la cárcel. Se lo llevó al Corte Inglés y le compró un traje. También organizó un combate por un título europeo en el que se le ocurrió, por sentido del espectáculo, que el aspirante español saliera en cuadriga y diera una vuelta completa al polideportivo antes de subir al ring. La cuadriga volcó por el costado en una curva, el boxeador se lesionó, y el italiano propietario del título regresó al vestuario sin haberse sacado la bata siquiera, con cierta expresión de fastidio. «Recuerda que eres mortal», tituló el *As*, que al parecer tenía un editor consumidor de péplums.

Antes de convertirse en promotor, logró colocarse en el entorno de un gran campeón mexicano, Julio César Chávez. Era uno de esos tipos que andan por ahí, a los que encargan recados, a los que de vez en cuando permiten meter las manos en una bolsa de deporte o en una gaveta llenas de billetes. Abría la puerta del coche al boxeador. Se hacía cargo de la ropa sucia en el gimnasio. Iba a buscar a los niños al colegio, le compraba la cocaína y los Big Macs en un tiempo en que a Chávez y su familia les gustaba tanto comer de McDonald's que el campeón hizo gestiones para comprar una franquicia e instalarla en el salón de su mansión de Culiacán, incluidos los empleados, los grifos de helado y los carteles luminosos. Fabián Sosa rapiñaba lo que podía. Distraía dinero y relojes. Se quedaba con los vueltos de la cocaína como un niño enviado a la panadería por su mamá. De Culiacán, al final, también tuvo que marcharse.

Un día, durante un arrebato terrible de la cocaína, Julio César Chávez fijó en Fabián Sosa una mirada torva. Comenzó a exigirle que devolviera el oro. ¿Qué oro? El que se robó Hernán Cortés, gachupín hijueputa, cuando vino acá a matar a mi gente. Fabián Sosa trató de ovillarse como un perrillo asustado. Pero la cólera de Chávez no remitió, sostenida por la influencia obsesiva de la cocaína. Arrastró a Sosa hasta un cuartucho con productos de limpieza que había en la cocina, ordenó salir a las mucamas y pidió una pistola a los guardaespaldas con experiencia al servicio de los jefes del narco que adoraban a Chávez y lo exhibían en sus fiestas. Chávez colocó el cañón de la pistola sobre la frente de Sosa, que para entonces ya gimoteaba. Por última vez, el oro, el oro de ese pendejo hijueputa de Cortés, ¿dónde está? Chávez apretó el gatillo. Sosa no murió porque el guardaespaldas que entregó la pistola a Chávez retiró primero el cargador y el proyectil de la recámara. Si Chávez pedía una segunda pistola, ya tendrían que dársela cargada. Pero a Chávez, desahogada la furia, le sobrevino una melancolía hondísima y se arrastró hasta un sillón donde pidió que le pusieran en la televisión documentales sobre su gloria casi marchita. Mientras estaba así distraído, a Sosa le permitieron que metiera las manos en la gaveta del dinero una última vez para sacar solamente lo que necesitara para pagarse un pasaje de vuelta a España. Aquí, para colocarse, convirtió su relación con Chávez en un relato de complicidad y amistad que prácticamente obligaba a atribuirle a él los cinturones de campeón del mundo.

Así era el Fabián Sosa que, convertido años después en presidente de la federación de boxeo, estaba de visita en el gimnasio del Lucero y explicaba a Alfredo que Damián no pegaría el salto que le tocaba en su carrera ni disputaría el campeonato de España al que tenía derecho después de ganar a Chaca si Alfredo no le entregaba primero a él una cantidad de dinero que Alfredo no tenía. Damián se arriesgaba a quedarse traspapelado, perdido en una tierra de nadie en la que iría derramando en vano sus mejores años de boxeador. Podía emigrar a América o a Alemania, claro, podía presentarse como un maletilla del boxeo en el gimnasio de los Klitschko y ofrecerse para guantear allí y dejarse ver. Pero si deseaba quedarse en España, esto era lo que había. Mientras Sosa se iba, Alfredo, que conocía la historia, reprochó al guardaespaldas de Julio César Chávez que no hubiera dejado en la recámara al menos esa única bala que algún día alguien dispararía, aunque sólo fuera para que a la esposa de Sosa le faltaran dedos al enumerar cuántos enemigos tenía su marido.

La operación del aeropuerto de Ciudad Real estaba a punto de cerrarse. Piñata ya tenía incluso registrada la empresa de mensajería aérea que le serviría como tapadera para establecer con Colombia y Argentina unas rutas fijas mediante las cuales se convertiría en el gran *boss* del crimen organizado que siempre anheló ser. De pronto, mensajeros del submundo le traían peticiones de entrevista procedentes de Nápoles, Miami y Moscú. La marca Piñata y sus posibilidades expansivas. A partir del aeropuerto, iba a hacerse tan grande que un día se llevó a Richy a comer al Aspen de la Moraleja para decirle que necesitaba delegar en él la estructura más modesta del tráfico de drogas y el control de las puertas en las discotecas de Madrid, así como de las chicas y los cobros de deudas. Para Richy era un ascenso. Y era también un compromiso con esa vida que lo alejaba para siempre de cualquier posibilidad de ser, algún día, un hombre viejo que podría bajar a comprar el pan sin temor a ser tiroteado o a que se le echaran encima los GEO para ponerle los grilletes. En esta ley viviría el tiempo que le quedara. Sacó a su peruanita del guardarropa y la colocó de relaciones públicas en uno de los gimnasios pijos de Chamberí, de los de pádel, pilates y aguas, que usaban los gestores de Piñata para blanquear dinero. La convirtió, a ojos del lumpen, en su primera dama oficial. Cuando ella se marchó del garito en el que había trabajado, las camareras la despidieron con cierta envidia, como si la peruana fuera la ganadora de un concurso de méritos en el que todas compitieron como candidatas. Del guardarropa al nuevo jefe. Y sin soportar maltratos ni perversiones de un degenerado como había muchos en cuyas manos podía caer una chica que trabajaba en esas barras y se relacionaba con hombres de los cuales ni uno solo atravesaría un detector de metales sin ponerlo a pitar.

Durante sus primeros días como jefe, a Richy lo abrumó la cantidad de decisiones que era necesario tomar. Tenía que enviar las grúas de la policía municipal controladas bajo soborno para que sabotearan, llevándose los coches de los clientes, las discotecas que se negaran a aceptar vendedores suyos de pastillas en el interior y machacas en las puertas. Tenía que supervisar las recaudaciones y los suministros. Tenía que resolver los episodios de violencia en los que estaban implicados sus hombres. Ya se tratara de un portero de Buddha que, en un acceso de cólera por una descortesía, comenzara a golpear con una barra de hierro el parabrisas del Bentley de un empresario mundano, amigo encima de Piñata. O de una formidable pelea multitudinaria entre machacas suyos de varias discotecas del centro y efectivos de los Centauros, la unidad policial noctámbula, compuesta por tipos muy cohesionados que tiraban fácil de nudillo y tenían cierta sensación de inmunidad en el amparo de la noche, y que encima se conocían personalmente con los machacas de Piñata porque a menudo entrenaban juntos en los mismos gimnasios: se parecían todos, más allá de cuáles fueran su banda y su jefe pagador. Richy también se dio cuenta enseguida de que necesitaría aprender a ser menos hosco. De que debería desarrollar algunas habilidades sociales, por ejemplo, cuando empezaran a relacionarse con él los futbolistas y actores, traspasados también por Piñata, que a partir de entonces sabrían que era Richy el gran conseguidor al que había que llamar para pedir cualquier cosa, desde drogas y chicas para una fiesta a un Ferrari a mejor precio. A diferencia de Piñata, a Richy no lo atraían esa gente ni el fulgor social. Ni pretendía pedir entradas para los partidos de fútbol ni quería dejarse ver junto a famosos incompatibles con el instinto protector de la clandestinidad que él tenía completamente aguzado. La noche de Madrid tendría en adelante un jefe mucho más oscuro y secreto. Un jefe querido, más que por nadie, por las putas de Piñata, aliviadas al saber que en adelante rendirían cuentas ante el chófer y protector que mejor las trató de todos cuantos conocieron. Ese ogro que las esperaba hasta más allá del tiempo imprescindible para asegurarse de que salían intactas de un servicio en el que no todo estaba claro.

De todas las cosas que le ocurrieron durante sus primeros días en el cargo, la más absurda fue una muerte accidental. Richy envió a dos esclavos para que apretaran, sin hacerle daño, a un propietario de dos bares de copas de Chueca que se mantenían herméticos para sus vendedores. A los esclavos les pareció buena idea meterlo en el maletero del coche y darle una vuelta para que el empresario creyera que iban a ejecutarlo y así quedara amedrentado. Estaban dispuestos a hacerle un simulacro con una pistola descargada. Lo malo fue que comenzaron a charlar de sus cosas, a intercambiar mensajes con chicas con las que pretendían citarse después, y hasta decidieron que tenían hambre y que podían pasar por un VIPS para comer una hamburguesa. En definitiva, olvidaron por completo que en el maletero llevaban a un pobre tipo maniatado, amordazado y que, a esas alturas, ya se había evacuado encima lo líquido y lo sólido. Lo olvidaron hasta el punto de que lo tuvieron allí toda la noche, mientras bailaban con las chicas, mientras se acostaban con las chicas. Lo olvidaron cuando metieron el coche en el garaje de un chalé adosado de Rivas. Lo olvidaron los días siguientes, cuando el propietario del coche, al abrir la puerta y llegarle un mal olor, creía que alguien le había dejado en las alfombrillas restos de una caca de perro. Lo olvidaron hasta que lo recordaron de repente cuando en los informativos de televisión comenzó a salir el retrato de un empresario desaparecido, su familia está inquieta, no hay antecedentes de depresión ni se le conocen enemigos, por favor, llamen a este número del ministerio del Interior. Richy estaba con los dos esclavos cuando abrieron el maletero y dentro había un cadáver pestilente de mierda y corrupción. Un percance laboral. Un pequeño fallo. Esto es como si al cocinero se le quema un plato, le dijeron los esclavos. Les ordenó que hicieran desaparecer el muerto con cualquiera de los procedimientos habituales y luego los despachó de vuelta a Moldavia con la exigencia de no volver a pisar España jamás. «Cómo te pones, la hemos cagado, vale, pero tampoco es para tanto, digo yo...».

La gente salía a la calle más abotonada y el Retiro se puso como cuando parece que le sangran los árboles. Vaya, que entraba el otoño. Magda bajó hasta un peso que le permitía usar *leggings* de Nike en lugar de los pantalones de chándal holgados. Se los regaló Kitín con una actitud ceremonial, como si la estuviera premiando con una de esas chapitas con las que condecoran a los alcohólicos cuando superan plusmarcas de sobriedad. Desde que empezó a entrenar, apenas tuvo un par de recaídas en la cocaína, ocurridas ambas en la vida social relacionada con la profesión y con su condición de famosa. No siempre era posible retener la orina hasta que se vaciaban los cuartos de baño. Faltaba un mes para el estreno del programa que le aplazaron después de colapsar en directo. Alternaba el boxeo con los ensayos y las reuniones de producción. Magda no era del todo consciente de ello, pero había terminado preparándose en el gimnasio para el estreno como para un combate. Incluso en el trabajo mental. No habría resultado extraño que al final hiciera el programa con una esquina del plató ocupada por Alfredo y Viguerza con los hisopos en las orejas y con un taburete para sentarla y aleccionarla en las pausas publicitarias.

Magda sabía que el programa era una oportunidad hasta de matar el dinosaurio. Pero también sabía que esa oportunidad sería la última. Decidió que era el momento de ejecutar un plan que llevaba un tiempo urdiendo y que Alfredo no intuyó ni siquiera cuando Magda le pidió que admitiera la entrada en el gimnasio de unos fotógrafos que iban a prepararle un reportaje promocional para la portada de la revista *Diez Minutos*. Nunca mejor dicho, un reportaje «con pegada» acerca de cómo Magda López combatía sus «fantasmas interiores» hasta dejarlos K.O. antes de protagonizar un regreso glorioso a la televisión. No estaba en edad de untarse aceite en el cuerpo para simular un erótico sudor de ring. Pero sí podía transmitir vitalidad y resolución. Aunque sólo fuera para que sus odiadores perdieran la esperanza de divertirse a costa de su decadencia. Alfredo no puso pegadas porque, a pesar de su escaso instinto comercial, hasta él se dio cuenta de que el gimnasio necesitaba la publicidad. Sin más dinero, corría el riesgo de convertirse en una cápsula barrial donde la proyección de Damián quedaría emparedada. Alfredo lo ofrecería a algún promotor con recursos antes de que eso ocurriera, para salvar a Damián, aunque fuera quedándose él atrás, abocado para siempre a ver pasar la vida en las sillas de Camy y a escuchar el relato de las hazañas procaces del Buñuelos. Pero al menos quería intentar que ese viaje lo hicieran juntos. Tener que sacarse el pasaporte para ir a una pelea. Eso, Alfredo y Damián debían vivirlo juntos. Aunque, para subirlo a un avión, a Viguerza tendrían que sedarlo, como a M. A. del equipo A.

Aquel no fue un día agradable en el gimnasio. Los muchachos se sintieron invadidos, desposeídos. Damián y Viguerza se marcharon a cumplir con sus rutinas de entrenamiento a un gimnasio amigo de Usera por la bronca de no poder ni subirse al ring. Todo estaba tomado por el equipo del reportaje, cuya complejidad dejó atónito a Alfredo. Había pantallas reflectantes, trípodes y focos. Había estilistas con perchas llenas de ropa deportiva. Había un camerino improvisado donde un maquillador tenía desplegado tanto instrumental que parecía que se preparaba para operar. Había una cafetera de Nespresso, bebidas isotónicas y un *catering* liviano. Había un peluquero y un jefe de producción que daba órdenes a todos con un temperamento desabrido, pero a Magda le decía cielito y cariño. Lo peor fue la actitud de Magda. Los boxeadores, Alfredo incluido, la descubrieron como aún no la habían visto durante todas aquellas jornadas en las que llegó a integrarse como una más, sin condescendencias. De pronto, Magda se les reveló como una diva antojadiza y malhumorada a la que nada complacía, ni la ropa, ni los planos, ni las luces. Pasaba del enfurruñamiento al posado sonriente con una rapidez que asombraba a todos. Kitín lo llamaba profesionalidad. A los chicos les parecía que esas fotos

mentirían.

Mediada la sesión, como si fuera algo espontáneo, comenzaron a incorporar a Alfredo a los posados. Él seguía sin intuir nada. Se dejó llevar, intimidado por la luminosidad de esta delegación de la Fama. Le explicaron que la presencia de su entrenador añadiría valor al relato humano de Magda y su esfuerzo de superación. Alfredo posó tieso, incómodo, nada mentiroso, mientras sujetaba el saco a Magda, o le ponía manoplas, y ella tiraba golpes con una expresión de dureza impostada. Para algunas fotografías, ella le pasaba el brazo por el hombro para componer una imagen de intimidad y roce que en la realidad no tenían. Se le juntaba tanto que Alfredo sentía la presión de sus pechos en las costillas, que le llegaba su aliento, que le rozaba su cadera, todo mientras el fotógrafo gritaba bien, otra, aguantad ahí. Pero Alfredo seguía sin intuir nada. Comenzó a hacerlo la semana siguiente, cuando, una vez publicado el reportaje, Magda llegó una mañana al gimnasio y, con cierta frivolidad, como si fuera algo intrascendente y gracioso, le dijo que en los programas del corazón había comenzado a circular el rumor de que estaban liados. De que Magda López conservaba juventud y fuerza vital arrolladora como para enamorar a un deportista de élite de menos edad que ella y con unos músculos perfilados debajo de la camiseta que son para envidiarle a Magda lo que se está comiendo todas las noches. La Diva y el Hosco Boxeador. Menuda historia había ahí. Reminiscencias de la folclórica y el marinero de los puños de oro.

—Qué tontería, ¿verdad? La gente es que tiene una imaginación desbordante. Si te entran por la calle con una cámara, tú ya sabes lo que tienes que decir: «Sólo somos buenos amigos». Procura no llevar chándal si eso ocurre, queda fatal, lo digo por ti.

Alfredo no se había sentido tan a merced de las añagazas de alguien desde marzo de 1999, cuando unos árbitros comprados le robaron el título de los pesos medios de la Unión Europea durante un combate disputado en Caserta ante un ídolo local que se quedó tan noqueado que ni siquiera pudo levantarse de la esquina para recoger él mismo su cinturón. La diferencia consistía en que aquella vez sí intuyó mucho antes lo que iban a hacerle. Pocas sorpresas podía llevarse cuando se trataba de lo que sucede dentro de un ring. Pero fuera...

Un par de días después, Alfredo fue convocado por Piñata para tomar una cerveza en su casa de Aravaca. Hacia las nueve de la tarde, inspeccionaba el gimnasio y apagaba las luces una a una antes de cerrarlo hasta el día siguiente. Sobre las cuerdas del ring, dejó tendidas unas vendas de varios colores para que ventilaran el sudor. Parecían guirnaldas que hubieran quedado sobre el pasamanos de la cubierta de un crucero en la fiesta portuaria de la despedida. Víguerza se había marchado un rato antes, después de cenar directamente de la tartera un pollo con arroz que se hizo recalentar en el microondas del Jema. A Alfredo sólo lo acompañaba el Buñuelos, que estaba preocupado por la cita con Piñata, de quien recelaba como si tuviera en el sótano una cámara de torturas. Si un tipo como Piñata, pensaba, invita a su casa a gente como nosotros, lo normal es que no sea por lo agradable que le resulta abrir una botella de coñac en nuestra compañía para discutir asuntos de política internacional, lo normal es que necesite extraernos los hígados. Los dos hígados, pensó. No quería que Alfredo entrara solo en esa casa, sería como haberlo abandonado en la vagoneta del túnel de la bruja en las verbenas de cuando eran niños. Y, ya que Alfredo no se dejaba acompañar porque no quería dar a Piñata una impresión hostil de desconfianza, el Buñuelos le dijo que esperaría hasta que saliera cerca de la casa, metido en su coche, con la escopeta Lanber con los tubos recortados depositada debajo del asiento: «Déjate el móvil a mano, me haces una perdida y entro cagando leches. A todas esas, ¿qué coño querrá de ti?».

Alfredo no lo sabía. Podía tratarse de Magda. Esa era la teoría del Buñuelos, que se enfadó con ella en cuanto quedó sembrado en televisión el chisme de su romance y ahora advertía a Alfredo de sus maquinaciones: «Sólo por cómo sales en esas putas fotos ya te ha hecho quedar como un completo gilipollas». También podía tratarse de meter una inversión en el gimnasio para incorporarlo a los que Piñata ya tenía y que le servían para lavar dinero y ampliar los efectivos de su infantería de boxeadores. Se decía en la calle que Piñata no se ocupaba ya de esas minucias, que estaba moviendo barcos y aviones y entendiéndose con gente tocha de fuera. Aun así, Alfredo se mentalizó para defender el gimnasio del riesgo de ser parasitado y de terminar él mismo trabajando para alguien asignado, como Richy, que arrastraría a los muchachos a todas las tentaciones criminales de las cuales él se esforzaba por alejarlos. También podría haber inventado algún pretexto para no acudir a la llamada y así no permitir que Piñata se le colara en la existencia aún más de lo que ya lo había hecho en las semanas anteriores. Pero deseaba ir. En algún recoveco interior, en alguna parte de su personalidad dispuesta a aventurarse en juegos más sofisticados que los rutinarios en la vida de un entrenador barrial, creía que esta cerveza con Piñata podría servir para resolver el problema del soborno exigido por Fabián Sosa. No pensaba tanto en que el soborno fuera pagado como en que Sosa recibiera una visita que lo convenciera de que el pringado del Lucero estaba mejor respaldado de lo que parecía y era preferible renunciar a la extorsión y colocar a Damián en los puestos de salida de los combates por el título. Que era mejor no tutear siquiera a Alfredo cuando volvieran a encontrarse en alguna parte. En esa conversación consigo mismo que mantuvo mientras estiraba las vendas, Alfredo trataba de no darse demasiada cuenta de que, por primera vez, estaba dispuesto a aprovecharse de la relación con un gánster importante que le debía un favor y buscaba su amistad para liquidar alguno de esos inconvenientes que siempre se enorgulleció de encarar solo y por lo legal. Sin ceder un ápice de su honradez y su soledad. Con el único auxilio de sus cojones y, si acaso, de los amigos apegados

a la fraternidad barrial como el Buñuelos. Amigos capaces de meterse con él en el tren de la bruja o de esperarlo delante de la fortaleza de un gánster con la mano apoyada sobre el fierro de una escopeta.

Mientras bajaban la persiana metálica del gimnasio, una motocicleta Triumph irrumpió por la pendiente de la calle Hilario Sangrador con dos pasajeros a bordo de los que era imposible ver un solo rasgo por el hermetismo de los cascos integrales. El que iba de paquete se escoró un poco hacia un lado para sacar con más facilidad un objeto que llevaba oculto en el regazo. El Buñuelos reaccionó más rápido que Alfredo porque él vivía en tensión permanente por la posibilidad de que vinieran algún día a buscarlo y ejecutarlo, por ejemplo, con este método tan napolitano que había hecho fortuna en el hampa madrileña por la influencia de las series de televisión y de algunos camorristas exiliados que tenían restaurantes en Marbella y en los municipios residenciales de la A-6. De hecho, en el vértigo de los instintos y de los movimientos automáticos, al Buñuelos ni se le pasó por la cabeza que esos dos sicarios buscaran a Alfredo. Saltó entre dos coches para atraérselos y disponer de tiempo para sacar la navaja, pistola no llevaba y la escopeta estaba en el habitáculo de la rueda de repuesto dentro del maletero. Se encogió como los miedosos a volar cuando el avión coge altura y esperó la primera detonación. Pero entonces comprobó estremecido que esos tipos sí iban a por Alfredo. Su amigo se estaba girando, acuclillado aún para correr el cierre de la persiana. Lo miró atónito como si no comprendiera cuándo y por qué había aparecido en la mano del Buñuelos el fulgor de la hoja de un cuchillo. Reparó en los motoristas como un millón de años más tarde que el Buñuelos, aunque no habían transcurrido dos segundos desde su aparición. El que iba detrás levantó el objeto y apuntó. No habría sabido explicar qué lo condujo a ese recuerdo de infancia, pero durante el siguiente millón de años contenido en un solo segundo, el Buñuelos se acordó de cuando una vez, durante los años yonquis del barrio, vio fluir sangre distribuida por los canalillos de la acera y jugó a ver qué reguero ganaría la carrera a los demás para no tener que mirar el cadáver que la vertía por un agujero abierto en su cabeza. Hasta tuvo tiempo de pensar que la acera sobre la cual estaba a punto de caer muerto su mejor amigo tenía unos canalillos idénticos porque era la misma acera que la de los años yonquis de la infancia de ambos. El motorista disparó. Un fogonazo cegó a Alfredo y confundió al Buñuelos, porque se trataba de una luz demasiado blanca comparada con la que solía provocar el destello de un disparo de arma de fuego. Era el flash de una cámara fotográfica.

—¡Alfredo! ¡Somos de la agencia Korpa! ¿Nos puedes confirmar que eres la nueva pareja de Magda López?

—¡Mecagüen...! —gritó el Buñuelos—. ¿Pero a quién cojones se le ocurre entrar así en el Lucero? —Y mientras seguía gritándoles, los derribó de la moto a golpes propinados en los cascos—. ¿Pero no os dais cuenta, grandísimos hijos de la grandísima puta, de que os habríamos podido coser a tiros? ¡Mecagüen...! Todavía debería volaros los huevos para que la próxima vez aviséis por teléfono antes de venir y lo hagáis sin casco y con una camiseta en la que ponga: «Pararachi maricón. Por favor, no disparen».

Alfredo logró contener al Buñuelos y enderezó a los fotógrafos. El dueño de la cámara la protegió con su cuerpo mientras el Buñuelos descargaba golpes como si pudiera permitirse la rotura de un hueso, pero no la de un lente. Sólo estaban tumefactos. Asustados. Conscientes, mientras el Buñuelos activaba el cierre de su navaja automática, de que acababan de zafar de un peligro inconcebible cuando acechaban actores de moda en las playas de Tarifa hasta que los pillaban desnudos, así fuera durante el instante en que tardaban en cambiarse un traje de baño mojado por uno seco. Incluso el Buñuelos se compadeció y les ofreció unas rayas de cocaína que

preparó sobre la tapadera naranja de un contenedor de basura. Alfredo pensó en ese instante que no le extrañaría nada que los tres terminaran amaneciendo en un *after* entre exaltaciones de la amistad y risas por el modo en que se habían conocido. De la primera raya que se le aceptaba al Buñuelos jamás era fácil regresar. Por lo general, el sujeto que la aceptaba sólo volvía del lado Buñuelos de la vida para ser visto desayunando en el Jema a una hora improbable, con la misma ropa que días antes y con la mirada llena de melancolía y estragos. El Buñuelos no. En el Buñuelos nunca hubo melancolía ni estragos.

—Siempre que nos envían a hacer algo en lo que está metido un boxeador —dijo uno de los fotógrafos—, terminamos hostiados. De ahora en adelante, sólo voy a aceptar trabajos con diseñadores de moda y folclóricas. Menos Pantoja, que también te hostia. Pero ni boxeadores ni toreros. Tenéis unos prontos muy chungos.

—Yo no soy boxeador —respondió el Buñuelos—. Soy un emprendedor. No acapares el billete, trae.

Hablaron de su experiencia anterior con boxeadores y resultó que habían conocido a Bum Bum. Alfredo se acordó vagamente de que, hacía algunos años, su amigo tuvo que pasar por los tribunales e indemnizar a unos reporteros por las lesiones infligidas durante un asunto que obtuvo cierto recorrido en las televisiones frívolas. Así que eran estos. Lo de Bum Bum ocurrió una de esas veces en que el duque lo utilizaba para dispersarle problemas y luego, como Clark Kent, desaparecía si había consecuencias. Desaparecía y como mucho enviaba un caballo. O pagaba las costas de los abogados y la indemnización, como en el episodio de los fotógrafos, a condición de que Bum Bum, apelado en su sentido barrial de la lealtad, negara la participación, y hasta la misma presencia, del duque. La cosa fue así.

Al duque le gustaba frecuentar clubes de intercambio de parejas. Sobre todo cuando salía de Sevilla, donde temía ser reconocido y devorado por los rumores de un ambiente más endogámico que ya había aniquilado los prestigios de otros aristócratas cautivos de los apetitos. Inició en esa costumbre a una hermosa heredera italiana con la que su madre, la venerable duquesa, trató de arreglarle un matrimonio adecuado para las convenciones sociales en las que existían. Una mujer perfecta para lucirla incluso entre los alabarderos del Palacio Real los días en que hubiera recepción. A la chica le repugnaba que la introdujeran en sentinas oscuras donde terminaba entregada en préstamo a cualquier desconocido que se le corría encima. Pero tenía un sentido de la disciplina relacionado con los rigores de su posición y además ya venía avisada de cómo eran el duque y sus inclinaciones. Las bajezas sexuales formaban parte de un esfuerzo de mentalización con el que también se había preparado para alternar Portofino y Gstaad con horribles tardes en las plazas de toros, espesas de calor, insectos, sangre y maledicencia. Se dijo que abandonó al duque cuando él empezó a pegarle. Para aguantar eso no venía programada. La propia duquesa, avergonzada, resignada, la acompañó al aeropuerto, adonde la italiana llegó con unas gafas ahumadas que fueron portada esa semana en las revistas. Pero mientras sólo se trató de meterse en la boca pichas extrañas e incluso coños ante la mirada encendida de su prometido, la candidata a primera dama lo soportó con una entereza encomiable y llena de ambición de futuro.

Cuando visitaba Madrid con una novia de turno o con la más estable que fue la italiana, al duque le gustaba reservarse una noche para cenar una brocheta de carne en Alfredo's y después, con las yemas de los dedos todavía olorosas a salsa barbacoa, acudir a un club discreto y penumbroso, perdido en una fea callejuela cercana a los chalés de la Fuente del Berro en la que sólo avocindaba con un taller mecánico que estaba cerrado en el horario de los licántropos. A veces enredaba a Bum Bum, que debía conseguirse en el barrio alguna amiga carente de remilgos a la que apeteciera entrar en el juego del trueque. Sólo con ver a las amigas de Bum Bum llenarse

la boca de grasa mientras comían la brocheta anticipando ya bromas fálicas, a la italiana se le ponía cara de preguntarse por qué no se habría conformado con un industrial de la pequeña burguesía de Milán.

El interior del club era espacioso, de un tamaño sorprendente para quien se dejara engañar por el aire de clandestinidad de la puerta exterior. Había una barra en la que entibiarse con unas primeras copas y unas taquillas en las que dejar la ropa con la misma pulcritud que en un gimnasio de barrio alto. Desde ahí, con la llave de la taquilla colgada del cuello y el cuerpo desnudo, se accedía a las profundidades del local, donde un tobogán daba a una pequeña piscina donde flotaban las parejas, se intimaba y comenzaban los escarceos. La gente que deseaba pasar a mayores disponía de reservados con hilo musical, minibar, una enorme cama circular y un surtido de juguetes sexuales. La noche en que pegó a los fotógrafos porque avisaron al duque de que estaban apostados fuera, Bum Bum fue requerido para tomar a la novia de su amigo. Lo hizo consciente de que, algún día, sería castigado por ello. De que el duque, cuando en su naturaleza pendular volviera a ser el Grande de España y no el predador nocturno, le reprocharía haberse atrevido a profanar a la mujer elegida para formar parte como esposa suya de una tradición centenaria. En ese momento, Bum Bum lo sabía, romperían para siempre y el duque, cargado de odio, haría lo posible por destruirlo. Si no ocurrió fue porque apenas unos días después de esa noche, la italiana entró en el vestíbulo de Salidas del aeropuerto de Sevilla llevando puestas unas gafas oscuras que alimentaron durante semanas los mentideros a ambos extremos del AVE.

Por fin, el Buñuelos y Alfredo se despidieron de los fotógrafos, tan amigos ya todos que estos borraron de la memoria de la cámara la fotografía que tuvieron tiempo de hacer antes de que se les abatiera encima el Buñuelos.

—Por un momento creí que te irías con ellos de farra —dijo Alfredo.

—Ni de coña, tronco. Esta noche no te dejaré solo. No vas a entrar sin cobertura en casa de ese hijoputa.

—De una cosa estoy seguro: como Piñata intente hacerme una foto, está muerto. Gracias, colega. Gracias siempre.

Se desplazaron hasta Aravaca en un Audi del Buñuelos. Alfredo no reconoció el coche, pero no preguntó nada porque sabía que el Buñuelos los cambiaba a menudo y que no siempre eran de una procedencia confesable. Este Audi llevaba en el cristal trasero una pegatina de «Bebé a bordo» que no se refería a ningún ser antropomorfo que el Buñuelos pudiera llegar a subir a un coche suyo. «Travelo a bordo» habría tenido más posibilidades de acertar. En Aravaca, les costó dar con la calle. Anduvieron perdidos un rato entre los chalés de una zona residencial. Costaba imaginar integrado allí a Piñata. Costaba imaginar que los vecinos no clavaran tablas en las ventanas al ver llegar a los invitados a cualquiera de las fiestas de Piñata. Había arboledas fragantes, cámaras de seguridad, garitas para la vigilancia privada, *runners* llenos de fosforescencias, mascotas lustrosas, praderas con porterías de fútbol, puntualidad de los autobuses que transportaban al centro el servicio doméstico y a los adolescentes, sin edad todavía para el primer ciclomotor, que frecuentaban el turno de tarde de las discotecas de Chamberí y Moncloa. El improbable barrio de un gánster. Por estas calles que cumplían el ideal de vida de las familias con hijos de clase alta pasaba a veces una comitiva armada de Range Rovers como la de un señor de la guerra de Uzbekistán. Era imposible que nadie hubiera notado la distorsión en el *show* de Truman que suponía esa casa en particular a la que no resultaría tan fácil llamar para ofrecer hospitalidad vecinal con la invitación a una barbacoa.

Encontraron la casa porque los paró un guardia jurado alarmado por el aspecto de Alfredo y el Buñuelos, que coincidía con el de los reventadores de chalés que a veces se infiltraban en

misiones de exploración. Mientras el Buñuelos bajaba la ventanilla, Alfredo se dio cuenta de que el guardia mantenía la mano derecha cerca de la culata del revólver. No necesitaron decirle que buscaban la casa de Piñata. El guardia lo dedujo porque era la única que podían buscar sin la intención de asaltarla dos tipos con esa pinta de haber tenido tinta en las yemas de los dedos, y no precisamente al renovar el DNI.

—Van ustedes a la casa del señor Darío Sánchez, ¿verdad?

—Anda la hostia, ¿así se llama Piñata? —dijo el Buñuelos.

—Así es, por lo menos, como nosotros nos dirigimos a él cuando nos requiere para algo.

—Bueno, pues sí, vamos a casa del señor Piñata a ver qué se requiere el hombre.

El guardia los orientó. En realidad, estaban muy cerca, a apenas dos manzanas. La casa era hermética como una fortaleza feudal. Estaba algo elevada. Un muro de color albero y unos setos impedían ver nada de lo que había dentro. Tenía buganvillas y enredaderas, parecía una casa marbellí depositada por un ovni en una periferia madrileña. Cuando bajaron del coche, el Buñuelos abrió el maletero y, con mucha discreción por si acaso una cámara los tenía enfocados en ese instante, sacó la escopeta del compartimento de la rueda de repuesto y la metió debajo del asiento del conductor.

—Ándate con ojo, tronco. Recuerda, si me necesitas, hazme una perdida y entro.

—¿Pero cómo vas a entrar en este puto castillo? Seguro que te come un perro.

—¡Pues cómo voy a entrar, gilipollas! Como siempre. A tiros.

El Buñuelos dejó su teléfono móvil sobre el asiento contiguo para tenerlo a la vista, encendió un Camel y sintonizó Rock FM justo cuando empezaba una de esas baladas de Scorpions que habían acompañado los primeros coitos de su generación. Alfredo casi le envidió las posibilidades relajantes del momento, pese a la escopeta. Llamó a un telefonillo con cámara, se identificó y la puerta corredera se abrió rodando sobre un raíl. Lo recibió una filipina con cofia y delantal que parecía una actriz de reparto en la ficción urdida por Piñata para mimetizarse con el entorno. Esperaba haber sido recibido por un esclavo con una Uzzi que lo hubiera colocado contra la pared para cachearlo. En el jardín había un par de bustos romanos. Al fondo, se veía un velador y una piscina, así como unas porterías de fútbol y una parrilla. Atravesó detrás de la filipina un par de salones formales, con suelos de mármol, mesas de comedor con capacidad para una veintena de personas, un piano y objetos decorativos que a Alfredo le parecieron feos y costosos. Le llamó la atención un inmenso colmillo de elefante en el que habían labrado una representación de animales africanos. También vio capotes de torero autografiados, camisetas de futbolistas enmarcadas y unos guantes de boxeo de la marca Cleto Reyes metidos en una vitrina junto a una fotografía en la que Piñata y el Canelo Álvarez posaban sonrientes en un lugar que parecía ser el MGM de Las Vegas.

Llegaron por fin a un saloncito distinto, más hogareño, con sofás desgastados, alfombras, un televisor, un sillón vibratorio, un gato adormilado y, en la pared, una inmensa estampa del Obelisco erecto en una avenida 9 de Julio iluminada al atardecer por los enormes cartelones eléctricos de la publicidad. Ahí estaba Piñata. Con pantuflas, pantalón corto y camiseta. Tenía delante un barreñito con cervezas Quilmes en hielo y jugaba al fútbol en la Play Station con equipos argentinos. Un superclásico en el que él manejaba a Boca. Saludó a Alfredo y le ofreció un *joystick*.

—¿Sabés jugar? Sos River. Un drama para vos.

—A ver si me acuerdo. Dame tiempo para hacerme con los mandos.

—Se agotó el tiempo. 1-0. Lamento, pero sos River. A River no se le da un carajo.

Piñata abrió con la mano las chapas de dos Quilmes y, durante un rato, jugaron sin más,

aprovechando las pausas para echar un buche a la botella. Se tiraban bromas y reían como dos amigos adolescentes que se hubieran citado para hacer exactamente esto y pedir pizzas cuando apretara el hambre. De todo lo que uno pensaba que le podía ocurrir al dirigirse a una llamada misteriosa de Piñata, esto era lo más improbable. En realidad, Alfredo estaba asistiendo a una demostración del Piñata sociable y encantador. No el jefe de criminales, sino el animal social que tenía por mejor amiga a una estrella de la televisión y mantenía en su casa un mural de retratos con famosos que parecía el de un posadero de los que además exhiben en un atril un libro de firmas y dedicatorias. Un amigo viril que apetecía tener porque te hacía sentir como si a ti, humilde entrenador del Lucero, te concediera la misma importancia y el mismo afecto que al Canelo Álvarez. Con todo, Alfredo tenía demasiados instintos de supervivencia aguzados por la vida como para entregarse a la confianza. Piñata quiere algo mío, pensó. Y, si no lo consigue con sonrisas, cervezas fresquitas y Play Station, me lo sacará de otra forma. Cuando eso ocurra, no será una filipina con cofia quien me esperará en la puerta.

—6-0. ¡Che, no te van a permitir regresar a Núñez! ¡Te van a quemar el ómnibus del equipo!

—Bueno, River es una especie de Real Madrid, ¿no? Pues que se joda. Estás haciendo que el Atleti le meta un 6-0 al Madrid.

—No, el Atleti no es Boca. El Atleti es Racing. En el próximo partido te lo pongo. Para equilibrar, me agarro yo a Nueva Chicago, porque sos un desastre.

—¿Qué equipo es ese, Nueva Chicago?

—Del barrio de Mataderos. Como vos y yo. Y como tus boxeadores. ¿De dónde somos, sino del barrio de Mataderos? Eso nos hace distintos de todos los pelotudos que me rodean acá donde vivo. Pero nos reconocemos entre nosotros.

Jugaron un rato más, siempre perdiendo Alfredo. Piñata no concedía nada, quería ganar, aplastar, en la Play como en esos negocios suyos en los que prosperó con ferocidad a base de no dar tiempo jamás a ningún rival a «hacerse con los mandos». A River no se le da un carajo. Alfredo respetaba eso. Y era verdad, lo reconocía como una prueba de la misma determinación con la que otros muchachos nacidos en el barrio de Mataderos universal encauzaban en el ring sus ganas de tener un colmillo de elefante labrado y una filipina con delantal. Esa conexión existía. Si uno se abstraía de que era un asesino y un jefe de asesinos, era posible llegar a ver a Piñata como un excampeón del mundo con una mansión llena de objetos pretenciosos y una extensa nómina de amigos famosos elegidos por el mismo sentido del arribismo social que animaba a ciertos boxeadores a enseñar en las revistas los catorce Bentleys de su garaje. Piñata necesitaba que se le notaran las conquistas, en eso era como un campeón: no hubo uno humilde, no hubo uno que no quisiera proclamar de dónde venía y cuán meritorio fue su ascenso. Piñata era un boxeador que no sabía boxear, y que por eso movía aviones y barcos llenos de cocaína. Su admiración por los boxeadores era sincera. Le habría gustado que lo consideraran un semejante. Lo deseaba más de los boxeadores que de todos los pelotudos que lo rodeaban en su barrio de ricos.

Por fin, Piñata arrojó los mandos sobre la mesa, desconectó la Play, abrió otras dos cervezas y se acomodó en el sofá.

—Hay una cosa de la que quería hablarte, Alfredo.

Cagamos, pensó Alfredo. Aquí viene.

—Dejame primero que te diga que me enteré del problema que tenés con Fabián Sosa. Es un pelotudo que jamás debió apretarte así. Vamos a almorzar los tres esta semana y pensaremos qué conviene a Damián a partir de ahora.

Alfredo trataba de procesar bien la información para no cometer ningún error. Acababa de empezar una partida con un gran manipulador mucho más astuto que él, y pretendía que le fuera

mejor que en la Play. Piñata lo conmocionó con la primera frase. Sabía lo de Fabián Sosa. Quería que él supiera que controlaba a Fabián Sosa y que con sólo apretar un botón de *joystick* podía sacárselo de encima para que no bloqueara su futuro. Además, se había puesto a hablar con toda naturalidad como si Damián ya le perteneciera de alguna forma y tuviera que decidir él qué le convenía. Con una sola frase había establecido una posición de dominio sobre su vida y la de Damián. Había que sacarlo de ahí sin que se ofendiera y sin que el Buñuelos irrumpiera pegando tiros.

—Darío, te agradezco mucho el interés. Pero lo de Sosa es un marrón menor del que puedo hacerme cargo. No te ofendas, pero me gusta ir a mi bola con el gimnasio. No necesito comer con nadie para saber qué le conviene a Damián. Te pido por favor que no te cabrees, pero del chico me ocupo yo.

—No me enojo, claro que no. Pero en algún momento tendrás que sincerarte con vos mismo y averiguar hasta dónde podrás llevarlo sin ayuda. Mirá, a Fabián Sosa lo vas a tener encima hasta que te lo saque yo. Y no vas a juntar la plata que pide como no sea vendiendo tu casa. Che, el orgullo está bien, ¿pero vas a cagarle a Damián la vida por eso? ¿Para poder presumir, cuando seas un viejo de mierda en un bar de mierda, de que tuviste huevo para resistirte a un criminal como yo? No es necesario. Aceptá un gesto de amistad. Dentro de ti, sabés que de otro modo no llegarás a nada con ese muchacho, ¿o no?

—¿Por qué estás tan seguro? El boxeo es mi mundo. Sé moverme ahí.

—Estoy tan seguro porque tenés cuarenta y cinco años, un gimnasio de mierda que yo no usaría ni para guardar las escobas en uno mío y un auto roto. Estoy tan seguro porque hace años que ningún pibe tuyo gana nada y porque nunca lograste salir de las calles de mierda en las que naciste. ¿Por qué no vivís en un lugar donde se corte el pasto? ¿Por qué Damián va a conseguir eso con vos, si no lo conseguís para vos?

—El boxeo en España no da para mucho. Pero iremos poco a poco. En dos años, creo que podremos estar peleand...

—Dejate de pelotudeces. En dos años estarás preguntándote si tenés plata en el banco para comprarle a Damián unos guantes nuevos. Y lo tendrás peleando en cualquier polideportivo de pueblo por quinientos euros. Porque no te van a dejar crecer. Y tenés un diamante, eso no lo discute nadie. Un diamante que te abandonará. Y no podrás reprochárselo. El pibe tendrá que buscarse la vida. Fijate, que capaz te estoy diciendo que el chico terminará con nosotros de un modo o de otro, ahora o más tarde. Y te estoy dando la oportunidad de venirte con él, de seguir siendo su entrenador, de compartir todo lo que va a vivir. No querrás ver a Damián por el televisor.

Más tarde, Alfredo se lamentaría por haberse quedado inerte, casi balbuceando, mientras Piñata lo sofocaba con un augurio sobre su porvenir que se parecía demasiado a las visiones que lo deprimían cuando, a solas, se preguntaba para cuántas cosas era ya demasiado tarde. Para ser él un campeón de Europa desde luego, eso estaba asumido hacía mucho tiempo. Para viajar a los Estados Unidos, ¿era ya demasiado tarde o podía seguir soñando con que, algún día, el combate de un peleador suyo le permitiría subirse a un avión hacia los Estados Unidos? Para comprarse una casita de campo en La Vera, ¿era ya demasiado tarde o podía seguir soñando con que, algún día, la dedicación decente y honesta al boxeo le daría para comprarse una casita de campo en La Vera? Para ampliar el gimnasio, para mudarlo a un barrio que no pareciera de la terra incognita del GPS, para hacerse un par de trajes, para cenar fuera con frecuencia, para no tener a las facturas el mismo miedo que a una carta bomba, para armar una vida desahogada, sin renunciar al boxeo y a la pasión de tallar púgiles por dentro y por fuera, en la que algún día ocurriera casi por

añadidura la fundación de una familia junto a una mujer que se pareciera a las novias de siempre del barrio y a la que ya se imaginaba alborotando los pelos de los boxeadores jóvenes que eran recibidos en casa para comer. ¿Era demasiado tarde? Cuarenta y cinco. ¿Tarde? Cuarenta y cinco. Viejo de mierda. Bar de mierda. Gimnasio de mierda. Polideportivos de mierda. ¿Tarde? Piñata hacía que pareciera muy fácil. Se le ofrecía el cuello, se aceptaba el mordisco y, sólo con eso, uno ya pertenecía a una cofradía de seres dominantes en la que existía el inmenso alivio de saber que Piñata se ocuparía. De los Estados Unidos. De la casa en La Vera. De las facturas. Se ocuparía hasta de encontrar la mujer adecuada, esa cuya sola presencia devolvería a Alfredo a las emociones ingenuas de cuando en el auto de choque de la verbena se subía siempre en pareja y se apreciaba el calor de los muslos apretados y las promesas sucias contenidas en el leve olor del sudor.

Piñata guardó silencio. Calibró la presa, el estado de su voluntad. Parecía comprender lo que sucedía dentro de Alfredo como si su alma fuera un trazo de limón al trasluz. Un juego de espías y de misterios profanados sencillo para Piñata.

—Che, no te voy a cagar la vida. Ni te voy a obligar a cometer delito alguno. ¿Qué crees, que por ser mi amigo, o mi socio, te vas a encontrar disolviendo muertos en ácido? Qué boludez. Yo aspiro a construir negocios respetables y vos sos un camino hacia ello. No te quiero atraer a mi mundo. Al contrario, quiero formar parte del tuyo. Quiero ayudar a que Damián salga campeón del mundo y quiero estar en la esquina cuando le pongan el cinturón. Es eso nomás. Me perdí lo de Maravilla. Lo de Damián no me lo quiero perder.

—¿Lo mandaste tú, a Fabián So...?

—¡Si se me canta, la cabeza de Fabián Sosa la tenés mañana en el gimnasio para usarla de *punching-ball* ! Dejá ya de hablar de Fabián Sosa. Lo mandé, sí. Necesitaba que fueras consciente de la tapadera que puedo poner encima de tu vida.

—O sea que eres la solución para los problemas que primero me creas. Como un colega del barrio, fontanero, que se va donde viven los pijos, les deja una tarjeta con su número en el buzón y luego les revienta una cañería.

—Alfredo, no lo digás así, como si te estuviera extorsionando. Te ofrezco mi amistad, te ofrezco un acuerdo. Pensalo, sos inteligente. Olvidá el orgullo, quedate tranquilo porque jamás harás nada ilegal, y luego pensá con sinceridad cómo pueden ser las cosas si me decís que sí y cómo pueden ser si me decís que no. Mientras, necesito yo un favor. Te lo va a pedir el amigo.

—Ya empezamos. ¿No será disolver un cuerpo en ácido?

—No, boludo. Claro que no. Se trata de Magda. Te necesita otra vez. Pero ahora es distinto. Ahora necesita que viváis un romance.

Alfredo estuvo a punto de romper a reír. Lo detuvo la gelidez de la expresión de Piñata mientras arrancaba las chapas a otras dos cervezas como si estuviera partiendo el cuello a unos gansos. Además, apenas tardó un instante en comprender. Se acordó de la sesión fotográfica en el gimnasio, de cómo ella lo atrajo para que apareciera en las imágenes. Se acordó de la frivolidad con la que Magda le dijo después que en el Madrid de los mentideros circulaban rumores sobre ellos. Había creído que ella quería tontear, tal vez conseguirse sexo, satisfacer apetencias que él podría desviar al Buñuelos. No era así, ahora lo veía claro. Magda tenía un plan general de resurrección al que convenía que, coincidiendo con el estreno de su programa, las revistas divulgaran la prueba de vida del amor apasionado con un hombre más joven, además un atleta, además un ejemplar de los barrios bravos que pudiera traer a las alfombras rojas un aroma de peligro y canibalismo. Un hombre más hombre que los toreros de las ternas rosas. Un salvaje mucho más presentable en sociedad que los nigerianos que en un momento dado se habían puesto

de moda, sustituyendo a los cubanos, y junto a los cuales había que despertarse por las mañanas. Al menos, algunas mañanas. Una vez más, Magda creaba tendencia para la temporada sentimental de las estrellas, como cuando era la más rutilante de todas ellas: un boxeador, un pichi del Lucero, un genuino producto de los machos «Made in Spain» cuya vitalidad sólo podía satisfacer una mujer viva y plena. No era un campeón en activo como el que antaño se consiguió Rocío Jurado. Pero sí era un bello ejemplar viril apaciguado por la madurez y moldeado por el dolor, por las peleas y por la estela de las cosas vividas. Los mariquitas de las fiestas iban a enloquecer con él.

—Esto a vos te haría refamoso también. Tu vida va a pegar un salto increíble, Alfredo. Sólo dejate llevar.

—Os habéis vuelto locos los dos. Que yo vivía muy tranquilo, joder. Que yo estaba de puta madre con mi gente. Os creéis que podéis llegar y hacer conmigo lo que os salga de los cojones.

—Alfredo, vos estás en un momento deter...

—Calla un poco, por favor. Tengo que mear. ¿Dónde?

En el cuarto de baño comprobó que tenía en el móvil varios mensajes del Buñuelos, cada vez más impacientes. Estaba como a dos mensajes de tirar abajo la puerta. Le envió uno conciso para tranquilizarlo, escribiendo con una sola mano mientras que con la otra se sujetaba el miembro para orinar. Unas gotas le cayeron fuera y se sintió obligado a limpiarlas del suelo con papel higiénico. Se lavó las manos haciéndose preguntas mudas en el espejo. La luz no era favorecedora. Le pronunciaba más las ojeras y le distorsionaba la nariz tantas veces rota. En su mundo, pensó, nadie atravesaba los años con la cara intacta. No hacía falta ser boxeador para eso. Pero aún traía adheridas las palabras de Piñata y se sintió algo más viejo, más estropeado. Un cacharro humano que siempre había oscilado entre la gloria humilde de su mejor destino y la destrucción miserable, sin terminar de sucumbir a ninguno de esos desenlaces que eran los únicos posibles para una vida como la suya. Todo lo demás era entrenar y demorar la espera. Ley antigua. Soy de la ley antigua. No me vendo. No vendo a mi gente. No hago el chorra. Y así estoy. «Esto a vos te haría refamoso también», dijo de pronto, burlándose del acento de Piñata.

Reparó en el cuarto de baño, que parecía extraído de la portada de una revista de decoración. Piñata no se había extendido a su propia casa. Eran seres distintos, la casa y su propietario, casi incompatibles. O porque ahí también operaba la táctica de camuflaje de un gánster en un próspero y anodino barrio residencial, o porque la casa representaba lo que Piñata aspiraba a ser en su búsqueda de la honorabilidad y el triunfo social. En todo caso, a Alfredo le parecía ridículo. Una rendición. Una estafa. El sietemachos pistolero se hacía manso en una casa burguesa cuyo cuarto de baño evocaba el cachorro monísimo que se enredaba en el papel higiénico en un anuncio de la tele. Una casa absurda en la que luego había ínfulas patricias, colmillos de elefante y trofeos con los que un ser nacido carne de cañón clamaba casi con desesperación que todas sus ambiciones, sus proyectos imperiales, su fiereza darwinista de predador, desembocaban al final en el ansia de ser visto junto a gente famosa, en primera fila, en la esquina del campeón, en la mejor mesa del restaurante, en la alfombra roja, en la fútil, deliciosa consagración de la mundanidad. El esplendor fugaz del insecto que se hace chispa al electrocutarse. Si Alfredo lo rechazaba ahora, lo que Piñata no comprendería sería por qué elegía la mediocridad un tipo al que abrían las puertas de la fama y el dinero por un precio tan bajo que ni siquiera requería matar a nadie. No lo comprendería porque, por una vida parecida a la que él ofrecía ahora a Alfredo como una dádiva, él había matado. Había matado por mucho menos. Había matado a veces sólo para que luego dijeran de él que había matado. Alfredo sólo tenía que compartir con él a Damián y dejarse ver junto a Magda, pretenderse su enamorado. Era incluso demasiado fácil. Un ascenso sin sangre derramada. Impropio del barrio de Mataderos, donde

juega Nueva Chicago.

Antes de salir del cuarto de baño, pensó de pronto que este hombre que tenía en su cuarto de baño un ridículo cartel del bulevar de los sueños rotos de James Dean era el mismo que dejó tirado en un descampado el cadáver de Hermenegildo Chaca. Cuando los muertos de Piñata eran seres indeterminados, la condición de asesino casi era un complemento de vestuario moral. Pero cuando a uno de esos muertos lo conocía uno y acababa de verlo en una piscina o peleando dentro de un ring, la cosa cambiaba. Por más que a Chaca no lo hubieran asesinado en realidad. La cosa cambiaba porque era un tipo que estuvo allí y ya no estaba. Era uno de los estragos que Piñata dejaba allí por donde pasaba. Entre los seres humanos que le eran útiles por un instante y luego quedaban desechados. Tal vez Chaca hasta había jugado a la Play Station en el salón de Piñata mientras era tentado para pelear en su finca. Tal vez le ofrecieron también un barreñito con cervezas ensartadas en hielo.

Mientras regresaba al salón, aún en el pasillo, Alfredo oyó que Piñata hablaba en voz baja con una mujer. Atrapó retazos: «Te dije que no lo haría nunca...». «Esperá, está haciendo su proceso...». «Me siento fatal, ha sido una mala idea, habría sido mejor dejarse de experimentos y hablar con un profesional...».

Magda ocupaba en el sofá el lugar donde había estado sentado Alfredo. Iba vestida con un pantalón de chándal y una camiseta, estaba descalza, cómoda. Doméstica. Parecía la esposa de Piñata, alguien que vivía ahí y no pedía permiso para hacer nada. El pelo estaba húmedo, como si saliera de la ducha. En realidad, había estado nadando contra la corriente artificial en una piscina interior que Piñata tenía en el sótano, junto a un baño turco. Alfredo se quedó parado delante de ellos porque no sabía ya dónde sentarse ni si debía rescatar su cerveza. Magda lo interpretó como una actitud hostil: no quería ni acercarse, deseaba marcharse de ahí y no volver a verlos jamás. Se levantó, lo saludó con afecto, lo atrajo. Alfredo la besó en las mejillas y le olió el cloro del cabello. Vio algunas pecas en la curva que prefiguraba los pechos, abundantes, pero con muchas tensiones de la juventud ya ablandadas. A Alfredo se le cruzó entonces un pensamiento extraño para el momento en que estaban. Se preguntó si Magda tendría el coño peludo o si lo llevaría afeitado. Se lo preguntó porque alguna vez, mientras trataba de seducirla, el Buñuelos le dijo que tenía tanta curiosidad por averiguarlo que estaba dispuesto a irrumpir en el vestuario del gimnasio cuando ella se cambiara y luego disculparse. A Alfredo nunca le había interesado saber cómo tenía Magda el coño. Pero ahora, de repente, se lo preguntaba, intuía que iba a averiguarlo. Supo entonces que algo dentro de él había aceptado ya el trato propuesto por Piñata. Supo que, en el futuro, vería muchas veces a Magda descalza y ovillada en un sofá. Piñata lo escrutaba y, de nuevo, parecía adivinar lo que pensaba. A lo mejor fue porque los besos de Alfredo a Magda, un poco demorados, contenían un matiz de aceptación. Pero Piñata también supo. La única que no sabía aún era Magda, achicada de pronto entre esos dos hombres grandes sentados a sus costados. Parecía el preludio de una escena de cine porno. A un espectador se le había hecho largo que no empezaran ya a follar.

—Alfredo —comenzó a hablar Magda—. Ojalá no te enfades por esto. Y ojalá sigamos siendo amigos si te parece mal. A lo mejor te resulta extraño, pero esto, en mi mundo, es muy habitual. Una campaña de publicidad más, una ficción para tener entretenida a la gente. Como ser actores en la vida real. Lo que sí te puedo decir es que no me cuesta nada imaginarme enamorada de ti, y por eso te he elegido.

—Pero no lo estás. Enamorada, digo.

—No, claro que no. Enamorada... Gracias a Dios, no. Estamos hablando de trabajo. Somos adultos.

—¿Qué tendría que hacer exactamente? Quiero decir, ¿bastaría con ir a fiestas juntos y cosas así?

—Es más complicado. Deberíamos pasar mucho tiempo juntos. Viajar para los reportajes del tipo «fin de semana en París, cada vez más enamorados». En algún momento deberíamos irnos a vivir juntos. Aunque conserves tu casa. El truco es dar cada cierto tiempo algo nuevo para que la historia se mantenga viva.

—A ver si voy a tener que dejarte embarazada.

—No, tan lejos no llegaremos. Aunque a lo mejor sí nos viene bien que circule el rumor en algún momento. Ya veremos. Alguna discusión tendremos también. Alguna reconciliación. Tú me apoyarás en mi estreno como el hombre enamorado que eres.

—¿Pero cuánto tiempo voy a vivir así?

—Yo creo que un año. Tal vez algo más. Para entonces, serás alguien famoso, podrás decidir si sigues en este tiovivo o si te bajas.

—¿Qué entiendes por tiovivo?

—Otros romances. Otras mujeres. Actrices. *It girls*. Qué sé yo. Conmigo vas a entrar por la puerta grande. Te van a codiciar. Y durante este año haremos contigo lo que quieras. Ganarás dinero. Si quieres, podemos intentar meterte en la televisión. O en el cine. Poco a poco. Yo empezaría con entrevistas, algún monólogo de humor, iremos viendo. Si me aceptas el consejo, jamás vayas a un *reality* de *Supervivientes*, *Gran Hermano* y mierdas así. Es lo último, para los muy desesperados.

—Yo sólo quiero ser entrenador de boxeo.

—Pues hasta en eso te ayudará nuestro acuerdo. Yo iré a los combates de tus chicos. Y haré que vengan conmigo famosos y periodistas del corazón. De esta, hasta ponemos de moda el boxeo. En las peleas, seré yo quien te apoye como la mujer enamorada que soy.

—Esto tiene que servirle a Damián. Tú puedes conseguirle cosas. Entrevistas. Una televisión que le haga caso.

—Puedo conseguirle eso y más. Una fotografía con pie de foto en eventos importantes. Poco a poco, puedo conseguirle un diseñador que lo convierta en su imagen de marca. Puedo convertirlo en el boxeador favorito de la gente guapa.

—Mira, como Poli en los ochenta. Y peleó un título mundial. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Cuál es el siguiente paso? Supongo que no vamos a convocar una rueda de prensa como cuando se anuncia un combate.

—Ahora nos vamos a ir juntos a una fiesta que da la revista *Vogue* en la embajada de Francia. Apareceré ahí contigo y no hará falta hacer nada más. Todo se lanzará solo. Cuando te pregunten, dirás cosas como que te gusto mucho, pero apenas nos estamos conociendo. Que estamos muy ilusionados, pero hay que dar tiempo al tiempo. Que nos hemos conocido entrenando y que has descubierto una mujer sencilla y cercana, distinta de la gran estrella que siempre admiraste en la distancia y que al principio te intimidaba un poco.

—Joder, qué pensado lo tienes todo.

—Conozco este mundo. Sé lo que hay que hacer y lo que esperan de nosotros. Sé exactamente qué hay que darles y en qué momento. Empezamos con la fiesta. En dos o tres días, un fotógrafo nos sorprenderá besándonos con pasión de enamorados a la salida de un restaurante, mientras esperamos que el aparca nos traiga el coche. Por ejemplo, Ten Con Ten. No pongas esa cara. Algún beso vas a tener que darme. Y en alguna playa tendré yo que untarte bronceador en esa espalda fuerte y maravillosa que tienes.

—Pero a una fiesta —interrumpió Piñata— no podés ir con él vestido así. No podés

empezar esta noche. Será de esmoquin.

—Eso también lo he pensado. Kitín nos espera en casa con varios trajes para que se los pruebe Alfredo. Y zapatos, gemelos, hasta algún reloj. Con esa percha que tienes, no nos costará mucho ponerte guapo.

—¿Tan segura estabas de que iba a aceptar?

—De momento, y desde que nos conocemos, siempre me has ayudado cuando te he necesitado. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? Pero no, no estaba segura. Eres un tío muy recto, muy honesto, y pensé que eso te impediría meterte en algo así. Y no digo que esto sea deshonesto. Digo que tu sentido de la honestidad tan exagerado iba a hacer que no vieras la oportunidad. Esto es como crear una ficción y hacer de actores veinticuatro horas al día. Deberíamos marcharnos. Se hace tarde. ¿Viniste en coche?

—Uy, la hostia, me olvidaba, está el Buñuelos fuera. Me trajo él.

—¿Y por qué está fuera?

—Está afuera —volvió a interrumpir Piñata— porque este boludo de Alfredo creyó que lo traje acá para matarlo o algo así. Tengo a dos hombres vigilándolo desde que llegasteis. Como salga del auto con esa escopeta lo van a bajar. Pero llámalo y decíle que entre antes de que tengamos una desgracia. Mirá, andate con Magda. Haré que alguien os lleve. Que el Buñuelos se quede conmigo a tomar una Quilmes. Me quedé sin pareja para la Play. Anden. Mañana me cuentan cómo les fue en su debut de enamorados.

Magda vivía en un dúplex del paseo de la Castellana, a la altura de Cuzco, cerca del feo bloque de hormigón del ministerio de Economía que todas las mañanas se tragaba filas de funcionarios y los tosía a la hora del café. Era un décimo piso desde el cual, de noche, la avenida parecía precipitarse hacia el sur como una enorme pista de aterrizaje iluminada. Se veía cómo le fluía la sangre a la ciudad. No era un barrio cálido ni de tienditas, pero a Magda le gustaba porque los paisajes urbanos la hacían sentir en Nueva York sólo con engañarse un poco. Muy cerca estaban también las calles prostibularias colindantes con Capitán Haya. Los clubes, cuyos neones parpadeaban, que habían hecho fortuna, como las arrocías y las marisquerías, orbitando alrededor de algunos grandes hoteles para ejecutivos. Hacía unos meses, Piñata tuvo que aplicar allí una violencia de grado medio para limpiar esas calles, que se pretendían golfas, pero elegantes y muy American Express, de algunas putas de esquina africanas colocadas por un grupo de nigerianos con iniciativa, pero poco conscientes de las jerarquías y los repartos territoriales de Madrid. Hubo algunas palizas con porras extensibles. Hubo algunas chicas abandonadas desnudas en la nieve del puerto de Navacerrada, expulsadas de coches en marcha, que entraban pidiendo auxilio en el alquiler de esquís, ateridas y con pinchazos en un glúteo. Hubo un par de tiros en las rodillas. Hubo acoso de los mismos policías municipales en nómina que enviaban las grúas a los garitos de la competencia o los rodeaban de controles de alcoholemia. Con eso fue suficiente para que los nigerianos se desplazaran a la Casa de Campo, donde sus putas, emboscadas entre los árboles en pleno día o exhibiéndose con grosería en las cunetas, eran avistadas con estupor por las familias que conducían hacia el zoo o el parque de atracciones. Terminaron causando un problema de circulación cuando por allí comenzaron a meterse los parranderos y las despedidas de soltero. Incluso prosperó un negocio de venta de bebidas y bocadillos traído por unos ecuatorianos del Batán que instalaron parrillas en la periferia del vicio y lo mismo daban de cenar a las chicas que a sus clientes. Nadie intervino en esta ocupación de la Casa de Campo porque Piñata quería a las negras de los nigerianos precisamente allí, en un hábitat propio, en una intemperie de caminos de tierra alejada de la parte de la ciudad donde un portero con chistera abría la puerta del taxi a los clientes de los clubes. El propio Piñata sabía que, algún día, el periodismo metería presión si los niños dominicales, con su globito, seguían viendo a putas tremendas y zafias que se levantaban la falda para enseñar el coño a su padre o que aliviaban clientes ahí mismo, a la vista. Pero eso se arreglaría con algún tipo de acuerdo horario que habría que imponer a los nigerianos y pedir a los municipales que lo gestionaran. Convenía a todos. Se haría.

A Alfredo y a Magda se les hizo larga la subida de diez pisos en el ascensor. No sabían qué decirse. Parecían incómodos como los vecinos que juegan con las llaves para llenar con algo el silencio. La intimidad aún se les hacía extraña, como si tuvieran que adaptarse a aquello en que los había convertido su acuerdo y la amistad previa no alcanzara. Como si ya no se reconocieran el uno al otro. El solo hecho de estar metido en el ascensor de Magda, a varios mundos del Lucero, pero a tan sólo unos metros del fondo de armario de una diva, era una anomalía para Alfredo. Una abducción por extraterrestres. Llegó a preguntarse si debía intentar besarla o algo así. Afortunadamente, no cometió semejante torpeza, sino que mantuvo la mirada fijada en los dígitos de los pisos que se sucedían.

Magda abrió la puerta. Casi golpeó a Chispita, que había oído el ascensor y esperaba a su ama. También Kitín parecía haber oído el ascensor. Estaba sentado delante del teclado de un piano, con un batín inspirado en los kimonos, junto a un whisky y un cigarro humeante metido en un cenicero, rodeado de luces tenues, nada natural, como si lo hubiera preparado todo para que lo

sorprendieran así.

—Ah, habéis llegado, no os esperaba ya.

Ofreció un whisky a Alfredo, pero él prefería cerveza. Magda le enseñó la casa. Todo el piso superior del dúplex era una sola estancia diáfana con una bañera con patas felinas instalada junto a la cama y un vestidor en el que Alfredo calculó que cabían dos rings. También había un espejo tachonado de bombillas como los de los camerinos y algunas piezas de arte moderno, así como ilustraciones pop inspiradas en Warhol y Lichtenstein que a Alfredo le resultaron reconocibles de cuando leía tebeos. Predominaba el desorden. La cama estaba deshecha como después de un coito o de una larga postración por enfermedad. Por el suelo, desperdigadas, había prendas de ropa interior que Magda ni siquiera trató de esconder. En la mesita había tabaco, Nestea y unas galletas dietéticas de arroz con chocolate. En el vestidor, junto a algunos bolsos, estaban los guantes Everlast que Magda se había hecho comprar para entrenar en el gimnasio. Eran los precursores de Alfredo, lo único que había en esa estancia que podría haber sido de su propiedad.

Bajaron. En una de las habitaciones de invitados estaba la ropa que Alfredo debía probarse. Magda los dejó solos para ducharse y vestirse ella misma. Se perdió escaleras arriba seguida por la perra e instantes después, algo amortiguada la canción al otro lado de una puerta cerrada, en su habitación sonó alguna cosa melancólica de Fiona Apple. Habría sido una música perfecta para estar triste contemplando desde arriba las luces de Madrid como las de una costa. Kitín ofreció cocaína a Alfredo, que se enfadó y preguntó si se la estaba dando a Magda.

—Claro que no, tío. Quiero ayudarla. Y Darío me mataría. Pero a mí no me la ha prohibido nadie, ¿no?

—Yo no tomo esa mierda. No me la vuelvas a ofrecer.

—Querido, estás a punto de entrar en un mundo en el que esta mierda te la van a poner delante de las narices cada cinco minutos. A ver cuánto tiempo tardas en caer. Terminarás pidiéndome tú que te acompañe al cuarto de baño.

—Tronco, salí de los años ochenta en Carabanchel y el Lucero sin probar el caballo. ¿Crees que me voy a volver loco ahora en vuestras putas fiestas? Guarda eso o acaba en el retrete.

—Magda tendría que haberle pedido esto al Buñuelos. Me parece que habría sido más divertido. Tú eres un sieso.

—Seguro que habría sido divertido. Dos días con el Buñuelos y Magda acaba como la Amy Winehouse esa. O atracando un banco con una media en la cabeza. Venga, aconséjame, ¿qué me pongo?

—Oh, el *dress code* de esta noche es clásico.

—¿El qué? En cristiano.

—Esmoquin y vas que chutas. Tengo ojo para las tallas. Seguro que acerté. Magda me pidió que te comprara ropa para ocasiones distintas. Aunque, cuando haya tiempo, deberíamos ir a un sastre muy *british* que conozco en la calle Lagasca. Con esa cara, vas a parecer un gánster de Hollywood.

Kitín recomendó a Alfredo no usar el fajín del esmoquin, que en verdad encajaba perfecto en su cuerpo de boxeador, en la gracilidad de saltador de comba. Kitín también le arregló el pelo y lo perfumó con una de las fragancias frutales de Carolina Herrera que tal vez fuera algo tardía con el verano ya lejano. El resultado no habría sido el mismo con el Buñuelos:

—Alfredo —le dijo Kitín—, estás para echarte un polvo, y eso también te lo van a pedir cada cinco minutos todas esas furcias y todos esos maricas que son mis mejores amigos. Yo soy las dos cosas, una furcia y un marica, así que imagina lo que haría contigo. Es una broma, querido.

Ya sé que un hombretón del Lucero como tú que nunca probó el caballo porque se estaba dando de hostias me puede quemar como a una bruja sólo por decirle esto. Vamos, te pongo una cerveza mientras esperamos a la señora.

La señora. Alfredo no supo cómo interpretar que Kitín usara esa palabra. Podía tratarse de un apodo respetuoso que le había salido así. Pero también podía resultar que Kitín incorporaba a Alfredo al concepto gregario de servicio como a cualquier otro empleado de la casa para quien Magda debía ser la señora. Estaba la limpiadora, estaba la cocinera, estaba el estilista, estaba la secretaria, estaba el representante, y ahora estaba también el macho ornamental con su función bien precisa, que a saber si no terminaría incluyendo la tarea de sacar a pasear a Chispita por los jardines de Alberto Alcocer con una bolsa de plástico para recoger las heces. Alfredo se sintió como si los días laborables Magda fuera a hacerlo comer en la cocina junto a las mucamas. Así no duraría allí.

Aguardaron un rato bebiendo cerveza y whisky en el salón. Kitín le preguntó por la gente del gimnasio y a todo respondió Alfredo con desgana. Estaba algo irritado, medio arrepentido ya por haberse dejado enredar en algo que a su orgullo le costaba filtrar como el alcohol al hígado. Algo dentro de él le reprochaba el esmoquin: se suponía que eran los hombres los que vestían a las mujeres y no al revés. De pronto, Kitín bajó la voz hasta un tono de confidencia y le pidió que, si podía, en algún momento, si veía la oportunidad y no era demasiada molestia, procurara dar a Magda algo de sexo. Bueno, mucho sexo. Un polvazo salvaje. Hacía mucho, desde su crisis en televisión y el comienzo de su rehabilitación, que no lo tenía con nadie. Se le había terminado al mismo tiempo que la cocaína, a lo mejor porque el sexo lo consumía siempre acompañado de cocaína. Pero lo necesitaba. En un grado que ya era terapéutico. Corrían todos el riesgo de que acabara cometiendo un error si no solucionaba el problema entre las paredes de casa y salía a buscar sexo ahí fuera. En cualquier retrete de discoteca. Con cualquier chulo de zona vip. Si eso ocurría, el proyecto de la resurrección de Magda López en el que todos trabajaban podría terminar convirtiéndose en el último desbarre público de una chiflada irrecuperable. Sólo faltaba que alguien la retratara con un teléfono móvil mientras la tomaban por detrás en un coche aparcado delante de algún local de moda. Kitín había pensado hasta en contratarle un prostituto, pero eso habría sido demoledor para su autoestima. Necesitaba el sexo, sí, pero también gustar a quien se lo procurara. O, al menos, dejarse mentir a ese respecto. Tenía que ocuparse Alfredo.

—Joder, macho, lo dices de una forma que parece la cláusula de un contrato.

—Bueno, es que un poco eso sí que es. Cuanto antes asumas que has contraído obligaciones, mejor será para todos. Así que bájate ese braguetón y métesela a Magda, haz el favor.

—Como vuelvas a hablarme así te pego un sopapo.

—Perdón.

—Te arreo como a una canica y te meto en el guá.

—Vale, perdón. No sigas. Ya estoy asustado.

—No sé qué pasará los próximos días ni cuánto soportaré esto. Pero no quiero tener que recordarte que no soy una puta chacha de esta casa. Ni una perrilla metida en un bolso. No me pierdas el respeto. Y más vale que «la señora» tampoco lo haga.

—Mensaje recibido. —Kitín hizo como si se cerrara una cremallera en los labios—. Me callo, ahora y para siempre. Pero, por favor, cuando no me odies, piensa en lo que te he dicho.

Magda apareció por fin. Bajó la escalera metida en un vestido rojo que de inmediato hizo pensar a Alfredo en la Nochevieja. Sólo para acudir a fiestas de fin de año había esperado antes a mujeres vestidas así. Pero en aquellas otras ocasiones el destino no era la residencia del embajador de Francia, sino lugares como la Sala Lisboa, en el paseo de Extremadura, entre un

bingo y un restaurante chino, donde a menudo Alfredo terminaba metido en peleas porque los chicos contratados para la puerta y la seguridad interior eran pupilos suyos del gimnasio a los que no podía dejar de ayudar cuando los camorristas se detectaban en el radar los unos a los otros y se tiraban tajos con vasos rotos y estiletes. Las chicas iban como Magda ahora, pero con telas que amenazaban con inflamarse si se les arrimaba demasiado un cigarro. Las chicas iban como Magda ahora, pero con tatuajes de elfos, de Iron Maiden y de Betty Boops asomando en los hombros descubiertos. Las chicas iban como Magda ahora, pero gritaban con estridencia cuando se metían en las peleas, azuzaban y arañaban rostros en vez de mantenerse aparte mientras sus hombres se arreglaban.

Magda bajó con los zapatos en las manos para no errar un peldaño por culpa de los tacones afilados de los Jimmy Choo. No esperaba piropos, pero Kitín se los administró igual, como si él a Magda la tuviera siempre en terapia y el olvido de una lisonja pudiera precipitar una crisis de confianza. No parecía existir ese riesgo en el estado de fortaleza mental momentánea de Magda, que se apreciaba en que estaba cruel e impaciente con las mismas personas en las cuales solía cobijarse cuando la doblegaba un mal ciclo anímico. Magda aprobó el aspecto de Alfredo. No como una mujer a la que le gusta el galán con el que va a salir e incluso lo redescubre de esmoquin como un hombre distinto, más apetecible. Lo aprobó como una profesional consciente del arbitrio implacable al cual Alfredo estaba a punto de ser arrojado. Alfredo estaba bien para su debut. No iba a avergonzarla. Si se hubiera tratado de una producción televisiva, y en realidad era precisamente de eso de lo que se trataba, habría dicho a las estilistas que a Alfredo le daba «el OK» antes de ponerlo en prevenido para ingresar en el plató.

—Cuando estemos allí, ten algún detalle cariñoso. Bésame en la mejilla alguna vez. Cógeme por la cintura. Mírame embelesado mientras atiende una entrevista. Compórtate como cuando hayas estado enamorado. Pero sin tatuarte mi nombre.

—En mi cuerpo puedes encontrarte tatuajes hasta de una bombona de butano. Pero no hay rastro de una sola mujer. Por Carabanchel en cambio sí puedes encontrarte unos cuantos Alfredos tatuados al lado de un corazón.

—Uuuuhh... Qué miedo. Tendré cuidado, no sea que me embrujen tus superpoderes. No quiero enloquecer y descubrir mañana al despertarme que un tatuador de tu barrio me grabó un Halfredo con hache al lado de una polla gigante. Vamos, muñeco. Es tarde. Estás estupendo. Por primera vez podrías entrar en el Ritz sin que el guardia te preguntara adónde vas.

—Joder, ¿por qué no haces ya todos los chistecitos de golpe y el resto de la noche lo tenemos en paz?

Magda besó a Chispita y revolvió el pelo de Kitín. Alfredo se marchó convencido de que Kitín pasaría el resto de la noche sentado al piano, dedicando a la perra canciones tristes. Tuvo la impresión de que, si alguna vez llegaba a acostarse con Magda, los dos animalillos, el humano y el otro, se ovillarían juntos al otro lado de la puerta y esperarían allí, inquietos por los gritos del ama como si pudieran estar haciéndole daño. Bajaron hasta el garaje. Esta vez fueron once pisos en el ascensor, que se saturó con las fragancias de ambos: guerra a muerte entre Carolina Herrera e Issey Miyake. Abajo, Magda dio a Alfredo la llave de un Cayenne y le dijo que compondría una figura más masculina si llegaba conduciendo él en lugar de revelarse antes incluso de bajar del coche como un *toy-boy* de la diva. A Alfredo no dejaba de asombrarle la fuerza de Magda, la jerarquía de la cual hacía ostentación en su territorio, en su ley, en su noche, en su barrio, en su ropa, tan distinta de la fragilidad con la que apareció en el gimnasio cuando hubo que ayudarla a recomponer sus restos. Necesitó un par de instrucciones para hacerse con la caja automática del Cayenne, pero luego disfrutó con el ronroneo poderoso del motor mientras atravesaba Chamartín

hacia Serrano flanqueando el estadio Bernabéu por Padre Damián.

—Siempre pensé que si llegaba a tener hijos me compraría un chalé aquí, en El Viso —dijo Magda.

—Todavía podrías.

—No digas disparates. A mí se me pasó la edad hasta de adoptar un bebé zulú. Tú sí podrías. Y serías un padre excelente. Te lo digo en serio. Viendo cómo eres con los chicos del gimnasio, cualquier mujer te querría como padre para sus hijos. Viendo cómo eres con Damián.

—¿Sabes cuál es la diferencia? A un hijo mío auténtico no querría verlo convertido en boxeador. Preferiría montarle una frutería. O pagarle los estudios de abogado, eso sí que sería la hostia. Tener un hijo abogado que sacara del trullo a los muchachos del barrio cada vez que se metieran en una movida. Sólo con el Buñuelos habría curro para toda la semana. —Ambos rieron.

Atravesaron República Argentina bordeando la fuente de los delfines y enfilaron la cuesta de Serrano hacia María de Molina, ya casi en la frontera entre Chamartín y Salamanca, donde las casas ajardinadas de El Viso terminan de convertirse en edificios burgueses de los que se fueron apoderando los bufetes y las notarías. En la esquina de Serrano y María de Molina, frente a la inmensa tapia de la residencia del embajador de Francia, en la que despuntaban los árboles del jardín, había cierto tumulto de cámaras y fogonazos mientras entraban los invitados rezagados. Un gendarme cuyo quepis traía impregnados rastros de la brillantina dorada que cubría el cuerpo de unas azafatas que promocionaban dentro La Veuve Clicquot comprobó la invitación e indicó a Alfredo el espacio vip habilitado para que algunos invitados preferentes dejaran el coche. Cuando bajaron del Cayenne, y mientras caminaban los treinta pasos que los separaban de la entrada, alrededor de Alfredo y Magda estalló un revuelo considerable. Magda iba cogida del brazo de Alfredo, que estaba tieso, intimidado, y no sabía qué expresión debía poner. Cuando a un púgil famoso que comparece en Las Vegas se le echan encima cámaras y fotógrafos, no hay duda posible: la expresión ha de ser dura, una advertencia de que cualquiera que se acerque demasiado estará metiendo la mano en la jaula de una fiera. Pero en la alfombra roja de una fiesta mundana, de esmoquin, del brazo de una *socialité* que lo está presentando a uno como su macho, ah, ¿qué expresión ha de usarse en esas circunstancias? Como todos los boxeadores, Alfredo había soñado alguna vez con fusilamientos de flashes. Pero no estos. No así. En los flashes con los que había fantaseado alguna vez, él iba hacia el ring mascando el bucal, con una bata llena de brillos y el barrio bordado en la espalda, con música de AC/DC, mientras un miembro de su comitiva sostenía en alto el cinturón de campeón del mundo que iba a someter a defensa. Esos flashes.

Algunos reporteros de programas del corazón estiraban el brazo con el micrófono y hacían preguntas a gritos. En la confusión, Alfredo acertaba a escuchar frases sueltas de lo que Magda respondía sin llegar a detenerse: «Nos estamos conociendo». «Sí, es el entrenador de boxeo de ese reportaje». «Se llama Alfredo... Eso ya tendrás que preguntárselo a él...». «Gracias, es de Felipe Varela». Alfredo no estaba para que le preguntaran nada. Magda lo metió en la embajada como si arrastrara a un hombre arrestado dentro de una comisaría. Pasadas la verja y la garita, hubo un instante de quietud durante el cual Alfredo se quedó mirando absorto un gallo tricolor de escayola, del tamaño de un peso superligero, que custodiaba la entrada como una esfinge improbable. Si ese gallo estaba ahí para detectar personas de una procedencia social inconveniente e incompatible con una fiesta de *Vogue*, en cualquier momento arrearía un picotazo a Alfredo.

—Relájate, Alfredo, que no es para tanto. Vas a tener que ser más simpático y hablador ahí dentro.

—Es que ha sido muy fuerte. ¿Tu vida es así cada vez que sales a la calle?

—No. Solamente cuando me reconocen. Piensa que hoy es un día grande. Estoy estrenando novio. Da tiempo a que nos metan en todas las portadas del jueves. Venga, vamos dentro. Recuerda que algún besito no estaría mal.

La fiesta era magnífica. Tenía lugar en los salones con tapices colgados y se prolongaba a los jardines aprovechando la calidez de la noche otoñal. Una banda discreta, esquinada, tocaba un jazz de hilo musical consciente de que no podía creerse más importante que las conversaciones. Las bandejas de los camareros transportaban unos canapés complejísimos, escultóricos, que a veces parecían diminutos sombreros de las carreras de Ascot. Era imposible alargar una mano y que no regresara con una copa de champán. En todas partes predominaba la deliciosa, almibarada liviandad social, las sonrisas sostenidas, los hola qué tal en los que habría sido de mal gusto dar una respuesta sincera. La gente que mola, llena de conciencia de sí, de sentido de pertenencia, compartía en plenitud una de sus liturgias. Los lazos endogámicos habrían quedado demostrados a un recién llegado sólo con explicarle cuántos de los presentes se acostaron juntos, o se divorciaron, o coincidieron en un luminoso de Gran Vía, o compartieron asiento en un consejo de administración e incluso de ministros. A Alfredo le resultaban familiares casi todos los rostros, aunque no siempre era capaz de asociarlos a un nombre y una ocupación. Si una bomba hubiera caído esa noche sobre la residencia del embajador, España se habría quedado sin nada con lo que entretenerse. Sin modelos y diseñadores, sin novelistas ligeros, sin actores, sin cantantes pop, sin blogueros de moda, sin Capotes en la Côte-Basque, sin toreros de la terna guapa, sin aristocracia de salón, sin presentadores, sin arquitectos de la *gauche-divine*, sin *enfants terribles* resistentes al paso de la edad, sin gurús de la autoayuda y hasta sin un quiromante cuyo gabinete visitaban las señoras bien, como si su bovarismo, para hallar consuelo, prefiriera a los adivinos antes que a los sacerdotes. Los boxeadores habrían quedado intactos: no eran gente para una lista de invitados de *Vogue*.

Magda hizo una gran entrada en el salón mayor, donde el embajador le besó la mano y estrechó la de Alfredo. Le dijo unas palabras en francés que Alfredo no entendió ni podía contestar. Para escabullirse y evitar el embarazo, sólo se le ocurrió dar a Magda el primero de los besos en la mejilla que ella le había pedido como si tuviera calculado cuántos exactamente eran los adecuados para una velada: «*Ooohhh, c'est beau, s'aimer comme ça!*», dijo el embajador, sin llegar a arrastrar las erres del amor como la mofeta. Saludaron a la directora de *Vogue*, que elogió cómo le sentaba a Alfredo el esmoquin y lo bien que daría en una sesión fotográfica con trajes de baño: «A este no te lo vas a follar, querida», oyó Alfredo que Magda le susurraba. Saludaron a Nina Montalbán, ella y Magda se besaron diciendo muá, pero sin rozarse siquiera las mejillas: «¿Y este espécimen...?», preguntó Nina, traviesa, a Magda, como si fuera a pedirle el número de teléfono del centro de adiestramiento de folladores de mujeres de mediana edad donde se lo había conseguido: «Suerte con tu estreno...», muá, muá. Saludaron a una actriz veterana, ganadora de varios Goya, cuyo novio, un cubanito treinta años más joven, miró a Alfredo con recelo como si acabara de surgir del anonimato sólo para hacerle a él competencia y quién sabe si para dejar desfasado el arquetipo sabrosón del caribeño y sustituirlo por otro, basado en la materia prima local, que las famosas maduras no necesitarían importar desde el extranjero. Saludaron a algunos cronistas de la televisión y de las revistas, auténticos hacedores de prestigios que eran siempre los primeros en cansarse de los restaurantes antes de migrar al siguiente, que siempre detectaban la llegada de lo demodé como los gatos los seísmos, y que dedicaron a Alfredo comentarios tan procaces que Magda temió que fuera a golpearlos violentamente, por lo que le agarró la mano fingiendo una complicidad cariñosa. Piropeaban a Alfredo, pero también tomaban apuntes en sus libretas Moleskine, en eso Magda se fijó. Saludaron a modelos. Saludaron

a actores, uno de los cuales tenía que interpretar a un boxeador y, como había estudiado, explicó a Alfredo características de la psicología del boxeador que a Alfredo le sonaron tan extrañas y remotas como si le estuvieran hablando de marcianos. Departieron un rato con gente así, salieron al jardín, Alfredo depositó sus besos en lapsos cronometrados. Él querría haber comido más, pero comprendió que debía contenerse porque apenas nadie comía nada. Hubo un par de ofrecimientos de cocaína que no prosperaron. Sólo un productor de televisión reluciente de calva y maravillado por el descubrimiento del *crossfit* se puso algo insistente y Alfredo lo atajó con la frase más intimidatoria de una noche en la que nada estaba concebido para intimidar. De pronto, Magda dijo: «Bueno, ya está, podemos irnos».

—¿Ya? Pero si llevamos aquí media hora. Y hay priva gratis para toda la noche.

—Suficiente. Ya nos han visto. Ya están hablando. Quedarse en una fiesta un minuto más de lo estrictamente necesario es un error imperdonable. Es propio de gente a la que impresiona la priva gratis. Agárrame la mano. Nos vamos.

—Jodé, macho, pero tú cuándo te diviertes. Que esto es una fiesta.

—Hay fiestas a las que se va a trabajar. De hecho, aquí todo el mundo está trabajando.

La salida fue tan lograda como la entrada. Consciente de que eran muy mirados, Magda tiraba saludos y volaba besos como una reina entrañable a sus súbditos. Casi podía leer el pensamiento de sus contemporáneas, como si tuvieran sobre las cabezas los bocadillos con texto de los tebeos: «Lo que se va a tirar ahora esta zorra. Qué suerte. No me extraña que tenga prisa por irse». Fuera, hubo más fogonazos y preguntas. Después de que el Cayenne recorriera unas cuantas manzanas por María de Molina hacia la Castellana, Magda pidió a Alfredo que frenara un momento y le dijo que la jornada había terminado y que podía seguir ella sola hasta su casa.

—¿Necesitas unos euros para un taxi? Mañana vemos cómo hacemos para que cojas la ropa que dejaste en mi piso.

—Pretendía acompañarte para estar seguro de que llegas bien.

—La galantería protectora, ¿no? Me pueden desflorar de aquí a casa. No te preocupes, muñeco. Lo has hecho bien. Ha sido un buen debut. Ahora descansa y mañana hablamos. Chao.

Alfredo vio alejarse el Cayenne y luego decidió vagar un rato. No podía caminar hacia la embajada para que nadie lo viera solo, así que subió la Castellana por el bulevar del lateral, bajo los árboles. Estaba desconcertado. Aún no sabía qué lo humillaba más. Y al mismo tiempo había sido introducido durante apenas unos minutos en un mundo fascinante, lleno de priva gratis y de mujeres de anuncio de perfume, de fulgores y pleitesías que jamás había sospechado siquiera. Y Magda era una reina ahí dentro, más ahora que tenía recuperada la fuerza arrolladora de la personalidad que antaño sucumbió al fracaso, al paso del tiempo y a la cocaína. Alfredo se sentía raro, como si de pronto le hubieran movido las paredes reconocibles dentro de las cuales siempre había discurrido su existencia. Esto era como mudarse a otro planeta sin salir de Madrid. Se sentía indefenso, chiquito, a merced de otros. De otra. Caminando por la Castellana, llegó hasta el cruce con López de Hoyos, en cuya esquina destellaban los neones de un bar de putas elegante. Había un custodio en la puerta con unos rasgos en los que Alfredo adivinó al boxeador con curro nocturno. Se acercó y saludó. El portero reconoció a Alfredo, le dijo que alguna vez había guanteado en su gimnasio. Siguieron hablando. De boxeo. De gimnasios. De peleadores a los que ambos conocían. De los combates librados por cada uno. De quiénes habían desaparecido porque alguna movida reciente los había llevado a la cárcel. Alfredo se relajó tanto que la pajarita casi se le deshizo sola. Estaba en casa. Estaba otra vez con su gente. Sólo le habría faltado meterse en una pelea, como las de la Sala Lisboa, por ayudar a este hombre al que apenas conocía, pero que era un boxeador, un hermano.

—Si vieras la fiesta de la que vengo. Pija a más no poder. Qué mujeres, colega, todas actrices.

—Bah, si a mí me llegas a ver en un rollo de esos será porque estoy de plantón fuera. A esas mujeres las conozco de verlas bajar del taxi.

Dos hombres extranjeros saludaron entonces a Alfredo y le pidieron permiso para entrar. Él les abrió la puerta y les deseó buenas noches. Uno de ellos le puso en la mano un billete de diez euros. Alfredo se lo entregó al boxeador y ambos sonrieron.

Pocos días después, Alfredo llegó al gimnasio algo más tarde de lo habitual, vestido con una camisa de Hugo Boss y unas gafas ahumadas de Armani que Magda le regaló para que fuera siempre disfrazado de novio suyo. También le hizo cambiar el pelo en una peluquería de Lista frecuentada por futbolistas donde Alfredo se enteró de que el modo de llevar el cabello era un asunto mucho más trascendente para la ubicación de un hombre en el cosmos de lo que había llegado siquiera a imaginar en la barbería de General Ricardos donde solían pasarle la tijera obligándolo a repetir una y otra vez aquella anécdota de cuando una «tía buena» de un club y spa de Pozuelo, frecuentado por ricos de la Finca, preguntó por alguien que le diera clases particulares de boxeo. Llamaron a Alfredo. Alfredo envió a Víguerza. La «tía buena», a la que Víguerza sólo reconoció meses después al verla en una revista, resultó ser la supermodelo brasileña Adriana Lima, que estaba viviendo en Madrid obligada por sus amoríos con un jugador de baloncesto.

Entró Alfredo en el gimnasio y, aparte de los muchachos que entrenaban, se encontró a Víguerza, Damián y el Buñuelos que, apoyados en la base del ring, hacían un corrillo casi al borde del ataque de risa mientras pasaban las páginas de las revistas del corazón, recién salidas. Habían tenido tiempo de colgar en las paredes, junto a los carteles de las peleas míticas de Mohamed Alí y el mural de los aspirantes a púgil del gimnasio que se descarriaron, unas portadas donde salían Alfredo y Magda en el preciso instante en que entraban en la residencia del embajador de Francia exhibiendo por añadidura las ternuras de su amor incipiente. Al Buñuelos no parecía importarle haber sido alguna vez candidato al lecho de Magda. El espectáculo que le regalaban las revistas era demasiado divertido como para estropearlo con despechos caprichosos. Llevaban un tiempo riendo con el esmoquin, con la expresión desorientada de Alfredo, con el escotazo pechugón de Magda, con la rapsodia sentimental de los cronistas que saludaban el nacimiento de una nueva pareja con la que Magda López se entregaba al amor como lo hacía todo, apasionadamente, y dejaba atrás algunas complicaciones recientes de su vida que hicieron temer por el futuro de su carrera. Qué estable se la veía junto a su nuevo galán, un hombre de los de verdad, de barrio, curtido en el ring, no un muchachito sin oficio ni beneficio como los que solían mariposear por los salones. Sin duda, era el apoyo sólido que Magda necesitaba para volver a ser la gran reina exuberante que en realidad nunca había dejado de ser. El nuevo novio boxeador aún tenía que aprender a moverse en algunos ambientes sociales que no debían de resultar cómodos para alguien acostumbrado a vivir fuera de los focos. Pero la relación iba viento en popa. Tanto, que ya se oían campanas de boda, ¿tan pronto?, sí, tan pronto. Incluso se decía que la pareja tenía previsto empezar con los trámites para la adopción de un niño africano de nacionalidad sin determinar. Aunque también corrían rumores de que Magda López había sido vista saliendo de la célebre clínica de fertilidad del doctor Anciones, la misma a la que recurrió Nina Montalbán para la concepción de sus gemelos, por lo que no se debía descartar que fuera a atreverse con un embarazo de riesgo en el límite de la edad.

—Esto es la caraba —gritó el Buñuelos—, no me reía tanto desde que el Chirli vomitó encima del cura ante el altar durante su boda.

Cuando vieron aparecer a Alfredo vestido de *Corrupción en Miami*, los tres se quedaron callados porque temían su cólera si se sentía demasiado mofado. Alfredo vio las revistas, las examinó por encima y descargó el ambiente con una broma acerca de la cubertería que iba a poder robar en las fiestas a las que lo llevaría Magda. Después envió a Damián de vuelta al entrenamiento puteándolo por la pereza: «Las revistitas y las risitas, después, en tu puta casa. Aquí se viene a darle». El Buñuelos dijo que se llevaba las revistas al Jema, para que las vieran

allí, y se marchó. Mientras Alfredo se vestía en la oficina para entrenar, Vigerza sí le expresó preocupación con la confianza a que lo autorizaban tantos años de estar en la misma esquina.

—Supongo que sabes lo que te haces, pero no mola nada la imagen que das ahí. Saliste de las peleas feo pero entero, sin ser un juguete roto, y al final es en lo que te convertirá esta tía después de usarte. ¿O me vas a decir que es amor verdadero?

—Claro que no, cómo va a serlo. Pero tengo mis razones para seguirle el rollo. Estamos quebrados y vamos camino de perder el gimnasio. Y nos habían vetado a Damián para el título. Esas son dos...

—No sé de qué manera puede ayudar a Damián que tú hagas el panoli con un esmoquin y una novia falsa, si está vetado. ¿O hay algo más? Algo relacionado con Damián. Miedo me da lo que me estoy imaginando. ¿Piñata está metido en esto?

—Me preguntabas si sé lo que me hago y ahí tienes la respuesta. Mira quién está entrando por la puerta.

—¿Es Sosa?

—Sí, señor. El puto Fabián Sosa. Me parece que vamos a hacer el campeonato de España, colega. Y me parece que, después, no tardaremos mucho en hacer el de Europa.

—Pues ya me has contestado a lo de antes. Somos propiedad de Piñata, está claro. Hasta aquí hemos llegado en el boxeo sin tragar semen.

Lo último no lo oyó Alfredo porque estaba saliendo de la oficina para ir al encuentro de Fabián Sosa. Como siempre, Sosa daba la sensación de haberse planchado el traje colocándolo debajo del colchón. Los bolsillos le tintineaban mucho. Alfredo sabía que, además de las llaves y monedas sueltas que siempre llevaba en abundancia para las máquinas de tabaco que le habían dejado los dedos amarillos, cargaba con un estilete. Fabián Sosa siempre temía que vinieran a buscarlo por alguna estafa o traición del pasado. Por un instante, Alfredo pensó que Sosa era el timador perfecto porque tenía una carita miserable, insignificante, hecha para inspirar compasión, con las gafas de graduación alta por las que apetecía hasta ayudarlo a cruzar en los semáforos. El aspecto era mentiroso. Cualquiera que ayudara a cruzar una calle a Fabián Sosa corría el riesgo de palparse un dolor en la espalda, al llegar al otro lado y descubrir que lo habían apuñalado sin que se diera cuenta. De hecho, Sosa presumía de haber logrado precisamente eso en una ocasión: pinchar a un hombre en un abrazo sin que este lo advirtiera hasta descubrirse sangre en la camisa mientras abría la puerta del coche. Las bravatas de Sosa. La reputación infame que él mismo cultivaba con mentiras e invenciones, sólo que las mentiras y las invenciones a menudo eran corroboradas por testigos. Cuando corrió la historia de la puñalada por la noche y por los gimnasios, Alfredo preguntó al Buñuelos si él creía que era posible ser apuñalado y no sentir nada. El Buñuelos le respondió que a él le sucedió una vez, durante una pelea en la calle. No lo sintió, no le dolió, incluso volvió a entrar en el bar y se pidió otro whisky-cola, con dos pinchazos en la espalda, hasta que los amigos que estaban con él le vieron los claveles de sangre que se le dibujaban en la camisa. Pero, según el Buñuelos, la adrenalina de la pelea le funcionó como analgésico, algo le segregaría la cabeza para volverlo aún más bruto. Así, en frío, durante un abrazo a la salida de un restaurante, «coño, cómo no vas a enterarte, ni Fu Manchú te la clava así».

Sosa terminó de entrar en el gimnasio, pero no tendió su mano a Alfredo. La llevaba metida en el bolsillo y hacía sonar cosas, igual que un leproso anunciando con una campanilla su llegada. Elogió el gimnasio, elogió a Damián mientras hacía sombra en el ring, elogió el buen tiempo otoñal, elogió la paz universal y la buena voluntad entre todos los hombres.

—Alfredito, joder, no me dijiste nada de que eres socio de don Darío. Fíjate qué patinazo el

mío, el otro día, venir aquí a decirte las cosas que te dije. Haberme avisado entonces. Me habrías salvado de un mal rollo. Porque luego me llama don Darío y sólo con ver su número en la pantalla del móvil ya me cago por la pata abajo.

Alfredo traía dentro el efecto de algunas pequeñas humillaciones recientes. Entre Piñata, Magda y los personajes sociales de la embajada, lo sacaron de la posición de dominio a la que estaba acostumbrado en su territorio vital y lo hicieron sentir inferior y extraviado. Encima, tuvo que comprobar, al llegar al gimnasio, a su santuario, que las últimas decisiones tomadas lo convirtieron en motivo de burla entre los amigos y los pupilos que siempre lo respetaron y consideraron infalible para gestionar incluso las vidas de los demás. Por ejemplo, las de boxeadores jóvenes a los que había salvado de cosas peores que el ridículo en esmoquin. En ese instante, en el Jema, el Buñuelos estaría provocando las carcajadas de los parroquianos con su propia narración de la velada en la embajada y con todas las procacidades que se le pudieran ocurrir acerca del braguetazo de Alfredo. Ni por el barrio iba a poder caminar igual que antes. Las miradas ya no serían de ahí va un boxeador, ahí va Alfredo el rescatador de pandilleros, el jefe, sino de ahí va el que se folla a Magda López.

La rabia y la frustración solía sacárselas golpeando el saco. Cuando un chico suyo perdía un combate, cuando no alcanzaba el dinero casi ni para mantener abierto el gimnasio, cuando le sobrevenía la duda de si todos los años siguientes no serían igual de estériles que los precedentes. Golpeaba el saco. Pero ese día no hacía falta saco, tenía a Sosa a su merced para sacarse la mierda de dentro vomitándosela encima. El Sosa que trató de chantajearlo y le hizo creer que tenía poder sobre él como para arruinar todo cuanto Damián podría ser, pero que ahora acudía, servil, a hacerse perdonar por miedo a Piñata. Alfredo se ensañó con él. Lo machacó con una violencia verbal que hizo cesar la actividad en el gimnasio. Sosa iba a almacenar en la memoria los siguientes cuatro minutos de su vida para cobrarse venganza por ellos algún día. Alfredo le propinó la mayor paliza que se puede dar a alguien sin ponerle una mano encima. Amenazador, insultante, durísimo. Si se había metido a gánster, por qué no iba a comportarse como tal. Por qué no iba a disfrutar de los privilegios, ya que sentía la culpa de la capitulación moral que además lo cambiaría ante su gente para siempre. Por qué no iba a usar el salvoconducto concedido por Piñata a algunos hombres que, una vez transformados en elegidos suyos, podían hacer lo que quisieran y con el tono de voz que se les antojara. A Fabián Sosa no le tintineaba nada mientras Alfredo descargaba sobre él toda la furiosa altivez impune con la que eran reconocibles los sicarios de Piñata hasta cuando se saltaban las colas en las discotecas o despachaban a los policías municipales que se disculpaban porque no sabían a quién iban a multar.

Cuando terminó de gritar, Alfredo tenía la respiración exhausta. Viguerza, impresionado, animó a los muchachos para que reanudaran los entrenamientos y regresaron las cadencias de los golpes. Sosa estaba entero, tenía cierta capacidad como de sumergirse y hacerse inasible cuando las condiciones no le eran favorables. No era uno de esos hombres a los que el sentido del orgullo apela para la lucha frontal. Ya lo ayudaría a cruzar Alfredo algún día. Ya lo abrazaría. Mientras, habló como si esos cuatro minutos no hubieran existido, como si acabaran de darse los buenos días con toda cordialidad, y le dijo a Alfredo que la subasta estaba controlada e iba a programar la pelea de Damián por el título español del peso superligero para un mes después en el Palacio de los Deportes de Goya y contra el propietario del cinturón, un canario llamado Ezequiel de Felipe, alias «Bronson», que lo defendía por segunda vez. Piñata haría de promotor de la velada y de agente de prensa de Damián, para quien ya había concertadas muchas entrevistas de promoción. La bolsa sería generosa, entraría una televisión y un porcentaje de los beneficios de taquilla, derechos, merchandising y bares sería para Alfredo, cuya firma constaría en todos los contratos.

Si era un sicario de Piñata, por qué no iba a vivir y a cobrar como tal.

Sosa se marchó. Alfredo se acercó a Vigerza.

—Métele más intensidad al chico. En un mes será campeón de España.

—¿Estás bien?

—Sí, tú a lo tuyo. ¿Sabes?, eso que siempre hablamos de poner un segundo ring en aquella esquina. A lo mejor ahora podríamos.

—Lo que tú digas, Alfredo. Pero primero va el chico, ¿no? Te va a necesitar mucho durante este mes. ¿Tienes la cabeza con nosotros?

Alfredo no respondió. A Vigerza le habría gustado creer que estaba pensando ya en cómo plantear la pelea y buscarle las debilidades a Bronson. Le habría gustado creer.

Durante los días siguientes, Damián preparó en el gimnasio su combate, Magda ensayó en el plató su programa y Alfredo condujo el Seat León decenas de veces entre un lugar y el otro para estar con ambos. En el largo túnel de la M-30, con el coche a 70, era donde descansaba un rato y hacía la transición mental de entrenador a galán o al revés. La naturaleza invasiva, casi sojuzgadora, de esta Magda recién revelada así era una interferencia que le impedía sentirse tan metido en la pelea como debería haberlo estado. Se odiaba a sí mismo cuando interrumpía las manoplas porque debía irse y Damián le arrojaba una mirada de desamparo. Una mirada llena de soledad, pero sin un solo reproche, eso era lo peor. Para los reproches estaba Viguerza. Sobre todo por las tardes, después del entrenamiento, cuando el gimnasio se aquietaba y en la atmósfera quedaban suspendidos los olores ácidos, a sudor, a pies, mitigados apenas por el talco y los espráis. Alfredo siempre tenía algún evento mundano al que acudir y se ausentaba de una costumbre de esa hora antes de cada pelea, la de las conversaciones pausadas, Aquarius en mano, que servían para dar confianza a Damián e ir introduciéndolo en la estrategia y en el conocimiento del rival. Viguerza lo sustituía como podía. Luchaba contra su parquedad de melancólico silente para sustituirlo como pudiera. E incluso creó un lazo más íntimo con Damián en el que le transmitió la idea de que él sería el redentor de sus manos flojas y viviría todas las maravillosas noches de pelea y gloria que le fueron robadas por el azar: por las balas perdidas de la vida. Pero no era lo mismo. El hombre que aparecía en las fotografías colocadas junto a la cama de Damián no estaba. No se había fugado como lo hizo el padre, pero no estaba, no completamente. Algún desahogo tuvo Damián con su madre porque ella comprendió y empezó a invitar a Viguerza a cenar en su cocina después de las sesiones en el gimnasio. El mantel de hule, el zumbido constante de la nevera, el vino de cartón con gaseosa, las raciones ínfimas de pechuga de pollo para que Damián controlara el peso que debería dar en la báscula unas semanas después. La conversación dificultosa, algo trabada, pues todos ahí estaban acostumbrados a que fuera la personalidad torrencial de Alfredo la que se ocupara de llenar el silencio. Y mientras eso sucedía, Alfredo pisaba alguna absurda alfombra roja del brazo de Magda, gregario y decorativo en el mural del *photocall*, bruto de correa invisible. O hacía cosas como apadrinar un borrico, o donar unos guantes firmados para un rastrillo benéfico, o anotar con educación los números de teléfono de hombres y mujeres de la fauna cosmopolita a quienes apetecía un revolcón con el macho de Magda López. Invariablemente, las veladas las terminaba Alfredo paseando un rato por la ciudad después de ver marchar el Cayenne cuya puerta le cerró Magda para que no llegara a creer que tenía sobre ella ningún derecho íntimo más allá de los pactados en un contrato verbal de supuestos intereses recíprocos. Una de esas noches, lo vio quedarse sólo un relaciones públicas al que ya conocía y que lo llevó a la primera de las fiestas privadas en las que Alfredo contactaría con señoritos atorrantes y presuntas modelos que en realidad acababan de ser rescatadas de una jaula de go-gó. Desde el principio, cayó simpático a ellos y obtuvo sexo de ellas. Una sola fotografía robada durante esas noches habría reventado el simulacro que tenía montado con Magda.

A Damián le hicieron reportajes en radios y en periódicos deportivos, tal y como estaba prometido. Magda y Alfredo los concedieron en la casa de ella simulando que también era la de Alfredo. Tenía hasta un cepillo de dientes de atrezo en el cuarto de baño y un armario con camisas que no le habían sido compradas para usarlas, sino para que se las encontraran los fotógrafos cuando buscaran un encuadre. Magda visitó el gimnasio una vez, con periodistas, para que la fotografiaran interesándose por el combate del pupilo de su novio, igual que a él lo sacaban arropándola durante los ensayos en el plató. La hostilidad de Viguerza, así como la más tímida de Damián, fue tan evidente que Alfredo tuvo que improvisar ante los periodistas la explicación de

que no era nada personal contra Magda, sino tan sólo que, en la preparación de un combate, un gimnasio era un santuario lleno de supersticiones y cualquier visita de personas ajenas perturbaba la concentración. No era cierto, claro. Los periodistas deportivos que se interesaban por el aspirante eran bien recibidos y además resultaban amenos con sus entrevistas porque alteraban un poco las embrutecedoras tardes mecánicas que se parecían las unas a las otras. El gimnasio odiaba a Magda personalmente. Que antes la hubiera recibido bien constituía un agravante, pues ella los conocía a todos y debía saber cuán grande era el destrozo que podía causar a Damián, y por tanto a todos ellos, el robo de Alfredo en vísperas de un combate por el título.

Ocurrió entonces algo imprevisto. Mataron a Richy. Lo mataron el mismo día en que se casó en secreto con su peruanita en el registro civil de la calle Pradillo. Esperaron turno con paciencia, él corpulento y ajeno en un traje recién comprado, tan solos que debieron pedir voluntarios entre los presentes para obtener firmas de testigos. Por la tarde empezarían un viaje de tres días a París que ella ansiaba para sentirse metida en un cliché sentimental que disimulara algo el hecho de haber terminado casada con un asesino profesional cuyas hoscas muestras de ternura eran un testimonio de presencia humana tan escaso e insuficiente como la huella de un astronauta sobre la superficie lunar. Mientras ella armaba el equipaje, Richy invitó a brindar a algunos acólitos que le daban tratamiento de jefe junto a la barra de una whiskería siniestra de la calle Cartagena que usaba para despachar sus asuntos. Fuera, había un neón en el que unas piernas de mujer supuestamente sensuales salían de una copa de champán, como si la propietaria se hubiera ahogado dentro. Les regaló entradas para la pelea por el campeonato de España de los superligeros, de las que tenía en abundancia. Al verse cumplimentado, respetado por hombres terribles, ni siquiera se acordó de que, no mucho tiempo antes, había regresado a esa existencia obligado por la precariedad cuando en realidad soñaba con vivir sin miedo a que le pasara precisamente lo que estaba a punto de ocurrirle. La gloria del gánster había acallado a ese otro hombre interior que se proponía entrar del todo en la edad madura y en la vejez sin turbulencias, sin miedos, sin hacer daño a nadie, resignado apenas a que algunos recuerdos y algunos remordimientos lo agitaran de vez en cuando mientras regaba las macetas. No tenía previsto casarse y beber para celebrarlo con criminales en una whiskería en la que pasaban la aspiradora cuando estaban a punto de llegar las chicas de alterne. No tenía previsto recibir una muerte de gánster como la que le dieron cuando le dispararon desde una Kawasaki que frenó a su lado en un semáforo en rojo de la Guindalera y que se perdió después callejeando hacia Ventas. Otra vez una moto. En verdad había hecho fortuna en Madrid esa forma de matar tan inspirada en la mitología napolitana. A Richy no lo iluminó un flash en el instante del disparo. Le entraron tres balas, una en la mandíbula, una en el hombro, una en el cráneo. Como en la canción, podría haber dicho que esa tarde estaba de suerte: de tres balas que le metieron, sólo una era de muerte. Tiempo después, su esposa se sentiría culpable al recordar que su primer pensamiento cuando la llamaron fue decirse: «Otra vez me quedo sin conocer París». Con el segundo, supo que regresaría al guardarropa, como una primera dama del lumpen exiliada.

El asesinato de Richy era parte de algo mayor que recorrió como un presentimiento todo el submundo de Madrid. Alguien se había puesto a competir. Alguien nuevo y poderoso que conocía bien las jerarquías y los recursos de Piñata había entrado en el juego golpeando tan cerca de él que tuvo que oír el silbido de las balas que mataron a Richy. No hubo modo de obtener información acerca de los hombres que iban a bordo de la Kawasaki, robada la víspera en Leganés. Que no la obtuviera la policía era normal. Que no la sacara nadie de la organización de Piñata, incluidos camareros, camellos de baja estofa, logreros, parásitos y putas, era como para creer que lo habían hecho extraterrestres recién llegados a ese planeta que aún no habían

satisfecho ni una sola necesidad allí donde pudieran ser recordados. Ni la pistola tuvieron que comprar. Extraterrestres, profesionales externos, lo mismo daba. Piñata sabía que la dimensión adquirida con el aeropuerto como punto de apoyo había terminado por atraer a gente que jugaba fuerte, que nada tenía que ver con los matones de barrio con los que había tenido que entenderse casi toda su vida, y que lo veían a él como una competencia recién entrada en un radar que no se molestaba en detectar pequeñeces. Los hombres de Piñata empezaron a ir armados y estaban tensos. No sabían a qué atenerse, pero no ignoraban que estaban bajo ataque. No ayudó a la confianza que el propio Piñata abandonara la casa de Aravaca y entrara en la clandestinidad. Las órdenes empezaron a llegar por recadero, nadie lo veía. El flujo de vuelos no se interrumpió, pero alrededor de los hangares de Ciudad Real comenzaron a apostarse vigilantes con armas largas que quebraban la consigna de discreción y hacían imposible fingir que esos vuelos privados traían cazadores que iban a los grandes cotos manchegos. No hubo más acciones. La banda de Piñata estaba atemorizada por un enemigo al que intuía enorme, al que escuchaba respirar, pero que no se manifestaba ni hacía movimiento alguno después de la muerte de Richy. Era para pensar que los erosionaban adrede dejándolos solos con sus temores, con sus respingos cada vez que chirriaban las ruedas de un coche que aceleraba o que la puerta de un club se abría con excesiva energía. Era como para creer que los dejaban macerar en el decepcionante descubrimiento de que tenían un jefe reblandecido, aburguesado entre aspersores automáticos, que desaparecía por completo en cuanto caía un muerto en vez de alinearse junto a ellos en primera línea de exposición, allí donde los neumáticos chirrían. Todo el submundo de Madrid aguardaba en vilo un gran estampido, la aparición de un nuevo personaje, el comienzo de una guerra urbana. Pero nada sucedía. Los rumores insinuaban que Piñata había huido a la Argentina. Que existía un vacío y que el primero que se diera cuenta de ello podría quedarse con todo. Pero entonces llegaba un recadero que venía de estar con él y la jerarquía, quebradiza, se salvaba un día más. Lo más probable era que el enemigo misterioso estuviera esperando un descuido de Piñata para mostrarse por fin matándolo. A ese pensamiento se aferraron los sicarios, con el paso de los días, para intentar el regreso a unas rutinas apenas más cautelosas de lo habitual.

Faltaban ocho días para el combate de Damián. Faltaban seis días para el estreno de Magda. Alfredo desayunaba cerveza y sushi en la rotonda del hotel Wellington. Se acordó de que era ahí adonde el puma Legrá llevaba a las actrices y las folclóricas con las que se acostaba durante sus tiempos de gloria, cuando bajó de un ring con una corona y una capa de armiño y Franco le regaló en El Pardo un reloj Patek Philippe. En aquella época, un boxeador campeón cruzaba el vestíbulo de un gran hotel y era como si lo hiciera un torero. El portero se le quitaba la chistera. Las mujeres le metían en el bolsillo una llave con un número de habitación. Ahora, si un boxeador en activo entraba en el Wellington, era por la puerta de mercancías y para entregar coca-colas.

Acababan de marcharse los señoritos locos con los que Alfredo estuvo de fiesta toda la noche. En una suite del Fénix de Colón donde cumplimentaron a Loquillo, llegado a Madrid para dar un concierto. Los camareros traían los tragos del bar de abajo, el Dry, los clientes se los encontraban en el ascensor con la bandeja en equilibrio. Los músicos rasgaban las guitarras eléctricas, desenchufadas para que el hotel no se metiera en un lío por culpa de las quejas por el ruido. Las chicas parecían todas *gruppies* de un videoclip de Metallica, sólo que pasadas por el veganismo y la insipidez, por la compasión por las mascotas. Había en ellas una molesta inminencia de yoga. En un momento de euforia, el heredero de una línea aérea que iba vestido de profeta *grunge*, y ya no recordaba muy bien cuál de las chicas era la que había llegado con él, prometió que convencería a su padre para que fletara un avión en el que pudieran ir todos juntos a Las Vegas a ver un combate de Mayweather: «Coño, él lo hace con sus amigotes cuando José Tomás torea en México. ¡Nosotros seremos la generación «In» que resucitará el boxeo! ¡Lo haremos por Alfredo! ¡Y porque los toros son de viejos! ¡Y porque mola ir a Las Vegas!». Loquillo se interesó por Alfredo y le hizo preguntas sobre su vida de boxeador y de superviviente barrial con cierta avidez, como si estuviera buscando material para una canción. Alfredo recordaba vagamente la canción del Cadillac y se la mencionó por cortesía, para que no se sintiera menospreciado. Pero sólo sabía eso: que salía un Cadillac. Loquillo se dio cuenta, pero no le importó. Le habló de un bar que hacía años estuvo en esa misma calle de Hermosilla, el Balmoral, con testuces, salmones disecados y un orificio de bala en la pared, donde todas las noches ocurrían cosas como que un rockero y un boxeador se sentaran a hablar teniendo en las mesas contiguas a un motorista tatuado y a don Juan, el rey desposeído: «¿Dónde estabas tú en los ochenta, en los noventa, qué hacías?».

—Repartir bombonas y entrenar con el Potro. Y enterrar colegas. Tu bar me quedaba muy lejos.

Algunas horas después, en el Wellington, a Alfredo ya sólo lo acompañaba una muchacha pálida, con la hermosura cadavérica que él relacionaba con las mujeres a las que torturaban y amargaban hasta que, por fin, tristes, huesudas, se les ponía cara de anunciar un perfume. Tenía miedo de que no le alcanzara el dinero para pagar la cerveza y el sushi y además apuró a la chica porque Magda lo había citado para coger ambos el AVE de las once a Sevilla y aún debía pasar por casa para armar una bolsa y para sacarse en la ducha los olores de su noche rockera. Pensó que no le habría importado estar metido en una relación verdadera, de las de ir al cine y a cenar, con una chica como esta que bebía cerveza de la botella a su lado. Era demasiado turbia y sofisticada si se la comparaba con las mujeres que siempre tuvo al alcance. Pero el caso es que la vida se la había sentado al lado, igual que lo había metido en una suite de hotel ocupada por un famoso rockero, la vida iba a hacer que le fletaran un avión para ver a Mayweather y enterarse por fin de cómo es una velada en la misma capital exuberante del boxeo, donde las bolsas pesan millones de dólares y los campeones atraviesan vestíbulos con gafas de sol que tienen piedras

preciosas incrustadas en la montura. Magda se le hacía detestable. Vieja, gastada, ruidosa, dominante, y mucho más dura, de repente, en este nuevo apogeo, que el personaje frágil que le fue encomendado en el gimnasio y que le despertó sentimientos protectores y de amistad.

—Me quedaría contigo todo el día, pero debo irme. Tengo un viaje.

—¿La gran Magda López necesita que alguien le lleve las maletas?

—No seas hijaputa conmigo y dame tu número.

Magda lo esperaba cerca de la estación de Atocha, en la cafetería del museo Reina Sofía que, plástica, moderna y sideral, parecía el comedor de diario de la tripulación de la nave *Enterprise*. Era conveniente que llegaran juntos a la estación porque allí siempre pululaban *paparazzi* que sabían que, tarde o temprano, obtendrían algo en ese lugar de paso frecuentado por todos los personajes sociales, los de baja y los de alta estofa. Para un reportero del corazón, el AVE a Sevilla era lo mismo que un abrevadero en el Serengeti para una hiena durante las grandes migraciones: era apostarse y esperar, los ñus llegarían. Hacía tiempo que los fotógrafos de la estación habían aprendido a temer a Bum Bum, que a menudo escoltaba al duque en unos tránsitos entre el taxi y el andén en los que siempre resultaba que una cámara se estrellaba contra el suelo y un muchacho de la tele quedaba despeinado. En las tertulias rosas disfrutaban luego mucho con esos episodios haciéndose los agraviados en términos corporativos por los cates desganados que Bum Bum soltaba. Los reporteros que lo veían entrar consideraban que aquel era un día de mala suerte: «Tenía que tocarme este y no una cantante de copla». Hasta se santiguaban si debían arrimar el micrófono.

Magda ofreció la mejilla a un beso de Alfredo, que estaba extenuado una vez que se le reposó el estímulo de la jarana. En el taxi desde Carabanchel, había buscado en el móvil la canción del Cadillac de Loquillo, a mis pies mi ciudad, que le pareció hermosa y triste, y que le hizo pensar que en Madrid no existía una altura en la cual sentarse en un Cadillac teniendo a los pies la ciudad: aquí siempre ibas tragado, absorbido por las calles. Aquí siempre eras más chiquito que la ciudad: «En el teleférico, a lo mejor, pero cómo metes un Cadillac en el teleférico...». Somnoliento, arrastró las dos maletas por la glorieta del Emperador como si lo llevaran en una cuerda de presos. Sintió los primeros fríos intensos en la ciudad, grisácea de ramas como alambres, retorcidas como los dedos del vampiro de Murnau.

—Sabes lo que tienes que decir si nos abordan periodistas, ¿verdad?

—Que vamos a la fiesta de cumpleaños de Francisco de Alvear en su palacete de Santa Cruz y que tú y yo vivimos en una luna de miel eterna, se nos van a borrar los labios de tanto besarnos.

—Pues eso más o menos, pero sin sarcasmo. Espero que no te aburras mucho en la fiesta. Esta nobleza sevillana es tan clasista que lo mismo ni te dirigen la palabra.

—No te preocupes. Me parece que estará un amigo mío.

—¿Quién? ¿Ese boxeador que va con Francisco y que parece un matón de Tarantino?

—Rubén, sí. Colega mío de siempre. De los gimnasios. De las peleas. Qué raro que nos vayamos a encontrar ahora en un palacio.

—La ventaja suya es que él no tiene que hacerse pasar por novio de Francisco. La ventaja tuya es que yo no te pido que pegues a nadie. Y lo que es más raro: nunca te lo pidió Darío.

—¿Por qué hablas de Piñata al pasado?

—No lo hice a propósito. Pero está tan desaparecido. A veces creo que lo han matado. Si estuviera vivo, aunque se hubiera escondido, a mí me habría hecho llegar algún mensaje, estoy segura.

—¿No te he contado de cuando tu duque le regaló un caballo a Piñata?

—Conozco la historia.

—¿Qué fue del caballo?

—Está en Toledo. Darío lo usaba... Lo usa para que lo monten mujeres desnudas en sus fiestas. O disfrazadas de romanas. ¿Nunca te invitó a una fiesta de esas?

—No. Sé de otras cosas que también ocurren en esas fiestas. Si algún día vuelves a hablar con él, pregúntale por Hermenegildo Chaca. ¿Te acordarás? Hermenegildo Chaca.

—¿Quién es?

—Quién era. Otro caballo, eso era. Pero sin una tía en bolas encima.

Cerca de las puertas de acceso, fueron abordados por algunos reporteros muy educados. Dieron respuestas convenidas a preguntas previsibles. Forzaron sonrisas y se cogieron de la mano. Les dijeron que el AVE iba lleno de «famosos de Madrid» que acudían a la fiesta de los Alvear, y Magda respondió que ella sólo sabía que el duque estaba guapo y espléndido y que nadie habría dicho que estaba a punto de cumplir cincuenta años, un querido amigo desde siempre, y su madre también, qué gran señora. Alfredo se durmió inmediatamente en su asiento del vagón de preferente, medio tapado con el abrigo y con las gafas todavía puestas. Magda tendió la mano para saludar a unos cuantos conocidos que la rodeaban en los asientos colindantes, mandó besos a los distantes, y después empezó a repasar algunos guiones para el último programa piloto que aún tendrían que grabar antes de un estreno para el cual no se sentía del todo preparada. Delgada, rehecha, fuerte de nuevo, limpia de cocaína, todo eso sí. Y, al recordar que al menos todo eso sí lo tenía, y que había sido posible gracias al hombre que dormía a su lado con la mandíbula suelta, dedicó unos segundos a mirar a Alfredo consciente de que lo estaba tratando como una perra desde que un contrato verbal lo convirtió en algo así como servicio suyo. Era consciente también de que él lo estaba encajando por razones que se le escapaban: el Alfredo orgulloso, jefecito de su mundo, que conoció en el gimnasio ya tendría que haberle pegado un grito y un portazo.

Muchos invitados se alojaron en el Alfonso XIII y en el Colón, los hoteles clásicos de Sevilla, imponente el primero, con sus palmeras y su mudéjar, como para llegar en coche de caballos y con escolta de jenízaros. Sin embargo, a Magda le aconsejaron reservar en el hotel Eme. Era el de los modernos que aspiraban a distinguirse de esa Sevilla cuya cera pascual derramada en la calle se derretía al sol hasta el punto de quedarse pegadas las suelas de los zapatos. El Eme era un alarde de diseño urbanita al mismo costado de la catedral, con un enorme y carismático negro de Manhattan atendiendo en la puerta que parecía un traspaso acordado con el Plaza de NY. Ahí, uno podía quedar aplastado por el peso de lo *cool*. El hotel se había hecho famoso por el bar del ático al que iban los extranjeros a ligar y a dárseles de Generación Perdida con provisión de fondos y con una vista espléndida sobre la Giralda.

Por primera vez desde el inicio de su falso romance, Magda y Alfredo tendrían que dormir en la misma habitación. Eso era algo que incomodaba a ambos. En el cuarto de baño, colocaron sus objetos de aseo tan alejados que los cepillos de dientes parecían haberse peleado y se daban la espalda el uno al otro. Alfredo propuso separar las camas, pero era una sola, enorme cama de matrimonio en la que podrían haber pasado ratos muy gratos al regresar del ático con tres *drys* encima de ser ellos algo más que un pacto de conveniencia.

—¿Te puedo pedir algo? —preguntó Magda.

—Dime.

—Te voy a parecer una estirada. Pero no puedo soportar entrar en un cuarto de baño y que huela a la caca de otro. No puedo con ello. Cuando tengas necesidad, ¿te importa usar alguno de los de abajo?

—Yo flipo. Dime, Magda, ¿cómo es posible que nunca te casaras? Estar contigo es un festival permanente del amor. Pues mira, precisamente iba a plantar un pino. Ahora vuelvo.

Sentado en el retrete, Alfredo puso un par de mensajes a la chica con la que desayunó en el Wellington. Ella no respondió, pero Alfredo supo que los había leído porque se pusieron azules las pestañas del wasap. De la noche anterior, recordó de pronto que a ella le había parecido aburrido por no probar siquiera la cocaína y por pasarse a la cerveza después de sólo dos tragos largos. Ella le hizo un chiste acerca de que los boxeadores se volvían divertidos cuando ya eran juguetes rotos y llevaban papelinas en los bolsillos. «Pollinos», dijo, demostrando que conocía un argot que no podía haber aprendido en las coctelerías americanas del barrio de Salamanca. Era obvio que se trataba de una modelo de la escuela Kate Moss, de las de vodka, farla y descuidos al bajar del coche con los que se advierte que salió sin bragas. Lo cual la hacía distinta de todas las demás chicas que hubo esa noche en la suite de Loquillo y que se recomendaban las unas a las otras monitores de pilates. ¿Por qué era esa precisamente la que le gustó y a la que ahora enviaba mensajes que ella desdeñaba? No era para salvarla, no esta vez: a su Kate Moss no deseaba volver a verla para llevársela al gimnasio a rehabilitarla, suponiendo que lo necesitara, como hizo con Magda. A lo mejor quería demostrarle que no era tan aburrido como pensó. A lo mejor quería perderse él, un poco. Alfredo había salido de sus barrios de siempre, de sus disciplinas, de su sentido marcial de lo que suponía ser un peleador ante la vida, de la línea de metro en la que cabía su existencia entera con sólo añadirle un par de transbordos. Estaba explorando otras aguas y a otras gentes, tentadoras, misteriosas, sensuales, pero crueles como caníbales con todo naufragio que la marea dejara en sus playas. Un lector de Homero le habría dicho que ese viaje, si pretendía regresar intacto, tendría que haberlo hecho atado al mástil. Sentado en el retrete, mientras fantaseaba con una ingrávida mujer fatal que tenía recursos para doblegarle la voluntad, de repente se dio cuenta de que llevaba todo el día sin acordarse siquiera de que su boxeador, su hijo prácticamente, entrenaba en ese mismo instante con Viguerza porque lo acechaba ya el combate más importante de cuantos había afrontado. El que determinaría el resto de su carrera. Entrenaba sin su entrenador, sin su padre prácticamente, sin el sustento anímico que lo había acompañado en la esquina desde que salió de *amateur* a forjarse en los primeros combates de los torneos «interclubes». Lleno de remordimiento, Alfredo llamó al gimnasio y sobreactuó el entusiasmo tutelar con Damián, que cortó pronto la conversación para regresar al saco que Viguerza le sujetaba. A Viguerza y Damián seguía bastándoles con un mundo que cabía entero entre las paredes del gimnasio. No se habían dispersado. No se habían desparramado. No navegaban entre lotófagos y Circes que traen un pollino de farla oculto en los repliegues de su hechizo.

Pasearon por Santa Cruz y entraron en algunas tabernas como Casa Román y Las Teresas, donde Magda mostró a Alfredo una fotografía colgada en la pared, junto a otras de celebridades, en la que aparecía ella con Harrison Ford, en esa misma barra, vestida de flamenca, durante una Feria remota. Alfredo no se animó a preguntarle si se habían acostado. Al caminar por la calle, Magda causaba revuelos a menudo. Por ejemplo, entre las gitanas que repartían ramas de tomillo y le decían que ese macho que tenía la iba a dejar «preñá» si aceptaba la rama: «Cógela, bonita». Al final, con tanta petición de autógrafos y fotografías, Magda se sintió agobiada y quiso refugiarse en la habitación del hotel hasta que llegara la hora de la fiesta.

Alfredo comprendió que debía dejarla sola para no añadir más agobio forzándola a soportar el encierro de dos adultos en edad de actividad sexual en un espacio ínfimo y coqueto, sin lectura, con luces indirectas y con una cama XL entre ellos. Vagó por las calles e incluso descubrió, al escuchar una conversación ajena mientras pasaba por la Plaza Nueva, que en una de las baldosas permanecía la efigie que los obreros le hicieron a Belmonte, uno de los pocos toreros que le sonaban y de quien creía recordar que se suicidó. Decidió de repente que no le gustaba Sevilla. Pero sabía que era porque recordaría siempre la ciudad como el escenario de un viaje humillante

que aún debía hacerlo pasar por esa fiesta aristocrática cuyo desprecio ya percibía. Aunque sólo fuera por sentirse un rato en territorio conocido, le habría gustado visitar alguno de los gimnasios de boxeo a cuyos propietarios conocía de las veladas. Como el del Bigotes. Pero no se animó a ir porque le habrían preguntado por Damián, por la pelea, por el título, y cada pregunta habría contenido un reproche silencioso por su ausencia en Madrid mientras todo eso estaba ocurriendo. Alfredo se sentía incapaz de explicar por qué no estaba en su propio gimnasio, sino que deambulaba por una ciudad desconocida mientras una famosa dictatorial, exgorda, exadicta, que lo usaba para un fraude romántico, roncaba en la habitación de hotel en la que él no podía entrar. En los gimnasios, creía, respetarían más que un estado de necesidad lo hubiera llevado a dar palizas por encargo. Eso era más habitual, comprensible. Pero ser una especie de gigoló en el mundo del corazón... Eso representaba una forma de decadencia menos honorable que cualquier descenso al crimen que mantuviera intactos los mandatos del credo viril. Era en los gimnasios de boxeo donde los hombres como Alfredo se acogían a sagrado. A los de Sevilla no se atrevía a ir, como si hubiera hecho algo que, de acuerdo, permitía conocer chicas como la de la mañana. Pero que también avergonzaba hasta el punto de que él mismo decidía condenarse a acarrear soledad de repudiado. Exageraba, por supuesto, con una exageración proporcional a los estrictos cumplimientos de samurái que hasta entonces gobernaron su vida y la de cualquier muchacho que entrara en su gimnasio con auténtica apetencia de tomarse en serio esa sagrada condición venida a menos, la de boxeador. Exageraba como antaño exageró al idealizar el boxeo mientras a su alrededor no había más que delitos, deshonestidad, miseria y taras mentales apenas redimidos, de vez en cuando, por las prestaciones en el ring de un peleador admirable. O de dos que pasaban en un instante de fajarse con todo a abrazarse. En ese instante tan penitente, Alfredo no pensaba en los hombres de su mundo que habrían dado gracias a todos los miembros del santoral, uno detrás de otro, de haber podido agarrar un chollo como el que él tenía en lugar de vejarse por dinero en el lumpen.

Cuando regresó al hotel, con el Guadalquivir medio borrado en el crepúsculo, entró en la habitación como un intruso. Magda estaba en la ducha. Sobre la cama, estaba tirada la ropa que ambos se iban a poner. Alfredo regresaba al esmoquin. Para Magda había un vestido de noche oscuro, elegante, muy formal. En la mesita estaba el teléfono móvil de Magda. Alfredo no pudo evitar curiosear y comprobó que, sólo en lo que iba de día, Magda había marcado doce veces el número de Piñata sin obtener respuesta jamás. También había un intercambio de mensajes con Kitín en los que, además de los piropos habituales del agradador personal de Magda, Alfredo encontró referencias a él llenas de cariño y agradecimiento escritas por ella y contradictorias con el trato que le dispensaba. No entendía nada.

Tan benigna era la estación sevillana que los invitados fueron recibidos con un cóctel en el patio del palacete de San Bernardo, entre naranjos y fuentes que evocaban las abluciones en las antiguas mezquitas. Muchos curiosos permanecían apostados en la sinuosa callejuela de Santa Cruz donde estaba el palacete, comentando vestidos y galanuras, de forma que la ocasión tenía un aire nupcial: el duque se casaba consigo mismo. Algunas terrazas fueron alquiladas como apostaderos para las cámaras de los programas del corazón, igual que había ocurrido durante la boda de la infanta Elena. Hubo hasta invitados de Madrid, entusiasmados por los olores y la belleza circundantes, que cometieron el acto eufórico de llegar a la fiesta a bordo de coches de caballos alquilados.

La composición de los invitados que se apelmazaban en el patio atestiguaba la naturaleza bipolar del entorno del duque en función de a qué lado del AVE se encontrara. Sevilla aportaba nobles, toreros, ganaderos, cofrades, personajes, muchos de ellos, que encajaban en un cliché que

la ciudad siempre renovaba de una generación a otra: ese espacio hermético donde Sevilla resistía inmutable como si se hubiera propuesto llegar a ser una gigantesca nostalgia española cuando los Starbucks hubieran completado la homologación definitiva del país. Madrid trajo una espuma más ligera de actores, guapería del espectáculo, modelos, autores pop, preciosos casquivanos de los del vip de las discotecas: personajes característicos de la ciudad que para el duque era un inmenso parque recreativo donde podía relajar las responsabilidades estéticas que lo obligaban y presionaban tanto en la jurisdicción social de su blasón, múltiple en armas. Debía de ser la primera vez en la historia que dos boxeadores asistían a un evento en el patio de tan alta casa. El duque tuvo suerte: la desaparición de Piñata evitó que tuviera que enfrentarse a la decisión de, o bien ofender a un gánster, o bien meterlo en la cripta original de sus antepasados, entre tiesuras, protocolos, tradiciones y nombres conectados con una noción estatuaría de la propia importancia. Con los personajes de la farándula no había problema porque su madre los frecuentó siempre y se divirtió con ellos, a menudo hasta después del amanecer en tablaos de la ciudad donde la recordaban con idolatría y siempre le guardaron los secretos. Pero el duque no habría sabido cómo presentarle a Piñata: «Aquí una grande de España, aquí el mafioso asesino que metió en el país toda la farla que se consumirá en los cuartos de baño de esta fiesta, el excelentísimo señor don Piñata». La posibilidad de que Piñata hubiera muerto en esa guerra subterránea de la que se hablaba en Madrid suponía una liberación para el duque, que llevaba con tanta congoja la apropiación como coartada social sufrida por parte del criminal al cual ofendió en maldita la hora que había espaciado sus viajes a la capital hasta rozar el abandono de sus círculos más divertidos. Su madre, limitada ya por la edad, estaba sentada en un enorme butacón que remedaba un trono. La asistía su servicio personal, que le acercaba las copas de champán en las cuales ella picoteaba como un pájaro. Los comensales se acercaban a besarle la mano y cumplimentarla como en una liturgia palaciega. Los hombres guapos le arrancaban todos una sonrisa pícara, como si ella se preguntara al verlos: «¿Dónde estabas tú hace treinta años?». También Alfredo lo hizo, después de un saludo de Magda a la duquesa demasiado largo, durante el cual Alfredo hizo tiempo charlando con un hombre de buena planta del que no sabía que era un torero lleno de triunfos y divorcios. No conocer a nadie, no impresionarse ni con los nombres ni con las famas, concedía a Alfredo una naturalidad en el trato que lo volvió simpático a todos y lo colocó en una posición que no se parecía nada a la hostilidad clasista que temía encontrar. El propio duque le habló de boxeo y de otras cosas con mucha cordialidad y le anunció que pensaba acudir con Bum Bum al combate de Damián: «Estoy seguro de que algún día volaré a los Estados Unidos para verlo pelear allí. Me ha dicho Rubén que este chico tuyo podrá con todo».

—No vayamos tan deprisa. Lo primero es ganar esto. Le agradezco que vaya. Espero poder saludarlo esa noche.

Al duque se le arrimó en ese instante la que pasaba por ser su pareja oficial momentánea. Casi se le ovilló debajo del brazo como una gata, porque era menuda, joven, pero nervuda como la cazadora de zombis de un videojuego. Alfredo le apreció cuerpo de boxeadora profesional y hasta le tiró la broma de si estaba interesada en probar. Ella sonrió como maullando en silencio. Fue el duque quien respondió por ella.

—Isabel exagera en el gimnasio, se lo he dicho siempre. Tiene un entrenador personal con el que yo no aguanto veinte minutos. Están con ese rollo del *crossfit*. Pero ella es una diseñadora de ropa delicadísima. Espero que algún día tengas ocasión de visitar su tienda y comprar algo para Magda. Está en Madrid, en la calle Jorge Juan. Acuérdate de Alfredo, Isa, y cuídalo si se pasa por ahí.

—También tengo un blog de moda.

—Es verdad. También es una célebre bloguera de moda. Cuenta cosas interesantísimas que no sé si a tipos como tú y yo pueden sernos de mucha utilidad, la verdad. Te aconsejo que el próximo verano no se te ocurra ir por Madrid en bermudas y chanclas por más que haga calor porque Isabel te hará una foto y te sacará en su blog en la sección de «Aberraciones».

—Lo recordaré. Esa es la ventaja de mi barrio. Puedes ir como te salga de las narices y no te caza ninguna bloguera.

—Me encantaría —dijo ella— que algún día me llevaras a tu barrio. Seguro que encuentro allí pintas muy estimulantes para diseñar algo chungo chic.

Mucha gente reclamaba al duque para los saludos y las charlas ligeras, por lo que él y su novia bloguera, tan pegada al costillar de su hombre que parecía que habría que extirparla antes del final de la velada, desaparecieron entre los demás invitados. Isabel dedicó a Alfredo una última mirada de refilón y le susurró: «Te espero». Alfredo se quedó solo con una copa de champán en una mano, la otra metida en el bolsillo del pantalón. Cada vez estaba más cómodo de esmoquin, empezaba a cultivar una soltura como de miembro del Rat Pack que agregaba atractivo al duro aspecto de su rostro moldeado por los golpes. Recordaba a un gánster clásico, de la Prohibición, que hubiera entrado en un palacio por error mientras buscaba un *speakeasy* oculto dentro de una lavandería. Permaneció así un instante. Vio que Magda reía a carcajadas mientras charlaba con unos humoristas sevillanos cuyo gracejo recordaba Alfredo de algunas campanadas de Nochevieja en las que veía la televisión y al mismo tiempo se vestía para salir. Se vestía, obviamente, con un estilo que lo habría enviado directamente a la sección de «Aberraciones» de la novia bloguera del duque. Entonces avistó a Bum Bum.

También estaba solo, algo apartado, sentado sobre el poyete de una de las fuentes con un aire solemne de aburrimiento y desubicación. Dirigió un ademán a Alfredo para que se acercara. Cuando lo hizo, Alfredo vio que Bum Bum no llevaba colgados del cuello sus célebres guantes dorados, como si alguien le hubiera desaconsejado combinarlos con el esmoquin y con Sevilla. Pero, a cambio, sujetaba los puños de la camisa con unos gemelos que reproducían unos guantes diminutos, de color rojo. Bum Bum era uno de los boxeadores más orgullosos de serlo que Alfredo había conocido nunca. Siempre llevaba puesto algo que lo identificaba como tal ante los demás, como el símbolo de una orden de caballería cosido a un jubón. En realidad, no le hacía falta anunciarse como boxeador mediante quincallas: su rostro, su porte, su mirada, todo eso conformaba en él al boxeador hecho cliché que, además, entrado ya en la mediana edad, se afanaba en dar en la báscula el mismo peso que cuando salía a pelear con veinte años. En vez de darle la mano a Alfredo, le chocó el puño, como si hasta en eso debieran diferenciarse de los demás invitados, como si fueran ambos, por boxeadores, hombres iniciados en los secretos de una sociedad más estricta y honorable que la de los toreros o los aristócratas. Quinquis de Madrid ascendidos a púgiles: la cola del besamanos debería haberse formado delante de ellos, no de la duquesa.

—¿Cómo va eso, colega? Tenía la esperanza de encontrarte aquí. Ahora me siento menos solo. Francisco cree que me hace un favor invitándome a estas movidas tuyas, pero yo con esta gente es que no puedo ni podré. Una puta escoba metida en el culo llevan todos.

—Bueno, pero es el cumpleaños de un buen amigo tuyo. Le hace ilusión. Tú apechuga.

—Habría estado cachondo que viniera Piñata, ¿eh? En vez de un caballo, esta vez se habría llevado una carroza, el hijoputa. El miedo que le tiene Francisco, no veas. Gracias por dar la cara ese día.

—Para eso estamos. Ya te tocará.

—No te pude decir que me alegré mucho por la pelea de Damián. Sabes que te lo digo de

verdad. En este mundo nuestro hay muchas envidias, pero la pelea era vuestra porque el chico se la ganó. Va para arriba y de verdad que me alegro mucho. Tú y yo empezamos juntos, lo sabes. Verte ahora así me hace pensar que yo también debería estar en una esquina, sacando chavales, en vez de perdiendo el tiempo con una gente que no es la mía. Doy clases particulares a una banda de pijos que tira patrás. No los puedes poner ni a guantear porque no quieren marcas en la cara. Sólo manoplas y posturitas.

—No es demasiado tarde, Rubén. Tú sabes de esto un huevo. Y en los gimnasios se te respeta.

—Bah, da igual. La verdad es que levanto pasta. A veces me da un poco de culpa porque parece que prostituyo el boxeo, o algo así. Tener un Damián debe de ser hermoso. Un chaval que cogiste de criajo, que te respondió siempre. Y que acabará siendo campeón de Europa, seguro.

—También he comido mierda muchos años, amigo. No sabes lo cerca que estuve muchas veces de cerrar el gimnasio.

—Lo sé. Esto es España, colega. Aquí boxear es pasar más hambre que el perro de un ciego. ¿Cómo le vais a entrar a Bronson? Es todo pegada, ese chico. Ojo en la corta. El croché, el upper... Muy peligroso. Damián tiene buenas piernas. Que lo boxee de lejos.

—¿Y si lo hacemos al revés? Quiero decir, buscar la distancia... Es lo que van a esperar que hagamos. ¿Y si los sorprendo y meto a Damián en la corta para que se dé de hostias? No sabes cómo ha mejorado la esquiva.

—Joder, entonces el combate no llega ni al séptimo, eso seguro. Pero te la juegas, ¿eh? Una sola mano del Bronson que te entre bien de nudillos ahí, y se acabó todo. Ahora, si vais así será un peleón. Yo creía que os lo ibais a montar en plan Mayweather, de tener al tío persiguiendo a Damián por todo el ring.

—A lo mejor sí, ¿eh? Eso sería lo más prudente. Sacarle el aire y empezar a puntuar en el quinto. Lo otro es algo que me estoy pensando. Por lo que te he dicho, porque no se lo esperan, creen que saldremos cagados. Y de repente coge Damián y tira al tío antes de que se haya enterado siquiera de en qué pelea está metido.

—No lo hagas si Damián no está seguro. Hacerle pelear a contraestilo si no lo ve claro sería un error garrafal. Tiene que creer en ello. Aunque ese chico tiene seguridad en sí mismo. Joder, así éramos a su edad. Cómo se nota que no lo han noqueado todavía. El día que pierda por primera vez... Mierda de día, ese, ¿eh? A mí me llegó en unos Juegos Olímpicos. Barcelona'92. Puto ucraniano que me echaron, Burtulev, seguro que lo recuerdas, luego se hizo sus peleítas en el circuito americano. Pero perdí bastante tarde, no me puedo quejar, me creí invencible durante más tiempo que otros muchos tontos.

—Me acuerdo de cuando te fuiste a los Juegos. En el gimnasio te despedimos como si te marcharas de aventura a la Luna. Nuestro primer astronauta. La banderita de Carabanchel en la Luna.

—Para cagarla, ya ves. Burtulev. Qué hijoputa.

Disfrutaron hablando de boxeo en un lugar donde pocos comprendían su pasión. Gesticulaban y trazaban golpes mientras lo hacían, encendidos como en el relato de un barman de Budd Schulberg, de un barbero de Garci. Otros invitados lo advirtieron y los miraron divertidos. Era algo distinto. No se trataba, por una vez, de un torero remedando un pase al natural, algo con lo que en Sevilla podía uno encontrarse al doblar cualquier esquina. Alfredo y Bum Bum se animaron y terminaron de pie el uno delante del otro, anticipando los problemas con los que se encontraría Damián si daba ese pasito adelante ante Bronson que lo metería en un combate apretado y peligroso. Así estuvieron unos segundos. Hasta que se dieron cuenta de que estaban

dando un espectáculo y media fiesta se había parado para observarlos. Permanecieron paralizados como niños agarrados en una travesura. Algún marqués golpeó una copa con un tenedor para imitar el sonido de la campana y a su alrededor hubo risas. Con la guardia todavía armada, Alfredo vio que Magda, acompañada aún por los chistosos profesionales, lo miraba avergonzada. No habría percibido más vergüenza si, borracho, se hubiera bajado los pantalones para defecar en una fuente. Se dio cuenta de que uno de los humoristas decía a Magda: «Preséntamelo, por favor, este tío es genial».

En ese instante, terminado el cóctel de recibimiento, llamaron para la cena. Salvados por la campana. Los invitados comenzaron a fluir hacia una estancia interior y Alfredo y Bum Bum se alisaron las chaquetas y se despidieron: «Bueno, luego te veo». «Vale y, si no, ya me pasaré en Madrid por el gimnasio para dar ánimos a Damián. Mucha fuerza, colega». Alfredo se acercó a Magda y le ofreció el brazo para caminar juntos.

—¿Estás pedo? —preguntó ella.

—Qué tontería es esa. Qué voy a estar pedo. Estábamos Rubén y yo hablando de boxeo. Cuando venías al gimnasio y eras una mujer normal no te parecía raro vernos hacer esas cosas al hablar de una pelea.

—Es que esto no es tu gimnasio, Alfredo. Aquí te sacas un moco y se desmayan tres señoras. Hay gente que ha pensado que os estabais pegando.

—No tienen ni idea. Si Rubén y yo nos pegáramos, el aire de las hostias los dejaría a todos despeinados.

La enorme mesa estaba dispuesta en un salón decorado con retratos que pesaban varias toneladas de historia. Había antepasados, pintados casi siempre en un contexto marcial, menos los más recientes, que salían con un libro entre las manos según degeneraba el linaje, que alcanzaban para excavar una profundidad dinástica tan antigua como la propia nación.

—Joder, esto sí que es un Hall of Fame, y no el del boxeo. —Se admiró Alfredo—. Lo que daría el Buñuelos por robar aquí.

—No olvides decirle eso a la señora duquesa cuando te despidas. Que tienes un amigo al que le encantaría entrar aquí a robar —replicó Magda que, por una vez, no regañaba a Alfredo, sino que se divertía con la ocurrencia.

—¿Te imaginas al Buñuelos saludando a la duquesa? Se la liga seguro. Se casa con ella y todas las mañanas se presenta a desayunar metido en una armadura.

En la mesa fueron separados. Alfredo quedó aislado en una zona donde la conversación discurrió por lo ganadero y lo agrario. Fue soporífero. Y en todo momento lo atormentó la posibilidad de errar alguna fórmula protocolaria, ya fuera en el manejo de los cubiertos o en el de las palabras. Los hombres de alrededor lo descartaron cuando comprobaron que no valía para hablar de dinastías taurinas ni de cruces de sangres en la dehesa. Por cortesía, en algún momento hablaron de invitarlo a vadear el Guadalquivir por Sanlúcar en la siguiente romería del Rocío. Pero tanto él, al aceptar encantado, como quienes lo invitaban sabían que eso no ocurriría jamás. Tampoco Alfredo supo hacer las preguntas adecuadas. Los intereses de aquellos caballeros le resultaban tan remotos como si hubiera nacido en Illinois. Y las señoras carecían de conversación propia. Se le hizo eterno. Había otras conversaciones en la mesa, las de los artistas y los músicos, entre las cuales estaba Magda, donde Alfredo habría tenido más posibilidades de integrarse. Pero lo enviaron entre unas gentes que, de haberse tratado de un sistema inmunológico, habrían detectado en Alfredo un tumor que eliminar con rociadas de desdén. Le habría gustado al menos encontrar coraje para pedir que le cambiaran el vino por cerveza. Intuyó que podía ser enviado a galeras por una falta así. Le entró un mensaje en el móvil. Era de Bum Bum, que estaba sentado a

tres siglos en retratos de distancia. Se reía de él por lo aburrido que parecía y remachaba con un comentario de regreso a la pelea de Damián salpicado con alguna que otra falta de ortografía: «Mételo en la corta. Con dos huebos. Van ha flipar».

Terminada la cena, el duque pronunció unas palabras de agradecimiento, muy galán en su esmoquin. Cuando intentó algunos golpes de humor, se oyó de fondo a su madre la duquesa decir: «Pero qué tontería...». Las pocas risas fueron por la soltura de la duquesa, pero el duque creyó que estaba teniendo éxito y se gustó. Cuando andaba extraviado en alguna consideración acerca de la calidad de las erecciones pasados los cincuenta que sonrojó y achicó a la bloguera Isabel, la duquesa decidió salvarlo, como había hecho muchas otras veces en otras muchas circunstancias, proponiendo un brindis por su hijo y pidiendo que bajaran la luz para que hiciera su entrada una tarta de cumpleaños de tamaño suficiente para que de ella hubiera salido uno de los toros bravos de los que Alfredo llevaba toda la velada oyendo hablar. Una tarta casi nupcial que ahondaba la impresión de falsa boda. El duque solicitó la ayuda de Isabel para soplar las velas. Mientras lo hacían, él introdujo la mano entre los glúteos de ella, tan profundo que a Isabel se le escapó un grito.

—¿Te has quemado, hija? —preguntó la duquesa—. Yo a todas las llamo hija porque es imposible recordar el nombre de tantas como me trae a casa.

Mientras volvía a su asiento, Isabel trataba de ser discreta al sacarse el vestido de dentro del culo.

Hubo copas y música. Pinchaba una modelo/DJ, con los brazos cubiertos de chinerías tatuadas, que era solicitada casi siempre para las fiestas privadas de la guapería madrileña. La gente mayor y más solemne desapareció cuando la velada se volvió discotequera. Los tragos largos comenzaron a circular y, en las oscuridades del jardín, grupos discretos se escondían para compartir cocaína. A su alrededor, Alfredo detectó enseguida las mandíbulas apretadas, los tics nerviosos y las miradas obsesivas que confería el polvo. Examinó a Magda, que andaba haciendo cabotaje entre los grupos de amigos, pero no encontró en ella un solo síntoma.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, claro, por qué no iba a estarlo.

—Porque mucha maniobra orquestal en la oscuridad veo aquí. Me da miedo que te sientas tentada.

—Ah, por eso lo preguntas. No te preocupes, Alfredo. Lo tengo tan superado que hasta me sorprende. Y es en gran parte gracias a ti. Fuiste un ángel conmigo, en serio.

Cuando recobraban esa relación como de tutor y paciente en una rehabilitación era cuando mejor se llevaban. Cuando más mansa estaba ella, como si ese Alfredo que la ayudó a encauzar su vida en el gimnasio fuera el único que se ajustaba a su vida de forma armónica. Así era porque se trataba de un hombre asociado a un propósito concreto: un hombre instrumental con horario convenido. El otro, el falso novio, había invadido su salón, tenía el cepillo de dientes en el mismo cuarto de baño, era un intruso que no molestaba menos por el hecho de haber sido conminado a entrar. Así de paradójicas eran las sensaciones de Magda, su propia confusión, que resolvía colocando entre ella y Alfredo una hostilidad que era como una alambrada para impedir la libre circulación de un hombre por su existencia. Del simulacro sentimental en el que estaban metidos, Magda sólo vivía, como si fuera cierto, el ahogo del compromiso y la osadía invasiva del espécimen macho al que nunca permitió asentarse mucho tiempo en su propio mundo, y al que peor trató cuanto más le gustó. Siempre.

Avanzada la noche, Magda se acercó a Alfredo y le dijo que los reclamaban en alguna de las estancias privadas del duque para reducir la fiesta a la dimensión de un puñado de elegidos. Lo

llevó cogido de la mano. Recorrieron algunos pasillos palaciegos, adornados con bustos y cerámicas, atravesaron una biblioteca colosal cuyos libros olían a piel y a tiempo, llegaron hasta unas pequeñas habitaciones que configuraban el pequeño universo íntimo del duque dentro de la inmensidad que ocupaban su madre y su nombre. Alfredo vio hasta unos guantes de boxeo colgados de un perchero donde también había sombreros borsalino y un bastón con empuñadura de plata. Después de esa antesala, se accedía a una alcoba en la que había una cama con dosel. Entraron. Alrededor de la cama, hieráticos, silenciosos, estaban sentados el duque y otros hombres y mujeres. Con copas en las manos en las que mojaban los labios. Algunos, con cigarros puros, como si estuvieran de sobremesa o en los toros. El humo espesaba la habitación, le daba un aire de terror victoriano, como de señoritos crueles y frívolos como lo son los de Wilde. Aquellas personas silenciosas contemplaban un espectáculo privado al que habían sido invitadas por el duque. En la cama, en la propia cama del duque, Bum Bum, que sólo llevaba encima su colgante recuperado de los guantes dorados y tenía marcada la excelente musculatura de boxeador que jamás desertó de sus disciplinas, tomaba por detrás a la bloguera Isabel, que apretaba las sábanas con las manos y gemía como lo hacen los caniches dormidos cuando los asalta una pesadilla. Era tal la tranquilidad casi académica con la que los espectadores miraban el coito que se habría dicho que constituían un jurado deportivo que, al terminar, levantaría cartulinas con su puntuación. Alfredo se quedó atónito. Magda no. Conocía estas aficiones del duque y las consideraba una culminación del refinamiento maduro aplicado a algo tan primario como el sexo. Aunque ella jamás se habría expuesto así en una cama: lo refinado era mirar, en los otros, en los fornicadores, había algo gregario, carne humana servida como pasatiempo. De alguna forma, Alfredo percibió eso mismo, y por ello sintió una rabia inmensa, violenta. Por dentro, estaba enfadado con Bum Bum por haber entregado el orgullo y por someterse, como un esclavo sacado de la ergástula, a los caprichos de estos que se comportaban como amos. Por otra parte, ¿qué lección podía dar sobre el orgullo, precisamente él, falso novio en un montaje urdido por fama y dinero?

En el instante de derramarse, Bum Bum sacó el miembro y lo hizo encima de los glúteos de Isabel, la chungo chic. Dio la impresión de que acabó demasiado pronto, de que los presentes esperaban que el *show* durara más. Incluso Isabel comenzó a bambolear ligeramente el culo pidiendo más guerra. El duque miró a Alfredo y este intuyó lo que le iba a pedir, precisamente a él, el otro gladiador de baja estofa que había disponible en la habitación.

—Alfredo —dijo el duque—, ¿nos honrarías continuando la tarea que Rubén ha dejado inacabada? Si necesitas algún tipo de estimulación, Isabel estará encantada de procurártela. Con la mano o con la boca, lo que prefieras.

Todas las cabezas se giraron hacia él y quedaron, más o menos expectantes, a la espera de su decisión. Bum Bum se limpiaba el miembro con una sábana y lo miraba también, aunque era difícil adivinar si quería que Alfredo huyera o que se corrompiera en la misma tentación que él. Alfredo susurró a Magda:

—Esto es la hostia. Tendrías que haber invitado al Buñuelos, se os follaba a todos uno detrás de otro.

—Te están esperando.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué quieres que haga?

—Haz lo que te dé la gana, Alfredo. Pero no esperes que me eche a tus brazos como una noviecita enamorada para salvarte del culo de una niñaata.

—Alfredo, por favor —terció el duque—. Isabel terminará por enfriarse.

—En lo que a mí respecta —zanjó Alfredo—, Isabel puede enfriarse y su reverendísima excelencia puede irse ahora mismo a la puta mierda. Yo me piro.

Echó a andar con largos trancos por los pasillos sin estar seguro del todo de que lograría encontrar la salida. Volvió a atravesar bibliotecas y salones, estancias con perfiles patricios estampados en telas y hasta con alguna cabeza de toro disecada. Encontró el patio y la salida, cuya pesada puerta le abrió, con gran resonar de cerrojos, uno de los escasos miembros de la servidumbre que permanecía despierto y parecía estar ya bastante acostumbrado a que la gente saliera corriendo de las habitaciones del señorito disoluto. Detrás de Alfredo iba Magda. Lo atrapó en la calle. Lo encaró. Él le subió el vestido, ella lo montó rodeándole con las piernas la cintura, y desataron los vaivenes del sexo, frenéticos, entre dos coches. Aquella callejuela de Santa Cruz no estaba tan desierta. Algunos rezagados de la noche que reconocieron a Magda López, «¡Magda López follando en plena calle, quillo!», sacaron los teléfonos móviles para grabarlos. Alfredo se dio cuenta y quiso avisar a Magda para que huyeran al hotel. A ella no le importó. Ni siquiera ocultó el rostro.

—Qué importa —le dijo—. ¿Acaso no eres mi novio? Esto es pasión, esto es ser joven.

Echó la cabeza hacia atrás. La melena le caía suelta, torrencial. Incrementó el ritmo de las embestidas y comenzó a gemir alto, con un tono casi melodramático, como si estuviera interpretando para los tipos de los móviles el final apoteósico de una ópera sensual. A ver quién volvía a hablar del dinosaurio y de sus desmayos después de eso. Alfredo, con los pantalones por los tobillos, con el nudo de la pajarita deshecho, supo que jamás podría volver a estar en la esquina de un ring sin ser otra cosa que el desgraciado al que una vez pillaron con los pantalones bajados violado por una famosa.

Se despertaron tarde en el hotel. Ella durmió en la cama. Él, en el suelo, agarrado a una almohada. Alfredo decidió que prefería hacer solo el viaje de regreso y se duchó rápido mientras Magda aún se desperezaba, resacosa, incómoda por los recuerdos de la víspera. Esperó para salir de la cama a que Alfredo se hubiera marchado. Cuando por fin dispuso de todo el espacio para ella, Magda se levantó y fue al cuarto de baño donde, con gran impresión, recibió el penetrante olor a caca que Alfredo le dejó de despedida. Y aún debía levantar la tapa del retrete.

Alfredo salió del hotel silbando, con la bolsa cargada al hombro, y el portero de Manhattan le dijo que siempre era un placer comprobar que los clientes se marchaban así de satisfechos. «Peso crucero, le faltaría alcance», pensó Alfredo mientras lo despedía con una sonrisa.

Llegado a Madrid, Alfredo por fin se dedicó de pleno a preparar a Damián. Metió ritmo, gritos, la alegría iracunda con la que agitaba a su gente, y el gimnasio lo recibió de vuelta con un profundo alivio. La vida ahí dentro volvía a ser reconocible. Víguerza observó que Alfredo obligaba a Damián a guantear con los sparrings en la distancia corta e intuyó la osadía táctica que tramaba. Que lo discutieran y estuvieran de acuerdo ayudó a que se reconciliaran después de los días de desencuentro. Ambos mentalizaron a Damián para pelear así. Él confiaba en la infalibilidad de Alfredo y se integró enseguida en el estilo que le pedían y en los riesgos que acarrearía. Con dos «huebos», como habría dicho Bum Bum. El chico estaba pletórico, rápido, perfecto de peso. Había que contenerlo en los guanteos para que no castigara demasiado a los muchachos venidos de otros gimnasios para ayudar y, de paso, dejarse ver también ellos haciendo méritos con un futuro campeón. Cuando algún periodista acudía a ver el entrenamiento, Alfredo ordenaba a Damián que lo engañara boxeando lejos para que los artículos publicados enviaran a la esquina de Bronson el mensaje de que el combate sería exactamente el que esperaban encontrar. También le pedía que resoplara y fingiera cansancio y pesadumbre a partir del quinto asalto de guanteo. Les convenía confirmar los rumores que ya circulaban acerca de que el romance con Magda había dispersado a Alfredo hasta el punto de que Damián subiría al ring sin estar preparado para ello.

El ambiente recuperado era tan bueno que, con tal de no estropearlo, nadie dijo nada cuando las televisiones comenzaron a emitir el vídeo del sexo furtivo en Sevilla que otorgó a Magda grandes oportunidades de promoción. El gimnasio era un compartimento estanco. Nada entraba que no fuera boxeo. Cuando estalló lo del vídeo, la única diferencia apreciable consistió en que el Buñuelos, a ratos, comenzó a hacer guardia en la puerta, sentado en una de las sillas de Camy, con el *Marca* desplegado. Se había impuesto la tarea de espantar a cualquier pisaverde de los programas del corazón que se dejara caer por ahí con una cámara para picotear carroña. Y cuando no podía ir él, colocaba a algunos de los chicos de su pandilla, pendencieros y ruidosos, de los que usaba para mover hachís. A un reportero frívolo que se hizo pasar por uno deportivo para intentar colarse lo dejaron, desnudo, en medio del paseo de Extremadura, por donde empezó a correr hacia el río con las manos sobre los genitales mientras los chicos del Buñuelos lo apretaban con sus *scooters* como a un ternero al que fueran a enlazar unos *cowboys*. Hasta los policías del barrio, clientes algunos del gimnasio, que pasaron por ahí a preguntar por el suceso, reían con ello. El Lucero todo, lo mismo los policías que los tenderos o los chunguetes profesionales, apoyaba a Damián y aprobaba que cualquier intruso que viniera a perjudicarlo terminara corriendo en bolas el paseo de Extremadura abajo.

El que sí apareció una de las últimas mañanas de entrenamiento fue Fabián Sosa. Traía el encargo de pedir a Alfredo que Damián hiciera al menos una sesión de entrenamiento con presencia de periodistas en el gimnasio que Piñata poseía en Vallecas para darle algo de publicidad. El pedido fue revelador para Alfredo. Sugería, no sólo que Piñata estaba vivo, sino además lo bastante cerca y aliviado como para ocuparse de asuntos menores como la promoción de un gimnasio o la inminencia de la pelea. De alguna manera, los vasos volvían a temblar en las mesas por las pisadas de Piñata en su posible regreso. Debía de estar ganando una guerra discreta, subterránea, que había dejado algunos muertos aparentemente desconectados en algunos barrios de la ciudad, no siempre periféricos. La acción más sonada, con mayor repercusión en las televisiones matinales, fue el asesinato a tiros, en el mismo *parking* de la T4, de dos ciudadanos mexicanos recién aterrizados a los que esperaba un coche con las llaves puestas y armas en la guantera. Alfredo trató de sacar más información a Sosa, pero no hubo forma. Sosa también lo

invitó a almorzar en el Currito de la Casa de Campo para proponerle un negocio que Alfredo intuyó que venía de Piñata. Pidió de todo en Currito, bandejas de langostinos, vinos de a más de cincuenta euros la botella, chuletones cuyos huesos habrían servido para ganar una guerra prehistórica, selecciones de dulces que Alfredo ni siquiera probó para cuidar el peso, unos puros, de los cuales Sosa prendió el suyo y se guardó el de Alfredo. El negocio consistía en aprovechar la fama recién adquirida por Alfredo para traer a España la modalidad de boxeo White Collar, la practicada por vips y ejecutivos que hacía furor en Inglaterra. Sosa, o sea, Piñata, concebía unas veladas sofisticadas, con bandejas de sushi y cosas así, que podrían organizarse durante el verano en el hipódromo y convertirse, una vez terminadas las peleas, en noches de fiesta al aire libre para la guapería. Como en los tiempos de Oh!, cuando en la A-6 hubo hasta carreras de coches clandestinas y kamikazes obligados por una apuesta de barra de discoteca.

Cuando terminaron de comer, en la puerta de Currito, Sosa abrazó a Alfredo y, con el puro colgado de los labios y con mucha tos, comenzó a caminar hacia el coche, que tenía aparcado en el terraplén que había delante del lago. Alfredo recordó entonces la parte legendaria de su reputación y se palpó la espalda buscando el boquete de una cuchillada. Salió entonces un camarero con la cuenta en la mano.

—Perdón, señor, pero el caballero nos dijo que pagaba usted.

En definitiva, era verdad. Fabián Sosa era capaz de apuñalarte sin que te dieras cuenta antes de que él ya se hubiera subido al coche. Pasó tocando el claxon, amistosísimo.

Aquel miércoles, a veinticuatro horas del pesaje de Damián en el hotel Urban, a cuarenta y ocho horas de la velada en el Palacio de los Deportes de Goya, feudo antiguo de cuando el boxeo llenaba en Madrid los bares de Felipe II, Alfredo tuvo que salir temprano del gimnasio para asistir al estreno de Magda en televisión. Apenas se habían visto desde Sevilla. La grabación sexual tuvo unos días de apogeo en los programas durante los cuales Magda se hizo la víctima de una invasión de su intimidad aprovechando un descuido pasional que en realidad le sirvió para reinar como una bruja absolutista en los ámbitos mundanos. Ninguna celebridad habría podido atraer la atención sobre sí durante esos días, ni contrayendo matrimonio mediante ritos zulúes, ni procurándose una sobredosis, ni adoptando un niño selvático diagnosticado con no menos de tres enfermedades raras. El espacio entero lo colmaba Magda López, deidad a la que los machos se entregan en sacrificio, devoradora de guerreros urbanos, apasionada en todo cuanto hace, una mujer «que no deja indiferente». La cadena en la que iba a estrenar incluso improvisó una supuesta entrevista de desagravio que en realidad estaba concebida para impedir que nadie desviara la mirada de Magda y su melena galopando hacia el orgasmo como si se le hubiera desbocado un poni. Kitín se encargó de divulgar entre los amigos cronistas, como si les estuviera contando un secreto, que las quejas de los vecinos del edificio de Castellana eran frecuentes por culpa de las estruendosas sesiones sexuales de la pareja. Menos mal que había encontrado a Alfredo, porque sin duda Magda necesitaba a su lado un hombre en gran condición física, además de fuerte de carácter, para resistir su energía y su intensidad, las que iba a aplicar ahora a su trabajo. No era posible estar más vivo que Magda López.

Cuando llegó al camerino, Alfredo tuvo que esperar porque Magda estaba sometida a pruebas de vestuario. Kitín le sirvió una coca-cola y le advirtió de que Magda estaba todavía conmocionada porque esa mañana, en el piso de Castellana, había ocurrido algo horrible. La muerte de Chispita, la chihuahua que Alfredo siempre se sintió capaz de estrujar con una sola mano, y de hecho deseó hacerlo cada vez que la vio con su boba cara de murciélago coronado por un lazo rosa. La mató, accidentalmente, el propio Kitín. En la casa había un diminuto montacargas instalado para el tráfico de platos y menajes entre los dos pisos del dúplex, para que no hubiera que usar siempre la escalera. A veces recurrían al montacargas, que en realidad no era más que una ínfima plataforma sin paredes ni techo, para enviar a Chispita de un piso a otro. Aquella mañana, Magda, que estaba en bata en el piso inferior, recién levantada, sujetaba a Chispita mientras fumaba un Marlboro. Kitín estaba arriba, organizaba el día y hacía llamadas. Magda quiso preparar café en la Nespresso y pidió a Kitín que bajara a por la perra, que no se le despegaba. Kitín le gritó que estaba muy ocupado y que mejor colocara a Chispita en el montacargas, que él lo accionaría desde arriba. Así lo hizo Magda. Kitín apretó el botón y el montacargas comenzó a subir despacio y con cierto traqueteo. Chispita, que según Kitín no podía dejar de amar a Magda ni un segundo, ni por tanto de mirarla, asomó la cabeza por fuera, tal vez pensando si saltar a los brazos de su ama, de la que no se quería separar. Kitín y Magda comprendieron que esa cabeza correría peligro cuando el montacargas llegara arriba y se incrustara en un cuadrado en el que cabía justo. El montacargas no se podía parar. Kitín y Magda comenzaron a gritarle a Chispita que entrara, que metiera la cabeza. Chispita, con la lengua colgante, miraba a Magda con innegable amor, no del todo resignada a dejar de sentir su contacto. El montacargas llegó arriba pero no entró en su cubículo porque lo atascó el cuello de Chispita al partirse. La cabeza quedó fuera, torcida como la de un ahorcado, con la mirada aún más vacía clavada en Magda, que vio reproche y rompió a llorar mientras Kitín sufría un ataque de ansiedad. Tan agitados estaban que los policías que acudieron a su llamada de emergencia creyeron que iban

a levantar el cadáver de un bebé. De un bebé humano.

—Pero si es un perro. Señora, para esto no hacía falta llamarnos a nosotros.

—¿Ah, no? ¿A quién entonces?

—Qué sé yo. A los barrenderos.

Alfredo rompió a reír cuando concluyó el relato. Intentó evitarlo, pero la carcajada le estalló en la boca. Eso no ayudó a Kitín, incomprendido en su dolor y humillado.

—Los boxeadores sois muy brutos.

—Perdona, hombre. Te acompaño en el sentimiento. Pero bueno, esto se arregla con sólo hacer dos cosas: compramos otro perro horrible y desmontamos el ascensor. O dejamos el ascensor y me dejáis invitar a mis amigos para que lo vean la próxima vez que os carguéis un chihuahua.

—Cabrón.

—Oye, que no la maté yo.

—Hazte cargo ahora de Magda, te lo pido por favor. Necesita un poco de apoyo para superar esto. Y el día del arranque, encima, ni hecho adrede.

—La Magda con la que me he relacionado estos últimos días no necesita mucho apoyo. Vamos, de hecho, lo que me extraña es que no haya metido a Chispita en el microondas para comérsela.

—Cabrón.

—Y dale.

Kitín explicó luego a Alfredo que contaban con él para una pequeña participación en el programa. Algo muy sencillo. Al final, terminadas las actuaciones y las entrevistas, Magda se reservaría unos minutos antes del cierre para dirigirse al público con un pequeño monólogo personal. Agradecer. Declararse feliz. Sincerarse acerca de los errores cometidos en los años anteriores, que tanto le costó superar. En ese momento, Alfredo debería entrar en el plató con un inmenso ramo de flores y Magda fingiría sorpresa y emoción.

—Y os besáis, claro. Y os fundís en un abrazo. Ella no ha decidido aún si llorará un poco o no. Teme que pueda resultar exagerado, volver a parecer demasiado emocional. Yo le he dicho que unas lágrimas de amor siempre gustan. Además, no tiene más que pensar en Chispita. Truco de actores. Se nos emociona seguro.

—¿Te das cuenta? Aquí se aprovecha todo. Y creíamos que Chispita había muerto en vano. Intentaré no pensar yo en ella porque seguro que me descojono mientras le doy las flores a Magda.

—Ah, hay otra cosa más.

—Dime.

—Te vamos a liberar.

—No entiendo.

—Si el programa arranca bien y lanza a Magda, cosa que damos por segura, no te vamos a necesitar más. Estamos pensando en esperar diez días o así y empezar entonces a filtrar que hay problemas en vuestra relación. Ya sabes, orígenes culturales y sociales demasiado distintos. No te acabas de adaptar a los amigos de Magda, a su mundo.

—Ya veo. Me sigo limpiando el culo con las cortinas.

—Algo así. Veo que lo pillas. Tú también estás preparado para volar solo, te has vuelto bastante famoso. Te puedo ayudar a encontrar otra relación, Madrid está lleno de *tronistas* que se mueren por montar algo. No es lo mismo que Magda López, obviamente, pero te mantendría en el «candelabro», como decía aquella.

—Te lo agradezco infinito.

—Después de que circulen un poco los rumores, ya haremos directamente un comunicado anunciando vuestra separación. Voy a llevar a casa unas cuantas cajas de cartón de una empresa de mudanzas para que te fotografíen sacándolas, aunque estén vacías. Tiene que parecer que sacas tus cosas, que te vas. A Magda le prepararemos algo donde salga paseando triste y sola por el Retiro, o algo así. Luego contaremos que es fuerte, que nada puede con esta nueva Magda que tú ayudaste a recuperar, y que eso siempre quedará entre vosotros, además de una hermosa amistad.

—Es un plan extraordinario. Sois muy inteligentes.

—Sabía que lo verías así. La verdad es que todo ha salido muy bien, ¿no te parece? Lo has hecho muy bien. Y has aguantado mucha mala hostia de nuestra reinona, eso lo sé. Te admiro por ello. Puede ser una auténtica perra.

—Entonces, no la subas al montacargas.

—Ese chiste es cruel, Alfredo. Bueno, te dejo. Tengo cosas de las que ocuparme. Qué nervios, el estreno. Quédate por aquí relajado. En algún momento vendrá. Hay más bebida en la neverita esa. Sírvete lo que necesites. Chao.

Nadie le hizo caso durante mucho rato. A su alrededor, palpitaba la sensación de urgencia de los programas en directo cuando están a punto de salir en emisión. Cerró la puerta del camerino para obtener tranquilidad y cayó sobre él un cansancio inesperado y profundo. Además de las muchas tensiones, del viaje, de las noches insomnes que se hicieron habituales cuando lo enrolaron tripulaciones crápulas de señoritos, Alfredo sintió el desgaste de las últimas sesiones de entrenamiento que también fueron intensas para él. Con las manoplas en el ring, apretando a Damián. En algún guanteo que hicieron juntos para que Alfredo pudiera colocarle combinaciones vistas en los vídeos de Bronson que Damián debía aprender a repeler. Se abandonó y sucumbió al sopor. Tan profundo como para tener pesadillas con Damián en las que a su boxeador se le abría una trampilla en el ring por la que desaparecía para siempre, tragado por el fracaso de su esquina. Soñó que Damián moría en Toledo, como Hermenegildo Chaca, mientras Piñata y él, con tragos en la mano, lo veían recibir la golpiza entre carcajadas. Soñó que Damián moría en el montacargas de Chispita mirándolo a él, a Alfredo, roto el cuello, con amor e incomprensión en la instancia de la separación, del abandono. Soñó hasta que lo despertaron al agitarle un hombro. Abrió un ojo y vio que delante de él estaba Magda con una expresión gélida que sugería de forma implacable que para ella ya había pasado el tiempo de encontrarse a Alfredo en su camerino. Faltaba el simulacro final, pero a ella ya le sobraba todo. Alfredo había sido regurgitado.

—No puedes estar aquí dormido. Va a entrar gente. Aquí estamos trabajando.

—Perdona. Vengo del gimnasio agotado. Estamos a tope con la pelea.

Magda estaba distinta. Magnífica, pero distinta. Demasiado artificial, pensó Alfredo. El cabello estaba petrificado de laca, el maquillaje era una máscara bajo cuya corteza sólo la mirada era reconocible. El rostro tenía una tersura tan cerúlea que parecía que había pasado por un maquillador de cadáveres. Sobre el vestido, prendida a la cintura, llevaba la petaca del micrófono, cuyo cable le serpenteaba por dentro hasta aparecer en el escote. Estaba preparada. Aun así, entraron a retocarla con una compresa de algodón y a esparcirle una última rociada en el peinado. Magda olía a Juteco. Entraron también el realizador y el director para dar un repaso final a la escaleta, Kitín para su terapia de piropos, un fotógrafo de la cadena para completar un reportaje destinado a la web y una asistente que traía otro ramo de flores. En el camerino había varios. Ya que nadie le hacía caso, Alfredo se entretuvo leyendo las tarjetas. Compañeros de profesión, amigos de los que no conocía a ninguno, pero que le sonaban todos de nombre, admiradores más o menos clandestinos. «Sos la más grande», leyó en una tarjeta que iba firmada con una D., y ya no le cupo duda de que Piñata estaba vivo y de que los muertos de la T4 habían

puntuado en su contador y tal vez habían ganado una guerra después de la cual el gánster volvía a emerger poco a poco. Se preguntó si él decidió la ruptura con Magda, el final de la simulación, o si ella al menos se lo consultó alegando que no lo soportaba más y que le dejaba los cuartos de baño con olor a caca. Se preguntó también en qué cambiaría su relación con Piñata cuando esta fuera reanudada. Excluido de un círculo íntimo por la expulsión ejecutada por Magda, Alfredo se arriesgaba ahora a que Piñata lo parasitara sin miramientos mientras le fuera útil para deshacerse de él una vez exprimido.

Entró un hombre trajeado, el propietario de la cadena, un italiano sexagenario de pelo abundante y blanco cuya piel estaba igual de bronceada durante todas las estaciones del año y que llevaba un reloj de oro tan macizo que Alfredo pensó que el brazo izquierdo debía de tenerlo más largo que el derecho. Carlo Bruonti. Más de la mitad de los formatos televisivos que estrenó en su carrera de empresario estuvieron pensados para colocar en algo a chicas con las que se acostaba. Los demás eran máquinas de aniquilación de reputaciones, sacrificadas al apetito chusco, coral, de esa parte enorme de la audiencia que se sentaba delante del televisor con las mismas expectativas que las *tricoteuses* delante de la guillotina. Saludó a Alfredo con un desdeñoso chasquido de labios y luego tendió las dos manos a Magda, que las recibió con cierto sentido melodramático. Los gestos de ambos habrían merecido ocurrir en los camerinos de La Scala, y no en esta burda televisión populachera enclavada entre un cuartel y un poblado de chabolas en las afueras industriales de Madrid.

—¡*Meravigliosa... ! ¡Madonna, ma qué bella... !*—Y aquí saltó al castellano con un fuerte acento lombardo—. Amiga mía, me hace muy feliz que estés entre nosotros. Tienes todo nuestro cariño y nuestro apoyo para que esto sea un triunfo. Estaré en todo momento en la cabina de realización. ¡Mucha *merda* !

—Gracias, Carlo —respondió Magda con afectación de primera *vedette* decimonónica—. Nunca olvidaré esta gran oportunidad que me dais. Estaremos juntos para siempre, lo sé, va a salir todo estupendamente.

—¿Te dieron todo lo que pediste? ¿*Tutto posto* ? Empiezas con Armando, ¿no?

—Sí, Armando es un gran amigo. Me da confianza para arrancar. Es casi como un fetiche. Y cantaremos algo juntos.

—¡*Meraviglioso* ! Bueno, no te molesto. Haz tus respiraciones o lo que hagas antes de salir. Concéntrate. Gústate. Yo me vado. Te veré al final para besarte rendido de adoración.

En el pasillo, Carlo consultó un papel que le tendió un ejecutivo y caminó hacia la cabina de realización mascullando: «*Ma qué cazzo* , Armando pasó de moda hace un siglo, ¿de verdad le hemos pagado esto? *Porco Dio* , ¿esta loca no sabe ni siquiera respetar un presupuesto? ¡A la ruina nos va a arrastrar! Si la tercera *emisione* queda por debajo de catorce se corta y *fuori* , ¿eh?, metemos más corazón e la vaca esta se marcha a la teletienda».

Entró el regidor para llevarse de nuevo a Magda. Esta vez debía ir a un camerino vip para saludar a Armando y repasar los chistes que se harían y la canción que cantarían, más allá de la entrevista de contenido humano en la que el *crooner* latino iba a dar una exclusiva relacionada con algún proyecto de ayuda al tercer mundo: «No, no voy a ser padre de nuevo, pillina, no es eso. No puedo seguir teniendo hijos más jóvenes que mis nietos. Bastante que mi esposa es más joven que mis hijas». También pidió que el cuestionario le diera la oportunidad de ensalzar la tauromaquia porque deseaba asumir un compromiso en un momento en que la tradición taurina estaba cuestionada y perseguida en algunas de esas regiones españolas que tanto amaba y añoraba mientras jugaba al golf bajo el Sol de Florida u ordenaba que le prepararan el barco que mantenía amarrado delante de su predio de Treasure Island para hacer una salida a Bermudas: «Si no fuera

por mi cocinera, Paqui, que es asturiana, yo creo que me moriría de nostalgia de España. Mi España. Mía, mía. Siempre en el corazón. España y sus gentes. Qué maravilla. El hogar. ¿Te conté que he vuelto a jurar bandera? Pues sí. Todos los años lo hago. Es como un *lifting* moral».

Durante ese rato en que volvió a estar solo, Alfredo pensó en marcharse y acabar ya con el engaño que lo mantenía atrapado. No encontró coraje para hacerlo. Ni él mismo habría sabido explicar cómo lograba Magda rendirlo de aquella forma, volverlo así de dócil, de disponible. Magda regresó y le pidió quedarse sola para disfrutar de unos minutos de concentración antes de saltar al directo. Justo cuando la mano le iba al picaporte, Alfredo le preguntó:

—Esto nuestro acaba ya, ¿no? Me lo ha dicho Kitín. Nos separamos.

—Sí, pero no pongas esa cara, parece que no sabes distinguir entre ficción y realidad. Te recuerdo que no es en serio. No nos separamos de verdad porque nunca estuvimos juntos de verdad. Así que no me hagas una escena, no podría ser más ridículo.

—No, lo sé, claro. Es sólo que, todo este tiempo, tu comportamiento ha sido más brutal de lo que esperaba. Y habría sido más respetuoso que me lo dijeras tú misma, como una amiga.

—Alfredo, ¿me estás haciendo la escena! Que no somos novios. Que somos profesionales. Bueno, al menos yo. Veo que tú estás hecho un lío.

—Que no, qué coño. Me quería desahogar un poco.

—Bueno, pues ya está. Ahora, por favor, vete, este es un momento importante. Deséame suerte y déjame sola.

—Suerte.

—¡Alfredo!

—Dime.

—Lo de las flores, ¿estás en condiciones de hacerlo? Me vendría bien. Pero si no puedes dilo y pensamos otra cosa.

—Sí, puedo hacerlo. A día de hoy, todavía soy tu novio, estoy en jornada laborable.

—Cuando lo hagas, después de besarme, abrázame por el lado izquierdo. El derecho es el que dará a la cámara y quiero que se me vea la expresión de enamorada al recibir tu abrazo.

—Intentaré recordarlo.

Salió.

Empezó el programa con la irrupción en el plató de Magda entre aplausos de un público mecánico que llevaba horas sentado allí y estaba exhausto. Alfredo apenas lo vio. Vagó por los pasillos. Pidió un café con leche con un chorro de coñac en la cafetería de las instalaciones, donde a esa hora cenaban con un aire de tristeza los redactores del informativo de la noche. Un camarero lo reconoció y, cuando Alfredo ya esperaba con fastidio algún comentario acerca de su relación con Magda López, él le deseó suerte para el viernes.

—Ya tengo entradas. Voy con mi chaval. Sigo a Damián desde que empezó. Se va a comer a Bronson, estoy seguro.

Recibir trato de entrenador de boxeo cuando temía el de gigoló, encontrar de forma inesperada a un cofrade de su pasión que lo respetaba como lo que siempre había sido antes de que lo degradara la banalidad: un peleador que ahora dirigía a otros en la esquina. El camarero no habría podido comprender el efecto terapéutico que acababa de causar en Alfredo. Nunca llegaría a saber que, de alguna forma, activó lo que sucedería después.

—Gracias, amigo. ¿Tienes entradas de general? Apúntate este número, pregunta por Beatriz, di que llamas de mi parte para que te cambien las entradas por unas sillas de ring. El Palacio es muy grande. Es mejor verlo cerca.

—Hostias, pero si no hacía falta, de verdad. Bueno, te lo agradezco mucho. Voy con mi

chaval. Él entrena aquí cerca, en Alcobendas, en el Bangkok. Le gusta más el muay, levantar la pierna. Ya sabes cómo son estos chicos. Siempre parece que se están preparando para las peleas de las discotecas y del puto fútbol. Pero le va a hacer mucha ilusión estar ahí abajo.

—Venga, pues ahí nos vemos. Y no lo dudes: si Dios nos ayuda, Damián lo mata. ¿Qué te debo?

—No jodas, hombre, cómo vas a pagar el café. Estás invitado. Gracias otra vez.

Volvió a vagar. Metió la cabeza en algunos estudios vacíos, silenciosos, cuyos decorados reconocía por ser los de programas que alguna vez vio en la tele. Incluso impulsó la ruleta de un concurso imitando la emoción de un concursante: le salió la casilla de «Bancarrotas». Junto a la ruleta estaba el modelo de Nissan con el que solían premiar al ganador. Se preguntaba si aún recordaría cómo hacer un puente cuando lo atrajo la voz de un guardia jurado perfilado en la puerta del estudio.

—¿Puedo ayudarle en algo? ¿Quién es usted?

—Oh, no, perdón, sólo estaba paseando. Ya me marchó. De todas formas, esta noche no tengo suerte en la ruleta.

—Perdón, caballero, no le he reconocido. Es usted el marido de doña Magda. Por favor, quédese si le apetece.

—No, ya me voy. Gracias.

—Perdón, disculpe un comentario. Ahora que le veo en persona, me parece muy corpulento para haber sido torero.

—¿Torero? En la puta vida. Yo fui boxeador.

—Ah, coño, perdone la confusión. Es que casi siempre son toreros. Ya me parecía. Esa nariz no la hace el toro. La hacen las hostias.

Volvió a vagar. Se le ocurrió de pronto llamar a aquella chica con la que desayunó en el Wellington. No esperaba que ella respondiera a la llamada, pero lo hizo. Le reprochó no haber contestado jamás a sus mensajes.

—No soy de escribir. No me gusta. Pero tenía la esperanza de que llamas. Hablar sí me gusta.

Lo hicieron durante un rato. Hablar. Y la conversación salió bien, natural, divertida, aunque fuera superficial como correspondía a la que podían mantener dos personas que se estaban tanteando con miedo al error y que ni siquiera eran ayudadas esta vez por los efectos desinhibidores del alcohol y la noche en la suite de un rockero. Quedaron en verse y, por alguna razón, Alfredo se sintió puro. Una cita con una chica, un cine, cerveza y berberechos en la Castela. Una cita con una chica que comprobaría su atuendo y su pelo en el espejo del ascensor porque querría gustar. ¿Cuándo se le extraviaron esas cosas? ¿Cuándo renunció a tenerlas?

Volvió a vagar. En los monitores que había en los pasillos tropezaba a veces con imágenes del programa según este transcurría. Vio a Magda sentada al piano con Armando. Vio a Magda mientras entrevistaba a Isabel Preysler. Vio a Magda mientras se enterneció con un cachorro de labrador que de alguna forma había terminado en sus brazos. Vio a Magda. Vio a Magda. Magda. Acechante en los pasillos donde no había sino gente apresurada por el oficio de servir a Magda López en su noche de glorioso retorno a la hipnosis colectiva de la televisión.

Lo encontraron entonces. Una auxiliar de producción apareció casi sin resuello y le dijo que llevaban un rato buscándolo y llamándolo al móvil porque debía prepararse para entrar. Al programa sólo le faltaban unos minutos para terminar, y de hecho Alfredo vio en una pantalla que el plano ya se cerraba sobre el rostro de Magda para su largo monólogo final con el que pretendía glorificarse a sí misma como protagonista de una hermosa historia de superación. Lo obligaron a

correr por el pasillo, lo maquillaron a toda velocidad, le arreglaron un poco el pelo, le colocaron un micrófono para que se escucharan las palabras de amor que cambiaría con Magda, le pidieron que hablara, probando, probando, le pusieron en los brazos un lujurioso ramo de flores y lo empujaron hacia la tramoya del estudio como si lo fueran a arrojar en paracaídas sobre una selva en la que debía cumplir una misión.

—¡Prevenidos! —Escuchó decir al regidor mientras Magda hablaba y hablaba—. ¡Alfredo en posición! Prevenida cámara tres, saldrá cuando Magda diga «noche maravillosa».

—... y jamás, aunque viva mil años, podré olvidar esta noche maravillosa... —dijo Magda, inspirando suspiros entre los escasos miembros del público de pago que aún no estaban agotados ni furiosos por las muchas horas dedicadas a un trabajo tan mal remunerado.

Alfredo entró con su ramo en el plató. El público hizo ¡ooooohhh!, Magda fingió sorpresa, se llevó una mano al pecho como si temiera que se le desbocara el corazón, musitó mi amor, mi amor en el tono adecuado para que fuera audible por el oído humano y ofreció los brazos a los de su galán para fundirse ambos por el lado correcto según las exigencias del tiro de cámara. Alfredo no pudo sino admirarla cuando, con las flores ya en las manos, después de besarla y de acariciarle al mismo tiempo una mejilla, Magda logró contener con el índice algunas lágrimas que ya le asomaban y que probablemente obtuvo concentrándose en la imagen de Chispita muerta. Esta mujer jugaba en las grandes ligas de la impostura, eso no lo iba a discutir. Con ella se podía aprender a ser un mierda mucho más que con él a boxear.

Alfredo hizo entonces un gesto y pidió hablar él también, sólo un momento.

—Yo querría aportar algo también en esta gran noche de Magda López en la que no ha logrado contener las lágrimas. Y seguro que muchos en sus casas tampoco.

—Ay, mi amor, mi amor, qué hermoso todo...

—Quiero decir antes que nada que estas semanas pasadas junto a Magda me han permitido conocerla a fondo. Y que por eso puedo decir que Magda López es la furcia más fría, peligrosa y manipuladora que he conocido nunca. Y soy de barrio chungo.

—Ay, mi am...

En la cabina, el realizador se giró hacia Carlo y le preguntó si metía créditos y cortaba a publicidad:

—¡*Ma cosa* dices! —respondió—. Esto es *meraviglioso* . ¡Plano de las dos caras y *avanti* , *avanti* !

—Toda mi relación con Magda fue un montaje. Yo también soy culpable porque accedí a hacerlo y perdí el respeto de la única gente que de verdad me importa. Que es la de mi gimnasio. He abandonado a mi gente, a mis boxeadores, y les pido perdón. No lo volveré a hacer. No le volveré a hacer eso a la única familia que quiero tener en esta vida. Y ustedes, en sus casas, no sean tan gilipollas y no se lo crean todo, porque todo es mentira.

Magda tuvo la reacción de pinzar a Alfredo en la espalda con todo su odio sin dejar por ello de sonreír a la cámara. Apenas encontró pellejo sobre la musculatura. En el Jema, debajo del televisor esquinero de enorme pantalla en el que solía ver los partidos de fútbol, el Buñuelos se llevó las manos a los huevos y gritó: «¡Tomaaaa Morenooooo!»). Detrás de él, Víguerza, que acababa de echar la persiana del gimnasio, sólo sonreía, acodado en la barra y con un tercio de Mahou en la mano. Complacido, pero complacido hacia dentro, que era como él gestionaba siempre los sentimientos. Alfredo iba a salir, pero se detuvo un instante para añadir algo.

—Por cierto, el viernes habrá una gran pelea en el Palacio de los Deportes de Madrid. Mi chaval, Damián, va a ser campeón de España, eso sólo para empezar, porque algún día lo será del mundo. Aún quedan entradas. Yo que ustedes no me lo perdería. Hala, a mamarla.

Dio una palmada estruendosa en una nalga de Magda y, esta vez sí, salió del plató y caminó el pasillo en triunfo hacia la calle. Se le apartaba la gente como al paso de un loco armado que acabara de abrir fuego en un cine. Carlo Bruonti se aseguró de que alguien tuviera su número de teléfono: «É una estrella. ¡La voz de la *verità*, el príncipe del *popolo*! ¡Pónganlo bajo contrato!». Al pasar junto a la cafetería, vio que los redactores del informativo nocturno se erguían para mirarlo y que los dos camareros agitaban servilletas para festejarlo. El guardia jurado que lo había abordado antes en el estudio lo miraba también, atónito, como temiendo que pudieran llegar las órdenes que lo obligaran a reducir a Alfredo.

—¡Boxeador, hijo de puta! ¡Soy un boxeador!

En la calle, descubrió que estaba sin coche y que hasta Madrid había catorce kilómetros. «¿Cuánto hace que no sales a correr catorce kilómetros?», se preguntó. Y empezó a trotar hacia las luces de Madrid, que destellaban a lo lejos como las de una costa vistas desde un barco cuya tripulación añora el hogar.

The Fight.

La mañana de la pelea, la madre de Damián, después de darles de desayunar en la cocina, apareció con la gabardina puesta e insistió en que entraran un instante en una iglesia. No hacía falta ir a misa, dijo, pero tampoco veía qué daño podía hacer que el chico rezara un padrenuestro, si es que lo recordaba. Alfredo hizo la broma de que no estaría mal tener a Dios en la esquina y accedió porque comprendió que ella lo necesitaba para templar su propia ansiedad y sentirse propietaria de su hijo antes que lo enviaran a luchar. Los tres entraron en San Miguel Arcángel, donde sólo había algunas ancianas arrodilladas y unos cuantos cirios petitorios que parpadeaban en la sosegada oscuridad. Nada más entrar percibieron la tranquilidad y les gustó estar ahí. Alfredo se sentó un par de bancos más atrás para dejarlos solos. A Damián su madre le colocó una mano sobre las suyas mientras murmuraba una letanía con los ojos cerrados. Damián miró hacia atrás con expresión gamberra, como si estuviera en un pupitre del colegio, y Alfredo le guiñó un ojo. La madre se dio cuenta de que ninguno de los dos tenía una predisposición religiosa y cesó de rezar, sólo se mantuvo ahí sentada, prolongando el momento, siempre con las manos de su hijo agarradas.

—Mamá. ¿Ya? ¿Nos vamos?

—¿No quieres encenderle una vela a la Virgen? Llevo alguna moneda.

—No, mamá, déjalo. Esto se gana a puñetazos, no con velas. Tu negro está preparado. No te preocupes más.

—Espero que el Señor no te haya oído.

En la acera, los dos besaron a la mujer, que volvió a pedir a Alfredo que la llamara por teléfono en cuanto terminara el combate.

—Creo que esta vez no hará falta. Lo dan en la tele y hay mucho ambiente en el barrio. Si dejas la ventana abierta, seguro que te enteras por los gritos que te lleguen de las casas.

—Tú llámame. No pienso dejar las ventanas abiertas. Si fuera hay silencio creeré que ha perdido y que le han hecho daño.

Pasearon despacio hasta el gimnasio. Vieron que, en un par de locutorios latinos, la fotografía de Damián estaba pegada con adhesivo en los cristales. Alfredo no habló con él del combate porque ya estaba todo dicho y no quería saturarlo. A Damián lo saludaron tenderos y paseantes que lo reconocieron, no demasiados, pero sí más que nunca. Damián iba a hacer un entrenamiento liviano, apenas algo de comba y de sombra, y luego terminaría de rehidratarse para compensar las privaciones sufridas para llegar bien al pesaje. Tampoco habían sido tantas, porque iba a pelear en su división natural. Pero recuperar ahora un par de kilos con algo de pasta y rehidratación lo ayudaría a subir al ring sintiéndose más poderoso, más enérgico. En el gimnasio lo esperaban todos los muchachos. Le tendieron la mano uno por uno, le palmearon la espalda, lo alentaron con frases de ánimo. Todos lo arrojaron sin hablar apenas mientras saltaba a la comba en el ring. La estancia se llenó con el sonido de los saltos y de los latigazos contra el suelo. Viguerza los dispersó hacia la puerta.

—Venga, coño, que parecéis pasmarotes. ¿También lo vais a mirar así cuando vaya a mear? Dejadlo tranquilo, a lo vuestro. ¡Damián, salta tres asaltos sólo! ¡Y, después, otros tres de sombra! ¡Y ya!

Aunque hacía frío, Viguerza y Alfredo se sentaron fuera, en las sillas de Camy. Repasaron los últimos artículos sobre el combate publicados en la prensa deportiva. Rieron un poco con una entrevista de Magda López en el suplemento mundano de un periódico generalista donde ella daba «su versión» y decía cosas como que, después de marcharse Alfredo de su casa, notó la falta de

algunas joyas, «él mismo lo dijo, es de barrio chungo». Algunos coches de conocidos del barrio que pasaban cerca del gimnasio claxonaban la cadencia de las celebraciones de fútbol. Alfredo y Víguerza saludaban en correspondencia. Apareció entonces el Buñuelos. Dijo que venía de espiar a Bronson y que lo había visto corriendo por el Retiro con un numeroso acompañamiento de amigos canarios, vestidos todos con una misma camiseta conmemorativa en la que aparecía un canario como Piolín tensando un músculo de Popeye, «y con un fulano que corría justo detrás de él sosteniendo en alto el cinturón de campeón».

—¿Pero tú qué cojones haces espiando? —preguntó Alfredo—. ¿Qué somos, la KGB?

—De todas formas —intervino Víguerza—, hace falta ser muy, pero que muy gilipollas para salir a correr por Madrid tirando así de cinturón. ¿Qué hay ahí a esas horas? ¿Niños en los columpios? ¿Gente que sacó el perro a pasear? Y de repente aparece un menda que se cree Stallone.

—Que lo disfrute. Que disfrute del puto cinturón mientras aún lo tenga. A partir de esta noche nos tendrá que pedir permiso para tocarlo.

Para esta pelea, Alfredo quiso hacer algo especial y, aunque resultara costoso, contrató para la siesta de Damián una habitación del Wellington desde la cual saldrían luego hacia el Palacio. Lo hizo por superstición por lo que recordó de Legrá cuando estuvo allí y para extraer a Damián del barrio y que no terminaran pesándole demasiado las constantes muestras de apoyo de personas con las que iba adquiriendo un compromiso. El barrio podía apoyar a Damián, pero no debía abrumarlo. O eso creía Alfredo que, como siempre, calculaba mal la enorme fuerza de la personalidad de su protegido, capaz de cargar con ese peso y con mucho más. Alfredo se resistía a aceptar la consagración del hombre que él mismo había ayudado a moldear. Era una versión del miedo que sienten los padres a encontrar vacía la habitación del hijo y a asumir que ya no los necesita.

Entraron en el Wellington impresionados como turistas por el empaque del hotel, las alfombras, los terciopelos, el tintineo de cucharillas, la mezcla de idiomas. Iban los cuatro, Damián, su esquina y el Buñuelos, que en realidad era un miembro honorario de la esquina. Víguerza cargaba el bolsón deportivo con toda la impedimenta para la velada. Un mozo del hotel quiso cogerlo para subírselo y Víguerza se lo denegó de malas, como si pudiera darle mal yuyu sólo por tocarlo. Abrieron la habitación, comieron todos juntos de lo que traían en unas tarteras y después instalaron a Damián para que durmiera la siesta en una cama hermosa y enorme, como el chico no había conocido otra igual.

—Mola el catre, ¿eh? —le bromeó el Buñuelos—. Sólo te falta la pilingui. Te dejamos el mando de la tele para que veas los dibujitos. Pero si hay porno, nada de pajotes, que vas a pelear. Ya me lo hago yo por ti luego.

—Duerme, chaval. Estaremos abajo.

—Id bajando —dijo Víguerza—. Mientras este se soba voy a echar un último vistazo al material.

Víguerza tardó en bajar porque lo hizo sólo cuando estuvo seguro de que Damián dormía. Le sacó el mando del televisor de la mano y la apagó. Se santiguó, se besó el pulgar y lo pasó por los nudillos de ambas manos del boxeador. Eso mismo hicieron con él cuando iba a entrar en el quirófano y luego le destruyeron los brazos. Apagó las luces y bajó, con un forro polar echado al hombro. Iba con los tatus visibles y con esa cara estragada que parecía la de un tipo a quien la cárcel había apartado durante mucho tiempo de la exposición al Sol: un presidiario de canción de Johnny Cash. Era inevitable que en el Wellington lo escrutaran como a alguien que no debía estar ahí sin aportar primero algún tipo de salvoconducto. En la rotonda, buscó con la mirada a Alfredo

y lo vio, con una tetera en la mesa y dos tazas, hablando con una chica. Una chica guapa, sí, pero con una palidez en la piel y una delgadez que la hacían parecer quebradiza. Era una chica de las que esperabas encontrar en un barrio como ese, entrando y saliendo, con bolsas colgadas del brazo, de las tiendas de moda. A Víguerza le pareció evidente que Alfredo y ella estaban muy a gusto el uno con el otro, casi aislados en una intimidad jovial, y no quiso interrumpir. Como el Buñuelos había regresado al Lucero para coger un coche especial prestado por malotes de su mundo con el que estaba empeñado en meter a Damián en el Palacio a lo Mayweather, Víguerza decidió pasear un rato por un barrio de Madrid que le era casi tan desconocido como cualquiera de Berlín.

Atardecía. Un cielo rosáceo e invernal. Ese momento delicado, fugaz, en el que las luces naturales y las artificiales parecen empatar, parecen conocerse antes de volver a ser unas el reverso de las otras. Víguerza subió la cremallera del forro polar y tiró por Velázquez y Alcalá hacia Independencia y luego de vuelta hacia arriba por Serrano, fascinado por los escaparates y la opulencia de los adornos navideños. En los cristales de algunos bares leyó la palabra «bistró» y no supo qué coño sería eso. En las confiterías, ancianas con abrigos de pieles y el cabello eternamente recién retocado en la peluquería hacían acopio de dulces para la Navidad. A veces iban con ellas los nietos, peinados a raya, vestidos con trenzas idénticas. Abundaban los turistas y las calles olían a merienda y a los ambientadores de las tiendas elegantes, que parecían concebidos para embriagar al comprador e inducirle una placidez consumista. A Víguerza le gustaron las mujeres llenas de aplomo con las que se cruzó, en las cuales era visible el efecto de un gimnasio, y los hombres que iban metidos en gabanes de mariscal. Disfrutó del paseo como si le hubiera tocado un viaje en un concurso. Y eso que le ocurrió algo que le pareció una coincidencia increíble: vio a Magda López. La vio cuando bajó de un Cayenne y entró en el bar de Ramsés, frente a la puerta de Alcalá. Ella lo vio también, pero le desvió la mirada y fingió no reconocerlo. Víguerza decidió no contárselo a Alfredo porque andaban todos un poco nerviosos con las supersticiones y los malos farios, y una maldición de Magda López le parecía a Víguerza más temible que la de una gitana de las que despachaban en los poblados la mierda del Buñuelos.

Volvió al hotel justo cuando Alfredo acompañaba a la salida a su amiga. De hecho, les interrumpió un beso que se iban a dar sin saber siquiera que habría sido el primero. Tuvo un arrebató de timidez ante semejante mujer y saludó con balbuceos.

—Perdón... Alfredo... Señorita... No quería molestar.

—Pero cómo vas a molestar, tronco. Mira, te presento a Bianca. Este es Víguerza. Te he hablado de él.

—Ah, ¿hablas de mí por ahí? Vaya.

—Claro que lo hace. Y con tantos elogios que es un placer conocerte.

Víguerza quiso tender la mano porque creía que eso correspondía entre gente educada, Bianca le apoyó la suya sobre un hombro y le besó las dos mejillas. A Víguerza su piel y su pelo le dejaron un olor que, para él, en adelante, siempre sería el de la calle Serrano, los escaparates opulentos y las confiterías.

—Bueno, os dejo, que querréis despediros. Subo a ver en qué anda Damián. Le voy a decir que cague si no lo ha hecho todavía, tiene que vaciarse antes de pelear. Uy, perdón, señorita, se me fue la olla con lo de cagar.

Ella sonrió.

—Tranquilo, yo ya sospechaba que la gente a veces hace caca. A mí misma, sin ir más lejos, me ocurre alguna que otra vez.

—Anda, vete ya antes de que la espantes. Ahora voy. En un minuto.

Mientras la puerta del ascensor tardaba en cerrar, Viguerza alcanzó a ver que Alfredo y Bianca se daban por fin ese beso que, aunque él no lo sabía, era el primero. Un buen beso. Con los brazos de ella enroscados al cuello de él, con los brazos de él abarcando el talle de ella. Con ella de puntillas, con él algo encorvado. Luego, Bianca se subió el cuello del abrigo con esa gracia con que debía hacerlo todo, sonrió y se marchó calle abajo, mucho más parte armoniosa de ese entorno de lo que Viguerza sería nunca. Una modelo de la facción Kate Moss, hipnótica, noctámbula y peligrosa como un personaje de Lou Reed. Eso tampoco lo sabía Viguerza.

Damián estaba desnudo y tiraba golpes en el centro de la habitación. Él ya no vivía sino para que empezara la pelea. Tenía puestos los auriculares inalámbricos, en los que escuchaba rap, su música de caldearse, de abstraerse, de hacerse arrebatado por la rapsodia combativa. Ya estaba. Se había ido al otro lado mental. Ya era un puto machaca enardecido al que no se debería ni hablar más que lo justo hasta después de derramado en el combate. Ahora vendrían sus momentos de introspección, de meditación, sus momentos de capucha subida. Ahora comenzaría a resoplar por la nariz como evacuando la furia de un paquidermo. Viguerza lo conocía lo bastante como para saber que no debía ni saludarlo al entrar en la habitación. Preparó las cosas, le dejó cerca la ropa que iba a ponerse y abrió la puerta a Alfredo, que también interpretó sólo con mirarlo en qué momento estaba Damián. Pero Alfredo sí podía entrar en la burbuja. Lo hizo al colocarse delante de él para ponerle algunas manos como si tuviera manoplas y tirarle crochets suaves para que ensayara la esquivada.

—Ya estamos, Damián. Ha llegado el día. Estás de puta madre y vas a ganar.

Así estuvieron un rato durante el cual Viguerza esperó junto a la puerta con todo el material preparado y picoteando cacahuets de un bote que encontró en el minibar.

—Ya vale, Dami. Venga, vístete. Nos vamos. El Buñuelos nos recoge abajo.

El Buñuelos los hizo esperar un rato en la esquina de Velázquez y Villanueva, expuestos al frío. El tráfico estaba cargado, hasta los autobuses de la EMT debían sortear coches que invadían su carril para recoger a alguien que salía de las tiendas. Damián iba aislado en su música y dentro de su capucha. Viguerza cargaba el bolsón y apuraba el bote de cacahuets cuyo precio acababa de asombrarlo al devolver la llave en el mostrador de recepción. Alfredo se impacientó, más por las ganas de respirar ya el ambiente del Palacio y de ver cómo iba la velada que por otra cosa, y a punto estuvo de llamar un taxi de los que languidecían en la parada vecina. Al principio como un rumor distante, mucho más perceptible después, oyeron entonces música de rap. Atronadora música de rap que subía la calle desde el Retiro escapando a través de las ventanillas bajadas de un Hummer negro que dobló procedente de O'Donnell con las balizas y los antiniebla prendidos y con una escolta de *scooters* pilotadas por chavales del barrio. El Hummer parecía estar a punto de pasar por encima de los utilitarios que le hacían lenta la circulación. La acera entera se paró para mirarlo. Al volante iba el Buñuelos. Damián y su esquina se quedaron boquiabiertos. Esto no iba a ser como cuando llegaban a bordo del Seat León a oscuros polideportivos del gran sur poligonero. Esto iba a ser la llegada al Palacio de los Deportes de una mara y su emperador.

—¿Qué pasa, pringaos? Mola, ¿eh? Ya os dije que el Dami iba a hacer una entrada del carajo. ¡Como en Las Vegas! ¿Montáis o qué?

—Macho, si es robado prefiero saberlo. No podemos acabar esta noche en comisaría.

—Qué coño va a ser robado... Me lo han prestado unos prendas de los poblados. Y yo creo que ellos lo compraron. Joder, ahora me haces dudar. Subid, coño, que estamos ahí en cinco minutos.

—Vamos, cojones —solventó Viguerza—. Cuándo en la puta vida vamos a subirnos a un buga como este.

Causaron sensación durante todo el trayecto por Velázquez y Goya hasta el Palacio. En la confluencia de calles del Corte Inglés, se cruzaron con la limusina de una despedida de soltera y las chicas asomaron por la ventanilla superior y saludaron con gran efusión y con penes de goma clavados en la cabeza. El Buñuelos aulló y claxonó.

—¡Porque este tiene que pelear, que si no nos íbamos de juerga con esas! Joder, cómo van.

Llegaron por fin. Damián debía entrar por el lado de Jorge Juan, pero el Buñuelos quiso rodear entero el perímetro del Palacio para hacerse notar y proclamar la llegada del futuro campeón. Algo abochornado por el alarde, Alfredo aprovechó un semáforo en Fuente del Berro para abrir las puertas y bajar a Viguerza y Damián, que iban muertos de risa.

—¡Aparco y os busco!

—Pero ¿dónde vas a aparcar este monstruo?

—En cualquier huequito.

Una vez dentro, Viguerza y Damián se quedaron en el vestuario y Alfredo salió a palpar el ambiente alrededor del ring. Se estaba librando alguna de las peleas previas del cartel, a seis asaltos, y la gente estaba ya enganchada, como caldeándose para el combate de fondo. El Palacio no estaba lleno, pero había mucho más público que el heroico puñado de habituales que solía hacer cabotaje de polideportivos y de plazas de toros como La Cubierta o Vistalegre por devoción al boxeo. Entre el público había un buen grupo de canarios a los que Alfredo reconoció por la camiseta del Piolín tensando bíceps que el Buñuelos vio en el Retiro. El Palacio era inmenso, lucía moderno y aseado, casi un Madison Square Garden. Estaba en el corazón de Madrid, no en uno de esos lugares a donde te lleva el GPS. Algunos de sus fantasmas de las grandes ocasiones, los que pudieran vagar por los cimientos del viejo Palacio incendiado, eran boxeadores. A Alfredo lo atenazó por un instante una sensación de trascendencia. Pensó que Damián recordaría toda su vida esa noche. Lo que había que lograr era que el recuerdo fuera grato y que este se convirtiera en el momento fundacional de una inercia gloriosa. El único escollo, de momento, era otro hombre. Un Piolín tensando músculo. Cuando se giró para ir al vestuario, Alfredo se topó con Bum Bum, que llegaba en ese instante. No se habían visto desde Sevilla, pero tampoco necesitaban aclararse nada. Chocaron manos y se abrazaron.

—¿Qué vais a hacer al final? ¿Dentro o fuera?

—Tan dentro que nos vamos a meter en su pantalón. Siéntate y disfruta, amigo.

Como de costumbre, hicieron larga la liturgia del vendaje, vigilados esa vez por un enviado de la esquina de Bronson que se comportó con un gran respeto por la intimidad del rival y su concentración. Viguerza hizo lo mismo en el otro lado, con el mismo respeto. Alrededor de Alfredo y Damián, en el vestuario, entraban y salían los púgiles de las peleas previas que aún faltaban. Algunos regresaban jodidos y pateaban los bancos. Colocaron los guantes a Damián y los precintaron. El enviado de Bronson regresó a su vestuario después de desear suerte y de estrechar manos con una calidez de cofrade: se trataba, con su gorrito de lana a lo Rocky, de uno de esos veteranos de gimnasio para los cuales los púgiles eran todos miembros de una hermandad precaria que sólo circunstancialmente se encontraban a veces en un ring transformados en antagonistas. El resto del tiempo, Alfredo y Damián lo consumieron calentando con las manoplas mientras los demás boxeadores, que ya tenían sus peleas hechas, los contemplaban en silencio. Todos ellos abrazarían a Damián una vez que llegara el momento de salir a pelear. Llegó el Buñuelos. Iba a ayudar en la esquina pasando agua al bucal, preparando la vaselina y cosas así, aunque sólo fuera para mostrarla más habitada de lo que habría estado sólo con Alfredo y Viguerza. Los tres se pusieron las camisetas conmemorativas, en las que se veía, bien nítida, la palabra Carabanchel, el barrio de Damián, así como la mano vendada que era el símbolo del gimnasio en el Lucero.

Damián se caló su gorra beisbolera y, como homenaje a Tyson, metió la cabeza por el agujero de una toalla rota para usarla como peto. Una toalla del Wellington. Había que salir.

Aguardaron en el túnel del vestuario, todos ellos con una tensión en el rostro que parecía melancólica. Aguardaron, por orden de Alfredo, incluso cuando el *speaker* pronunció el nombre de Damián y comenzaron a sonar la música con la que siempre salía y los vítores de los partidarios, que eran mucho más numerosos que los de Bronson. Había que hacerse esperar. Había que jugar con los tiempos antes incluso de trepar al ring. Había que lograr que, en el otro túnel, alguien de la esquina de Bronson asomara la cabeza para comprobar por qué no salía Damián. Por fin, Alfredo dio la orden.

—¡Vamos!

Salieron los cuatro con los semblantes solemnes, Damián algo cabizbajo, metido en su concentración mientras soltaba los brazos. Muchas manos le palmearon la espalda, muchas voces lo jalearon cuando pasó por delante de las sillas. Alfredo le abrió las cuerdas y Damián entró en el ring entre estrepitosos gritos de ánimo a los que correspondió levantando los brazos y saludando con una cabezada a los cuatro costados. Ya ocupaban su esquina. Viguerza sacó a Damián la gorra y la toalla y lo refrescó con un chorro de agua que le vertió por la nuca. Alfredo le murmuraba cosas, no porque quedara algo que fuera necesario decir, sino por hacerle sentir su presencia. También le retiró del cuello el crucifijo que besaron ambos y que Alfredo se colocó por debajo de la camiseta: la madre de Damián por fin habría percibido predisposición religiosa. Bronson fue anunciado y a él le tocó demorar su salida. La esquina de Damián permaneció incólume todo ese tiempo que sin embargo impacientó al público, que rompió a silbar. Hubo algunas tarascadas, algunos conatos de pelea en la zona donde estaban los seguidores de Bronson. Este salió al fin, con su propia música, con su propia solemnidad, y con el cinturón de campeón de España sostenido en alto por el mismo hombre que antes supervisó el vendaje.

—Quítaselo, Damián. Mecagüen todo, quítaselo.

Mientras Bronson saludaba a Damián y su esquina y a un público que en su mayor parte le era hostil, Alfredo vio que otro peleador hacía en ese instante su propia entrada. Se trataba de Piñata. Había elegido el combate para regresar de las profundidades de su guerra particular. Estaba algo más flaco y llevaba el pelo teñido, como si hubiera necesitado distorsionarse el aspecto en alguna forma de clandestinidad. Pero era el mismo de siempre, arrogante, dominante. Fijó la mirada en la de Alfredo sin transmitirle nada, ni enojo ni amistad. Luego ocupó sus sillas de ring. No traía esta vez un acompañamiento frívolo, de señoritos parranderos y guapas, sino a tres de sus soldados, de los que no habría sido posible saber si fueron reclutados como amigos improvisados para la velada o como protección de un jefe aún bajo el fuego. Con unas cortesías gregarias, de roedor, Fabián Sosa se acercó a Piñata y lo saludó. Le estrechó la mano, pero lo mismo podría haberle besado un anillo. O lamido los zapatos.

Los dos boxeadores se sostuvieron la mirada mientras el árbitro impartía sus instrucciones. Le metieron debajo un micrófono de la televisión, por lo que también él fue consciente de que tenía una oportunidad de lucimiento y prolongó y adornó las instrucciones hasta convertirlas casi en una arenga ante los muros de Troya llena de inflexiones castizas. Alfredo y el entrenador de Bronson se sonreían el uno al otro al escucharlo. Regresaron a las esquinas. Iba a comenzar la pelea.

Bronson adoptó la postura de salida de un sprinter como si sólo esperara la campana para desatarse como una galerna. Damián le daba la espalda, tenía las dos manos apoyadas sobre las cuerdas de la esquina, que golpeó, como era su costumbre, cuando escuchó el campanazo. «Cuando suena la campana, te quitan hasta el banquito». Bronson embistió. Salía con la intención

de cortarle el ring a Damián porque creía que este se le haría fugitivo. Pero Damián atornilló los pies y lo recibió con un upper de derecha, inesperado para todo el Palacio, que contactó en frío con el mentón de Bronson y lo dejó avisado para toda la pelea de que el tipo que tenía delante pegaba duro. Fue uno de esos golpes que pueden enviar a un boxeador más lejos en la distancia de lo que pretendía estar cuando la pelea aún discurría en el plano teórico: «Todo el mundo tiene un plan. Hasta que le pegan el primer golpe en la boca».

De pronto, ante el entusiasmo del público, que aceptó el regalo que le hacían, estalló desde el principio un combate al que le sobraban tres cuartas partes del ring. Ahí no buscaba espacios de desahogo nadie, ahí no se daba un paso lateral. Casi a cabezas tocantes, los dos se buscaron arriba y abajo con combinaciones de ganchos, uppers y crochets. Ambos tenían aún una frescura para las esquivas que irían perdiendo por culpa de la fatiga, y mucho antes de lo previsto, tal era la intensidad con la que peleaban. Sonó la campana y, con ella, una ovación gigantesca. Los dos boxeadores regresaron a sus esquinas con cortes que les fueron restañados. Los dos entrenadores gesticulaban las instrucciones como si quisieran salir ellos a pelear. Era evidente que, en la esquina de Bronson, estaban improvisando una pelea distinta, se estaban adaptando a un Damián diferente, no un bailarín zumbón conocido por sus piernas y su velocidad al entrar y salir, sino un pegador fijado al suelo y dispuesto a pagar el tributo de los golpes recibidos. Un Rocky Marciano en liviano, un Hagler contra Hearn.

El segundo asalto fue parecido, aunque Bronson puntuó más, pues estaba mejor asentado, menos sorprendido que en el primero. En el tercero, Damián tiró a Bronson. Lo cazó con un jab cuando Bronson, que había recibido la orden de pegarle abajo para romperle las piernas, maniobraba para metérsele ahí, en la misma línea de flotación que era el elástico del calzón. Bronson trastabilló y fue cayendo hacia atrás hasta que se hundió contra las cuerdas y se quedó sentado. El clamor fue de anfiteatro Flavio. Se levantó antes de que acabara la cuenta. Pero tenía por delante dos minutos terribles en los que debería aguantar hasta encontrar refugio y reparación en la esquina mientras Damián lo perseguía para ultimarle. Bronson estaba inconsciente en pie. Sonreía para tratar de enviar un mensaje de entereza, pero la sonrisa parecía un rictus, un estertor. De eso se daba cuenta todo el Palacio, que bramaba para que Damián no le diera la oportunidad de recuperarse. Alfredo y Viguerza también se lo gritaban, ahora, ahora, térmalo. Pero Bronson aguantó. Estuvo dos minutos dando pasos laterales de sonámbulo por todo el ring, procurando no ser encerrado en las cuerdas, demostrando una resistencia y un oficio propios de un superviviente nato. *Dead Man Walking*. Sobrevivió al noqueo para regresar a su esquina, donde lo ventilaron y refrescaron. Y, aunque al comienzo del cuarto asalto aún estaba tocado, de pronto se recobró y volvió a entrar en la pelea. Hasta el punto de que, en el quinto, fue él quien tiró a Damián con una combinación de gancho y upper que no fue definitiva porque el upper resbaló un poco sobre el mentón y no impactó de lleno. Damián salió de su cuenta menos afectado que Bronson. Más que el golpe, le dolía el desliz en defensa que había permitido a Bronson, después de haber estado literalmente K.O. durante unos minutos, cambiar de nuevo, a su favor, la percepción psicológica de la pelea, su inercia. La caída de Damián era la coronación de la capacidad de recuperación de Bronson. Una prueba de su invulnerabilidad, así le tiraran con bala, así lo envenenaran con kryptonita: él volvía de todo. Esa impresión dejó tan frío el Palacio que, por primera vez, fue posible escuchar los gritos de ánimo de los canarios.

El sexto asalto se lo tomaron ambos boxeadores para respirar un poco. Fue el único de toda la pelea que no habría optado a «asalto del año» en el balance de una revista como *The Ring*. Pero en el séptimo volvieron a desatarse todas las furias de la naturaleza contenidas en dos cuerpos menudos. Después de un intercambio ardoroso, durante el cual Bronson siguió buscando a

Damián abajo para talarlo, Damián conectó un swing que volvió a convertir a Bronson en un espectro que no acababa de caer. Volvió a resistir en pie, pero otra vez deambulaba por el ring, sostenido sólo por los automatismos de su coraje, no por su voluntad de estar ahí: la desconexión definitiva, y no la esquina, era esta vez el refugio que el hombre consciente habría anhelado, pero que el púgil le negaba. Ante un nuevo griterío, Damián, que esta vez no iba a permitirle escabullirse, conectó otros dos golpes que empeoraron la situación de Bronson. En las sillas se escuchó la frase que a veces es precursora de los dramas: «Pero ese árbitro, ¿por qué no lo para?». Bronson se dejó caer sobre las cuerdas. Y hasta Alfredo se dio cuenta de que el árbitro debía haberlo parado porque a Bronson las manos se le quedaron abajo, no le quedaba ya dominio de sí mismo ni para subirlas para protegerse. Ahí, precisamente ahí, tendría que haberse interrumpido la pelea: eso se diría después en las tertulias deportivas. Pero el árbitro no lo hizo. Y Damián, lanzado, en caliente, tiró otros dos golpes, uno de ellos un derechazo formidable, con los que Bronson se desplomó. Había entrado en el coma antes de tocar el suelo.

Los segundos siguientes fueron muy confusos para Damián. Metido en la pelea, era el único hombre en las cercanías del ring que no era consciente de la alarma por el estado de Bronson. Por eso no comprendía que nadie acudiera a abrazarlo. Que, una vez cumplido un deseo que era el de todo el gimnasio, el de todo un barrio, el de toda una vida para él y su esquina, Alfredo pasara de largo sin mirarlo siquiera y se agachara junto al cuerpo tendido de Bronson, donde ya estaban su entrenador y el médico. Vio los ojos en blanco de Bronson, la espuma en la comisura de sus labios, y Damián comprendió por fin. Y, al comprender, se estremeció: «Por favor, diosito, que no se muera. Yo no boxeo nunca más, lo juro, pero haz que no se muera». Se llevaron a Bronson en camilla. El asistente del gorrito a lo Rocky iba a su lado, desencajado. El público ovacionó puesto en pie con un respeto como a un guerrero en su pira funeraria. Hubo dudas sobre cancelar la entrega del cinturón. Al final se lo dieron a Alfredo sin gloria ni ceremonia, y Damián ni lo miró. Estaba acucillado, con las manos ya sin guantes tapándole el rostro, horrorizado, angustiado. Viguerza le acariciaba la cabeza. Si ser campeón era esto, ¿por qué lo estuvimos soñando tanto tiempo?

Alfredo se arrodilló junto a su boxeador.

—Damián. Levanta. Vamos a ducharnos, anda. Luego veremos. Estaremos en contacto con ellos.

—¿Adónde lo han llevado?

—Creo que al Gregorio Marañón. Está aquí cerca.

—¿Me llevas?

—Sí, claro, si eso te ayuda, yo te llevo. Pero venga, vamos a ducharnos primero, vamos a calmarnos.

—No, no. Vamos ya mismo.

Damián salió del ring, perseguido por los tres camaradas de su esquina, incluido el Buñuelos, que no estaba ya para lanzarse a bordo de un Hummer en persecución de la limusina de una despedida de soltera. El cinturón quedó olvidado en el ring, en la esquina, sobre un charco de agua. Llamaron la atención de la gente porque Damián caminó hacia la calle Ibiza vestido de boxeador, con el torso desnudo y las manos aún vendadas. Y porque en su rostro también fluía la sangre de algunos cortes y un ojo se veía tumefacto. Le daba todo igual. Entraron por Urgencias y buscaron a la gente de Bronson. Cuando vieron llegar a Damián, hubo un instante en que nadie supo muy bien qué hacer. Hasta que el veterano del gorrito a lo Rocky tomó la iniciativa y abrazó a Damián como a un niño al que hubiera que consolar: «Nene, no fue tu culpa. Vamos a rezar para que salga de esta. Pero no fue tu culpa». Damián rompió a llorar.

Alfredo necesitaba aliviar la carga emocional y salió al *parking* del hospital a respirar en soledad unos minutos. De pronto, sintió en la nuca el contacto de un objeto metálico. Era el cañón de una pistola.

—No te muevas, hijoputa. ¿Vas armado?

Miró de reojo y comprobó que el hombre que lo encañonaba llevaba puesto un chaleco con las palabras Guardia Civil. Lo tiraron al suelo. Le juntaron las manos atrás y se las engrillataron con unas esposas.

—Alfa 1. El Lucero ha caído. Repito, tenemos al Lucero.

En ese instante, con la boca llena de la gravilla que había sobre el asfalto de un *parking* , con las hirientes apreturas de las esposas en las muñecas, Alfredo no podía saberlo. Pero elementos de la UCO de la Guardia Civil y de la Policía Nacional, a las órdenes de un juez instructor de la Audiencia Nacional y después de más de un año de investigación meticulosa, acababan de desatar las colosales redadas simultáneas por las cuales los periódicos de los días siguientes hablarían de la mayor operación contra el crimen organizado realizada jamás en la ciudad de Madrid. Si ese juez de la Audiencia Nacional y esos guardias de la UCO tenían en sus despachos un corcho sobre el cual colgaban con chinchetas los retratos de las pirámides jerárquicas que investigaban, en lo alto de todas ellas aparecería siempre Piñata. Contra él iba todo. Incluso las detenciones se habían precipitado por temor a que la guerra corta pero intensa librada contra un cártel americano por el control del aeropuerto de Ciudad Real provocara la huida definitiva de Piñata del continente. A Piñata lo agarraron casi al mismo tiempo que a Alfredo. Un helicóptero espía su viaje desde el Palacio de los Deportes hasta la casa de Aravaca, donde volvía después de haber estado escondido. Después del combate, iba a cenar tarde con un puñado de amigos íntimos entre los cuales estaba Magda López. No llegó a entrar en la casa donde sus invitados lo esperaban apurando unos tragos. Miembros del GEO lo arrestaron delante de la cerca de su casa. Para ello, tuvieron que herir de bala en las piernas a dos de los soldados que acompañaban a Piñata y que ofrecieron resistencia a pesar de que el propio Piñata, en cuanto comprendió que el ataque era policial y no mafioso, les gritó que se entregaran sin lucha. Como los demás invitados, Magda contempló a través de la enorme cristalera del salón el traslado de Piñata a una furgoneta Peugeot en cuyo salpicadero destellaba una sirena azul. La casa fue allanada. Los invitados, conminados todos a permanecer en el suelo con las manos en la nuca mientras se completaba un registro. Cuando la reconocieron, a Magda López la sacaron por una puerta trasera e incluso le acercaron el Cayenne para que pudiera perderse hacia la A-6 sin ser advertida por los periodistas. Iba tan nerviosa que se metió en la autopista en dirección a La Coruña y sólo se dio cuenta cuando ya había superado el casino.

Fueron allanados también clubes, prostíbulos, oficinas, discotecas y gimnasios, incluido el de Alfredo, que sufrió un registro casi infructuoso: hallaron una pequeña bolsa de mano que contenía hachís procedente de las partidas del Buñuelos, así como un par de navajas mariposa que guardaban en sus taquillas algunos clientes. Por toda la ciudad hubo gente arrastrada a vehículos policiales con las manos atadas detrás. Tipos sacados de la cama, encañonados cuando abrían la puerta del coche, capturados en salas de fiestas, perseguidos a veces cuando echaban a correr en vano. A la viuda de Richy le tiraron la puerta abajo con explosivos y le entraron con los subfusiles por delante cuando, arrojada por un edredón, veía un capítulo de la serie *La que se avecina* . Las crónicas de lo que sucedió en el aeropuerto de Ciudad Real fueron casi bélicas. Hangares asaltados con tanquetas, miembros de la UEI descolgándose en rápel de helicópteros, un par de tiroteos sostenidos que dejaron tres muertos entre los hombres de Piñata.

Dentro de la causa general, colosal, hubo una subcausa llamada «de los boxeadores». En ella estaban los púgiles que habían participado en el pequeño negocio original de las palizas por encargo, que habían controlado servicios de seguridad en clubes en los cuales se despachaba droga o que eran propietarios de gimnasios utilizados por Piñata para lavar dinero y procurarse tapaderas. En ese apéndice estaba Alfredo. Se encontró en los calabozos de Moratalaz con muchos conocidos de los gimnasios más o menos implicados en los asuntos de Piñata. Iban juntos en los furgones celulares a los interrogatorios en la Audiencia Nacional. En ese sentido, el tiempo de cautiverio fue incluso divertido, porque lo pasó acompañado por amigos, tipos duros que no

arrugaban por el hecho de estar en ese trance, sino que encontraban pretextos para reírse todos juntos como si hubieran salido de excursión y, en lugar de en un calabozo, estuvieran en un autobús. A los policías que los custodiaban les disgustó tanto la solidez del grupo y su buen humor que les hicieron cosas como taponar con papel los retretes para que los calabozos se inundaran cuando alguien tirara de la cadena. No se los limpiaban y tuvieron que vivir con dos dedos de líquidos fecales en el suelo. Prometieron mejores trato y condiciones a quienes colaboraran. Nadie se avino a hacerlo. De todas formas, no los apretaron demasiado porque la causa de los boxeadores era una insignificancia comparada con las otras, que abarcaban crimen organizado, delito fiscal masivo, trata de blancas, tráfico de estupefacientes a gran escala y asesinato. De un día para otro, Piñata se convirtió en el gran protagonista de los programas matinales de la televisión, el hombre sobre el cual los reporteros buscaban noticias con más avidez. Cuando se habló de su vida social y del gusto que tenía por la compañía de celebridades y *socialités*, Magda López se vio obligada a pronunciar en su programa otro solemne monólogo con el plano cerrado en su rostro emocionado. Juró ignorarlo todo de las actividades de Piñata, un tipo a quien conocía sólo superficialmente de las fiestas y cosas así. Alguien con quien se encontraba a veces, nada más. Ella jamás habría tolerado la compañía de un hombre cuya vida no fuera honorable y legal. En algunas casas, mientras hablaba, hicieron la observación de que estaba engordando de nuevo.

Alfredo fue exonerado a los pocos días. Piñata no había tenido tiempo de parasitarle el gimnasio y tampoco hizo por Damián nada más que un par de gestiones para favorecerlo. Después de dos interrogatorios, al juez le pareció evidente que Alfredo debía estar entre las decenas de hombres que, por goteo, fueron liberados los días siguientes después de preguntas someras que aclararon relaciones superficiales con la banda o su jefe. Fabián Sosa también salió. Así como algunos propietarios de bares de copas y discotecas que tuvieron contratados a boxeadores para sus puertas sin mayor relación incriminatoria. Una segunda redada, un par de días después, provocó la detención de mandos y agentes de la policía municipal sobornados por Piñata para que favorecieran sus clubes de noche y acosaran con grúas e inspecciones a los de la competencia.

Alfredo salió del recinto de Moratalaz una mañana gris y fría. Iba en manga corta, con la misma ropa que llevaba en la esquina durante el combate de Damián. Salió con un par de boxeadores que se despidieron estrechándole la mano antes de enfilar hacia la boca de metro. Estaban todos sucios y cansados, desgreñados. Le habían devuelto el móvil. Llamó a Víguerza. Notó el alivio de Víguerza, su alegría de amigo incondicional. Además, le dio noticias. Bronson iba a salir adelante, estaba mejor, consciente. Damián lo visitaba en el hospital, le hacía compañía y le daba de comer. Le sentaba bien hacerlo, tenía un valor expiatorio para él. Dijo que, mientras no lo trasladaran a Canarias, lo ayudaría también con la rehabilitación. También dijo que dejaba el boxeo para siempre. Había devuelto a Bronson su cinturón. Bronson tampoco lo quería. Se lo quedó un celador para colgarlo en la pared de un bar que tenía su cuñado en Móstoles.

—¿Dónde está Damián ahora? No lo encuentro en su móvil. Lo tiene apagado.

—Viene para acá. Quiere vaciar su taquilla. Qué pena me va a dar, tío.

—Retenlo. Voy para allá.

Alfredo saltó a un taxi. Era temprano y el tráfico iba lento por la gente que conducía a la oficina, por lo que tardó en llegar al Lucero. La radio del taxi emitía una tertulia en la que hablaron de Piñata y sus desmanes: «Teníamos en Madrid un Pablo Escobar y no lo sabíamos». En qué mundo vivirán estos subnormales, pensó Alfredo.

La persiana del gimnasio estaba medio subida. Cuando entró, Alfredo notó la penumbra, pues Víguerza aún no había prendido las luces. En el centro del ring, con las piernas encogidas como en una postura del yoga, estaba Damián, con los auriculares puestos. Víguerza abrazó a

Alfredo y luego se metió en la oficinita para dejarlos solos. Hizo como que apilaba papeles y camisetas, como que ordenaba las cosas después del paso policial. Alfredo subió al ring. Damián se sacó los cascos, le sonrió y le apretó la mano. Sonrió.

—¿Cómo estás, tronco? —preguntó Alfredo.

—Ahora mejor, colega. El Bronson va a quedar bien. Podrá volver a boxear y todo, si quiere, aunque no se lo recomiendan. Ahora estoy aliviado, pero creí que lo había matado, tío. No habría podido vivir con eso en la cabeza. ¿Tú cómo estás? Horrible. Tienes una pinta horrible. Vaya día de mierda fue ese, ¿eh?

—Estoy bien, Damián. Una ducha y como nuevo. Me han soltado. Ni me van a preguntar nada más. Toda la movida de ponerme una pistola en la cabeza... Qué locura, tú sabes que yo voy por lo recto.

—Lo sé. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Volver a esto, Damián. Al gimnasio. ¿Qué voy a hacer? Hemos tenido gente rara y mierdas en nuestras vidas, últimamente. Pero esto sigue aquí. Hay que sacarlo adelante. ¿Y tú? ¿Tú qué vas a hacer?

—Buscar un curro. O probar con la música, no sé. No quiero volver a pegar a nadie. No quiero volver a ver una jeta como la que se le puso a Bronson.

—Lo entiendo. Fue acojonante. Qué lástima, coño, eres el campeón de España del peso superligero. Eres la hostia. No eres el primer boxeador al que le ha pasado esto, ¿sabes? Algunos siguieron incluso después de que se les muriera un rival. De alguna forma, hicieron las paces con Dios y con el muerto y tiraron palante. Joder, le pasó a un grande como Ray Mancini.

—¿Ese quién es? ¿Uno de esos boxeadores del año del pedo que sólo tú conoces?

—Algo así... Qué me dices, colega. ¿Ya no vamos a ir a Las Vegas?

—A lo mejor tú sí. Pero con otro boxeador, tío, yo ya no puedo. No me siento capaz. ¿Sabes?, flipo con mi vieja. Creí que le iba a molar que dejara esto y no para de decirme que me lo piense, que sólo ha sido un accidente. Y que tampoco ha pasado nada irreparable.

—Tu vieja no quiere que te conviertas en lo que yo soy, Damián. Un tipo de cuarenta y tantos años que se pasa todo el día preguntándose cómo podría haber sido su vida, qué podría haber hecho con ella. Tu vieja quiere que, a mi edad, levantes la vista del suelo, en tu casa con piscina de La Moraleja, y en la pared veas colgado el cinturón de campeón del mundo. El primero que te llamaría para felicitarte si lo consiguieras sería Bronson.

—A mí me mola tu vida, Alfredo. Y haberte tenido. Tu campeón del mundo a lo mejor tiene quince años y está ya pegando tus sacos. Lo encontrarás. Yo no puedo.

—Vale, tronco. Tómate tu tiempo. Lo que quiero es que seas feliz y que te sigas pasando por aquí a ver a tus colegas.

—Eso siempre.

—Por cierto, no pudimos hablar de la pelea. Bastante buena, ¿eh? Pero me sigues metiendo fatal ese putito gancho de izquierda.

—Pero ¿qué dices? Si entró como un destornillador.

—Que no, joder, me pusiste mal los pies todo el tiempo. Estabas expuesto. Se llega a dar cuenta Bronson y te saca la cabeza a la contra.

—Vete a la mierda. Lo metí de puta madre.

—Levántate. Te lo voy a demostrar. Dame las manoplas y ponte los guantes. Hazme combinaciones de tres acabadas con el gancho. Y esquiva lo que yo te tire.

En la oficinita, mientras recogía unos papeles del suelo, Viguerza escuchó de pronto un sonido familiar, la banda sonora de la vida de todos ellos: los impactos de los golpes de Damián

cuando lo entrenaba Alfredo y lo azuzaba con los gritos de su alegría iracunda. No necesitó mirarlos. Los había visto hacerlo miles de veces. El gimnasio acababa de ponerse en marcha otra vez. Otra vez en un día cualquiera del Lucero. Oyó que alguien corría la persiana. Entraban, con las bolsas al hombro, los clientes del entrenamiento de las diez. Los apuró a gritos para que se cambiaran rápido. Después, prendió las luces.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© David Gistau Retés, 2017

© La Esfera de los Libros, S.L., 2017

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): enero de 2017

ISBN: 978-84-9060-909-5 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.